"El hombre evoluciona en una serie de Rondas (progresiones alrededor de una serie de mundos), y siete de estas vueltas tienen que verificarse antes de que los destinos de nuestro sistema se cumplan. La Ronda en la que nos encontramos actualmente, es la cuarta.

(...) cada Ronda está específicamente destinada a la preponderancia de uno de los siete principios del hombre, y en el orden regular de su gradación ascendente. Una unidad individual que llega a un planeta por vez primera en el curso de una Ronda, tiene que evolucionar por siete razas de aquel planeta, antes de pasar al próximo, y cada una de estas razas ocupa la tierra durante largo tiempo."



EL BUDISMO ESOTERICO

A.P. SINNET

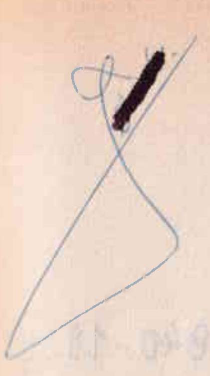
EL BUDISMO ESOTERICO

A.P. SINNET

TEOREMA

Archivo Esotérico, una colección que se propone exhumar el pensamiento de las grandes figuras de la mística, las muy renombradas como Paracelso, y las casi prácticamente desconocidas para el gran público, pero cuya obra creemos positiva para descifrar el momento actual de las creencias y religiones. De esta forma rescataremos a la mayor parte de los pensadores del siglo XIX, muchos de ellos ridiculizados por el ciego positivismo victoriano, y sobre cuyo real valor atestiguan los recientes hallazgos del psicoanálisis y la parapsicología. Así desfilarán por sus páginas filósofos ocultistas de la talla de Swedenborg y Pascal; astrólogos del prestigio de Flammarion; Madame Blavatsky y su hueste de teósofos; Francis Barret, promotor del estudio de la magia y precursor de Gurdjieff; el Conde Goblet d'Alviella, con sus estudios del simbolismo y lo demoníaco; los oscuros textos de Giordano Bruno, de los alquimistas, rosacruces y masones; las manifestaciones espiritistas lideradas por Allan Kardec; la brujería y el vampirismo de la gran tradición europea; etcétera.

Su característica será el total eclecticismo: no distinguirá entre canonizados y réprobos, entre ángeles y demonios. Su función: prestar testimonio del más completo Archivo Esotérico del mundo.



A. P. SINNET

EL BUDISMO ESOTERICO



TEOREMA, S.A.

Avda. República Argentina, 248

BARCELONA

COLECCION ARCHIVO ESOTERICO

Título del original inglés:

The Esoteric Buddhism 1883

Alfred Percy Sinnet [1840-1921]

"Esta teoría reconoce la evolución del alma como un proceso que es por completo continuo en sí mismo, aunque llevado a efecto, en parte, por medio de una gran serie de formas disociadas que obran como instrumentos."

Traducción: D. Francisco de Montoliu
Notas: José Melián y Chaippi
Diseño de cubierta: Studio Symbol

Edita: TEOREMA, S.A.
Avda. República Argentina, 248
Barcelona-23
Tel. 212-3497

Impreso en España/ Printed in Spain

I.S.B.N.: 84-85958-25-X
Depósito legal:B-2056-1983

Nota

Debido a que esta colección se propone reunir una serie de textos antiguos, en el caso de este libro se tomó una traducción de primeros de siglo, produciéndose así un desfasaje: en todo el texto se menciona *buddhismo*, en tanto para la cubierta hemos preferido la forma más moderna de *budismo*.

El Editor

PREFACIO DE LA EDICIÓN CON NOTAS

Desde que este libro fué por primera vez publicado, al principio de 1883, he adquirido numerosas noticias referentes a muchos de los problemas de que se ocupa. Pero tengo la satisfacción de decir que tales enseñanzas posteriores, revelan únicamente lo incompleto de mi concepto original de la doctrina esotérica, y en manera alguna error material.

A la verdad, he recibido del mismo gran Adepto, de quien he obtenido mi instrucción la primera vez, la certeza de que el libro, tal como en la actualidad se presenta, es una exposición fiel y digna de fe del esquema de la Naturaleza, tal como los iniciados en la ciencia oculta la comprenden, y la cual puede ser con el tiempo en gran parte ampliada, si el interés que suscita resulta ser bastante vivo para provocar una demanda acentuada de enseñanzas de esta especie por parte del mundo en general; pero nunca tendrá que ser co-

rregida o vuelta a modelar (1). En vista de esta seguridad, parece más conveniente que exponga mis conclusiones últimas y mis informes adicionales, en forma de notas correspondientes a cada una de las ramas del asunto, más bien que fundirlas en el texto original, en el cual, en las circunstancias actuales, no quisiera introducir alteración alguna. Por lo tanto, este es el plan que he adoptado en la edición presente.

Como aportando mi reconocimiento indirecto de la armonía general que existe entre estas enseñanzas y los dogmas filosóficos reconocidos de ciertas otras grandes doctrinas del pensamiento indio, puedo aquí hacer referencia a las críticas de este libro, que fueron publicadas en el periódico indio *The Theosophist*, en Junio de 1883, por "Un indio Brahman". Se queja el autor de que al interpretar yo la doctrina esotérica, he prescindido, sin necesidad, de la nomenclatura sánscrita aceptada; pero su objeción significa únicamente que he dado, en algunos casos, nombres poco familiares a ideas ya encarnadas en las sagradas escrituras índicas, y que he honrado en

(1) Esta opinión entendemos que puede ser verdad sólo hasta cierto punto, porque una de las características de las enseñanzas esotéricas, es que varían de aspecto a medida que se profundizan; ni más ni menos que lo que sucede con las verdades de la Naturaleza a medida que se conocen mejor. — *(N. de J. M.)*

exceso el sistema religioso comúnmente conocido como Buddhismo, presentándolo más íntimamente relacionado con la doctrina esotérica que ninguno de los otros. "La sabiduría popular de la mayor parte de los indios del día", dice mi crítico Brahman, "participa más o menos de la doctrina esotérica enseñada en el libro de Mr. Sinnett, llamado EL BUDDHISMO ESOTÉRICO, mientras que no existe una sola aldea o caserío en toda la India, en donde el pueblo no esté más o menos enterado de las sublimes doctrinas de la filosofía vedantina...

...Los efectos de Karma en el próximo nacimiento, el goce de sus frutos buenos o malos, en un estado subjetivo o espiritual de existencia, anterior a la reencarnación de la mónada espiritual en éste o en algún otro mundo, el vagar de las almas no saciadas, o de los cascarones humanos en la tierra (Kama Loka), los períodos praláyicos y manvantáricos... no son sólo inteligibles, sino que, además, para muchísimos indios son familiares bajo nombres diferentes de los usados por el autor de EL BUDDHISMO ESOTÉRICO." Es mucho mejor que así sea, me permito replicar, desde el punto de vista de los lectores occidentales, para quienes debe ser por completo indiferente el que las regiones esotéricas induístas o buddhista, estén más o menos cercanas a la ciencia espiritual absolutamente verdadera, la cual

no debe, en verdad, llevar nombre alguno que parezca hacerla solidaria, en el mundo externo, a una fe más que a otra. Todo lo que podemos nosotros desear en Europa, es llegar a una clara comprensión de los principios esenciales de aquella ciencia; y si en este libro encontramos definidos tales principios, los cuales, según los representantes de más de una de las grandes creencias orientales, constituyen las verdades existentes en el fondo de todos sus diversos sistemas, nos encontraremos tanto mejor dispuestos a creer que la exposición de estas doctrinas es digna de nuestra atención.

Respecto a la queja de que las enseñanzas, aquí reducidas a una forma inteligible, están incorrectamente descritas por el nombre que este libro lleva, no puedo hacer nada mejor que citar la nota con que el editor del *Theosophist* contesta a su redactor Brahman. Esta nota dice: "Damos a la prensa la carta anterior por expresar en lenguaje cortés y de una manera hábil, las opiniones de un gran número de nuestros hermanos indios. Al mismo tiempo, debe decirse que el nombre de BUDDHISMO ESOTÉRICO fue dado a la última publicación de Mr. Sinnett, no porque la doctrina en ella expuesta pretenda estar especialmente identificada con cualquiera forma de fe particular, sino porque *Buddhismo* significa la doctrina de los *Buddhas*, los Sabios, o sea la Religión de la Sabiduría."

Por mi parte, no necesito añadir que acepto y admito plenamente esta explicación del asunto. Sería, en verdad, un concepto erróneo del designio a que este libro responde, el suponer que tiene por objeto recomendar al gusto del *dilettante* moderno modos de pensamiento religioso pertenecientes al Mundo Antiguo. Las formas externas y fantasías religiosas, pueden ser en una época un poco más puras, pueden durante otra estar un poco más corrompidas, pero invariablemente se adaptan a su tiempo, y sería una extravagancia el imaginar que pueden substituirse unas por otras. Esta declaración no se hace con la esperanza de convertir en buddhistas a los secuaces de cualquiera de los demás sistemas, sino para proporcionar a los pensadores que nos lean, tanto en Oriente somo en Occidente, una colección de ideas de capital importancia, referentes a las verdades efectivas de la Naturaleza y a los hechos reales del progreso del hombre a través de la evolución, y que habiendo sido comunicadas al autor por filósofos orientales, se amolda así más fácilmente al Oriente.

En cuanto al valor de estas enseñanzas, quizá se apreciará mucho mejor cuando nos apercibamos con mayor claridad de que su carác-

ter es más científico que controvertible. Las verdades espirituales, si son verdades, pueden evidentemente ser tratadas con un espíritu no menos científico que las reacciones químicas. Y ningún sentimiento religioso, de cualquier color que sea, ha de perturbarse necesariamente por la importación al depósito general del conocimiento, de descubrimientos nuevos acerca de la constitución y naturaleza del hombre en el plano de sus más altas actividades. La religión verdadera encontraría eventualmente un procedimiento para asimilarse muchos y recientes conocimientos, del mismo modo que siempre concluye por admitir una mayor ampliación en el conocimiento correspondiente al plano físico. Puede esto, a primera vista, desconcertar nociones asociadas con las creencias religiosas, del mismo modo que en un principio la ciencia geológica puso en aprieto a la cronología bíblica. Pero con el tiempo fueron viendo los hombres que la esencia de los asertos bíblicos no reside en el sentido literal de los pasajes cosmológicos del Antiguo Testamento, y los conceptos religiosos se purificaron muchísimo con el auxilio que de esta manera les fué prestado. Del mismo modo, cuando los conocimientos de la ciencia positiva empiecen a abarcar una comprensión de las leyes referentes al desenvolvimiento espiritual del hombre, algunos conceptos erró-

neos de la Naturaleza, durante largo tiempo confundidos con la religión, podrán tener que desecharse, pero, a pesar de todo, se encontrará que las ideas fundamentales de la verdadera religión, han sido tanto más aclaradas y robustecidas gracias a aquel mayor conocimiento. Especialmente, a medida que esta circunstancia se acentúe, las disensiones internas del mundo religioso serán inevitablemente dominadas. La lucha entre sectas puede sólo ser debida a la deficiencia por parte de los sectarios rivales para asimilarse hechos fundamentales. Ojalá pueda llegar un día en que las ideas fundamentales en que la religión se apoya, sean comprendidas con la misma certeza que comprendemos algunas leyes físicas primarias, y en que las diferencias de opinión acerca de las mismas, sean consideradas como ridículas por todas las personas ilustradas; entonces no habrá lugar a las acres divergencias del sentimiento religioso. Las manifestaciones externas del sentimiento religioso diferirán todavía en los diferentes climas y entre razas distintas, como difieren el régimen y los trajes; pero semejantes diferencias no producirán el antagonismo intelectual.

En mi opinión, los hechos fundamentales de la clase indicada, son desarrollados en la exposición de la ciencia espiritual que hemos obtenido ahora de nuestros amigos orientales.

Es completamente inútil para los pensadores religiosos, apartarse de ellos bajo la impresión de que son argumentos en favor de algún credo oriental con preferencia a la creencia occidental más generalizada. Si la ciencia médica descubriese un hecho nuevo acerca del cuerpo del hombre, si revelase algún principio hasta entonces oculto, en el que se fundase el crecimiento de la piel, de la carne y de los huesos, este descubrimiento no sería considerado como usurpando el dominio de la religión. ¿Podría considerarse, por ejemplo, invadido el dominio de la religión por un descubrimiento que hiciese conocer mejor la acción de los nervios revelando una serie más delicada de actividades que manipulan a aquéllos como manipulan ellos a los músculos? De todos modos, aunque un descubrimiento semejante pudiese ser un principio de reconciliación entre la ciencia y la fe, ningún hombre que permita a sus facultades superiores tomar una parte activa en sus pensamientos religiosos, desecharía un hecho positivo de la Naturaleza plenamente demostrado, como hostil a la religión. Siendo un hecho, inevitablemente se ajustaría a todos los demás hechos, así como a la verdad religiosa. Tal sucede con la gran masa de conocimientos referentes a la evolución espiritual del hombre, comprendida en la presente exposición.

Nuestro modo mejor de proceder, es preguntar, antes de fijarnos en el trabajo que doy a la publicidad, no si se acomoda bajo todos sus aspectos con opiniones preconcebidas, sino si realmente nos hace conocer una serie de hechos naturales relacionados con el crecimiento y desarrollo de las más elevadas facultades del hombre. Si es así, podemos sabiamente examinar los hechos, primero con espíritu científico, y dejarles luego que ejerzan más tarde sus consiguientes efectos razonables y legítimos en las crencias colaterales.

Ramificándose, a medida que la exposición procede, en muchas direcciones, se verá que el aserto principal que ahora se da a la publicidad, constituye una teoría antropológica que completa y espiritualiza las nociones ordinarias de la evolución física. La teoría que traza el desenvolvimiento del hombre, por medio de sucesivos y graduales progresos de las *formas* animales, de generación en generación, es una teoría muy estéril y miserable, considerada como una declaración que comprende a la creación entera; pero, debidamente entendida, facilita el camino para la comprensión del proceso concurrente superior que hace evolucionar el alma del hombre en el reino espiritual de la existencia. La actual exposición del asunto, reconcilia el sistema evolucionario con el anhelo, profundamente arraigado

en todas las entidades conscientes, por la perpetuidad de la vida individual. Las series sin cohesión de *formas* progresivas existentes en esta tierra, no tienen individualidad, y la vida de cada una es, a su vez, una operación separada, que no encuentra en la próxima y similar operación, compensación ninguna por los sufrimientos que acompañan a la misma; ninguna justicia, ningún fruto de sus esfuerzos. Apenas puede argüirse en el supuesto de una nueva e independiente creación de un alma humana, cada vez que una nueva forma humana es producida por desenvolvimiento fisiológico, que en los estados espirituales, posteriores de esta alma, la justicia será satisfecha; pero, entonces, este concepto no concuerda con la idea fundamental de la evolución, la cual hace depender, o cree hace depender en cada caso el origen del alma de las operaciones de la materia, altamente evolucionada. Ni deja de estar también en oposición con las analogías de la Naturaleza; pero sin entrar en este asunto, basta, por el momento, percibir que la teoría de la evolución espiritual, tal como está expuesta en las enseñanzas de la ciencia esotérica, se armoniza en todo caso con estas analogías, mientras que al mismo tiempo coincide satisfactoriamente con las exigencias de la justicia, y satisface la demanda instintiva, por la continuación de la vida individual.

Esta teoría reconoce la evolución del alma como un proceso que es por completo continuo en sí mismo, aunque llevado a efecto, en parte, por medio de una gran serie de formas disociadas que obran como instrumentos. Dejando a un lado por ahora la metafísica profunda de la teoría que remonta el origen del principio de vida, a la primera causa original del cosmos, nos encontramos al alma, como entidad, surgiendo del reino animal y pasando a las formas humanas más primitivas, sin estar todavía preparada en aquel tiempo para la más elevada vida intelectual con que estamos familiarizados, gracias al estado presente de la humanidad. Pero, debido a las sucesivas encarnaciones en las formas, las cuales en su progreso físico, bajo la ley darwiniana, están constantemente adaptándose para ser su habitación a cada vuelta a la vida objetiva, adquiere gradualmente aquella enorme cantidad de experiencia, cuya resultante es su más elevado desenvolvimiento. En los intervalos que tienen lugar entre sus encarnaciones físicas, prolonga, desenvuelve y finalmente agota o transforma en proporcionado desenvolvimiento abstracto, las experiencias personales de cada vida. Esta es la clave para la explicación verdadera de aquella dificultad aparente que pesa sobre la forma más cruda de la teoría de la reencarnación, que la especulación inde-

pendiente ha presentado algunas veces. Los hombres no tienen conciencia de las vidas por las que han pasado anteriormente, y sostienen, por lo tanto, que las vidas subsiguientes no pueden ofrecerles compensación alguna por la presente. No se dan cuenta de la enorme importancia del estado espiritual intermedio, en el cual de ningún modo olvidan las aventuras y emociones personales, por las que han pasado, y durante el cual transforman a éstas en otros tantos progresos cósmicos. En las páginas siguientes, se intenta la elucidación de este misterio, profundamente interesante, y se verá que este punto de vista de los sucesos, por los que en la actualidad pasamos, es, no sólo una solución de los problemas de la vida y de la muerte, sino también de muchas de las enigmáticas experiencias, que tienen lugar en la región media que a estas dos condiciones divide — o más bien, entre la vida física y la espiritual — y que tanto han embargado la atención, y sobre las que tanto se ha venido especulando en los últimos años, en los países más civilizados.

PREFACIO DE LA EDICIÓN ORIGINAL

Las enseñanzas comprendidas en el volumen presente, inundan de luz las cuestiones relacionadas con la doctrina buddhista, que han llenado de perplejidad a los escritores que se han ocupado de esta religión, y ofrecen por vez primera al mundo una clave práctica para el significado de casi todo el antiguo simbolismo religioso. Más todavía; una vez propiamente comprendida la doctrina esotérica, se verá que posee razones poderosísimas para que todo pensador serio le conceda su atención. Sus principios no nos son presentados como la invención de algún fundador o profeta. Su testimonio no está basado en ninguna escritura. Sus opiniones acerca de la Naturaleza, han sido desarrolladas gracias a los trabajos de una serie inmensa de investigadores, calificados para su obra, por la posesión de facultades y percepciones espirituales de un orden mucho más elevado que las pertenecien-

tes a la humanidad ordinaria. En el transcurso de los tiempos, la masa de conocimientos así acumulados, concernientes a los orígenes del mundo y del hombre, y a los destinos postreros de nuestra raza — referentes también a la naturaleza de otros mundos, y a estados de existencia diferentes de los que pertenecen a nuestra vida presente — comprobados y examinados en cada uno de sus aspectos, y constantemente sujetos a minucioso examen, ha llegado a ser considerada por sus custodios, como constituyendo la verdad absoluta, en lo que se refiere a las cosas espirituales, al estado real de los hechos en las vastas regiones de actividad vital, más allá de esta terrena existencia.

La filosofía europea, ya se refiera a la religión o a la metafísica pura, se ha visto sujeta durante tanto tiempo a la falta de seguridad en las especulaciones que traspasan los límites de la experimentación física, que los pensadores prudentes apenas si consideran ya como objetivo razonable de investigación, la verdad absoluta acerca de las cosas espirituales; pero en Asia han adquirido otros hábitos de pensamiento. La doctrina secreta, que en extensión considerable tengo la oportunidad de exponer, es considerada, no sólo por sus partidarios, sino por gran número de los que nunca han esperado conocer otra cosa de ella sino

saber que existe, como una mina de conocimientos, por completo dignos de fe, de los cuales todas las religiones y filosofías, han derivado lo que poseen de verdad, y con las que toda religión debe coincidir, si pretende ser un modo de expresión de la verdad.

Esto es, sin duda, una pretensión atrevida, pero me aventuro a declarar que lo que en este libro expongo es de importancia inmensa para el mundo, por cuanto creo que aquella pretensión puede ser substanciada.

No digo que dentro de los límites de este volumen pueda probarse la autenticidad de la doctrina esotérica. Semejante prueba no puede presentarse por ningún proceso de argumentación, sino sólo por el desenvolvimiento en cada individuo de por sí, de las facultades requeridas para la observación directa de la Naturaleza en la senda indicada. Pero esta conclusión *prima facie,* puede ser determinada por la importancia que tengan para el individuo las opiniones que se van a exponer acerca de la Naturaleza, y por las razones que existen para confiar en los poderes de observación de aquellos que me las han comunicado.

Se supondrá, quizá, que la magnitud misma de la presente pretensión en favor de la doctrina esotérica, hace salir este aserto fuera de la región de las investigaciones a que se refiere su título; investigación referente al sig-

nificado real e interno de la religión definida y específica llamada Buddhismo. El hecho es, sin embargo, que el Buddhismo Esotérico, aunque en modo alguno divorciado de relaciones con el Buddhismo Exotérico, no debe concebirse como constituyendo un mero *impérium in imperio* — una escuela central de cultura en el vórtice del mundo Buddhista. En la proporción en que el Buddhismo se retira a las internas *penetralias* de su fe, se las encuentra a éstas en las *penetralias* internas de otras creencias. Las concepciones cósmicas y el conocimiento de la Naturaleza, sobre las cuales no sólo descansa el Buddhismo, sino que constituyen el Buddhismo Esotérico, constituyen del mismo modo el Brahamanismo esotérico. Y la doctrina esotérica es así considerada por todos los sectarios "iluminados" (en el sentido Buddhista) de las creencias, como la verdad absoluta en lo concerniente a la Naturaleza, al Hombre, al origen del Universo y a los destinos hacia los cuales sus habitantes tienden. Al mismo tiempo, el Buddhismo Esotérico ha permanecido en unión más íntima con la doctrina exotérica que cualquiera de las otras religiones populares. La exposición de la ciencia interna, presentada a los lectores ingleses de hoy en día, se asociará, por tanto, irresistiblemente por sí misma, con los bosquejos familiares de las en-

señanzas buddhistas. Comunicará ciertamente a éstos una significación viviente que, en general, parece faltarles, pero esto mismo contribuirá a hacer que la doctrina secreta sea más convenientemente estudiada en su aspecto buddhista; aspecto, además, que ha sido tan fuertemente impreso sobre la misma desde los tiempos de Gautama el Buddha, que aunque la esencia de la doctrina date de una antigüedad muchísimo más remota, el colorido buddhista ha penetrado su substancia por completo. Lo que yo voy a presentar ante el lector es Buddhismo Esotérico, y, para estudiantes europeos, que por vez primera le conozcan, resultaría como improcedente cualquiera otra designación.

La exposición de las doctrinas que trato de presentar debe ser considerada por el lector en su conjunto, antes de que pueda comprender el por qué los iniciados en la doctrina esotérica consideran como de asombrosa magnitud la concesión que implica la revelación presente del bosquejo general de esta doctrina. Sin embargo, este sentimiento se comprende fácilmente, considerando lo muy sagrado que han sido siempre las íntimas y vitales verdades de la Naturaleza para sus antiguos custodios. Hasta el presente, esta santidad ha prescrito su ocultación absoluta del rebaño profano. Y en todo aquello en que este siste-

ma de ocultación, tradición de siglos innumerables, va siendo en la actualidad abandonado por el nuevo sistema que indica la aparición de este volumen, será visto con sorpresa y con pena por un gran número de discípulos iniciados. El someter a la crítica, que puede ser a veces torpe e irreverente, doctrinas que hasta el día han sido consideradas por tales personas como de importancia verdaderamente majestuosa, para que se hable de ellas, excepto en circunstancias de apropiada solemnidad, les parecerá una terrible profanación de los grandes misterios. Considerando este libro desde el punto de vista europeo, sería poco razonable esperar que pueda librarse de la acostumbrada dureza con que las ideas nuevas son tratadas. Y las convicciones especiales o el fanatismo vulgar, pueden hacer que algunas veces en el caso presente tal conducta se torne en particularmente hostil. Y aunque, a pesar de todo esto, el dar a luz tales conocimientos sea cosa natural para los expositores europeos como yo, será mirado con gran dolor y disgusto por sus más antiguos y regulares representantes. Con pena apelarán a la sabiduría de la regla sancionada por el tiempo que, en el antiguo y simbólico estilo prohibe a los iniciados arrojar margaritas a puercos.

Felizmente, según creo yo, no se ha permitido que la regla rigiese por más tiempo en perjuicio de todos aquellos que, a pesar de estar todavía muy lejos de ser iniciados, en el culto sentido de la palabra, han llegado probablemente a estar en disposición, por la pura fuerza de la cultura moderna, de poder apreciar tal concesión.

Parte de las materias contenidas en las páginas que siguen, fueron primero publicadas en forma fragmentaria en el *Theosophist,* revista mensual publicada en Madrás por los directores de la Sociedad Teosófica. Como casi todos los artículos a que me refiero han sido escritos por mí, no he vacilado en incluir porciones de los mismos en el volumen presente, cuando así ha convenido. Así se ha obtenido cierta ventaja, mostrando cómo las separadas piezas del mosaico, por vez primera presentadas al público, se ajustan naturalmente a sus lugares respectivos en el (comparativamente) ya concluído pavimento.

La doctrina o sistema, en la actualidad revelada a grandes rasgos, ha sido tan celosamente guardada hasta ahora, que ninguna clase de investigaciones literarias, aunque hubiesen escudriñado la India entera, hubieran podido dar a luz la menor partícula de las doctrinas aquí reveladas. Han sido por fin dadas al mundo por la libre voluntad de aquellos en cuya custodia hasta hoy han permanecido.

Nada hubiera podido arrancarles la primera letra de la misma.

Unicamente, después de leer estas explicaciones, es como su actitud en general, respecto de sus actuales revelaciones o a su reticencia anterior, podrían criticarse o tan siquiera comprenderse. Las opiniones acerca de la Naturaleza ahora expuestas, son de todo punto extrañas para los pensadores europeos; la manera de proceder de los graduados en la ciencia esotérica, resultado de su larga intimidad con estas opiniones, debe ser considerada en relación con el alcance peculiar de la doctrina misma.

En cuanto a las circunstancias, gracias a las cuales estas revelaciones fueron por vez primera presentadas en el *Theosophist,* y ahora completadas y expuestas como verán nuestros lectores, basta decir por el momento que la Sociedad Teosófica, por medio de la cual, y gracias a mi relación con la misma, han venido a mis manos las materias contenidas en este volumen, debe su establecimiento a ciertas personas que se cuentan entre los custodios de la ciencia esotérica. La información que se da por fin a luz en beneficio de los que están en estado de recibirla, se ha decidido que se presentase al mundo por medio de la Sociedad Teosófica, desde la fundación de la misma, y sólo circunstancias posteriores, me han indicado a mí como el agente, por cuyo medio esta comunicación podía hacerse de un modo conveniente (1).

Permítaseme añadir, que no me considero como el único expositor de la verdad esotérica para el mundo externo durante esta crisis. Estas enseñanzas constituyen la aparición, en lo que al conocimiento filosófico se refiere, de las relaciones que con el mundo externo han sido establecidas por los custodios de la verdad esotérica *por mi conducto;* y sólo por razón de los actos e intenciones de estos instructores esotéricos, que decidieron obrar por medio de mí, es por lo que poseo cierto determinado conocimiento. Pero, en diferentes sentidos, algunos otros escritores han emprendido, al parecer, la exposición en beneficio del mundo — y, según creo, en armonía con un vasto plan, del cual este volumen es una parte — de las mismas verdades que, bajo otros aspectos, tengo la mi-

(1) Elección cuyo gran acierto no es difícil de percibir, teniendo en cuenta que se trataba de comunicar al mundo de Occidente, verdades que hasta entonces habían sido patrimonio casi exclusivo del de Oriente; pues entendemos que Mr. Sinnett reunía las cualidades más apropiadas para tal misión, o sean: un desarrollo espiritual que le hacía asimilarse esas verdades como tales, y una mentalidad perfectamente occidental, por cuyo medio podían aquéllas asumir la forma occidental de expresión filosófica-científica, clara y precisa, sin la cual no podían ser inteligibles para la mayor parte de las gentes a que estaban destinadas.— *(N. de J. M.)*

sión de revelar. Probablemente la gran actividad existente hoy día en las especulaciones literarias referente a problemas que transcienden los límites de la ciencia física, puede también, en cierto modo, haber provocado aquella conducta por parte de los grandes depositarios de la verdad esotérica, de la cual mi propio libro es ciertamente una manifestación. Por otra parte, el ardor en la actualidad demostrado, en las "Investigaciones psíquicas", por los hombres distinguidos y cultísimos que están a la cabeza de la sociedad que se dedica en Londres a tal objeto, es — según mi íntima convicción, conociendo como conozco algo, respecto del modo cómo las aspiraciones espirituales del mundo están secretamente influídas por aquellos cuyos trabajos se verifican en ese departamento de la Naturaleza — el evidente fruto de esfuerzos paralelos a los que más directamente me conciernen y a los que me hallo consagrado.

Sólo me resta hacer constar, respecto del tratado que a continuación viene, que no tengo la menor pretensión en lo que se refiere a la perfección del lenguaje con el que está expuesto. Una mayor familiaridad con el vasto y complicado esquema de la cosmogonía revelada sugerirá, indudablemente, perfeccionamientos en la fraseología empleada en su exposición. Dos años hace ni yo, ni ningún

otro europeo (1), conocíamos el alfabeto de la ciencia expuesta aquí por vez primera, bajo una forma científica — o por lo menos sujeta a una tentativa en esta dirección —, la ciencia de las Causas Espirituales y de sus Efectos, de la Conciencia Suprafísica, de la Evolución Cósmica. Aunque las ideas habían empezado a ofrecerse al mundo, con un disfraz más o menos embarazoso de místico simbolismo, no se había intentado hasta hace dos años por ningún instructor esotérico, presentar la doctrina en su clara pureza abstracta. A medida que progresaba mi propia instrucción en este sentido he tenido que inventar frases y sugerir palabras como equivalentes a las ideas que en mi mente se presentaban. Disto mucho de estar convencido de que en todas ocasiones he forjado las mejores frases posibles, ni que he encontrado las palabras más claras y expresivas. Por ejemplo: al principio de la obra, nos vemos ya en la necesidad de dar algún nombre a los varios elementos o atributos de que se compone el ser humano completo. "Elemento" sería una palabra imposible de usar, por ra-

(1) Cuando el autor escribió esta frase no tuvo presente, sin duda, el hecho de que tanto en Europa como en las demás partes del mundo, han existido siempre ocultistas más o menos avanzados para quienes estas doctrinas no eran desconocidas, pero cuyos conocimientos y poderes han permanecido siempre en la sombra. — *(N. de J. M.)*

zón de la confusión que se originaría a causa del uso que de la misma se hace en otros sentidos; y lo menos sujeto a objeciones me ha parecido ser la palabra "principio", si bien, para un oído educado en las sutilezas de la expresión metafísica, este término sonará de un modo muy poco satisfactorio en algunas de sus presentes aplicaciones. Muy posible es que, andando el tiempo, la nomenclatura occidental de la doctrina esotérica se desenvuelva mucho más de lo que yo he construído ya de un modo provisional. La nomenclatura oriental es mucho más perfecta; pero el sánscrito metafísico parece embarazar penosamente al traductor, aunque la culpa, según mis amigos indios me aseguran, no es del sánscrito, sino del lenguaje en el que pretenden expresar en la actualidad la idea sánscrita. En ocasiones encontraremos que, con el auxilio del griego, que nos es familiar, puede asimilarse mejor la nueva doctrina — o más bien la primitiva doctrina, tal como ha sido recientemente revelada — de lo que en Oriente se ha supuesto era posible.

CAPÍTULO PRIMERO

INSTRUCTORES ESOTÉRICOS

Naturaleza de la exposición presente. — Seclusión de la Ciencia oriental. — Los Arhats y sus atributos. —Los Mahatmas. — Los Ocultistas en general. — Místicos aislados. — Yogis inferiores. — Educación oculta. — El gran Objeto. — Sus consecuencias incidentales. — Concesiones presentes.

Las materias contenidas en las páginas que siguen no constituyen una colección de inferencias deducidas del estudio. Presento ante mis lectores conocimientos que he obtenido por medio del favor, más bien que por el esfuerzo. No se encontrará por este motivo que su valor desmerezca en lo más mínimo; me atrevo, al contrario, a declarar que éste será considerado incalculablemente más grande, teniendo en cuenta la facilidad con que los he obtenido, que los resultados, que los métodos ordinarios de investigación me hubieran

podido proporcionar, aunque hubiese poseído en su grado más elevado lo que no pretendo poseer en modo alguno, sease — ciencia Oriental.

Todo el que conoce la literatura india, y todavía más, cualquiera que en la India ha tenido interés en hablar con naturales del país, ilustrados acerca de asuntos filosóficos, estará enterado de la convicción general en Oriente, de que existen hombres que saben más acerca de filosofía en la más elevada acepción de la palabra, o sea la ciencia del verdadero conocimiento en las cosas espirituales, que lo que puede encontrarse registrado en todos los libros. En Europa la noción de secreto aplicada a la ciencia es tan repulsiva al instinto prevaleciente, que la primera tendencia de los pensadores europeos es negar la existencia de aquello que miran con tanto disgusto. Pero las circunstancias me han asegurado plenamente, durante mi permanencia en la India, que la convicción a que acabo de referirme es perfectamente fundada, y al fin he tenido el privilegio de recibir una masa muy considerable de instrucción acerca de la, hasta hoy, ciencia secreta, sobre la cual los filósofos orientales han meditado en silencio hasta la fecha; instrucción que hasta ahora, sólo ha sido comunicada a estudiantes preparados para penetrar en las regiones del secreto, y

permaneciendo sus instructores muy tranquilos respecto de la duda en que han quedado los demás investigadores, acerca de si existía o no algo de importancia que aprender de ellos.

Compartiendo en un principio esa antipatía por la antigua regla de conducta oriental, en lo que a la ciencia se refiere, llegué, sin embargo, a apercibirme de que la antigua ciencia oriental era realmente una verdad importante. Puede ser excusable considerar las uvas como verdes cuando están por completo fuera de alcance, pero sería locura persistir en tal opinión si un amigo de estatura elevada pudiese coger un racimo y las encontrase dulces.

Por razones que se verán en el transcurso de esta obra, la masa considerable de enseñanzas, hasta entonces secretas, que el presente volumen contiene, me ha sido comunicada, no ya con las condiciones normales, sino con el fin expreso de que a mi vez las comunicase al mundo sin reservas.

Sin la luz de la ciencia oriental, hasta ahora secreta, es imposible por sólo el estudio de su literatura, hasta el presente publicada en inglés o en sánscrito, que ni aun las inteligencias más claras puedan comprender las doctrinas internas y el significado verdadero de cualquiera religión oriental. Esta afirmación no lleva consigo reproche alguno hacia los escritores

ilustrados y laboriosos de gran ingenio que han estudiado las religiones orientales en general, y especialmente el Buddhismo, en sus aspectos externos. El Buddhismo, sobre todo, es una religión que ha gozado de una existencia doble desde el principio mismo de su introducción en el mundo. La significación real interna de sus doctrinas, ha sido mantenida apartada de los estudiantes no iniciados, mientras que sus enseñanzas externas han sido meramente presentadas a la multitud como un código de lecciones morales, con una literatura simbólica y velada que indicaba la existencia de conocimientos tras de la misma.

A la verdad, esta ciencia secreta es con mucho, anterior al paso de Gautama el Buddha por la vida terrena. La filosofía brahmánica, en épocas anteriores a Buddha, comprendía la misma doctrina que en la actualidad puede llamarse Buddhismo Esotérico. Sus contornos, a la verdad, se habían borrado y sus formas científicas habían sido parcialmente confundidas; pero la masa general de conocimientos estaba ya en posesión de unos pocos elegidos antes de que Buddha viniese a participar de los mismos. Buddha, sin embargo, emprendió la tarea de revisar y restaurar la ciencia esotérica del círculo interno de iniciados, lo mismo que la moralidad del mundo externo. Las circunstancias en las cua-

les esta obra se verificó han sido muy mal comprendidas, ni sería inteligible una verdadera explicación de aquéllas sin aclaraciones, que previamente proporcionase un examen de la misma ciencia esotérica.

Desde el tiempo de Buddha hasta hoy, la ciencia esotérica a la cual nos referimos, ha sido celosamente guardada como una preciosa herencia perteneciente sólo a los miembros regularmente iniciados de asociaciones misteriosamente organizadas. Estos, en lo que al Buddhismo se refiere, son los Arahats, o más propiamente, los Arhats, a los cuales se hace referencia en la literatura buddhista. Ellos son los iniciados que recorren el "cuarto sendero de santidad" del cual se habla en los escritos buddhistas. Mr. Rhys Davids, refiriéndose a la multiplicidad de textos originales y a las autoridades sánscritas, dice: "Pueden llenarse páginas con las alabanzas impregnadas de un sentimiento temeroso y de éxtasis que en los escritos buddhistas se prodigan a este estado de la mente, el fruto del cuarto sendero, el estado de un Arahat, de un hombre perfecto con arreglo a la fe buddhista." Y después de hacer una serie de citas procedentes de autoridades sánscritas, dice:--"Para aquel que ha llegado al final del sendero y pasado más allá de la tristeza; que se ha libertado por sí mismo de todo y que se ha

desprendido de todas las cadenas, no existe ya la inquietud ni el disgusto... Para él no hay ya más nacimientos... hállase gozando del Nirvana. Su antiguo Karma está exhausto, no ha producido Karma alguno nuevo; su corazón está libre de anhelos por una vida futura y no generando nuevos deseos, ellos, los sabios, se han extinguido a manera de una lámpara." Estos párrafos y todos los que a ellos se parecen, conducen, después de todo, a los lectores europeos a una idea enteramente falsa en lo que se refiere a la especie de persona que un Arhat es en realidad; a la vida que lleva mientras está en la tierra y a la que le espera más adelante. Pero la elucidación de estos puntos puede ser diferida por el momento. Primeramente pueden exponerse otros párrafos procedentes de tratados esotéricos que demuestran qué es lo que generalmente se supone ser un Arahat.

Mr. Rhys Davids, hablando de *Jhana* y *Samadhi* (la creencia de que era posible, por medio de la intensa absorción de sí mismo, alcanzar facultades y poderes sobrenaturales) dice: "En todo a lo que llegan mis noticias no se registra ningún caso de nadie, ya sea un miembro de la orden, ya un asceta brahman que haya adquirido estos poderes. Un Buddha siempre los ha poseído; si los Arahats, *como tales*, pueden verificar los milagros es-

peciales en cuestión, o si de entre los mendicantes sólo los Arahats, o únicamente los Asckhas pueden llevarlos a efecto, es cosa que en la actualidad no está clara." En las fuentes de información que acerca del asunto han sido hasta ahora exploradas, muy poco es lo que se encuentra claro. Pero yo meramente me limito a mostrar que la literatura buddhista rebosa de alusiones referentes a la grandeza y poderes de los Arhats. En cuanto a un conocimiento más íntimo de lo que a ellos se refiere, circunstancias especiales nos lo deben proporcionar con las explicaciones requeridas.

Mr. Arthur Lillie, en BUDDHA Y BUDDHISMO PRIMITIVO nos dice: — "Seis facultades sobrenaturales se requerían del asceta antes de que pudiera pretender el grado de Arhat. A ellas se alude constantemente en los Sutras, como a las seis facultades sobrenaturales, y generalmente sin ninguna más especificación... El Hombre posee un cuerpo compuesto de los cuatro elementos... en este cuerpo transitorio su inteligencia está encadenada; encontrándose el asceta así confundido, dirige su mente a la creación del *Manas*. El se representa a sí mismo en pensamiento, otro cuerpo creado de este cuerpo material, un cuerpo con una forma, miembros y organos. Este cuerpo es al cuerpo material lo que la espada es a la vaina; o como una serpiente saliendo

de un cesto en el que se hallase confinada. El asceta entonces, purificado y perfeccionado, empieza a poner en práctica facultades sobrenaturales. Se encuentra en disposición de pasar al través de obstáculos materiales como muros, murallas, etc.; es capaz de lanzar su fantástica aparición en muchos lugares al mismo tiempo... puede abandonar este mundo y hasta alcanzar el cielo del mismo Brahma... Adquiere el poder de oir los sonidos del mundo invisible tan distintamente como los del mundo fenomenal, y aun más distintamente en realidad.

También, por medio del poder de *Manas*, es capaz de leer los pensamientos más secretos de los demás y de dar cuenta de sus caracteres." Y así sucesivamente con los demás ejemplos. Mr. Lillie no ha adivinado con exactitud la naturaleza de la verdad existente tras esta versión popular de los hechos; pero en rigor no hay necesidad de citar más para demostrar que los poderes de los Arhats y su penetración en las cosas espirituales son respetados por el mundo buddhista del modo más profundo, por más que los mismos Arhats se hayan mostrado singularmente poco dispuestos a favorecer al mundo con autobiografías o relaciones científicas acerca de los "seis poderes sobrenaturales".

Algunas sentencias de la reciente traducción de Mr. Hocy, de la obra del doctor Oldenberg: *Buddha: su Vida, su Doctrina, su Orden,* pueden encajar convenientemente en este sitio, después de lo cual seguiremos adelante. Leemos: "La proverbial filosofía buddhista", atribuye, en innumerables párrafos, la posesión del Nirvana al *santo* que todavía pisa la tierra: "El discípulo que se ha desembarazado de la sensualidad y del deseo, rico en sabiduría, ha logrado aquí en la tierra librarse de la muerte; ha alcanzado el reposo, el Nirvana, el estado eterno. El que ha escapado de los laberintos difíciles y sin huellas del Samara, que ha cruzado y llegado a la orilla, en sí mismo absorbido, sin tropiezos ni dudas, que se ha librado por sí mismo de lo terreno y ha alcanzado el Nirvana, a aquel le llamo yo un verdadero Brahman." Si el *santo* quiere poner fin a su estado de existencia puede hacerlo, pero la mayor parte continúan en él hasta que la Naturaleza ha alcanzado su término; acerca de éstos pueden decirse aquellas palabras puestas en boca del más eminente de los discípulos de Buddha: "No deseo la muerte, no deseo la vida, espero llegue mi hora como un sirviente aguarda su salario."

La multiplicación de citas semejantes equivaldría sencillamente a repetir en formas distintas los conceptos exotéricos concernientes

a los Arhats. Como todos los hechos y pensamientos del Buddhismo, el Arhat tiene dos aspectos: uno bajo el cual se presenta el mundo en general, y otro en el que vive, se mueve y existe. En lo que a la estimación popular se refiere, es un santo aguardando un galardón espiritual de la especie que el vulgo puede comprender, un productor de maravillas por medio del favor de agentes sobrenaturales. En realidad, es el custodio, por largo tiempo probado, de la filosofía más profunda y recóndita de la religión fundamental que Buddha renovó y restauró, y un investigador de la ciencia natural situado en la misma cumbre del conocimiento humano, no sólo en lo que a los misterios del espíritu se refiere, sino también en todo lo que con la constitución material del mundo se relaciona.

Arhat es una designación buddhista. La que es más familiar en la India, en donde los atributos correspondientes al estado de Arhat no están necesariamente asociados con las profesiones del Buddhismo, es Mahatma. La India está saturada de narraciones acerca de los Mahatmas. Los más antiguos son, generalmente, llamados Rishis; pero los términos son sinónimos, y yo he oído aplicar el título de Rishis a hombres hoy día vivos. Todos los atributos de los Arhats que se describen en los escritos buddhistas, están

mencionados con no menos reverencia en la literatura india que los de los Mahatmas, y fácilmente podría este volumen llenarse con traducciones de libros del país refiriendo hechos milagrosos verificados por aquellos a quienes la historia y la tradición conocen por tal nombre.

En realidad, los Arhats y los Mahatmas son los mismos hombres. En aquella altura de espiritual exaltación el conocimieto supremo de la doctrina esotérica confunde todas las distinciones sectarias originales. Por cualquier nombre que tales *illuminati* se denominen, son los Adeptos de la ciencia oculta, llamados algunas veces ahora en la India los Hermanos y los Custodios de la ciencia espiritual, la cual les ha sido confiada por sus predecesores.

En vano sería que registrásemos la literatura antigua y moderna en busca de cualquier explicación sistemática de su doctrina o ciencia. Una buena parte de ésta está obscuramente expuesta en los escritos ocultos; pero muy poco de la misma es de utilidad para los lectores que emprenden la tarea sin conocimientos previos adquiridos independientemente de los libros. Debido al favor de la instrucción directa de uno de entre ellos, puedo yo ahora intentar un bosquejo de las enseñanzas de los Mahatmas, y del mismo modo es como he ad-

quirido lo que se, concerniente a la organización a que la mayor parte de ellos, hasta los más grandes, pertenecen en la actualidad.

En todo el mundo existen ocultistas de distintos grados de eminencia, e igualmente fraternidades ocultas, las cuales tienen mucho de común con la fraternidad directora establecida en el Thibet. Pero todas mis investigaciones acerca del asunto, me han convencido de que la Fraternidad Thibetana, es incomparablemente la más elevada de tales asociaciones y, como tal, considerada por todas las demás, dignas a su vez de ser tenidas como realmente "iluminadas" en el sentido oculto de la palabra. Existen, a la verdad, en la India muchos místicos aislados que a la vez que se han educado a sí mismos no tienen conexión con las asociaciones ocultas. Muchos de éstos dicen que ellos llegan a mucha mayor altura en iluminación espiritual que los Hermanos del Thibet o que cualquier otra gente de la tierra. Pero el examen de semejantes pretensiones, en todos los casos que se me han presentado, creo que conduciría a cualquier profano imparcial, por poco calificado que estuviera por su propio desenvolvimiento personal para juzgar acerca de la iluminación oculta, a la conclusión de que aquellas pretensiones son por completo infundadas. Por ejemplo: conozco a un natural de la India, hombre de educación

europea, que goza de un pingüe sueldo del Gobierno; de buena posición social; que posee un carácter elevado, y que es respetado de un modo poco frecuente por los europeos que con él están relacionados en la vida oficial. Esta persona únicamente concede a los Hermanos del Thibet un segundo lugar en el mundo de la iluminación espiritual. El primer lugar lo considera ocupado por una persona que ya no está en este mundo: su propio maestro oculto en vida, de quien resueltamente asegura que fué una encarnación del Ser Supremo. Sus propios (de mi amigo) sentidos internos fueron despertados por este Maestro, de modo que las visiones del estado extático, en el cual puede todavía sumirse a voluntad, son para él la única región espiritual en la cual se siente interesado. Convencido de que el Ser Supremo fué su instructor personal, y de que continúa todavía siéndolo en su estado subjetivo, es naturalmente insensible a toda indicación de que sus impresiones pueden ser desnaturalizadas en razón de su mal dirigido desenvolvimiento psicológico. Por otra parte, los devotos de gran ilustración que uno encuentra ocasionalmente en la India, que edifican su concepto de la Naturaleza, del Universo y de Dios, sobre una base por completo metafísica, y que han desenvuelto sus sistemas por la fuerza pura del

pensamiento trascendental, toman algún reconocido sistema de filosofía como base y lo amplían de tal modo, que únicamente un metafísico oriental podría soñarlo. Adquieren discípulos, que depositan en ellos una fe implícita, y fundan su pequeña escuela, la cual florece durante cierto tiempo dentro de sus propios límites; pero la filosofía especulativa de tal naturaleza es más bien una ocupación para la inteligencia que un saber verdadero. Tales "Maestros", comparados con los Adeptos organizados de la más elevada fraternidad, son como simples barcas comparadas con los transatlánticos—medios útiles de locomoción en su propio lago o río, pero no embarcación en la cual se puede confiar para un gran viaje de exploración al través del Océano.

Descendiendo a un nivel más bajo aún en la escala, nos encontramos en todas partes de la India, con yogis y fakires, en todos los grados de propio desenvolvimiento; desde el de los sucios salvajes, muy poco superiores a los gitanos que acuden a nuestras carreras de caballos a decir la buenaventura, al de hombres en cuya reclusión sería muy difícil para un extranjero penetrar, y cuyas anormales facultades y poderes sólo necesitan ser vistos o experimentados, para dar al traste con la incredulidad de los más batalladores

representantes del moderno escepticismo occidental. Los investigadores superficiales confunden con mucha facilidad a tales personas con los grandes Adeptos, de quienes han oído hablar vagamente.

Sin embargo, en lo que a los verdaderos Adeptos se refiere, no puedo en la actualidad aventurarme a decir nada acerca de lo que es la Organización Thibetana en sus más altas autoridades directoras. Estos mismos Mahatmas, acerca de los cuales podrán formar un concepto más o menos adecuado los lectores que pacientemente me lean hasta el fin, están subordinados en sus diversos grados al jefe de todos ellos. Ocupémonos más bien de las primeras condiciones de la educación oculta, lo cual puede comprenderse con más facilidad.

El grado de elevación que constituye un hombre, llamado en el mundo un Mahatma o un "Hermano", se alcanza únicamente después de prolongada y fatigosa probación y de ansiosas pruebas de una severidad realmente terrible. Hay quien ha pasado veinte, treinta o más años de intachable y ardua devoción, dedicado a la tarea que ha emprendido, y a pesar de ello se halla todavía en los primeros grados de su *chelado,* contemplando las alturas del Adeptado a la misma distancia por encima de su cabeza. Y en cualquier edad

que un niño o un hombre se dedique a la carrera oculta, es, entiéndase bien, sin reservas de ningún género y por toda su vida. La tarea que emprende es el desenvolvimiento en sí mismo de muchas facultades y atributos que a causa de estar por completo latentes en la masa de la humanidad, su verdadera existencia no es sospechada, negándose la posibilidad de su desenvolvimiento. Y estas facultades y atributos, deben ser desarrollados por el mismo chela, con muy poca ayuda, si es que hay alguna, fuera de la dirección de su maestro. "El Adepto, dice un aforismo oculto, se hace a sí mismo; no se le convierte en tal." Puede ilustrarse este punto con referencia a lo que sucede en un ejercicio físico muy común. Todo hombre que posea el uso ordinario de sus miembros, puede nadar; pero sumérjase a aquellos que, según un dicho vulgar, no pueden nadar en aguas profundas, y se ahogarán. El mero procedimiento de mover los miembros, no es misterio ninguno; pero a menos que el nadador al moverlos posea la plena convicción de que tales movimientos producirán el resultado apetecido, éste no se logra. En este caso sólo tenemos que ver con fuerzas meramente mecánicas, pero el mismo principio se aplica a las fuerzas más sutiles. A la verdad, la mera "confianza" conduce al neófito oculto, mucho más lejos de

lo que el vulgo generalmente imagina. ¡Cuántos lectores europeos permanecerían por completo incrédulos si se les refiriesen algunos resultados que los chelas ocultos, de los grados más incipientes de su educación, tienen que obtener por la sola fuerza de la confianza, y, sin embargo, oyen constantemente en la iglesia los familiares asertos bíblicos de que el poder reside en la fe, y dejan que las palabras pasen como el viento, sin dejar impresión alguna!

El gran fin y objeto del Adeptado, es lograr el desenvolvimiento espiritual, cuya naturaleza está sólo velada y disfrazada en las frases comunes del lenguaje exotérico. Decir que lo que el Adepto pretende es unir su alma con Dios, para poder, por lo tanto, entrar en el Nirvana, es un aserto que no tiene significación definida para el lector ordinario, y cuanto más la examine con el auxilio de libros y métodos comunes, es probable que tanto menos será capaz de comprender la naturaleza del proceso de que se trata o del estado deseado. Es necesario, en primer lugar, conocer el concepto esotérico de la Naturaleza y el origen y destinos del Hombre, todo lo cual difiere por completo de los conceptos teológicos, antes de que pueda hacerse inteligible una explicación del fin que el Adepto persigue. Mientras tanto, es conveniente que desde

el principio mismo tratemos de sacar al lector de los errores respecto de los objetos del Adeptado, en los que es muy probable haya caído.

El desenvolvimiento de estas facultades espirituales, cuyo cultivo se relaciona con los más elevados objetos de la vida oculta, proporciona, a medida que progresa, mucho conocimiento incidental relacionado con leyes físicas de la Naturaleza en general, no comprendidas todavía. Este conocimiento y el arte práctico de manipular ciertas fuerzas obscuras de la Naturaleza, que es su consecuencia, confiere a un Adepto, y hasta a los discípulos de un Adepto en un grado relativamente incipiente de su educación, poderes muy extraordinarios, cuya aplicación a asuntos de la vida diaria da lugar en ocasiones a resultados que parecen por completo milagrosos; y desde el punto de vista ordinario la adquisición de un poder, en apariencia milagroso, es un resultado tan estupendo que la gente se encuentra dispuesta a creer que el objeto del Adepto, al buscar los conocimientos que obtiene, no ha sido otro que investirse con estos codiciados poderes. Tal creencia sería tan razonable como el decir de cualquier gran patriota de historia militar, que su objeto al ser soldado fué llevar un brillante uniforme e impresionar la imaginación de las niñeras.

El método oriental para el cultivo del saber ha diferido siempre diametralmente del seguido en Occidente durante el desarrollo de la ciencia moderna. Al paso que Europa ha investigado la Naturaleza tan públicamente como ha sido posible, discutiéndose cada paso con la más absoluta libertad y circulando inmediatamente cada nuevo hecho adquirido para beneficio de todos, la Ciencia asiática ha sido estudiada en secreto y sus conquistas celosamente guardadas. No es necesario que intente la defensa o la crítica de estos métodos. Pero como quiera que sea, este modo de conducirse ha sido relajado hasta cierto punto en mi propio caso, y, como ya he dicho, tengo el pleno consentimiento de mis instructores para seguir ahora el impulso de mis propias inclinaciones como europeo, comunicando lo que yo he aprendido a todos los que deseen recibirlo. Posteriormente se verá en ello cómo la transgresión de las reglas ordinarias del estudio oculto, comprendida en las concesiones en la actualidad hechas, cae naturalmente en su lugar debido en el esquema completo de la filosofía oculta. El acceso a aquella filosofía ha estado siempre, en cierto sentido, abierto a todos. A través del mundo entero ha sido vagamente difundida por varios medios, la idea de que cierto proceso de estudio, que algunos hombres siguen actualmente acá y acu-

llá, podía conducir a la adquisición de una clase de conocimientos más elevados que los que generalmente se enseñan a la humanidad en los libros o por medio de públicos predicadores religiosos. El Oriente, como ya se ha dicho, ha estado siempre más que vagamente impregnado de esta creencia, pero aun en Occidente, la masa entera de literatura simbólica referente a astrología, alquimia y misticismo en general, ha fermentado en la sociedad europea llevando a unas pocas inteligencias, particularmente receptoras y calificadas, la convicción de que detrás de toda esta falta de sentido, superficialmente incomprensible, grandes verdades permanecen ocultas. A estas personas, tal excéntrico estudio ha revelado algunas veces párrafos ocultos que conducían a los más grandes de los reinos imaginables del saber. Pero hasta ahora, en todos estos casos, con arreglo a la ley de estas escuelas, tan pronto como el neófito forzaba el paso de la región del misterio, le era impuesto el secreto más inviolable respecto de todo lo relacionado con su entrada en la misma y con sus progresos ulteriores. En Asia, del mismo modo, el "chela" o discípulo de ocultismo, tan pronto como se convierte en tal chela cesa de ser un testigo de la realidad de la ciencia oculta. Me he quedado asombrado al ver, así que empecé a ocuparme de este

asunto, cuán numerosos son semejantes chelas. Pero es imposible imaginar acto humano más improbable que la no autorizada revelación por parte de cualquiera de tales chelas a los profanos, de su calificación de tal; y así es como la gran escuela esotérica de filosofía conserva su seclusión con éxito completo.

En un libro anterior, *El Mundo Oculto,* he hecho un completo y fiel relato de las circunstancias bajo las cuales me puse en relación con los hombres de dotes elevadísimas y profundamente instruídos, de quienes obtuve las enseñanzas que este volumen contiene. No necesito, pues, repetir la historia. Ahora me presento dispuesto a ocuparme del asunto desde un nuevo punto de vista. La existencia de Adeptos ocultos y la importancia de sus adquisiciones pueden establecerse por medio de dos diferentes clases de argumentos: en primer lugar, valiéndonos de la evidencia externa, del testimonio de testigos calificados, de la manifestación de personas relacionadas con Adeptos de facultades anormales que ofrezcan algo más que una mera presunción de la existencia de conocimientos de anormal amplitud; y, en segundo lugar, por la presentación de una parte considerable de estos conocimientos, suficientes para dar la seguridad intrínseca de su propio valor. Mi primer libro seguía el primero de estos métodos: aho-

ra, emprendo la tarea más seria de trabajar en el segundo.

ANOTACIÓN

Cuanto más progresamos en el estudio del ocultismo, tanto más exaltados son, bajo muchos aspectos, nuestros conceptos acerca de los Mahatmas. La comprensión completa de la manera como estas personas llegan, al cabo de largo tiempo, a diferenciarse de la especie humana en general, no es cosa que pueda lograrse con sólo el auxilio del esfuerzo intelectual. Existen aspectos de la naturaleza del Adepto que están en relación con el extraordinario desenvolvimiento de los más elevados principios del hombre, los cuales no pueden ser comprendidos por la aplicación de los inferiores. Pero mientras que los crudos conceptos que al principio se forman distan mucho de alcanzar el nivel verdadero de los hechos, surge una curiosa complicación del problema, debido a la deficiencia de aquéllos. Nuestra primera idea de un Adepto, que ha logrado el poder de penetrar los tremendos secretos de la Naturaleza espiritual, está modelada sobre nuestros conceptos acerca de un hombre de ciencia de grandes dotes en nuestro propio plano. Nos encontramos dispuestos a creer de él, que una vez que es

Adepto tiene que serlo en todo momento, esto es, como a un ser humano muy exaltado, que debe necesariamente poner en juego en todas las ocasiones de su vida, los atributos que como a Mahatma le corresponden. De este modo, como ya anteriormente hemos indicado, no lograremos ciertamente, por más que hagamos, hacer justicia en nuestros pensamientos a sus atributos como Mahatma; podemos muy fácilmente caer en el extremo opuesto en nuestra idea acerca de él en su aspecto humano ordinario, y llenarnos de perplejidad a medida que empezamos a familiarizarnos con las características del mundo oculto. Precisamente a causa de que los más altos atributos del Adeptado están en relación con los principios de la Naturaleza humana, que trascienden por completo los límites de la existencia física, es por lo que el Adepto o Mahatma puede únicamente ser tal, en la más alta acepción de la palabra, cuando está, como se dice, "fuera del cuerpo", o de todos modos en un estado anormal obtenido por su propia voluntad. Cuando no tiene por qué entrar en tal estado ni salir por completo fuera de las limitaciones de su prisión carnal, se parece mucho más a un hombre ordinario, que lo que la experiencia de sus discípulos, acerca de alguno de sus aspectos, podría inducirles a suponer.

La apreciación correcta de este estado de cosas, explica la contradicción aparente, envuelta en la posición del discípulo oculto hacia sus Maestros, comparada con alguna de las declaraciones que el Maestro mismo hace frecuentemente. Por ejemplo, los Mahatmas persisten en asegurar que no son infalibles; que ellos son hombres como el resto de nosotros, quizá con una comprensión de la Naturaleza algo más amplia que la generalidad de la humanidad, pero, a pesar de todo, capaces de equivocarse tanto en la dirección de los asuntos prácticos con que pueden estar relacionados, como en su apreciación de los caracteres de otros hombres, o en la apreciación de la capacidad de los candidatos para el desenvolvimiento oculto (1). Pero ¿cómo podemos

(1) Creemos exageradas estas apreciaciones, aunque proviniesen de los mismos Adeptos; pues un Mahatma, si bien no es absolutamente infalible, pudiera, relativamente a nosotros, ser considerado como infalible desde el momento en que con su visión normal interna penetra la esencia íntima de *todas* las cosas, tanto espirituales como materiales, siendo para El el alma humana como un libro abierto en todas sus páginas, así como igualmente las Causas y los Efectos en todos los planos de nuestra Cadena planetaria. Lógicamente considerado, para el poseedor de semejantes facultades y conocimientos, que sólo de un modo muy vago podemos apreciar, debe ser mucho más difícil equivocarse en cualquier género de apreciación que a nosotros acertar, aun en aquello que mejor creemos conocer; porque en realidad, todo lo más que conocemos, y de un modo muy imperfecto por cierto, es el aspecto meramente superficial de un número limitado de cosas. Finalmente, como hoy es sabido, el Ocultista o Adepto, de cualquier grado que sea, dispone en todo

conciliar afirmaciones de esta naturaleza con el principio fundamental, existente en el fondo de toda investigación oculta, que exige al neófito que confíe en absoluto y sin ningún género de reserva en las enseñanzas y dirección de su Maestro? La solución de la dificultad se encuentra en el estado de cosas, al cual antes nos hemos referido. Si bien el Adepto puede ser un hombre capaz de equivocarse de un modo sorprendente algunas veces, en lo que a los asuntos mundanos se refiere, lo mismo que entre nosotros algunos de los más grandes genios están expuestos a cometer errores en su vida ordinaria, que quizá no cometería nunca la gente vulgar, de otra parte, así que un Mahatma trata de los más elevados misterios de la ciencia espiritual lo hace en virtud del ejercicio de sus atributos de Mahatma y, en lo que a éstos se refiere, difícilmente puede considerársele como capaz de equivocarse.

Esta consideración nos permite sentir que la confianza que puedan merecernos las enseñanzas derivadas de una fuente, como las que

momento dentro o fuera de su cuerpo físico de todos los sentidos y facultades psíquicos y espirituales que haya desarrollado, los cuales puede usar a voluntad del mismo modo, pero con mucho mayor dominio que nosotros nuestros imperfectos sentidos y facultades físicas. — *(N. de J. M.)*

han inspirado el volumen presente, está por completo fuera del alcance de los pequeños incidentes que en el progreso de nuestra experiencia hagan, al parecer, necesaria la rectificación de aquella confianza entusiasta en la sabiduría suprema de los Adeptos, que evoca generalmente el primer acceso al estudio del ocultismo.

No quiere decir esto que tal entusiasmo y reverencia puede *disminuir* realmente por parte de ningún chela oculto a medida que se agranda su comprensión del mundo en que penetra. El hombre que en uno de sus aspectos es un Mahatma, puede más bien ser conducido dentro de los límites de la afectuosa consideración humana que privado de sus derechos a la reverencia, por la consideración de que en su vida ordinaria no está absolutamente por encima del nivel común de los sentimientos humanos, como algunas de sus nirvánicas experiencias podrían inducirnos a creer.

Si tenemos siempre presente que un Adepto lo es sólo verdaderamente cuando está ejerciendo funciones de tal, y que en el ejercicio de las mismas puede elevarse a la relación espiritual con todo aquello que constituye, a lo menos dentro de la esfera de nuestro sistema solar, lo que en la práctica significa para nosotros la omnisciencia, nos libraremos entonces

de muchos de los errores a que las dificultades del asunto pueden dar lugar.

Puede aquí decirse algo referente a la para nosotros intrincada naturaleza del Adepto, lo cual sería difícil de comprender, sin referirse a algunos de los últimos capítulos de este libro; pero como tiene esto tanta importancia para todo cuanto se refiera a la comprensión de lo que realmente es el Adeptado, será conveniente ocuparnos aquí de ello. La doble naturaleza del Mahatma es tan completa que algo de su influencia o sabiduría en los más elevados planos de la Naturaleza, puede ser atraída por aquellos que están en particulares relaciones psíquicas con él, sin que el Mahatma-hombre ni siquiera se dé cuenta en aquel momento de que hayan apelado a él de tal modo. Teniendo esto presente, estamos en libertad de especular acerca de la posibilidad de que la relación entre el Mahatma-espiritual y el Mahatma-hombre puede algunas veces ser más bien de la naturaleza de lo que a veces se llama en los escritos esotéricos, cobijar *(overshadowing)*, más bien que como una encarnación en la completa acepción de la palabra.

Por otra parte, como otra complicación independiente del asunto, debemos apreciar el hecho que cada Mahatma no es meramente un *ego* humano en un estado muy exaltado, sino

que pertenece por decirlo así, a algún departamento específico de la gran economía de la Naturaleza. Cada Adepto debe pertenecer a uno u otro de los siete grandes tipos del Adeptado; pero aunque podemos inferir casi con certeza que pueden trazarse correspondencias entre estos distintos tipos y los siete principios del hombre, no me atrevería a intentar una elucidación completa de esta hipótesis. Será lo suficiente aplicar la idea a lo que conocemos vagamente acerca de la organización oculta en sus más altas regiones. Hace algún tiempo que en escritos esotéricos se ha afirmado que existen cinco grandes Chohans o Mahatmas superiores, presidiendo sobre toda la fraternidad de Adeptos. Cuando se escribió el capítulo anterior de este libro, me hallaba bajo la impresión de que un jefe supremo y situado además en un nivel distinto, ejercía autoridad sobre estos cinco Chohans; pero ahora me parece que este personaje más bien debe ser considerado como un sexto Chohan, cabeza de un sexto tipo de Mahatmas, y esta conjetura conduce a otra inferencia o sea, que debe existir un séptimo Chohan para completar las correspondencias que así discernimos. Pero así como el séptimo principio en la Naturaleza o en el hombre es un concepto del orden más intangible que elude el poder de cualquiera inteligencia, y que sólo

podría describirse en nebulosas frases de metafísica nada inteligibles, podemos, por lo tanto, estar bien seguros de que el séptimo Chohan se halla a la verdad, fuera de toda comprensión de las inteligencias no educadas en tales materias. Pero él, sin duda alguna, desempeña un papel en aquello que puede ser llamado la más elevada economía de la Naturaleza espiritual; siendo mi creencia que tal personaje es, a veces, visible para algunos de los otros Mahatmas. Pero la especulación en lo que al mismo se refiere es valiosa; principalmente, como ayuda para dar consistencia a la idea anteriormente expresada, según la cual, los Mahatmas pueden ser comprendidos, en su verdadero aspecto, como fenómenos necesarios de la Naturaleza, sin los cuales la evolución de la humanidad difícilmente podría ser imaginada como avanzando y no meramente como hombres excepcionales que han llegado a un estado de gran exaltación espiritual.

CAPÍTULO II

La constitución del hombre

Cosmogonía esotérica. — Por dónde empezar. — Marchando hacia atrás desde el Hombre al Universo. — Análisis del Hombre. — Los siete Principios.

Un examen de la Cosmogonía, tal como la comprende la ciencia oculta, debe necesariamente preceder a todo intento de explicación de los medios por los cuales se ha llegado a adquirir el conocimiento de esa misma Cosmogonía. Los métodos de investigación esotérica son el resultado de hechos naturales que la ciencia exotérica desconoce por completo. Estos hechos naturales están relacionados con el desenvolvimiento prematuro de facultades en los Adeptos ocultos, las cuales no ha desarrollado todavía la humanidad en general; y estas facultades facilitan a su vez a sus poseedores la exploración de los misterios de la Naturaleza y la comprobación de las doctrinas esotéricas en la manifestación de su

grandioso designio. El estudiante práctico de ocultismo puede desarrollar primeramente sus facultades y aplicarlas después a la observación de la Naturaleza; pero para los lectores occidentales que sólo buscan la comprensión intelectual, debe preceder la consideración de los sentidos internos que emplea la investigación oculta antes de entrar en la exposición de la teoría de la Naturaleza. Por otra parte, el examen de la Cosmogonía, tal como es comprendida por la ciencia oculta, sólo puede ser ordenada científicamente a costa de que resulte poco inteligible para los lectores europeos. Para empezar por lo primero debemos procurar comprender cuál era el estado del Universo antes de que se iniciase la evolución en él. Esto no lo descuidan en modo alguno los estudiantes esotéricos; más adelante, en el curso de este esbozo, se harán algunas indicaciones concernientes a la opinión que el ocultismo sostiene acerca de los primitivos procesos, por los cuales la materia cósmica pasa en su marcha evolucionaria. Pero la ordenada exposición de los procesos más primitivos de la Naturaleza llevaría consigo referencias a la constitución espiritual del hombre, la cual no sería comprendida sin alguna explicación preliminar.

La ciencia esotérica reconoce siete principios distintos en la constitución del hombre.

La clasificación difiere de un modo tan absoluto de todo aquello con que los lectores europeos están familiarizados, que, naturalmente, se me pedirán las bases en que el ocultismo se apoya para llegar a una evolución semejante. Pero en razón de las peculiaridades inherentes al asunto, que más adelante serán comprendidas, debo pedir para esta ciencia oriental que doy a conocer, cierta atención, por decirlo así, de clase oriental, por lo menos en un principio.

Los sistemas oriental y europeo de transmitir los conocimientos difieren por completo. El de Occidente incita y provoca a cada momento el instinto de controversia del que aprende. Es animado a disputar y a resistir a la convicción.

Se le prohibe aceptar ninguna afirmación científica sólo por la autoridad. *Pari pasu,* a medida que va adquiriendo conocimientos, debe aprender la manera cómo se adquieren aquéllos, y se le hace opinar que ningún hecho es digno de ser conocido, a menos de que conozca al mismo tiempo la manera de probarlo como tal hecho. El método oriental dirige a sus discículos de un modo completamente distinto. Reconoce la necesidad de probar sus enseñanzas como el Occidente, pero proporciona pruebas de un género por completo diferente. Pone al estudiante en disposición de

investigar la Naturaleza por sí mismo y de comprobar sus enseñanzas en aquellas regiones en las que la filosofía occidental sólo puede penetrar por medio de la especulación y del argumento. Jamás se toma el trabajo de argüir acerca de nada. Dice: "El hecho es así y así; he aquí la llave de los conocimientos; ahora anda y observa por ti mismo." De este modo sucede que la enseñanza *per se* no es nunca nada más que enseñanza por la autoridad. La enseñanza y la prueba no van mano a mano; se siguen una a otra en el orden debido. Otra consecuencia de este método es que la filosofía oriental emplea el sistema que en el Occidente ha sido desechado, por buenas razones, como incompatible con nuestra propia senda de desarrollo intelectual: el sistema de raciocinar de lo general a lo particular. A la verdad, semejante sistema no respondería a los efectos que la ciencia europea se propone generalmente, pero creo que cualquiera que vaya lejos en la presente investigación, comprenderá que el sistema de raciocinar desde los detalles de la ciencia a inferencias generales es inaplicable a la cuestión de que se trata. No se pueden comprender detalles en esta rama de conocimientos hasta que adquiramos una idea general del esquema entero de las cosas. Hasta el comunicar esta comprensión general sólo por me-

dio del lenguaje es una tarea enorme y nada fácil. Detenerse a cada momento de la exposición con objeto de recoger toda evidencia conducente a probar cada aserto de por sí sería prácticamente imposible. Semejante método acabaría con la paciencia del lector y le impediría deducir, como podría hacerlo de un tratado más condensado, ese concepto definido respecto de lo que la doctrina esotérica quiere enseñar, y el cual me corresponde evocar y expresar.

Esta reflexión puede sugerir de paso un nuevo punto de vista que tiene íntima conexión con el asunto presente de los sistemas de raciocinio platónico y aristotélico. El sistema de Platón, descrito a grandes rasgos como raciocinando de lo universal a lo particular, es condenado por los hábitos modernos en favor del segundo y exactamente inverso sistema. Pero Platón estaba encadenado al intentar defender su sistema. Todas las razones nos inducen a creer que su familiaridad con la ciencia esotérica era la que originaba su método, y que las usuales restricciones que sobre él pesaban como ocultista iniciado, le prohibían decir todo lo que hubiera podido realmente justificarlo. Nadie que estudie la ciencia oculta que este volumen contiene, y que luego eche una ojeada sobre cualquier resumen concienzudo del sistema de Platón, de-

jará de encontrar correspondencias a cada paso.

Los más elevados principios de la serie que constituyen al hombre no están completamente desenvueltos en la humanidad que conocemos; pero un hombre completo o perfecto se resolvería en los elementos siguientes. Para facilitar la aplicación de estas explicaciones a los escritos ordinarios exotéricos buddhistas se dan también los nombres sánscritos de estos principios, así como los términos apropiados en nuestro lenguaje (1):

1.	El Cuerpo	Rupa.
2.	Vitalidad	Prana o Jiva.
3.	Cuerpo Astral . .	Linga Sharîra.
4.	Alma Animal. . .	Kama Rupa.
5.	Alma Humana . .	Manas.
6.	Alma Espiritual. .	Buddhi.
7.	Espíritu	Atma (2).

(1) La nomenclatura aquí adoptada, difiere ligeramente de la que se dió, cuando algunas de las presentes enseñanzas se expusieron por vez primera en forma fragmentaria en el *Theosophist*. Después, se verá que los hombres en la actualidad preferidos encarnan un concepto más completo de todo el sistema y evitan algunas dificultades a que los nombres primitivos daban origen. No debe extrañar que las primeras exposiciones de la ciencia esotérica fuesen imperfectas, pues eran una consecuencia natural de las dificultades bajo las cuales sus expositores ingleses trabajaban. Pero no hay que confesar ni deplorar error alguno substancial. Los nombres actuales son más precisos que los que en un principio se eligieron, pero las explicaciones originalmente dadas en cuanto a su alcance, estaban por completo en armonía con las que en la actualidad se desenvuelven.

(2) Como quiera que este notable libro se escribió en los comienzos de la Sociedad Teosófica, y que desde entonces se

Cuando unos conceptos tan transcendentales como algunos de los incluídos en este aná-

---

han venido haciendo sucesivas ampliaciones a las revelaciones primitivas, que hasta cierto punto han modificado alguno de los conceptos que se exponen en esta obra, creemos oportuno (sin entrar, sin embargo, en las últimas enseñanzas que se dan en el tercer volumen de *La Doctrina Secreta),* presentar la nomenclatura de los principios constitutivos del hombre, y sus vehículos de conciencia, hoy corrientes en los escritos teosóficos más modernos, a fin de evitar las posibles confusiones que alguna aparente contradicción pudiera ocasionar a los lectores principiantes en el estudio de las enseñanzas ocultas.

Principios constitutivos del Hombre

Nomenclatura castellana		*Nomenclatura sánscrita*
1.º CUERPO DENSO . .	*Cuerpo físico* .	STHÛLA SHARÎRA.
2.º DOBLE ETÉREO . .		LINGA SHARÎRA.
3.º VITALIDAD. . . .		PRANA.
4.º MENTE INFERIOR . .	*Alma humana*	MANAS INFERIOR.
5.º MENTE SUPERIOR. .		MANAS SUPERIOR.
6.º ALMA ESPIRITUAL		BUDDHI.
7.º ESPÍRITU		ATMÂ.

Vehículos de Conciencia

CUERPO DENSO . .	Vehículo en el plano físico denso y centro de actividad de los sentidos físicos.
DOBLE ETÉREO . .	Vehículo del Principio Vital y de las fuerzas dinámicas en general que obran sobre el cuerpo denso; y futuro centro de actividad de los sentidos etéreos aun por desarrollar.
CUERPO ASTRAL . .	*(Kama Rupa.)* Vehículo de la Mente Inferior en el Plano Astral.
CUERPO MENTAL. .	Vehículo de la Mente Inferior en los cuatro subplanos inferiores del Plano Mental o Devachánico.
CUERPO CAUSAL : .	Vehículo de la Mente Superior en los tres subplanos superiores del Plano Mental o Devachánico.
CUERPO ESPIRITUAL .	Vehículo del Espíritu o Atmâ.— *(Nota de J. M.)*

lisis se exponen en forma tabular, sufren, al parecer, cierta degradación contra la que debemos estar siempre en guardia al tratar de comprender con claridad lo que se quiere significar. En verdad, sería imposible, aun para el más hábil profesor de la ciencia oculta, exhibir cada uno de estos principios separada y distintamente de los demás, como se hace con los elementos físicos de un cuerpo compuesto al separarlos por medio del análisis, y conservarlos independientes unos de otros. Los elementos de un cuerpo físico están todos en el mismo plano de materia, pero los elementos del hombre residen en planos muy diversos. Los gases más sutiles que puedan entrar en la composición química del cuerpo del hombre hállanse todavía, relativamente al menos, casi en el nivel más material de todos. El segundo principio que por su misión con la materia grosera la cambia de lo que nosotros generalmente llamamos inorgánica, y que podría con más propiedad ser llamada fuerte, en materia viviente, es desde luego, un algo muy distinto de la materia más sutil que conocemos. ¿Es, pues, el segundo principio, algo a lo cual podamos nosotros llamar con razón materia? La cuestión nos conduce así al principio mismo de esta investigación, al fondo de la sutil discusión metafísica, acerca de si la fuerza y la materia son diferentes o idénticas.

Basta, por el momento, asentar que la ciencia oculta las mira como idénticas (1), y que no considera a ningún principio en la Naturaleza como completamente inmaterial. De este modo, aunque ningún concepto del Universo, del destino del hombre o de la Naturaleza en general, puede ser más espiritual que los de la ciencia oculta, esta ciencia está completamente libre del lógico error de atribuir resultados materiales a causas inmateriales. La doctrina esotérica es, en realidad, el eslabón que falta entre el materialismo y la espiritualidad.

La clave para el misterio que esto implica existe, por supuesto, en el hecho, directamente reconocible por los ocultistas expertos, de que la materia existe bajo otros estados además de los que pueden reconocerse por los cinco sentidos.

Por lo tanto, el segundo principio del Hombre, la Vitalidad (2), consiste en la materia en su aspecto como fuerza, y su afinidad para con el estado más grosero de la materia, es tan grande que no puede ser separada de cualquier partícula o masa de la misma como no

(1) Idénticas, en el sentido de que "fuerza" y "materia" son dos aspectos de la Unidad primordial indivisible. — *(N. de J. M.)*

(2) En realidad, la Vitalidad es el tercer principio, por cuanto el segundo debe ser el Doble Etéreo o Linga Sharira como vehículo de aquélla, y así lo exponen las nomenclaturas autorizadas más modernas. — *(N. de J. M.)*

sea por instantánea traslación a alguna otra masa o partícula, cuando el cuerpo del hombre muere por el abandono de sus principios superiores que le habían convertido en una realidad viviente, el segundo, o sea el principio de vida, no constituyendo ya más una unidad por sí misma, es todavía inherente, sin embargo, a las partículas del cuerpo a medida que éste se descompone, uniéndose a otros organismos a los cuales el mismo proceso de descomposición da origen. Entiérrese el cuerpo en la tierra y su *jiva* se unirá por sí mismo a la vegetación que en la superficie brota, a las formas animales inferiores que de su substancia se desenvuelven. Quémese el cuerpo, y el indestructible *jiva* vuela no menos instantáneamente al planeta mismo del cual fué originalmente tomado, entrando en alguna nueva combinación que sus afinidades determinarán (1).

(1) Este orden de ideas podrá quizá estar fundado en las incompletas revelaciones que en aquel tiempo se hicieran al autor, pero las enseñanzas ocultistas o teosóficas que posteriormente se han dado, determinan que el principio Vital que anima al hombre, vuelve, a la muerte de éste, al llamado Océano jívico universal. Cada entidad tiene su principio Vital propio, que enlaza y unifica sus componentes y da el ser a esa entidad como tal. El principio Vital que anima la entidad hombre físico no es el que anima las pequeñas vidas inferiores cuyo agregado constituye el cuerpo, y las cuales tienen un principio Vital propio suyo. Precisamente el hombre muere porque le abandona su principio Vital propio, y desde ese mismo momento el cuerpo humano deja de ser una unidad para convertirse en un montón de unidades que no

El tercer principio, el Cuerpo Astral o Linga Sharîra, es un duplicado etéreo del cuerpo físico, su diseño original (1). El es quien guía a jiva en su trabajo sobre las partículas físicas, y es causa de que éste construya la forma que aquéllas asumen. Vitalizado el mismo por los principios más elevados, su unidad es únicamente conservada por la unión de todo el grupo. A la muerte permanece desencarnado durante un breve período, y bajo condiciones anormales puede hasta ser temporalmente visible para algunas personas. Bajo tales condiciones es tomado, por supuesto, por el espectro de la persona difunta. Las apariciones espectrales pueden algunas veces ser ocasiona-

tardan en separarse y obrar independientemente por haber cesado la acción de la fuerza superior que las regía. Tampoco "vuela al planeta del cual fué originalmente tomado", por cuanto la vitalidad no es generada por la masa física del planeta ni tampoco es éste el depósito de la vida general, sino que él, con todo su contenido, se halla sumergido dentro del Océano jívico, el cual anima todos los cuerpos físicos densos de los tres reinos por medio del doble etéreo de cada cual. Para comprender algo acerca de la naturaleza del *jiva* que anima el plano físico, recomendamos al lector que estudie *Química Oculta,* por Mrs. Annie Besant. — *(N. de J. M.)*

(1) En los primeros tiempos de la publicación de estas enseñanzas se daba, efectivamente, el nombre de "Cuerpo Astral" a este principio, lo cual fué origen de no poca confusión por cuanto lo astral no es lo etéreo. El Doble Etéreo o Linga Sharira, es en realidad el vehículo del principio Vital que corresponde al organismo de que se trata, y esta es su función principalísima, pues, según se desprende de las enseñanzas ocultistas ulteriores, todas las cosas y seres de los tres reinos, desde el mineral al hombre, tienen su doble etéreo propio así como su vitalidad propia. — *(N. de J. M.)*

das por otras causas, pero cuando el tercer principio se presenta como un fenómeno visible es una mera agregación de moléculas en un estado particular que carece de toda especie de vida o de conciencia. Ya no es un ser, como no lo es cualquier nube suspendida en el espacio que casualmente tome la semejanza de algún animal. Hablando en términos generales, el linga sharîra jamás abandona el cuerpo, excepto en la muerte, ni se aparta muy lejos del mismo en este caso. Cuando es visto, lo cual sólo puede suceder raras veces, únicamente será percibido cerca del lugar en donde el cuerpo físico todavía permanece. En algunos y muy peculiares casos de mediumnismo, puede durante un corto tiempo salir del cuerpo físico y ser visible cerca de éste, pero el médium en tales ocasiones permanece durante todo el tiempo en peligro inminente de perder su vida. Perturbar inconscientemente las condiciones bajo las cuales el linga sharîra se ha puesto en libertad, puede impedir su vuelta. En este caso, el segundo principio pronto cesaría de animar el cuerpo físico como una unidad, y la muerte sería la consecuencia.

Hace uno o dos años, mientras indicios y fragmentos de ciencia oculta han estado difundiéndose por el mundo, la expresión "Cuerpo Astral" ha sido aplicada a una cier-

ta semblanza de la forma humana plenamente habitada por sus más elevados principios, la cual puede lanzarse a cualquier distancia del cuerpo físico, proyectada conscientemente y con intención precisa por un Adepto viviente o inconscientemente por medio de la aplicación accidental de ciertas fuerzas mentales a sus principios, poco coherentes, por alguna persona en el momento de la muerte (1).

Para el uso ordinario no existe inconveniente práctico en el empleo de la expresión "Cuerpo Astral" para la apariencia así proyectada; a la verdad, cualquiera expresión más estrictamente precisa, como se verá pronto, sería embarazosa, y debemos usar la frase en ambas significaciones. No es necesario que ninguna confusión se origine; pero estrictamente hablando, el linga sharîra, o tercer principio, es el cuerpo astral, y no puede ser enviado al exterior como vehículo de los principios superiores.

Los tres principios inferiores, como se ve, pertenecen a la tierra; perecederos por su naturaleza, como una entidad aislada, aunque indestructibles respecto a sus moléculas y en absoluto desasociados del hombre a su muerte.

(1) Esta explicación es la que realmente corresponde al término de "Cuerpo Astral" porque determina el vehículo de la Conciencia del Plano Astral. El Adepto, sin embargo, emplea generalmente, para sus excursiones fuera del cuerpo físico, otro vehículo más elevado, o sea, el Mayavî Rupa, que por su naturaleza pertenece más bien al Plano Mental. Sobre este punto véase el interesantísimo tratado *El Plano Astral y el Devachán,* por Mr. Leadbeater. — *(N. de J. M.)*

El cuarto principio es el primero de los que pertenecen a la naturaleza superior. La denominación sánscrita *Kama Rupa,* es con frecuencia traducida como "Cuerpo de Deseo", lo cual parece más bien una expresión confusa y poco precisa. Quizá "Vehículo de la Voluntad", sería una traducción más exacta en lo que se refiere más al sentido que a las palabras, pero el nombre ya adoptado anteriormente, Alma Animal, sugiere una idea más exacta.

En el *Theosophist* de Octubre de 1881, cuando se publicaron las primeras indicaciones acerca de la constitución septenaria del hombre, se llamaba al quinto principio, alma animal, para diferenciarlo del sexto, o "alma espiritual"; pero aunque esta nomenclatura era suficiente para marcar la distinción requerida, degradaba el quinto principio, el cual es esencialmente el principio humano. Aunque la humanidad es animal en su naturaleza, si se la compara con el espíritu, en todos sus demás aspectos hállase por encima de la creación propiamente animal. Introduciendo un nuevo nombre para el quinto principio hacemos retroceder la denominación "alma animal" a su lugar debido. Este arreglo no está en oposición, después de todo, con la apre-

ciación de la manera como el cuarto principio es el asiento de aquella voluntad o deseo a que el nombre sánscrito se refiere. Por otra parte, el Kama Rupa *es* el alma animal, el principio más *desarrollado* de los brutos, susceptible de evolucionar y de convertirse en algo más elevado por su unión con el creciente quinto principio en el hombre, pero de todos modos el alma animal, de la que ningún hombre carece, es el asiento de todos los deseos animales, y una potente fuerza en el cuerpo humano; obrando, por decirlo así, lo mismo hacia arriba que hacia abajo y capaz de influir en el quinto principio para objetos prácticos, lo mismo que de ser influída por él, para su dominio y perfeccionamiento.

El quinto principio, alma humana, o Manas (como se le describe en sánscrito en uno de sus aspectos), es el asiento de la razón y de la *memoria*. Una parte de este principio animada por el cuarto, es lo que en realidad se proyecta a lugares distantes por un Adepto, cuando hace su aparición en lo que se llama comúnmente su cuerpo astral.

En la actualidad el quinto principio o alma humana no está todavía plenamente desarrollado en la mayor parte de la humanidad. Este hecho acerca del desenvolvimiento imperfecto de los principios superiores es muy importante. No podemos concebir con exactitud el

lugar presente del hombre en la Naturaleza, si cometemos el error de considerarle como un ser ya por completo perfeccionado. Y este error sería fatal para cualquiera deducción razonable, concerniente al porvenir que le aguarda; fatal también para cualquiera apreciación del verdadero carácter del porvenir que realmente le espera, según la doctrina esotérica nos explica.

Toda vez que el quinto principio no está aún completamente desarrollado, está de más decir, que el sexto se halla todavía en embrión. Esta idea ha sido indicada de distintas maneras en recientes exposiciones anticipadas de la gran doctrina. Algunas veces se ha dicho que no poseemos en rigor ningún sexto principio, sino que meramente tenemos los gérmenes del mismo. También se ha dicho que el sexto principio no está *en* nosotros, sino que se cierne sobre nosotros; es algo hacia lo que las más elevadas aspiraciones de nuestra naturaleza deben dirigirse. Pero también se ha dicho: Todas las cosas, no el hombre solamente; cada animal, planta o mineral, tienen sus siete principios, y el más elevado de todos, el séptimo, vitaliza a aquel hilo continuo de vida que pasa a través de toda la evolución, uniendo en sucesión definida las casi innumerables encarnaciones de aquella vida que constituye una serie completa. De-

bemos penetrarnos de todos estos distintos conceptos y acoplarlos unos a otros o extraer su esencia para aprender la doctrina del sexto principio. Siguiendo el orden de ideas que justamente acaba de sugerirnos la aplicación del término alma animal al cuarto principio y alma humana al quinto, puede el sexto ser llamado alma espiritual del hombre y el séptimo, por lo tanto, el espíritu mismo.



Bajo otro aspecto de la idea, el sexto principio puede ser llamado vehículo del séptimo, y el cuarto, vehículo del quinto; y otra manera de mirar el problema nos enseña a considerar cada uno de los principios superiores, a contar desde el cuarto hacia arriba, como un vehículo, de lo que en la filosofía buddhista se llama la Vida Una o Espíritu. Según este modo de considerar el asunto, la Vida Una es aquello que perfecciona, habitándolos, los distintos vehículos. En el animal la vida una está concentrada en el *Kama Rupa.* En el hombre empieza del mismo modo a penetrar el quinto principio. En el hombre perfeccionado penetra el sexto, y cuando penetra el séptimo, el hombre cesa de ser hombre y alcanza una condición de existencia por completo superior.

Este último modo de considerar la cuestión es especialmente valioso por precavernos en contra del concepto de que los cuatro principios superiores son a manera de un haz de

palos atados juntos, pero poseyendo cada uno su individualidad si se desatan. Ni el alma animal sola ni la espiritual poseen ninguna individualidad, después de todo; pero, por otra parte el quinto principio no podría separarse de los otros de tal modo que conservase su individualidad, al paso que los otros dos principios quedaban inconscientes. Se ha dicho que hasta los principios más sutiles son materiales y moleculares en su constitución, aunque compuestos por un orden de materia mucho más elevado de lo que pueden apreciar los sentidos físicos, por lo tanto, son separables, y el mismo sexto principio, puede imaginarse como divorciándose de su vecino inferior. Pero en este estado de separación y en el grado presente de desarrollo de la humanidad, podría, en semejante circunstancia, simplemente reencarnarse y desarrollar un nuevo quinto principio por contacto con un organismo humano (1); en semejante caso, el

(1) En los comienzos de estas enseñanzas, sin duda para facilitar la comprensión de este difícil concepto, se explicaba que la entidad que se reencarnaba era el Séptimo y Sexto principios, o sea Atma-Buddhi, más las experiencias espirituales que se había asimilado en cada vida terrena, y de aquí el concepto que expresa el autor del "sexto principio generando un quinto por su contacto con el organismo humano". El caso a que aquí se refiere es el de la separación de la *Triada Superior,* de una entidad humana durante la vida en la tierra y no debe entenderse que esta separación sea únicamente de la mónada Atma-Buddhi. Como este punto de la enseñanza ocultista no es posible desenvolverlo en una

quinto principio se apoyaría y confundiría en el cuarto y sería degradado en proporción. Y a pesar de todo, este quinto principio, que no puede permanecer solo, es lo que constituye la personalidad del hombre (1) y su flor, en unión con el sexto, su continua individualidad al través de las vidas sucesivas.

Las circunstancias y atracciones bajo cuya

simple nota recomendamos a nuestros lectores el tratado *El Hombre y sus Cuerpos,* de Mrs. A. Besant, y tan sólo nos concretaremos a indicar que la *Triada Superior* es la entidad espiritual permanente que reencarna y no únicamente los dos principios superiores, que por sí solos no tienen individualidad alguna, por ser principios *universales.* El vehículo de la Triada Superior es el Cuerpo Causal, que en una nota anterior hemos mencionado entre los vehículos de conciencia, y cuyo conocimiento era por completo *esotérico* en la época en que se escribió este libro. — *(N. de J. M.)*

(1) Por lo visto, cuando se escribió esta obra no se había aún definido claramente la *dualidad* del alma humana y su división en Manas Superior y Manas Inferior, tal como hoy se explican, y menos aún sus dos respectivos vehículos. El quinto principio, propiamente dicho, es el Manas Superior, y tiene como vehículo el Cuerpo Causal; es el *ego* permanente, el *ego* que perdura a través de todo el ciclo de encarnaciones y se le denomina la "Individualidad" en todos los tratados posteriores a esta obra. El Manas Inferior es en realidad el cuarto principio, que tiene por vehículo el cuerpo astral o *Kama Rupa* en el Plano Astral, y el cuerpo mental en los cuatro subplanos inferiores del Plano Mental o Devachán, y se le denomina la "personalidad" por constituir el "yo" de la última vida terrena, el cual concluye por desvanecerse absorbido, en lo que tiene de espiritual, por el quinto principio, o sea el Yo superior, la Individualidad permanente. Este Yo superior está así constituído por el agregado de todos los "yos" personales, así como cada "yo" personal de las respectivas vidas terrestres está constituído a su vez por las experiencias de cada uno de los días de esa vida, separados entre sí por la inconsciencia del sueño de cada noche — *(N. de J. M.)*

influencia los principios se dividen, y la manera como la conciencia del hombre obra en los mismos, será objeto de discusión más adelante. Mientras tanto, se comprenderá mejor el aspecto general de la cuestión ocupándonos primero de los procesos de evolución por medio de los cuales se han desarrollado los principios del hombre, que continuando el proceso de investigación iniciado en las líneas anteriores.

ANOTACIONES

Alguna objeción se ha lanzado contra el método bajo el que la doctrina esotérica es presentada al lector en este libro, fundándose en que es materialista. Dudo yo que por cualquier otro procedimiento las ideas de que trata pudieran ser puestas al alcance de la inteligencia, pero es fácil, una vez comprendidas, traducirlas a los términos propios del idealismo. Los principios superiores podrán considerarse mejor como otros tantos estados diferentes del *ego* cuando los atributos de estos estados hayan sido separadamente considerados como principios sometidos a la evolución. Pero será conveniente que nos detengamos algo en el aspecto de la constitución humana, que presenta la conciencia de la entidad, emigrando sucesivamente al través de los distin-

tos grados de desenvolvimiento que los diferentes principios representan.

En la evolución más elevada, de la cual tenemos que ocuparnos ahora — la de Mahatma perfecto —, se ha asegurado algunas veces en las enseñanzas ocultas que la conciencia del *ego* ha adquirido el poder de residir por completo en el sexto principio. Pero sería una manera errónea de considerar el asunto, además de grosera, suponer que el Mahatma ha desechado por completo, a manera de inútiles envolturas, el cuarto y el quinto principios, en los cuales su conciencia puede haber residido durante anteriores estados de su evolución. La entidad que *era* antes el cuarto o quinto principio, ha llegado ahora a ser diferente en sus atributos y a quedar divorciada por completo de ciertas tendencias o disposiciones, y es, por lo tanto, un sexto principio. El cambio puede ser descrito en términos más generales como una emancipación de la naturaleza del Adepto, de la servidumbre de suyo inferior de los deseos de la vida terrena ordinaria, y hasta de la limitación de los afectos; porque el *ego* que está por completo consciente en su sexto principio ha realizado su unidad con los *egos* de todo el género humano en el plano superior y no puede ya ser atraído por los lazos de la simpatía más hacia uno que a otro. Ha logrado aquel amor hacia la hu-

manidad considerada como un todo, que trasciende al amor de *Maya* o ilusión, que constituye la criatura humana y es causa del sentimiento de separación del ser limitado en los planos inferiores de la evolución. No es que él haya perdido sus cuarto y quinto principios, sino que éstos, a su vez, han alcanzado el Mahatmado; del mismo modo como el alma animal del reino inferior, al alcanzar la humanidad, ha florecido en el quinto estado. Aquella consideración nos ayuda a comprender con mayor precisión el paso de los seres humanos ordinarios a través de las largas series de encarnaciones en el plano físico. Una vez ha penetrado del todo en aquel plano de existencia, la conciencia del hombre primitivo va gradualmente adquiriendo los atributos del quinto principio. Pero el *ego,* en los primeros tiempos, es un centro de actividad mental trabajando principalmente con impulsos y deseos pertenecientes al cuarto grado de evolución. Relámpagos de la razón superior humana le iluminan a intervalos en un principio, pero por grados el hombre más intelectual alcanza la plena posición de aquélla. Los impulsos de la razón humana se afirman cada vez con mayor estabilidad. La mente vigorizada se convierte en la fuerza predominante en la vida. La conciencia es transferida al quinto principio, oscilando, sin embargo, du-

rante mucho tiempo entre las tendencias de la naturaleza inferior y las de la superior; esto es, durante varios períodos de la evolución y varios centenares de vida, purificando y exaltando así gradualmente al *ego*. Durante este tiempo el *ego* constituye así una unidad, considerado desde este punto de vista, al paso que el sexto principio es sólo una potencialidad de desenvolvimiento postrero. Respecto al séptimo principio, éste es el verdadero incognoscible, la causa suprema reguladora de todas las cosas; es el mismo en todos los hombres, el mismo para la humanidad que para el reino animal, el mismo para todos los planos físico, astral, devachánico o nirvánico, de existencia. Ningún hombre ha adquirido *un* séptimo principio, en la acepción superior del asunto: todos nosotros somos cobijados, del mismo incomprensible modo, por *el* séptimo principio del cosmos.

¿Cómo se armoniza esta manera de considerar el asunto con la afirmación hecha en el capítulo anterior de que, en cierto sentido, los principios son separables y que hasta puede imaginarse el sexto como divorciándose de su próximo e inferior vecino y desarrollando, por reencarnación, un nuevo quinto principio por medio del contacto con un organismo humano? No existe incompatibilidad alguna en el espíritu de ambas opiniones. El séptimo prin-

cipio es uno e indivisible en toda la Naturaleza (1), pero, por su medio, existe una misteriosa persistencia de ciertos impulsos de vida, los cuales constituyen así hilos en que sucesivas existencias pueden estar engarzadas (2). Semejante impulso de vida no expira, ni aun en el caso extraordinario supuesto, en que un *ego* por él proyectado y desarrollado hasta cierto punto, se desprenda de él en absoluto y como un todo completo. No estoy yo en situación de dogmatizar con exactitud respecto de lo que sucede en caso semejante, pero las subsiguientes encarnaciones del espíritu a lo largo de aquella línea de impulso,

(1) Y el sexto lo es también exactamente lo mismo. — *(N. de J. M.)*

(2) Este concepto resulta aquí confuso y nada inteligible, pero hállase claramente definido en otras obras. Este "hilo que engarza las sucesivas existencias" es el Cuerpo Causal o la "Individualidad" perdurable; es el *ego* que se reencarna, el cual, en los raros casos de egoísmo *absoluto*, rompe su lazo de unión con el cuaternario inferior, con el "yo" de la personalidad humana, ocurrencia que puede tener lugar durante la vida física. Así, pues, lo que en este caso ocurre no es que el sexto principio se separe del quinto sino que éste, que es un principio tan inmortal como el sexto, abandona el duplicado inferior suyo que en aquella encarnación desarrollara, pudiendo reanudar seguidamente, si tal es su karma, la serie de reencarnaciones. El quinto principio, es *per se*, el que constituye la singularización de la entidad humana, sin el cual no habría *ego* que como tal se reconociese a sí mismo. El sexto principio es tan universal como el séptimo, constituyendo ambos la Mónada Universal, la Unidad Unica indivisible, la cual, en su manifestación inferior más grosera, se traduce en lo que conocemos como *fuerza y materia*. — *(N. de J. M.)*

es claro que serán debidas a la secuencia original; y así, dado el modo materialista de ocuparnos de la idea, puede decirse, aproximándonos a la precisión tanto como el lenguaje puede permitírnoslo, que en un caso semejante el sexto principio de la entidad caída se separa del quinto original y se reencarna por su propia cuenta.

Pero no es necesario que nos ocupemos con gran extensión de estos procesos anormales. La evolución normal es el problema que primero tenemos que resolver; y mientras que la consideración de los siete principios como tales, es, a mi juicio, el método más instructivo por el cual puede tratarse el problema, conviene tener siempre presente que el *ego* es una unidad que progresa a través de varias esferas o estados de existencia, sufriendo cambios, crecimiento y purificaciones durante el curso de su evolución, o sea una conciencia que reside en éste, en aquél o en el otro de los atributos potenciales de una entidad humana.

CAPÍTULO III

LA CADENA PLANETARIA

Opiniones esotéricas acerca de la Evolución. — La cadena de globos. — Progresos del Hombre en torno de los mismos. — El avance en espiral. — Evolución original de los globos.— Los reinos inferiores.

A pesar de constituir la ciencia esotérica el sistema más espiritual que pueda imaginarse, presenta, como obrando a través de toda la Naturaleza, el sistema de evolución más completo que la humana inteligencia puede concebir. La teoría darwiniana de la evolución es simplemente un descubrimiento independiente de una parte — desgraciadamente sólo de una pequeña parte — de la vasta verdad natural. Pero los ocultistas saben explicar la evolución sin degradar los más elevados principios del hombre. La doctrina esotérica no se encuentra bajo ninguna obligación de mantener a su ciencia y religión en compartimien-

tos distintos y separados. Su teoría de la física y su teoría de lo espiritual, no son irreconciliables; están íntimamente confundidas y dependen una de otra. Y el primer gran hecho que la ciencia oculta nos presenta con referencia al origen del hombre en este globo, se verá que viene en auxilio de la imaginación en algunos serios conflictos de la idea científica familiar de la evolución. La evolución del hombre no constituye un proceso que se desenvuelve en este planeta solamente. Es un resultado al cual muchos mundos, en condiciones distintas de desenvolvimiento material y espiritual, han contribuído. Si este aserto fuese expuesto sólo como una conjetura es seguro que forzosamente se recomendaría por sí mismo a las inteligencias racionales; pues existe una falta de razón manifiesta en la noción vulgar de que la existencia del hombre está dividida en un comienzo material que dura sesenta o setenta años, y en un resto espiritual de eterna duración. Lo irracional se convierte en absurdo cuando se pretende que los actos verificados durante los sesenta o setenta años, las confusas y frívolas acciones de la ignorante vida humana, son designados por la perfecta justicia de una sapientísima Providencia, para definir las condiciones de aquella vida póstuma de duración infinita. No es menos extravagante imaginar que, aparte

de la cuestión de justicia, la vida más allá de la tumba tiene que estar exenta de la ley de cambio, progreso y perfeccionamiento, que todas las analogías de la Naturaleza indican como funcionando probablemente en todas las variadas existencias del Universo. Pero, abandónese por una vez la idea de una uniforme, invariable y antiprogresiva vida más allá de la tumba; admítase por un momento el concepto de cambio y progreso en aquella vida y queda admitida la idea de una variedad difícilmente compatible con ninguna otra hipótesis que no sea la del progreso a través de mundos sucesivos. Como antes hemos dicho, no es esto, en modo alguno, una hipótesis para la ciencia oculta, sino un hecho determinado y comprobado (por ocultistas) fuera de toda duda o contradicción.

La vida y los procesos evolucionarios de este planeta, en una palabra: todo lo que hace de él algo más que una masa inerte de materia caótica, están enlazados con la vida y los procesos evolucionarios de otros planetas. Pero no vaya a suponerse que no existe finalidad alguna en lo que se refiere al esquema de esta planetaria unión, a la cual pertenecemos. La imaginación humana, una vez puesta en libertad, con frecuencia suele lanzarse demasiado lejos. Acéptese plenamente como probable o verdadera, esta noción de que la tie-

rra es meramente un eslabón de una gran cadena de mundos y podría originar la idea de que la totalidad de los cielos estrellados son la herencia de la familia humana. Esta idea envolvería un grave error. Un solo globo no ofrece lugar a la Naturaleza para los procesos por medio de los cuales el género humano ha sido evocado del caos; pero estos procesos no requieren más que un número limitado y definido de globos. Separados como están éstos, en lo que se refiere a la grosera materia física de que están formados, hállanse estrecha e íntimamente unidos por medio de sutiles corrientes y fuerzas, cuya existencia no necesita la razón esforzarse mucho para aceptarla, desde el momento en que la existencia de *alguna* conexión — de fuerza o medio — etérea que une todos los cuerpos celestes visibles, se prueba por el mero hecho de que son visibles. Por medio de estas corrientes sutiles es como los elementos de vida pasan de un mundo a otro.

El hecho, sin embargo, puede ser, por de pronto, susceptible de una mala comprensión a consecuencia de prejuicios adquiridos. Algunos lectores imaginarán que queremos significar que después de la muerte el alma será arrastrada por las corrientes de aquel mundo con el cual sus afinidades la relacionan. El proceso real es más metódico. El sistema de

mundos constituye un circuito en torno del cual TODAS las entidades espirituales individuales tienen que pasar igualmente; y este paso constituye la Evolución del hombre, pues debe comprenderse que tal evolución es un proceso todavía en actividad y que en manera alguna se ha completado. Los escritos darwinianos han enseñado al mundo moderno a considerar al mono como un antecesor, pero el simple orgullo de la especulación occidental ha permitido rara vez a los evolucionistas europeos mirar en la otra dirección y reconocer la posibilidad de que para nuestros remotos descendientes podremos ser lo que aquel tan mal recibido progenitor es para nosotros. A pesar de todo, estos dos hechos citados antes se apoyan uno en otro. La evolución superior se verificará por nuestro progreso al través de los mundos sucesivos del sistema y en formas más elevadas volveremos a esta tierra una y otra vez. Pero las visuales del pensamiento, por cuyo medio contemplamos esta perspectiva futura, son de una extensión casi inconcebible.

Fácilmente se supondrá que los mundos de esa cadena, a la cual esta tierra pertenece, no están todos preparados del mismo modo para la existencia material, y que ni siquiera se parecen aproximadamente al nuestro. Una cadena organizada de mundos en la cual todos

fuesen iguales no tendría razón de ser, y lo mismo equivaldría a que todos estuviesen amalgamados en uno. En realidad, los mundos con los cuales estamos relacionados son muy distintos unos de otros, no únicamente en sus condiciones externas, sino también en aquella característica suprema de la proporción en que el espíritu y la materia están combinados en su constitución. Nuestro propio mundo se nos presenta, por lo general, en condiciones de equilibrio entre el espíritu y la materia. No hay que suponer por esto que ocupe un lugar muy elevado en la escala de perfección. Al contrario, permanece en un nivel muy inferior de la misma. Los mundos más elevados en la escala son aquellos en que el espíritu grandemente predomina. Existe otro mundo relacionado con la cadena, más bien que formando parte de la misma, en la cual la materia se manifiesta como tal de un modo aún más decisivo que en la tierra, pero de éste nos ocuparemos después.

El que los mundos superiores que el hombre pueda habitar en su evolución progresiva vayan siendo gradualmente más y más espirituales en su constitución, por estar en ellos la vida más y más felizmente divorciada de las groseras vanidades materiales, parecerá, a primera vista, bastante razonable. Pero también a la primera impresión puede imaginarse

que todos aquellos que inversamente se les califique de mundos inferiores, pero que con más exactitud deben llamarse mundos precedentes, deben ser menos espirituales, más materiales que esta tierra. El hecho es completamente lo contrario, y debe ser así, teniendo presente que una cadena de mundos es una cadena sin fin, o lo que es lo mismo, una cadena en torno de la cual el proceso evolucionario discurre. Si este proceso sólo tuviese una jornada a lo largo de un sendero que jamás volviese sobre sí mismo, podríamos considerarlo, desde este punto de vista, como obrando desde la materia casi absoluta hacia el casi absoluto espíritu; pero la Naturaleza obra siempre en curvas completas y viaja siempre por senderos que vuelven sobre sí mismo. Los mundos desenvueltos, así los más primitivos como los últimos, pues la cadena misma ha ido desarrollándose por grados, tanto los de más atrás, como los de más adelante, son los más inmateriales, los más etéreos de toda la serie; y que esto está en absoluto de acuerdo con el modo propio de ser de las cosas se verá reflexionando que aquel mundo que está en una situación más avanzada de todos, no es ninguna región de finalidad, sino el primer escalón para llegar al que está más atrás de todos, del mismo modo que el mes de Diciembre nos conduce de nuevo al de Enero. Y no es

que la mónada individual caiga, como por una catástrofe, desde la meta del desenvolvimiento, al estado del cual lentamente empezó a ascender millones de años antes. Desde ese mundo, que por razones que pronto expondremos, debe considerarse como el más elevado en el arco ascendente del círculo, hasta aquel que debe considerarse como el primero en el arco descendente, esto es, el más bajo en el orden del desarrollo, no existe descenso alguno, sino siempre ascenso y progreso; pues la mónada o entidad espiritual que ha recorrido su camino en torno de todo el ciclo de evolución, considerándola en cualquiera de los muchos grados de desenvolvimiento en que las distintas existencias pueden ser agrupadas, empieza su siguiente ciclo en el grado superior que sigue, y de este modo está todavía verificando progreso a medida que pasa del mundo *Z* otra vez al mundo *A*. Muchas son las veces que recorre el círculo de este modo en torno del sistema, pero su paso alrededor del mismo no debe creerse que sea únicamente a manera de una revolución circular en una órbita. Es la escala de la perfección espiritual; está constantemente ascendiendo. Así, si comparamos el sistema de mundos a un sistema de torres situadas en una llanura, cada una de ellas de muchos pisos y simbolizando la escala de la perfección,

se ve que la mónada espiritual verifica un progreso en espiral en torno de la serie, pasando por cada una de las torres cada vez que en su vuelta llega a una de ellas, y a un nivel más elevado que antes (1).

Por falta de comprensión de esta idea es por lo que la especulación relacionada con la evolución física se encuentra constantemente detenida por obstáculos infranqueables. Está buscando los eslabones perdidos en un mundo en donde jamás los encontrará en la actualidad, porque como no tenían más que un objeto temporal, han desaparecido. El hombre, dice el darwinista, fué una vez mono; es muy cierto, pero el mono conocido por el darwinista, jamás se convertirá en un hombre; esto es, la *forma* no cambiará de generación hasta que la cola desaparezca y los pies se conviertan en manos y así sucesivamente. La ciencia ordinaria confiesa que, aunque los cambios de forma pueden ser percibidos en

(1) En otras palabras: cuando la corriente monádica en evolución vuelve a pasar por un mundo cualquiera de los siete que constituyen la cadena planetaria, ese mundo ya no es el mismo por el cual pasara antes, por la sencilla razón de que en el intervalo ha sufrido transformaciones que han hecho de él un mundo nuevo, con las condiciones superiores que se requieren para proporcionar a la Corriente de la Vida en evolución nuevas y más elevadas experiencias que la hagan progresar. De este modo se ve muy claro el progreso en espiral, porque si bien la mónada pasa por los mismos puntos, éstos se hallan cada vez más elevados que en el paso anterior. — *(N. de J. M.)*

el progreso dentro de los límites de las especies, los cambios de especies a especies pueden únicamente ser inferidos; y para explicar éstos se contenta con presuponer grandes intervalos de tiempo y la extinción de las formas intermediarias. Ha tenido lugar, sin duda alguna, una extinción de las formas intermediarias o primitivas de todas las especies (en la acepción más lata de la palabra), esto es, de las correspondientes a los reinos mineral, vegetal, animal, hombre, etc.; pero la ciencia ordinaria sólo puede conjeturar que tal hecho ha podido verificarse sin comprender las condiciones que lo hacían inevitable y que prohibían la renovada generación de las formas intermediarias.

La forma de espiral de la marcha progresiva que verifica el impulso de vida que desarrolla los diversos reinos de la Naturaleza es lo que explica los vacíos que se observan en la actualidad en las formas animadas que pueblan la tierra. El hilo de un tornillo, del cual, en realidad, es un plano uniforme inclinado, parece una sucesión de peldaños cuando se le examina solamente en una línea paralela a su eje. Las mónadas espirituales que discurren en torno del sistema en el nivel animal pasan a otros mundos en cuanto han verificado aquí su vuelta de encarnación animal. Cuando de nuevo vuelven, están ya en situa-

ción para entrar en el reino humano y entonces no hay necesidad del desenvolvimiento de formas animales en formas humanas, sino que éstas están ya esperando por sus habitantes espirituales. Pero si nos remontamos lo suficientemente atrás llegamos a un período en el cual no existían formas humanas ya desarrolladas.

Cuando las mónadas espirituales que discurren en la tierra por el nivel humano más bajo o primitivo, empezaban de este modo a circular, su impulso hacia adelante en un mundo que en aquel tiempo no contenía más que formas animales, provocó el mejoramiento de las más elevadas de las mismas, convirtiéndolas en la forma requerida, o séase el eslabón perdido del cual tanto se ha hablado.

Considerando la cuestión en un sentido, puede objetarse que esta explicación es idéntica a lo que presupone el evolucionista darwiniano, con respecto al desenvolvimiento y extinción de los eslabones perdidos. Después de todo, un materialista puede argüir que "no nos incumbe el expresar una opinión respecto del origen de la tendencia en las especies a desenvolver formas más elevadas. Nosotros decimos que ellas desarrollan estas formas más elevadas por medio de eslabones intermedios, los cuales se extinguen, y vosotros decís precisamente lo mismo". Pero existe en-

tre ambas ideas una diferencia para el que pueda apreciar sutiles distinciones. Al proceso natural de evolución relacionado con la influencia de circunstancias locales y con la selección sexual, no se le debe atribuir la producción de formas intermediarias, y ésta es la razón del porqué es inevitable que las formas intermediarias sean de una naturaleza temporal y se extingan. De otro modo, veríamos al mundo lleno de eslabones perdidos de todas clases, aproximándose la vida animal al género humano por grados claramente perceptibles, y mezclándose en indistinguible confusión las formas humanas con las de los animales. El impulso a la nueva evolución de formas superiores es dado realmente, como ya hemos dicho, por oleadas de mónadas espirituales que llegan cíclicamente en un estado adecuado para poder habitar en las nuevas formas. Estos impulsos de vida superiores rompen la crisálida de la forma más antigua en el planeta que invaden apareciendo una eflorescencia de algo más elevado. Las formas que no han hecho más que repetirse a sí mismas durante millones de años, se lanzan de nuevo al crecimiento; con rapidez relativa se elevan pasando por las formas intermedias a las formas superiores y entonces, como éstas, a su vez se multiplican con el vigor y rapidez propia de todos los nuevos crecimientos,

proporcionan habitaciones de carne para las entidades espirituales que van llegando a aquel estado o plano de existencia, al paso que para las formas intermediarias no existen ya ocupantes que las requieran, e inevitablemente se extinguen.

De este modo se verifica la evolución, en lo que a su impulso esencial se refiere, por medio de un *progreso en espiral* al través de los mundos. En el curso de la exposición de esta idea hemos anticipado, en parte, la declaración de otro hecho de importancia capital como auxilio para corregir opiniones acerca del sistema del mundo a que pertenecemos. Es éste que la marea de vida, o sea la ola de existencia o el impulso espiritual, llámesele como se quiera, pasa de planeta a planeta por oleadas, y no en forma de una corriente continua. Con objeto de ilustrar por el momento la idea, puede el proceso ser comparado a la operación de llenar una serie de orificios o de tubos clavados en el suelo, tales como se ven algunas veces a la boca de los manantiales poco abundantes, los cuales están unidos unos a otros por medio de pequeños canales superficiales. A medida que brota la corriente del manantial es al principio enteramente recogida por el orificio primero o tubo *A*, y sólo cuando éste está por completo lleno, la corriente continua que de la fuente brota,

al rebosar, pasa a llenar el tubo *B*. Este, lleno a su vez, el sobrante afluye por el canal hacia el tubo *C*, y así sucesivamente. Ahora bien; aunque por supuesto, una analogía tan tosca como ésta no nos lleva muy lejos, hace ver precisamente la evolución de la vida en una cadena de mundos como a la que pertenecemos, y hasta la evolución de los mismos mundos; pues el proceso que se verifica no envuelve la preexistencia de una cadena de globos que la Naturaleza procede a dotar con vida, sino que es un proceso en el que la evolución de cada uno de los globos es el resultado de evoluciones previas y la consecuencia de ciertos impulsos procedentes de su predecesor en la superabundancia de desenvolvimiento de esos mismos impulsos. Ahora es necesario que pasemos a ocuparnos de la característica del proceso que ha de describirse, pero al empezar a tratar del mismo tenemos que imaginar que nos dirigimos hacia atrás, a un período, en el desenvolvimiento de nuestro sistema, muy anterior al que especialmente nos ocupa en la actualidad, o sea la evolución del hombre. Y es claro que tan pronto como empezamos a hablar de principios de mundos, nos ocupamos de fenómenos que tiene muy poco que ver con la *vida,* tal como nosotros la entendemos, y, por lo tanto, puede suponerse que nada tienen que ver con los impul-

sos de vida. Pero dirijámonos hacia atrás por grados. Tras de la cosecha humana del impulso de vida, existe la cosecha de las meras formas animales, como cualquiera comprende; tras de ésta permanecen las formas meramente vegetales, pues algunas de éstas han precedido indudablemente a la aparición de la primitiva vida animal en el planeta. Además, anteriormente a las organizaciones vegetales, existían las minerales, puesto que igualmente un mineral es un producto de la Naturaleza, una evolución de algo existente en ella, como tiene que serlo toda manifestación imaginable de la Naturaleza, hasta que en la vasta serie de las manifestaciones la inteligencia llega, dirigiéndose hacia atrás, al inmanifestado principio de todas las cosas. Pero no nos ocupemos ahora de metafísica pura de esta especie. Nos basta demostrar que es tan razonable para nosotros, si de algún modo queremos hablar de estos asuntos, concebir un impulso de vida dando nacimiento a formas minerales, como considerar que gracias a un impulso de la misma clase una raza de monos se eleva a una raza de hombres rudimentarios. A la verdad, la ciencia oculta se remonta mucho más atrás, en su inagotable análisis de la evolución, del período en que los minerales empezaron a mostrarse. En el proceso de desenvolver mundos del seno ígneo

de las nebulosas, la Naturaleza principia con algo más primitivo que los minerales; empieza con las fuerzas elementales que se ocultan bajo los fenómenos de la Naturaleza, tales como los sentidos del hombre los percibe. Pero esta parte del asunto debe ser abandonada por ahora. Tomemos el proceso en el período en que el primer mundo de la serie, llamémosle el globo *A*, es sólo una masa confusa de formas minerales. Ahora bien; recuérdese que el globo *A* ha sido ya descrito como mucho más etéreo, más dominado por el espíritu, más libre de materia que el globo que en la actualidad habitamos; así es que hay que hacer grandes concesiones, en lo que a tal estado de cosas se refiere, cuando pedimos al lector que se lo imagine en su principio como siendo un bosquejo sólo de formas minerales. Las formas minerales pueden ser minerales en el sentido de no pertenecer a las formas superiores del organismo vegetal, y pueden ser también muy inmateriales, relativamente a como consideramos a la materia, muy etéreas, constituídas por una fina o sutil cualidad de la materia en la que el otro polo o característica de la Naturaleza, el espíritu, grandemente predomina. Los minerales que estamos procurando describir son, por decirlo así, los fantasmas de los minerales; no son en manera alguna los perfectos, bellos y duros

cristales que llenan los gabinetes mineralógicos de este mundo. En estas espirales inferiores de la evolución de que ahora nos ocupamos, lo mismo que en las superiores, existe progreso de un mundo a otro, y éste es el gran punto que constituye nuestro adjetivo. Discurriendo hacia abajo, por decirlo así, existe el progreso en perfección, materialidad y consistencia; y después progreso también hacia arriba en espiritualidad, como combinado con la perfección que la materia o la materialidad alcanzó en el descenso. Se encontrará que el proceso de evolución en sus estados superiores, cuando se refiere al hombre, se verifica exactamente por el mismo procedimiento. Verdaderamente se verá que en todos estos estudios un proceso de la Naturaleza da la pauta o tipifica a otro; que lo grande es la repetición perpetua de lo pequeño en mayor escala.

Es, pues, evidente, por lo que antes hemos dicho y con objeto de que puedan explicarse los progresos de los organismos en el globo *A*, que el reino mineral no desarrollará el reino vegetal en el globo *A*, hasta que reciba un impulso desde fuera, así como la tierra no pudo desarrollar el hombre del mono hasta que recibió el impulso de afuera. Pero no sería ahora conveniente retroceder a la consideración de los impulsos que operan en el

globo *A* durante el principio de la construcción del sistema.

Nos hemos remontado ya tan atrás, con objeto de poder avanzar con más comodidad, desde un remotísimo período mucho más lejano que aquel desde el cual hemos ahora retrocedido; que retroceder más cambiaría por completo el carácter de esta explicación. Debemos detenernos en alguna parte, y por de pronto lo mejor será considerar como un hecho los impulsos de vida tras del globo *A*. Y habiéndonos detenido allí, podemos ahora ocuparnos de un modo compendioso del enorme período existente entre la época mineral en el globo *A* y la época del hombre, volviendo de este modo al problema principal que tenemos ante nosotros. Lo que ya se ha dicho facilita el ocuparse someramente de la evolución que tiene lugar. El pleno desenvolvimiento de la época mineral en el globo *A*, prepara el terreno para el desarrollo vegetal, y tan pronto como éste empieza, el impulso de la vida mineral inunda al globo *B*. cuando el desarrollo vegetal en el globo *A* es completo, y el desenvolvimiento animal empieza, entonces el impulso de vida vegetal inunda al globo *B* y el impulso mineral pasa al globo *C*. Finalmente, llega el impulso de la vida humana al globo *A*.

Es necesario en este punto ponerse en guardia contra un error que puede originarse. Tal como ha sido descrito a grandes rasgos, puede el proceso dar motivo a imaginar que cuando el impulso humano empezó en el globo *A*, el impulso mineral estaba empezando en el globo *D* y que más allá del mismo existía el caos. Dista esto mucho de ser cierto por dos razones. En primer lugar, como ya se ha dicho, existen procesos de evolución que preceden a la evolución mineral, y así es que una ola de evolución, y en realidad varias oleadas de evolución, preceden a la ola mineral en sus progresos en torno de las esferas. Pero por encima de esto existe un hecho que debemos exponer, que tiene una influencia tal en el curso de los sucesos que, una vez comprendido, se verá que el impulso de vida ha pasado varias veces completamente alrededor de toda la cadena de mundos antes de principiar el impulso humano en el globo *A*. Este hecho es el siguiente: cada uno de los reinos de la evolución, el vegetal, el animal, etc.; está dividido en varias capas colocadas en espiral. Las mónadas espirituales, o sean los átomos individuales de aquel inmenso impulso de vida acerca del cual se ha hablado tanto, no completan plenamente su existencia mineral en el globo *A*; la completan después en el globo *B*, y así sucesivamente. Pasan varias veces en torno del círculo entero como minerales, y

después los verifican nuevamente varias veces como vegetales y varias veces como animales. De propósito nos abstenemos por ahora de dar cifras, porque es más conveniente presentar primero el diseño del esquema en términos generales; pero datos numéricos referentes a estos procesos de la Naturaleza han sido dados ahora al mundo por los Adeptos ocultos (creemos que por primera vez) y pronto serán presentados durante el curso de esta explicación; pero, como ya hemos dicho, en un principio el bosquejo es suficiente para quien quiera pensar en ello.

Tenemos ahora al hombre rudimentario empezando su existencia en el globo *A*, en aquel mundo en que todas las cosas son a manera de los fantasmas correspondientes a las de este globo terrestre. Empieza su largo descenso en la materia, y el impulso de vida de cada "Ronda" rebosa; estableciéndose las razas de hombres en grados distintos de perfección en todos los planetas, cada uno a su vez. Pero las Rondas son más complicadas en su modo de ser de lo que esta explicación puede mostrar si así concluyese. El proceso para cada mónada espiritual no es meramente un paso de planeta a planeta. Dentro de los límites de cada planeta cada vez que llega a él tiene un complicado proceso de evolución que verificar. Se encarna muchas veces en las razas sucesivas de hombres antes de pasar adelante, y además, está sujeta a muchas encarnaciones en cada una de las grandes razas. Cuando hayamos avanzado más en nuestro relato, se verá que este hecho aclara en gran manera el estado actual del género humano tal como lo conocemos, dando una explicación de las diversas diferencias de inteligencia y de moralidad y hasta de bienestar, en su sentido más elevado, todo lo cual aparece en general tan penosamente misterioso.

Lo que tiene un principio definido, tiene, generalmente, también un fin. Así como hemos hecho ver que el proceso evolutivo que describimos principia cuando ciertos impulsos empiezan por primera vez sus operaciones, del mismo modo puede inferirse que tienden hacia un fin, hacia un objeto final. Así es en efecto, aunque este objeto final está todavía muy lejano. El hombre, tal como le conocemos en esta tierra, está sólo a medio camino del proceso evolutivo a que debe su desenvolvimiento actual. Antes de que el destino de nuestro sistema se haya cumplido será mucho más grande de lo que es ahora, así como en la actualidad es ya mucho más grande que el llamado eslabón perdido. Y este perfeccionamiento tendrá lugar en esta tierra, al paso que en los otros mundos de la serie ascendente existen todavía otras cimas de per-

fección que escalar. Está por completo fuera del alcance de facultades no acostumbradas al discernimiento de los misterios ocultos, el imaginar la especie de vida que llevará por último el hombre, antes de alcanzar el cenit del gran ciclo. Pero hay ya bastante que hacer con completar los detalles del bosquejo que ahora presentamos al lector, sin intentar predecir los que se relacionan con existencias hacia las cuales se dirige la evolución a través de los inmensos abismos del porvenir.

Anotación

Una expresión existe en el capítulo anterior, que no se armoniza del todo con algunas nociones más completas que he podido adquirir acerca del asunto desde que se escribió este libro. Se dice en él que "las mónadas espirituales — los átomos individuales de aquel inmenso impulso de vida acerca del cual tanto se ha hablado — no completan del todo su existencia mineral en el globo *A*, la completan después en el globo *B*, y así sucesivamente. *Ellas* pasan varias veces alrededor de todo el círculo como minerales, y después otras varias veces en torno del mismo como vegetales, etcétera". Ahora comprendo que se me permitió emplear esta forma de expresión en el

primer caso, porque el principal objeto era dilucidar la manera como la entidad humana se desarrollaba gradualmente, gracias a los procesos de la Naturaleza, obrando al principio en los reinos más inferiores. Pero la verdad es que una vez que se llega a un grado de investigación más amplio, se hace manifiesto que el vasto proceso, cuya finalidad es la evolución de la humanidad y de todo lo que a la misma conduce, o sea el descenso del espíritu en la materia, no ocasiona una diferenciación de individualidades hasta un período muy posterior al que figura en el párrafo que acaba de citarse. En los mundos minerales donde las formas superiores de la planta y de la vida animal no se han establecido aún, no existe todavía nada que se parezca a una mónada individual y espiritual, a menos que sea, en verdad, por virtud de alguna unidad inconcebible, pero sujeta, sin embargo, a ser tratada como otra teoría cualquiera en los impulsos de vida destinados a dar origen a las cadenas posteriores de existencia de organización elevada. Así como en una nota anterior supusimos la unidad de semejante impulso de vida, en el caso de un *ego* humano pervertido, lanzado como entidad completa fuera de la corriente de evolución en la cual había entrado, podemos igualmente presuponer la misma unidad como existente en los

primeros albores de la cadena planetaria. Pero esto no puede ser más que una hipótesis que por el momento nos auxilie; reservándonos el derecho de investigar después algunos misterios de los cuales no necesitamos por ahora ocuparnos. Para apreciar de un modo general el asunto, es mejor considerar la primera infusión del espíritu en la materia como provocando una manifestación homogénea. Las formas específicas del reino mineral, los cristales y las rocas diferenciados, son únicamente burbujas de aquella hirviente masa asumiendo parcialmente formas individualizadas, por un tiempo, y confundiéndose otra vez con la substancia general del creciente cosmos, no constituyen todavía verdaderas individualidades. Ni siquiera en el reino vegetal toma su asiento la individualidad. El vegetal establece la materia orgánica en manifestación física y prepara el camino para la evolución superior del reino animal. En éste por vez primera, pero únicamente en sus regiones superiores, es evocada la verdadera individualidad. Por lo tanto, hasta que empecemos, en imaginación, a contemplar el paso del gran impulso de vida en torno de la cadena planetaria en el nivel de la encarnación animal, hasta entonces no será estrictamente justificado hablar de las mónadas espirituales que viajan en torno del círculo, como una pluralidad, a la que el artículo "ellas" podría ser aplicado con propiedad.

Es evidente que los Adeptos, autores de la doctrina presentada en este volumen, no han revelado la cuestión de la cadena planetaria con la intención de promover ningún íntimo estudio de la evolución en la misma gran escala en que aquí aparece expuesta. En todo lo que a la humanidad se refiere, el período durante el cual la tierra estará ocupada por nuestra raza es de una extensión más que suficiente para absorber toda nuestra energía especulativa. La magnitud del proceso evolucionario que se verifica durante aquel período es ya bastante para poner a prueba las facultades de una imaginación ordinaria. Pero es sumamente ventajoso para los estudiantes de la doctrina oculta, comprender de una vez, antes de concentrar la atención en la evolución de este solo planeta, la pluralidad de mundos en nuestro sistema, sus íntimas relaciones entre sí y su mutua dependencia, pues, por muchos conceptos, la evolución de un solo planeta sigue una marcha, como se verá pronto, que tiene semejanza con la marcha que afecta a toda la serie de planetas a que pertenece. Los antiguos escritos acerca de la ciencia oculta, de lenguaje obscuro, se refieren algunas veces a los estados sucesivos de un mundo, como si indicasen mundos sucesivos

y viceversa. Esto es causa de confusiones para el lector, y según la dirección a la cual se inclina, así se adhiere a determinadas interpretaciones del nebuloso lenguaje. La obscuridad desaparece cuando comprendemos que en los actuales hechos de la Naturaleza tenemos que reconocer *ambos* procedimientos de cambio. Cada planeta, mientras es habitado por la humanidad, pasa por metamorfosis de un carácter en alto grado importante y transcendente, cuyo efecto, en cada uno de los casos, puede ser considerado casi como equivalente a la reconstitución del mundo. Pero no es menos cierto que si la serie completa de tales cambios se considera como una unidad, ésta pertenece como tal a una serie de cambios más elevada.

Los distintos mundos de la cadena son realidades objetivas y no símbolos de transformación en un mundo solo y variable. Otras observaciones acerca del particular encajarán con más propiedad en el lugar que les corresponde al final de uno de los capítulos próximos.

CAPÍTULO IV

Los períodos del mundo

Uniformidad de la Naturaleza. — Rondas y Razas. — La ley septenaria. — Vidas objetivas y subjetivas. — Encarnaciones totales. — Razas primeras de la Tierra. — Cataclismos periódicos. — Atlántida-Lemuria. — La ley cíclica.

A la primera ojeada que uno echa sobre la doctrina oculta, observa una ilustración notable de las uniformidades en la Naturaleza, en lo que al desenvolvimiento del hombre en la tierra se refiere. El contorno del plan es el mismo que el contorno del plan más comprensible que abarca toda la cadena de mundos. Los detalles íntimos de este mundo, en lo referente a sus unidades de construcción, son los mismos que los detalles íntimos del organismo mayor, del cual este mundo mismo es sólo una unidad; lo cual equivale a decir que el desenvolvimiento de la humanidad en esta tierra se verifica por medio de oleadas sucesivas

de desarrollo, que corresponden a los sucesivos mundos de la gran cadena planetaria. La gran marea de la humana vida discurre, según ya se ha descrito, en torno del círculo entero de mundos en oleadas sucesivas. A estos primeros desarrollos consideramos conveniente darles el nombre de "Rondas". No debemos olvidar que las unidades individuales que constituyen cada Ronda por turno, son idénticamente las mismas en lo que se refiere a sus principios superiores, o lo que es lo mismo, que las individualidades existentes en la tierra durante la Ronda número uno, vuelven otra vez a ella, después de haber completado sus viajes en torno de toda la serie de mundos, y constituyen la Ronda número dos, y así sucesivamente. Pero el punto al que debe concederse atención especial, es que la unidad individual, al llegar a un planeta dado de la serie en el curso de cualquiera de las Rondas, no toca nuevamente a aquel planeta y pasa al próximo, sino que antes de pasar a otro tiene que vivir a través de una serie de razas en el referido planeta. Y este hecho sugiere el diseño de la construcción que muy pronto se desarrollará en la mente del lector, exhibiendo aquella similaridad de contorno por parte de un mundo, al ser comparado con la serie entera, sobre la cual ya se ha llamado la atención. Así como el esquema

completo de la Naturaleza a que pertenecemos se desenvuelve por medio de una serie de Rondas alrededor de todos los mundos, así también el desenvolvimiento de la humanidad en cada uno de los mundos, se verifica a través de una serie de razas desarrolladas por turno dentro de los límites de cada mundo.

Es ya tiempo ahora de aclarar el modo de proceder de esta ley, ocupándonos de las cifras que, efectivamente, representan un papel en la evolución de nuestra doctrina. Hubiera sido prematuro empezar con ellas, pero una vez bien comprendida la idea de un sistema de mundos en una cadena, y la de la evolución de la vida en cada uno de ellos por medio de una serie de renacimientos, examen ulterior de las leyes en acción será en gran manera facilitado por la referencia al número preciso de mundos y razas requeridos para llevar a cabo todo el objeto del sistema; pues hay que tener presente que la duración entera del sistema es limitada en su tiempo como lo es la vida de un hombre en el suyo. Quizá *no* limitada a determinado número de años fijado irrevocablemente desde el principio; pero todo lo que tiene un principio se dirige hacia un fin. La vida del hombre, prescindiendo de todo accidente, es un período terminable, y la vida del sistema de un mundo se dirige a una consumación final. Los vastos períodos de tiem-

po, en relación con la vida del sistema de un mundo, considerados como una cifra definida, confunden a la imaginación; pero, a pesar de todo, son susceptibles de medida, son divisibles en subperíodos de distintas clases, y éstos tienen un número definido.

Por qué profético instinto Shakespeare adoptó el número 7 como el que se acomodaba a su fantástica clasificación de las edades del hombre, es una cuestión acerca de la cual no necesitamos ocuparnos; pero lo cierto es, que no podía haber hecho una elección más feliz. La evolución de las razas humanas puede trazarse en períodos de siete en siete, y el número preciso de mundos objetivos que a nuestro sistema constituyen, y de los cuales la tierra es uno, es también siete. Téngase presente que los sabios ocultistas conocen esto como un hecho, lo mismo que los sabios físicos conocen como un hecho que el espectro consta de siete colores y la escala musical de siete tonos. Existen en la Naturaleza siete reinos, y no tres, como la ciencia moderna los ha clasificado imperfectamente. El hombre pertenece a un reino claramente separado del de los animales, incluyendo seres en un más alto grado de organización que aquel con que la humanidad nos ha familiarizado hasta la fecha; y por bajo del reino mineral existen otros tres, acerca de los cuales la ciencia en

Occidente nada conoce; pero esta parte del asunto puede, por ahora, dejarse a un lado, pues sólo la mencionamos para demostrar la operación regular de la ley septenaria en la Naturaleza.

El hombre—volviendo al reino que más nos interesa—evoluciona en una serie de Rondas (progresiones alrededor de la serie de mundos), y siete de estas vueltas tienen que verificarse antes de que los destinos de nuestro sistema se cumplan. La Ronda en que nos encontramos actualmente, es la cuarta. Existen consideraciones del más elevadísimo interés relacionadas con precisos conocimientos acerca de estos puntos, puesto que cada Ronda está especialmente destinada a la preponderancia de uno de los siete principios del hombre, y en el orden regular de su gradación ascendente. Una unidad individual, que llega a un planeta por vez primera en el curso de una Ronda, tiene que evolucionar por las siete razas de aquel planeta, antes de pasar al próximo, y cada una de estas razas ocupa la tierra durante largo tiempo. Nuestras anticuadas especulaciones acerca del tiempo y de la eternidad, sugeridas por los confusos sistemas religiosos de Occidente, nos han conducido a adoptar un curioso hábito de pensamiento en relación con los problemas que se refieren a la duración de semejantes períodos. Hablamos

volublemente de la eternidad, y dirigiéndonos al otro extremo de la escala, no nos chocan unos cuantos miles de años, pero desde el momento en que los años se numeran con precisión en grupos que corresponden a conceptos determinados, los ilógicos teólogos están propensos a considerar como necedades tales numeraciones.

Ahora bien; los que vivimos actualmente en esta tierra—esto es, la gran masa de la humanidad, pues existen casos excepcionales de que nos ocuparemos más tarde—nos hallamos en la quinta raza de nuestra presente cuarta Ronda. Y, sin embargo, la evolución de esta quinta raza empezó hace millones de años. ¿Querrá el lector, teniendo en cuenta el hecho de que la cosmogonía presente no pretende ocuparse de la eternidad, decidirse a trabar conocimientos con cálculos que se relacionan con millones de años, y a contar tales millones en número considerable?

Cada raza de las siete que constituyen una Ronda—esto es, que evolucionan sucesivamente en la tierra durante su ocupación por la gran oleada de la humanidad que pasa en torno de la cadena planetaria—está también sujeta a subdivisiones. De no ser así, las existencias activas de cada unidad humana serían, en verdad, pocas, y tendrían lugar muy de tarde en tarde. Dentro de los límites de cada

raza, existen siete subrazas, y dentro de los límites de cada una de estas subrazas, existen otras siete razas ramales. Por todas estas razas, hablando en general, cada unidad humana debe pasar durante su permanencia en la tierra, cada vez que a ella llega, en una Ronda de progreso a través del sistema planetario. Si se reflexiona esta necesidad, no debe asustar a la inteligencia tanto como una hipótesis que estableciera como necesaria menos encarnaciones; pues por muchas que sean las vidas por las que cada unidad individual deba pasar en la tierra en cada Ronda, ya sean en menor o en mayor número, no puede pasar adelante hasta que llegue el tiempo en que la oleada circulante avance a otras regiones. Hasta por el mismo cálculo ya expuesto, se verá que el tiempo empleado por cada unidad individual en la vida física, puede ser únicamente una pequeña fracción del tiempo total transcurrido entre su llegada a la tierra y su partida para el planeta próximo. La mayor parte del tiempo, tal como nosotros contamos su duración, es evidente, por tanto, que se pasa en esas condiciones subjetivas de existencia, que pertenecen al "Mundo de los efectos", o tierra espiritual agregada a la tierra física, en la que pasamos nuestra existencia objetiva.

La naturaleza de la existencia en la tierra

espiritual, debe ser considerada *pari pasu* con la naturaleza de la pasada en la tierra física, y debe tenerse en cuenta como relacionada con la enumeración anterior de encarnaciones de raza. No debemos olvidar nunca, que entre cada existencia física, la unidad individual pasa por un período de existencia en el correspondiente mundo espiritual. Y a causa de que las condiciones de aquella existencia son definidas por el uso que se ha hecho de las oportunidades de que se disponía en la existencia física anterior, es por lo que con frecuencia se menciona la tierra espiritual en los escritos ocultos, como el mundo de los efectos, siendo la tierra misma, el mundo de causas correspondiente.

Lo que naturalmente pasa al mundo de los efectos, después de una encarnación en el mundo de las causas, es la unidad individual o mónada espiritual; pero la personalidad que acaba de disolverse la acompaña en la proporción que corresponde a los méritos de tal personalidad, o sea, con arreglo al uso que ésta haya hecho de sus oportunidades en la vida terrenal. El período que tiene que pasarse en el mundo de los efectos, período muchísimo más largo en todos los casos que la vida que ha preparado el camino para la existencia en aquél, corresponde a la "vida futura", o sea en el cielo de la teología vulgar. Los estrechos

horizontes de los conceptos religiosos ordinarios, comprenden únicamente una vida material y sus consecuencias en la vida futura. La teología entiende que la entidad en cuestión tiene su principio en esta vida física, y que la siguiente vida espiritual jamás cesa. Y este par de existencias, que los elementos de la ciencia oculta que ahora estamos revelando, muestran cómo sólo una parte de la experiencia de la entidad durante su relación con una raza ramal, la cual es una de las siete en que subdivide una subraza, que a su vez es una de las siete que constituyen una raza raíz, de las cuales se cuentan siete en cada ocupación de la tierra por una de las siete oleadas circulantes de la humanidad, que sucesivamente la invaden antes que termine su misión en la Naturaleza—esta microscópica molécula de toda la estructura—, es lo que la teología ordinaria considera como *más* que la totalidad, toda vez que supone que comprende la eternidad.

En este punto debemos prevenir al lector contra una conclusión a que pudiera inducirle las explicaciones anteriores, las que, si bien son exactas en los períodos que abarcan, no comprenden, sin embargo, la totalidad del esquema. *No* encontrará el número exacto de vidas que un individuo tiene que pasar en la tierra durante su estancia en ella en una Ron-

da, si sólo eleva el número siete a su tercera potencia. Si en cada una de las razas ramales se pasase únicamente una existencia, el número total de las mismas excusado es decir que sería 343, pero cada vida pasa a la objetividad dos veces, por lo menos, en la misma rama; en otras palabras, cada mónada se encarna dos veces en cada raza ramal. Por otra parte, existe una curiosa ley cíclica que opera para aumentar el número total de encarnaciones en más de 686. Cada una de las subrazas posee en su ápice una cierta vitalidad extra, la cual la conduce a hacer que brote una raza ramal más en aquel punto de su progreso, por lo que se desarrolla un brote nuevo al final de la subraza, por decirlo así, en sus últimos momentos. A través de todas estas razas pasa la ola entera de la vida humana, y el resultado es que el número normal de encarnaciones por cada mónada no es muy inferior a 800. Este número es variable dentro de límites relativamente reducidos, pero las consecuencias de este hecho serán consideradas más adelante.

La ley metódica que conduce a todas y a cada una de las humanas entidades, a través del vasto proceso evolucionario así bosquejado, no es incompatible en modo alguno con la posibilidad de caer en destinos anormales o en la aniquilación final que amenaza a las en-

tidades *personales* de gentes que han cultivado afinidades en alto grado innobles. La distribución de los siete principios a la muerte demuestra lo anterior bien claramente; pero considerada a la luz de estas explicaciones ulteriores acerca de la evolución, podemos con más facilidad hacernos cargo de la situación. La entidad permanente es la que vive a través de la completa serie de vidas, no sólo de las razas pertenecientes a la actual oleada circulante en la tierra, sino también en todas las demás oleadas circulantes y en todos los otros mundos. Hablando en términos generales, en el tiempo oportuno, aunque en un porvenir inconcebiblemente lejano si se mide por años, puede recobrar el recuerdo de todas estas vidas, las cuales le harán el efecto que los días pasados a nosotros. Pero el residuo astral desechado a cada entrada en el mundo de los efectos, tiene una existencia propia más o menos independiente, por completo separada de la entidad espiritual de la cual ha sido desunida.

La historia natural de este resto astral, es un problema de mucho interés e importancia; pero una continuación metódica de todo el asunto, exige de nosotros, en primer término, tratar de comprender el destino del *ego* espiritual más durable y elevado, y antes de emprender esta investigación, hay que decir bas-

tante más acerca del desenvolvimiento de las razas objetivas.

Aunque la ciencia esotérica se interesa principalmente en asuntos que en general son considerados como pertenecientes a la religión, no sería un sistema tan completo y digno de fe, como es, si no lograse armonizar con sus doctrinas todos los hechos de la vida terrena. Bien poco capaz hubiera sido ella de investigar y asegurarse de la manera como la raza humana se ha desenvuelto al través de eones de tiempo y de series de planetas, si no hubiese estado en situación de comprobar también, toda vez que la investigación menor está comprendida en la mayor, la manera cómo la oleada humana de que nos ocupamos ahora, se ha desarrollado en esta tierra. Después de todo, las facultades que permiten a los Adeptos leer los misterios de los otros mundos y de otros estados de existencia, no son en manera alguna inferiores a los que requiere la empresa de leer en el pasado de la corriente de vida de este globo. De esto se deduce que, mientras que el breve recuerdo de unos pocos millares de años, es todo lo que abarca nuestra llamada historia universal, la historia de la tierra, que constituye una rama de la ciencia esotérica, comprende los incidentes de la cuarta raza que precedió a la nuestra, y todos los de la tercera que precedió a aquélla. Es

cierto que va todavía más atrás, pero ni la segunda, ni la primera raza desarrollaron nada a lo que pueda darse el nombre de civilización, y por lo tanto, hay menos que decir acerca de ellas que acerca de las que les sucedieron. La tercera y la cuarta, sí las desarrollaron, por más extraño que parezca a algunos de nuestro lectores, la noción de civilizaciones en la tierra varios millones de años hace.

¿En dónde existen sus indicios?—preguntarán—. ¿Cómo puede la civilización con que Europa ha dotado actualmente a la humanidad, desaparecer de un modo tan completo, que pueda llegar a ser ignorada su pasada existencia por alguna humanidad futura de la tierra? ¿Cómo podemos, pues, concebir la idea de que alguna civilización semejante se haya desvanecido sin dejarnos recuerdo alguno?

La contestación está en la regular rutina de la vida planetaria, la cual marcha *pari pasu* con la vida de sus habitantes. Los períodos de las grandes razas-raíces están divididos unos de otros por grandes convulsiones de la Naturaleza y por grandes cambios geológicos. Europa no existía como un continente en los tiempos en que la cuarta raza florecía. El continente en que la cuarta raza vivió no existía cuando floreció la tercera, y ninguno de los continentes que fueron los grandes pináculos

de las civilizaciones de aquellas razas, existen en la actualidad. Siete grandes cataclismos continentales tienen lugar, durante la ocupación de la tierra por la ola de vida humana, en un período de Ronda. Cada raza es destruída de este modo en el tiempo señalado, quedando algunos sobrevivientes en otras partes del mundo que no pertenecen a la región propia de su raza, y estos sobrevivientes, invariablemente en tales casos, muestran una tendencia a degenerar y a volver a sumirse en la barbarie con más o menos rapidez.

La región propia de la cuarta raza, predecesora de la nuestra, era aquel continente del cual algún recuerdo ha sido conservado hasta en la literatura exotérica—la desaparecida Atlántida—, siendo en realidad la gran isla de cuya destrucción habla Platón, el último resto de aquel continente. "En el período eoceno", se me ha dicho, "y en la primera parte del mismo, el gran ciclo de los hombres de la cuarta raza, los atlantes, había ya alcanzado su punto más elevado, y el gran continente, el padre de casi todos los continentes actuales, daba muestras de los primeros síntomas de hundimiento, proceso que duró hasta hace 11,446 años, cuando su última isla, que puede con propiedad ser llamada Poseidonis, como traducción de su nombre indígena, se hundió con un crujido".

Lemuria (un continente más antiguo, que se extendía hacia el Sur, a través de lo que es ahora Océano Indico, pero unido con Atlántida, pues entonces Africa no existía) "no debe confundirse con la Atlántida, así como no se confunde a Europa con América. Ambos se hundieron y fueron cubiertos por las aguas, con sus altas civilizaciones y dioses; entre ambas catástrofes transcurrió un período de unos 700,000 años, habiendo florecido Lemuria y terminado su carrera, justamente poco más o menos, en aquel transcurso de tiempo anterior al período primero de la época eocena, puesto que su raza era la tercera. Contemplad las reliquias de aquélla, que fue gran nación, en algunos de los aborígenes de cabeza aplastada de vuestra Australia".

Es una equivocación de parte de un reciente escritor acerca de la Atlántida, poblar la India y Egipto con colonias de aquel continente, pero acerca de esto pronto diremos algo más.

"¿Por qué no han de tener presente vuestros geólogos", pregunta mi venerado Mahatma instructor, "que debajo de los continentes explorados y sondeados por ellos, en cuyas entrañas han encontrado la época eocena, forzándola a entregarles sus secretos, pueden permanecer profundamente sumergidos en los insondables, o mejor dicho, en los in-

sondados lechos del Océano, otros continentes más antiguos, cuyas capas no han sido jamás exploradas geológicamente, y que pueden algún día destruir por completo sus presente teorías? ¿Por qué no admitir que nuestros continentes actuales han permanecido ya varias veces sumergidos, como Lemuria y Atlántida, y que han tenido tiempo de reaparecer de nuevo, y de sustentar nuevos grupos de humanidad y de civilización; y que en el primer gran levantamiento geológico y próximo cataclismo, en la serie de los cataclismos periódicos que ocurren desde el principio hasta el fin de cada Ronda, nuestros ya descarnados continentes se sumergirán, saliendo de nuevo a la superficie las Lemurias y Atlántidas?"

"Por supuesto, la cuarta raza tuvo sus períodos de la más elevada civilización." (La carta que estoy ahora citando fué escrita en contestación a una serie de preguntas que yo hice.) "Las civilizaciones griega, romana y hasta la egipcia, no son nada en comparación de las civilizaciones que con la tercera raza comenzaron. Las de la segunda raza no eran salvajes, pero no podían llamarse civilizadas."

"Los griegos y romanos, eran pequeñas subrazas, y los egipcios una parte de nuestro propio tronco caucásico. Considerad a estos últimos y a la India: habiendo alcanzado la civilización más elevada, y lo que es más, *la ciencia,* ambas vinieron abajo. El Egipto, como subraza definida, ha desaparecido enteramente (sus coptos son sólo un resto híbrido); la India como uno de los más poderosos brotes de la raza madre, y compuesta de cierto número de subrazas, dura todavía hoy, y lucha para conquistar de nuevo algún día su lugar en la historia. La historia sólo posee unos pocos desordenados y confusos vislumbres acerca del Egipto de hace unos 12,000 años, en la época en que habiendo ya alcanzado al ápice de su ciclo millares de años antes, había empezado su decadencia."

"Los caldeos habían llegado al apogeo de su fama oculta antes de lo que vosotros llamáis la Edad de bronce. Nosotros sostenemos que han existido civilizaciones mucho más grandes que las vuestras, que se han levantado y caído; pero ¿qué garantía podéis presentar al mundo de que afirmamos la verdad? No basta decir, como hacen algunos de vuestros modernos escritores, que existió una civilización extinguida antes de que Roma y Atenas fuesen fundadas. Nosotros afirmamos que han existido una serie de civilizaciones, tanto antes como después del período glacial, que ocuparon distintos puntos del globo, alcanzaron la cumbre de su gloria, y murieron. Todo rastro y recuerdo de las civilizaciones asiria y fenicia habían sido perdidos, hasta que hace pocos

años empezaron a verificarse descubrimientos; y en la actualidad éstos abren una nueva página en la historia que no es ni con mucho de las más primitivas de la historia del género humano. Y, sin embargo, a qué épocas tan lejanas se remontan esas civilizaciones en comparación con las más antiguas conocidas, pero hasta aquéllas la historia se muestra reacia a aceptar. La arqueología ha demostrado suficientemente que la memoria del hombre se remonta en el pasado a edades más remotas que las que la historia ha querido admitir, y los anales sagrados de naciones en un tiempo poderosas, conservados por sus herederos, son todavía más dignos de crédito. Nosotros hablamos de civilizaciones del período preglacial, y la pretensión resulta absurda, no sólo para la inteligencia del vulgo y del profano, sino hasta en la opinión del geólogo de gran instrucción. ¿Qué diríais vosotros, pues, de nuestra afirmación de que los chinos—me refiero a los del interior, a los verdaderos chinos, no a la híbrida mezcla entre las razas cuarta y quinta, que en la actualidad ocupa el trono—cuyos aborígenes pertenecen totalmente en su no mezclada nacionalidad a la última y más elevada rama de la cuarta raza, llegaron a su más alto grado de civilización cuando la quinta raza apenas había aparecido en Asia? ¿Cuándo fue esto? El grupo de islas descubierto por Nordenskiöld con el *Wega,* se encontró sembrado de fósiles de caballos, ovejas, bueyes, etc., entre gigantescos huesos de elefantes, mamuts, rinocerontes y de otros monstruos pertenecientes a períodos en los cuales el hombre, según vuestra ciencia dice, no había hecho su aparición en la tierra. ¿A qué se debe, pues, encontrar caballos y carneros en compañía de los enormes antidiluvianos?"

"La región ahora sumida en invierno eterno, y no habitada por el hombre, el más débil de los animales, se probará muy pronto que no sólo tuvo un clima tropical, cosa que vuestra ciencia sabe y que no disputa, sino que además fué el asiento de una de las más antiguas civilizaciones de la cuarta raza, cuyas más elevadas reliquias encontramos ahora en el chino degenerado, y cuyos restos más ínfimos hállanse mezclados, sin esperanza de ser distinguidos (por el sabio profano) con los restos de la tercera. Os he dicho antes que el pueblo más elevado (espiritualmente) que en la tierra existe hoy día, pertenece a la primera subraza de la quinta raza raíz, y está constituído por los arios asiáticos; y que la raza más elevada en intelecto físico, es la última subraza de la quinta, o sea vosotros mismos los conquistadores blancos. La mayor parte de la humanidad pertenece a la séptima subraza de la cuarta raza raíz, o sea los mencio-

nados anteriormente, los chinos y sus brotes y renuevos (malayos, mongoles, tibetanos, javaneses, etc., etc.), con restos de otras subrazas de la cuarta y de la séptima subraza de la tercera raza. Todas estas caídas y degradadas semblanzas de la humanidad, son la descendencia lineal y directa de naciones altamente civilizadas, de las cuales ni nombres ni recuerdos han sobrevivido, excepto en libros tales como el *Populvuh,* el libro sagrado de los guatemaltecos, y en otros pocos, desconocidos para la ciencia."

Yo había preguntado si había medio de explicar lo que parece un impulso curioso del progreso humano en los dos mil años últimos, comparado con el estado de relativo estancamiento del pueblo de la cuarta raza, desde los comienzos del progreso moderno. Esta pregunta fue la que dió motivo a las explicaciones antes citadas, y también a las siguientes observaciones respecto del reciente "impulso de progreso humano".

"Es el término de un ciclo muy importante. Cada Ronda, cada raza, así como cada subraza, tiene sus grandes y pequeños ciclos en cada uno de los planetas por los cuales pasa la humanidad. Nuestra humanidad de la cuarta Ronda tiene su gran ciclo, y lo mismo sucede a sus razas y subrazas. El curioso impulso es debido al doble efecto del primero—el

principio de su curso descendente—y del último (el pequeño ciclo de vuestra subraza), lanzándose a su cima. Recordad que vosotros pertenecéis a la quinta raza; sin embargo, sólo sois una subraza occidental. A pesar de vuestros esfuerzos, lo que llamáis civilización está limitada únicamente a la última y a sus vástagos en América. Al radiar en torno suyo, puede parecer que su luz engañosa lance sus rayos a mayor distancia de lo que en realidad lo hace. No existe impulso alguno en China, y del Japón hacéis sólo una caricatura."

"Un estudiante de ocultismo no debe hablar del estado de estancamiento del pueblo de la cuarta raza, puesto que la historia casi nada sabe acerca de ese estado, hasta los comienzos del moderno progreso, de otras naciones más que de las occidentales. ¿Qué es lo que sabéis de América, por ejemplo, antes de la invasión de aquel país por los españoles? Menos de dos siglos antes de la llegada de Cortés, tuvo lugar allí un gran impulso hacia el progreso entre las subrazas del Perú y Méjico, como tiene lugar en la actualidad en Europa y en los Estados Unidos. Su subraza terminó con un aniquilamiento casi total por causas engendradas por sí misma. Nosotros podremos hablar únicamente del estado de estancamiento en que siguiendo la ley de desenvolvimiento, crecimiento, madurez y decadencia, caen cada raza

y subraza durante los períodos de transición. De este último estado es del que vuestra historia *universal* está enterada, al paso que permanece soberbiamente ignorante del estado en que la misma India se hallaba hace unos diez siglos. Vuestras subrazas están ahora precipitándose hacia el ápice de sus ciclos respectivos, y vuestra historia no se remonta más allá de los períodos de decadencia de otras pocas subrazas pertenecientes en su mayor parte a la precedente cuarta raza." También había yo preguntado a qué época había pertenecido la Atlántida, y si el cataclismo por el que fué destruída tuvo lugar en un punto indicado del progreso de la evolución, correspondiente en el desenvolvimiento de razas, a la obscuración de los planetas. La contestación fué la siguiente:

"A los tiempos miocenos. Todo sucede en su tiempo y lugar debidos en la evolución de las Rondas; de otro modo, sería imposible para el mejor de los videntes el calcular la hora exacta y el año en que tales cataclismos grandes y pequeños han de ocurrir. Todo lo que un Adepto podría entonces hacer sería pronosticar el tiempo aproximado, mientras que lo que realmente sucede es que los sucesos que tienen lugar en los grandes cambios geológicos, pueden predecirse con una certeza tan matemática como los eclipses y otras revoluciones en

el espacio. El hundimiento de la Atlántida (el grupo de continentes e islas a que se da tal nombre) empezó durante el período mioceno, del mismo modo como algunos de vuestros continentes se observa ahora que están hundiéndose gradualmente, alcanzando su punto culminante con la desaparición final del continente mayor, suceso que coincidió con la elevación de los Alpes, terminando con la desaparición de las hermosas islas mencionadas por Platón. Los sacerdotes egipcios de Saïs dijeron a su antecesor Solón, que la Atlántida (o sea la única grande isla que quedaba) había perecido tres mil años antes de su tiempo. No era éste un dato imaginario, puesto que ellos habían conservado sus anales con sumo cuidado durante millares de años. Pero entonces, como he dicho, ellos se referían únicamente a Poseidonis, no queriendo revelar, ni siquiera al gran legislador griego, su cronología secreta. Como no existen ningunas razones geológicas que lo pongan en duda, sino que más bien hay una masa de evidencias en favor de la tradición, la ciencia ha aceptado finalmente la existencia del gran continente y archipiélago, vindicando así la verdad de una fábula más."

La proximidad de cada nueva obscuración, es siempre señalada por cataclismos de fuego o de agua. Pero, aparte de esto, cada raza raíz

tiene que ser cortada en dos, por decirlo así, por el agua o por el fuego. Así, habiendo llegado a la cumbre de su desenvolvimiento y gloria, la cuarta raza, o sea los atlantes, fueron destruídos por el agua; vosotros encontráis ahora sólo sus degenerados restos cuyas subrazas, sin embargo, han tenido cada una de ellas sus días gloriosos y su relativa grandeza. Lo que ellos son ahora vosotros lo seréis algún día, pues la ley de los ciclos es una e inmutable. Cuando vuestra raza, la quinta, haya llegado al cenit de su intelectualidad física y desarrollado su más elevada civilización (recordad la diferencia que nosotros hacemos entre la civilización material y la espiritual), incapaz de elevarse más en su propio ciclo, sus progresos hacia el mal absoluto serán detenidos (como los de sus predecesores, los lemures y los atlantes, los hombres de la raza tercera y cuarta, lo fueron en su progreso hacia el mismo) por uno de tales cataclismos, su gran civilización será destruída, y todas las subrazas de aquella raza descenderán en sus ciclos respectivos, después de un corto período de gloria y de ilustración. Contemplad los restos de los atlantes, los antiguos griegos y romanos (los modernos pertenecen a la quinta raza). Mirad cuán grandes, cuán cortos y pasajeros fueron sus días de fama y de gloria; pues ellos eran sólo subrazas de los siete vástagos de la

raza raíz (1). A ninguna raza madre, como tampoco a sus subrazas y brotes, le es permitido, por la ley una soberana, asumir las prerrogativas de la raza o de la subraza que la seguirá; y menos todavía apropiarse los conocimientos y poderes en reserva para su sucesora.

El "progreso hacia el mal absoluto", detenido por los cataclismos en cada raza por turno, principia con la adquisición, por medio de la investigación intelectual ordinaria y del adelanto científico, de aquellos poderes sobre la Naturaleza, que actualmente se desarrollan en el Adeptado, por el prematuro desenvolvimiento de facultades más elevadas que las que nosotros ordinariamente empleamos. He hablado ligeramente acerca de estos poderes en un capítulo anterior, cuando trataba de describir a nuestros instructores esotéricos; describirlos minuciosamente me llevaría a una larga digresión acerca de los fenómenos ocultos. Basta con decir que son de tal naturaleza, que necesariamente resultarían peligrosos para la sociedad en general y causa de toda especie de crímenes, que desafiarían por completo toda investigación, si fuesen poseídos por personas capaces de considerarlos de otro modo que como un depósito profundamente

(1) Ramas de las subrazas, según la nomenclatura que he adoptado previamente.

sagrado. Ahora bien; algunos de estos poderes son sencillamente la aplicación práctica de obscuras fuerzas de la Naturaleza, susceptibles de descubrimiento durante el curso del progreso científico ordinario. Tales progresos habían sido verificados por los atlantes. Los hombres de ciencia de aquella raza habían aprendido los secretos de la desintegración y reintegración de la materia—cuya posibilidad sólo es hoy admitida por algunos espiritistas a causa de los fenómenos que han presenciado —y el dominio sobre los elementales, por medio del cual, aquél y otros fenómenos todavía más portentosos pueden producirse. Semejantes poderes en manos de personas que no tengan escrúpulos en ponerlos en práctica sólo para fines egoístas, no solamente serían causa de desastres sociales, sino que también inducirían a las personas que así los empleasen, por la senda de aquella malvada exaltación espiritual, lo que sería un resultado mucho más terrible que los sufrimientos e inconvenientes de este mundo. Así sucede que, cuando la inteligencia física, no resguardada por una elevada moralidad, se lanza a la región propia del progreso espiritual, la ley natural entonces procede a su represión violenta. Esta contingencia será mejor comprendida cuando nos ocupemos de los destinos generales hacia los que tiende la humanidad.

De este modo, se afirma plenamente el principio por el cual las distintas razas de hombres, a medida que se desenvuelven, están colectivamente gobernados por la ley cíclica, como quiera que ejerciten la libre voluntad que incuestionablemente poseen. Para gentes que no han considerado jamás los asuntos humanos, sino bajo el aspecto del cortísimo período que conoce la historia, el curso de los sucesos no presentará quizá, como regla general, carácter cíclico ninguno, sino más bien un progreso no interrumpido, acelerado algunas veces por grandes hombres y circunstancias afortunadas, otras retardado por la guerra, el fanatismo, o intervalos de esterilidad intelectual, pero marchando continuamente hacia adelante en su largo transcurso, ya sea con una u otra velocidad. Como la opinión del esotericismo acerca del asunto, robustecida por el ancho campo de observación en que opera la ciencia oculta, posee una tendencia completamente opuesta, nos parece que vale la pena de terminar estas explicaciones con un extracto de un autor distinguido, completamente ajeno al mundo oculto quien, sin embargo, se pronuncia decididamente en favor de la teoría de los ciclos, como resultante de una atenta observación de los meros anales históricos. En su *Historia del desarrollo intelectual de Europa,* el Dr. I. W. Draper, dice:

"Nosotros somos, como con frecuencia decimos, los hijos de las circunstancias. En esta expresión existe una filosofía más elevada de la que a primera vista aparece... Desde este punto de vista más exacto, debemos por lo tanto considerar el curso de estos sucesos, reconociendo que los asuntos de los hombres adelantan de un modo determinado, ensanchándose y desenvolviéndose. Y de aquí vemos que las cosas acerca de las cuales hemos hablado como si fuesen materia de elección, eran en realidad impuestas a sus aparentes autores por la necesidad de los tiempos. Pero a la verdad, deben ser consideradas como la presentación de una cierta fase de vida que las naciones en su curso hacia adelante, asumen más pronto o más tarde. En lo que al individuo se refiere, cuán bien conocemos que una moderación sobria en la acción, una apropiada gravedad de conducta, corresponden al período de la madurez en la vida, en el que cambia la licenciosa obstinación de la juventud, cambio que puede ser ocasionado o iniciado por muchos incidentes accidentales; en uno, quizá por disgustos domésticos; en otro, por pérdida de fortuna; en un tercero por mala salud. No cometemos un error al imputar a tales pruebas el cambio de carácter; pero nunca nos engañamos suponiendo que no hubieran tenido lugar si aquellos incidentes no

hubiesen ocurrido. En medio de todas esas vicisitudes, circula un irresistible destino... Existen analogías entre la vida de una nación y la de un individuo, el cual aunque en cierta manera sea el que labre su propia suerte para la felicidad o para la desgracia, aunque permanezca aquí o vaya allí, según sus inclinaciones le sugieran, aunque haga esto o se abstenga de aquello según quiera, está, sin embargo, encadenado por un destino inexorable, un destino que involuntariamente le ha traído al mundo, en lo que a su voluntad se refiere, el cual le impulsa hacia adelante al través de una carrera definida, cuyos grados son absolutamente invariables, a saber: infancia, niñez, juventud, madurez, ancianidad, con todas sus acciones y pasiones características, y el cual le hace desaparecer de la escena en el tiempo señalado, y en la mayor parte de los casos, contra su voluntad. Lo mismo sucede con las naciones; lo voluntario es únicamente la apariencia exterior, cubriendo, pero ocultando difícilmente a lo predeterminado. Sobre los sucesos de la vida podemos tener influencia, pero ninguna, sea la que sea, sobre la ley de sus progresos. Existe una geometría que aplica a las naciones una ecuación de su curva de avance. A ésta ningún mortal puede tocar."

CAPÍTULO V

EL DEVACHÁN

Destinos espirituales del *ego*. — Karma. — División de los principios a la Muerte. — Progresos de la Duada superior. — Existencia en el Devachán. — Progresos subjetivos. — Avitchi. — Conexión terrena con el Devachán. — Períodos devachánicos.

No era posible entrar en la consideración de los estados a los cuales, en la muerte, pasan los principios humanos superiores sin indicar primero la estructura general del plan entero desarrollado durante el curso de la evolución del hombre. Toda vez que esta parte de mi tarea está ya concluída, podemos pasar a considerar los destinos naturales de cada *ego* humano en el intervalo que transcurre entre la conclusión de una vida objetiva y el principio de otra. En los comienzos de esta última, el Karma de la previa vida objetiva determina el estado de existencia en el cual el individuo nacerá. Esta doctrina del Karma es

uno de los rasgos más interesantes de la filosofía Buddhista. Respecto de ella en ningún tiempo ha existido secreto alguno, aunque por falta de una apropiada comprensión de determinados elementos de la filosofía de carácter estrictamente esotérico, puede algunas veces haber dado lugar a ideas erróneas.

Karma es una expresión colectiva aplicada a aquel complicado grupo de afinidades para el bien y para el mal, engendradas por un ser humano durante su vida, y cuyo carácter es inherente a su quinto principio, a través de todo el intervalo que transcurre entre su muerte en una vida objetiva y su nacimiento en la próxima. Como ya se ha dicho, la doctrina parece establecer la noción de una autoridad espiritual superior que resume las acciones de la vida de un hombre al concluir ésta, tomando en consideración sus buenas y malas acciones y pronunciando su sentencia, según el aspecto completo del caso. Pero la comprensión de cómo los principios humanos se dividen en la muerte, proporcionará una clave para la inteligencia del modo como Karma opera, y también para la gran cuestión del inmediato estado espiritual del hombre después de la muerte, del cual es conveniente que nos ocupemos desde luego.

A la muerte, los tres principios inferiores, a saber: el cuerpo, su vitalidad meramente

física y su duplicado astral, son finalmente abandonados por lo que constituye, en realidad, el hombre mismo, y los cuatro principios superiores van a aquel mundo inmediatamente por encima del nuestro; por encima en lo que a la espiritualidad se refiere, no que esté situado encima, sino en él y fuera de él en lo que respecta a la localidad real y al cual denominan plano astral o Kama Loka, según una expresión muy familiar sánscrita. En él tiene lugar una división entre las dos duadas, las cuales comprenden los cuatro principios superiores. Las explicaciones ya dadas anteriormente, respecto al estado imperfecto de desarrollo en que los principios superiores del hombre se encuentran, hará ver que esta manera de considerar el proceso, como si se tratara de una separación mecánica de los principios, es un modo muy burdo de ocuparse del asunto. El lector debe modificar estas ideas en su mente, a la luz de lo que ya se ha dicho. Puede ser descrito de otra manera, tomándolo como una prueba del desarrollo alcanzado por el quinto principio. Mirado a la luz de la primera idea, debemos sin embargo, concebir, por una parte, al sexto y séptimo principios atrayendo el quinto, el alma humana, en una dirección, mientras que el cuarto por otra, le atrae hacia la tierra. Ahora bien; el quinto principio es una entidad muy compleja sepa-

rable en elementos superiores e inferiores. En la lucha que se traba en estos principios, ante sus asociados, sus porciones espirituales superiores más puras y elevadas, se adhieren al sexto, al paso que sus instintos, impulsos y recuerdos inferiores se adhieren al cuarto; y así el quinto principio es, en cierto modo, dividido en dos. El resto inferior, asociado al cuarto, flota por la atmósfera de la tierra mientras que los mejores elementos, aquellos que realmente constituyen el *ego* de la última personalidad terrena, la individualidad, la conciencia de la misma, siguen al sexto y séptimo a un estado espiritual, cuya naturaleza vamos a examinar.

Rechazando el nombre popular empleado para designar este estado espiritual por implicar ideas sumamente erróneas, permítasenos conservar la designación oriental de aquella región o estado al que los principios superiores de los seres humanos pasan a la muerte. Esto es además conveniente, porque si bien el Devachán de la filosofía buddhista corresponde en algunos de sus aspectos a la moderna idea europea del cielo, difiere de éste en otros que son ciertamente más importantes.

En primer lugar, lo que sobrevive en el Devachán no es únicamente la mónada individual, la cual sobrevive al través de todos los cambios del esquema evolucionario entero,

y pasa de un cuerpo a otro y de planeta a planeta, y así sucesivamente; lo que sobrevive en el Devachán es la propia personalidad consciente del hombre, bajo algunas restricciones que pronto explicaremos, pero que, sin embargo, es la misma personalidad en lo que se refiere a sus más elevados sentimientos, aspiraciones, afectos y hasta gustos, tal como era en la tierra. Quizá sería mejor decir la esencia de la pasada personalidad consciente.

Será mientras tanto útil para el lector, saber lo que el coronel H. S. Olcott dice en su *Catecismo Buddhista* (décimocuarto millar) acerca de la diferencia intrínseca entre "individualidad" y "personalidad", toda vez que lo escribió no sólo bajo la aprobación del Sumo Sacerdote del Sripada y Galle, Sumangala, sino, además, bajo la instrucción directa de su Guru Adepto; sus palabras serán valiosas para el estudiante de ocultismo. He aquí lo que dice en su apéndice:

"Después de haber reflexionado, he substituído "personalidad" por "individualidad", tal como en la primera edición estaba escrito. Las sucesivas apariciones en una o muchas tierras o "descenso a la generación" de la parte tanhaica (1) y coherente (Skandhas) de

(1) De *Tanha*. "Deseo insaciable": en sánscrito: elementos impuros de los vicios y pasiones de la personalidad desaparecida.

determinado ser, son una sucesión de personalidades. En cada nacimiento, la *personalidad* difiere de la del anterior y de la del próximo. Karma, el *deux ex machina,* se reviste (¿debemos decir se refleja?) ahora en la personalidad de un sabio, otra vez en la de un artista y así sucesivamente a lo largo de la serie de nacimientos. Pero aunque las personalidades ciertamente cambian, el único hilo de vida en el cual sucesivamente se ensartan aquéllas como las cuentas de un rosario, no sufre interrupciones.

"Permanece siempre siendo *aquella misma línea o hilo particular* de vida, jamás ninguna otra. Es, por tanto, individualidad, una ondulación vital individual que principió en el Nirvana, o sea la región subjetiva de la Naturaleza, así como la ondulación luminosa o calorífica a través del éter, principió en su fuente dinámica; transcurre a través de la región objetiva de la Naturaleza bajo el impulso del Karma y la dirección creadora de Tanha, y tiende, a través de muchos cambios cíclicos, a volver otra vez al Nirvana. Mr. Rhys Davids llama, a lo que pasa de personalidad en personalidad a lo largo de la cadena individual, carácter o "modo de ser". Desde el momento en que carácter no es una abstracción puramente metafísica sino la suma de las cualidades mentales e inclinaciones morales de

uno, ¿no ayudaría a resolver lo que Mr. Rhys Davids llama el desesperado expediente de un misterio, el considerar la ondulación de la vida como individualidad y a cada una de sus series de manifestaciones natales como una personalidad separada?"

"La negación del alma", por Buddha (véase Sanyutto Nikaya, el Lutta Pitaca), señala a la prevalente y engañosa creencia en una personalidad independiente y transmisible; una entidad que pasase sin cambio de nacimiento en nacimiento, o pasase a un lugar o estado donde, como entidad perfecta, gozaría o sufriría eternamente. Y lo que él hacía ver es que la conciencia de "yo soy yo" es, en cuanto a la permanencia, lógicamente imposible, toda vez que sus elementos constituyentes cambian constantemente y que el "yo" de un nacimiento difiere del "yo" de cada uno de los demás nacimientos. Pero todo cuanto he encontrado en el Buddhismo concuerda con la teoría de una evolución gradual del hombre perfecto, o sea un buddha, a través de innumerables experiencias natales. Y en la conciencia de una persona que al final de una serie dada de existencias llega al estado de buddha y que logra alcanzar el cuarto grado de Dhyana o místico desenvolvimiento en uno cualquiera de sus nacimientos anteriores al último, las escenas de todos los nacimientos

de la serie son perceptibles. En el *Yatakattahavannana,* tan bien traducido por Mr. Rhys Davids, se presenta continuamente una expresión que, a mi juicio, más bien confirma esta misma idea; es la siguiente: "Entonces el bienaventurado *hizo manifiesto un suceso oculto por el cambio de nacimiento,* o "aquello que había sido escondido por &." El primitivo Buddhismo, pues, claramente sostiene la permanencia de recuerdos en el Akasa y la capacidad potencial del hombre para leerlos, cuando en su evolución ha llegado al grado de la verdadera iluminación individual."

Los sentimientos y gustos puramente sensuales de la pasada personalidad, se separan de la misma en el Devachán; pero no debe deducirse de esto que nada es preservable en aquel estado, más que sentimientos y pensamientos que directamente se refieran a la religión o filosofía espiritual. Al contrario, todas las fases superiores, hasta las de la emoción afectiva, encuentran su apropiada esfera de desenvolvimiento en el Devachán. A fin de sugerir una serie completa de ideas por medio de un solo ejemplo, manifestaremos que un alma en el Devachán, si es el alma de un hombre que era apasionado por la música, permanecerá arrebatada de continuo por las sensaciones que la música produce. La persona cuya más elevada felicidad en la tie-

rra ha permanecido concentrada en el ejercicio de los afectos, no echará de menos en el Devachán a aquellos a quienes él o ella ha amado. Pero, desde luego se preguntará: y si algunos de éstos no están en un estado propio para el Devachán ¿qué sucede? La contestación es que poco importa. Porque para la persona que les ha amado, *ellos estarán allí.* No es necesario decir mucho más para dar la clave de la cuestión. El Devachán es un estado subjetivo. Parecerá tan real, como nos lo parecen las sillas y mesas que están en torno nuestro; y téngase presente, sobre todo, que para la profunda filosofía del ocultismo, las mesas y las sillas y todas las imágenes objetivas del mundo nada tienen de reales, y son meras ilusiones transitorias de los sentidos. Tan reales como las realidades de este mundo son para nosotros, y hasta más, serán las realidades del Devachán para aquellos que lleguen a aquel estado (1).

(1) Infinitamente más reales, sin género alguno de duda, toda vez que la forma de percepción es incomparablemente más sutil, perfecta y transcendente, y que la inteligencia, libre de los densos velos de la materia grosera y actuando en su propio plano, tiene necesariamente que percibir la verdad de todas las cosas muchísimo más de cerca que en la tierra. Aquí, densas cataratas interceptan nuestra visión intelectual; allí, lo agudo y penetrante de la visión del alma borra el espacio mismo. Aquí, la materia física intercepta toda percepción; allí, la materia *mental* siendo en sí misma la percepción y, por decirlo así, el pensamiento mismo objetiviza o da forma instantáneamente a todos los deseos, a todos los pensamientos del alma. — *(N. de J. M.)*

De esto se deduce, que el *aislamiento* subjetivo del Devachán, tal como quizá se concibe a primera vista, no es, después de todo, ningún aislamiento real, en el sentido en que la palabra se comprende en el plano físico de existencia, sino que es presencia y compañía de todo aquello que la verdadera alma anhela, sean personas, cosas o conocimientos. Y una consideración paciente del lugar que ocupa el Devachán en la Naturaleza, demostrará que este aislamiento subjetivo de cada unidad humana, es el único estado que hace realizable el concepto que se pueda tener de una feliz existencia espiritual, para la humanidad en general, después de la muerte; y el Devachán es un estado tan puro y absolutamente feliz para todos los que lo obtienen, como el Avitchi es lo contrario del mismo. No existe desigualdad o injusticia alguna en el sistema; el Devachán no es lo mismo para el bueno que para el indiferente, pero no es una vida de responsabilidad, y, por lo tanto, no existe en él lógicamente lugar alguno para el sufrimiento; así como tampoco hay en el Avitchi ningún lugar para el gozo o el *arrepentimiento.* Es una vida de *efectos,* no de *causas;* una vida en la que se nos paga lo que hemos ganado, sin que tengamos que trabajar para ello. Por lo tanto es imposible durante aquella vida, tener conocimiento de lo que pasa sobre la tie-

rra, porque semejante conocimiento no permitiría una verdadera felicidad en el estado después de la muerte. Un cielo convertido en una atalaya desde la cual sus ocupantes pudieran observar las miserias de la tierra, sería, en realidad, un lugar de agudos sufrimientos mentales para sus habitantes, cuya cualidad característica sería los sentimientos más simpáticos, generosos y caritativos. Si en nuestra imaginación les investimos con un sentimiento de simpatía tan limitado que fuera de las personas de su afecto que pudieran haber quedado en la tierra, nada les importara el espectáculo de los sufrimientos de los demás; sin embargo, tendrían que pasar por un período de espera muy poco dichoso, antes que los sobrevivientes llegaran al término de una existencia a menudo larga y trabajosa. Y esta hipótesis se agravaría aún más, haciendo que los cielos fuesen mansión penosísima para los ocupantes más generosos y compasivos, quienes continuarían de este modo sufriendo en presencia de la afligida raza humana, aun después de que sus allegados personales hubiesen sido libertados por el transcurso del tiempo. La única manera de escapar a este dilema, estriba en la suposición de que los cielos no están todavía abiertos para su destino, por decirlo así, y que todos los mortales que desde Adan hasta la fecha han vivido, permanecen

en un sueño extático parecido a la muerte, esperando la Resurrección al fin del mundo. También esta hipótesis tiene sus dificultades, pero en la actualidad nos ocupamos de la armonía científica del Buddhismo esotérico, y no de las teorías de otras creencias.

Sin embargo, los lectores que concedan que la observación de la vida terrena desde los cielos haría imposible la felicidad en los mismos, puede que duden todavía que la verdadera felicidad sea posible en aquel estado, al cual pueden objetar el monótono aislamiento descrito antes. La objeción procedería únicamente del punto de vista de una imaginación que no puede prescindir de lo que en la actualidad la rodea. Empecemos con lo que a la monotonía se refiere. Nadie se quejará de haber experimentado monotonía durante el minuto, momento, media hora o lo que sea de la mayor felicidad que durante su vida haya experimentado. La mayor parte de las personas han tenido de algún modo algunos momentos felices, que puedan servirles al propósito de hacer esta comparación; y permítasenos considerar siquiera sea ese minuto o momento demasiado corto para dar motivo a la menor sospecha de monotonía, e imaginar sus sensaciones inmensamente prolongadas, sin sucesos ningunos externos que puedan marcar el transcurso del tiempo. En semejante estado

de cosas, no hay lugar para el concepto del fastidio. La inalterable e inmutable sensación de interna felicidad sigue su curso, no para siempre, puesto que las causas que lo han producido no son infinitas en sí mismas, sino durante períodos muy largos de tiempo, hasta que el impulso eficiente se ha agotado por sí mismo.

Ni tampoco debe suponerse que para las almas en Devachán no exista, por decir así, cambio ninguno de ocupación, y que cualquier momento único de sensación terrena es escogido para perpetuación exclusiva. He aquí lo que escribe un instructor de la más elevada autoridad, sobre este asunto:

"Existen dos campos de manifestaciones causales: el objetivo y el subjetivo. Las energías más groseras, o sea las que operan en el estado más denso de la materia, se manifiestan objetivamente en cada siguiente vida física, constituyendo su aparición la nueva personalidad de cada nacimiento que se desenvuelve dentro del gran ciclo de la individualidad en evolución. Tan sólo las actividades morales y espirituales son las que encuentran su esfera de efectos en el Devachán. Y no existiendo límites ni para el pensamiento, ni para la imaginación, ¿cómo puede argüirse ni por un momento, que en el estado del Devachán exista algo parecido a monotonía? Pocos son los

hombres cuyas ideas hayan sido tan por completo desprovistas de sentimiento, de amor, o de una predilección más o menos intensa por determinados pensamientos que sean incapaces de alcanzar un período proporcionado de experiencia devachánica después de su vida terrena. Así, por ejemplo, al paso que los vicios, las atracciones físicas y sensuales de un gran filósofo, pero mal amigo y hombre egoísta, pueden resultar en el nacimiento de una nueva inteligencia todavía mayor, pero al mismo tiempo de un hombre de las más miserables, que recoge los efectos kármicos de todas las causas producidas por el antiguo ser, resultante inevitable a causa de las proclividades preponderantes de aquel ser en el nacimiento precedente, el período intermedio entre sus dos nacimientos físicos, *no puede ser,* dadas las exquisitamente bien ajustadas leyes de la Naturaleza, más que un *hiatus* de inconsciencia. No puede existir un vacío tan lúgubre como el que la teología protestante cristiana bondadosamente promete o más bien implica para las almas que de la tierra han partido, las cuales entre la muerte y la resurrección, tienen que flotar en el espacio, en mental catalepsia, esperando el día del juicio. Siendo las causas producidas por la energía espiritual y mental, mucho más grandes y más importantes que las creadas por los impulsos físicos, sus efec-

tos tienen que ser, ya para la felicidad, ya para el sufrimiento, igualmente grandes. No ofreciendo las vidas en esta o en otras tierras, campo apropiado para tales efectos y teniendo cada labrador derecho a su propia cosecha, tienen que ejercer sus funciones, bien en el Devachán o bien en el Avitchi. Bacón, por ejemplo, a quien un poeta ha llamado

el más brillante, el más sabio, el más mísero de los hombres,

puede reaparecer en su próxima encarnación como un ávido avaro, de extraordinarias facultades intelectuales. Pero por grandes que estas últimas sean, no encontrarán campo apropiado en el cual aquella línea particular de pensamiento que imperó durante el transcurso de su vida previa en el fundador de la moderna filosofía, pueda alcanzar todo cuanto le es debido. Sería sólo el astuto abogado, el corrompido Procurador General, el amigo ingrato y el desleal Lord Canciller, quienes podrían encontrar conducidos por el Karma un nuevo terreno apropiado en el cuerpo del prestamista y reaparecer como un nuevo Shylock. ¿Pero a dónde iría Bacón, el pensador incomparable, para quien la investigación filosófica acerca de los más profundos problemas de la Naturaleza, fué su "primero, último y único amor"; dónde iría este "gigante intelectual de su raza", una vez despojado de su naturaleza

más inferior? ¿Tienen que desvanecerse y desaparecer todos los efectos de aquella magnífica inteligencia? Ciertamente que no. Así es que sus cualidades morales y espirituales, tienen que encontrar también un campo, en el cual sus energías puedan desenvolverse. El Devachán es este campo. De aquí que todos los grandes planes de reformas morales, de investigaciones intelectuales acerca de los abstractos principios de la Naturaleza; todas las divinas y espirituales aspiraciones que han llenado la parte más brillante de su vida, deben fructificar en el Devachán; y la abstracta entidad, conocida en el nacimiento precedente como Francisco Bacón, y que *puede* ser conocida en su encarnación subsiguiente como un despreciado usurero — creación del propio Bacón, su Frankenstein, el hijo de su Karma —se ocupará mientras tanto en este mundo interno, también obra propia suya, en gozar de los efectos de las grandes causas benéficas y espirituales sembradas en vida. Viviría una existencia pura y espiritualmente consciente —un sueño de vívida realidad—hasta que estando ya satisfecho el Karma en aquella dirección y llegando la ondulación de fuerza al borde de su área subcíclica, el ser debe actuar en su siguiente esfera de causa, ya sea en este mismo mundo o en otro, según el grado de su progreso... Por lo tanto, *existe* un cambio

de ocupación, un cambio continuo en el Devachán. Porque aquella vida-sueño, es sólo el goce, la época de la cosecha de aquellos gérmenes o semillas psíquicas caídos del árbol de la existencia física en nuestros momentos de sueño y de esperanza; imaginarios vislumbres de bienaventuranza y de felicidad, sofocados en un terreno social ingrato, floreciendo en la sonrosada aurora del Devachán y madurando bajo su siempre fructificante cielo. Si el hombre hubiese únicamente tenido un solo momento de experiencia ideal, ni siquiera entonces podría tener lugar, como erróneamente se ha supuesto, la prolongación indefinida de aquel "solo momento". Aquella nota única, arrancada de la lira de vida, constituiría la nota-clave del estado subjetivo del ser, y daría lugar a innumerables y armónicos tonos y semitonos de psíquica fantasmagoría. Allí todas las esperanzas, aspiraciones y sueños no realizados, se hacen por completo efectivos; y los sueños de la existencia objetiva se convierten en realidades de la subjetiva. Y allí, tras de la cortina de Maya, sus vaporosas y engañadoras apariencias son percibidas por el Iniciado, que ha aprendido el gran secreto de cómo penetrar tan profundamente en los Arcanos del Ser..."

Así como la existencia física posee su intensidad acumuladora desde la infancia a la virilidad, disminuyendo su energía desde la misma hacia la vejez y la muerte, así también el sueño de vida en el Devachán transcurre de análogo modo. Preséntase el primer período de vida psíquica, siguen después la aparición de la virilidad, la pérdida gradual de fuerza, pasando luego a un letargo consciente, semi-inconsciencia, olvido y no muerte, ¡sino nacimiento!, nacimiento en otra personalidad, y la reasunción de la actividad que diariamente engendra nuevas series de causas que deben encontrar sus efectos en otra vida devachánica.

"No es, pues, una realidad, es meramente un sueño", argüirán los objetantes; "el alma así sumida en ilusoria sensación de gozo, sin realidad ninguna en aquel tiempo, es engañada por la Naturaleza, y debe experimentar un terrible choque cuando despierte de su error". Pero dada la naturaleza de las cosas, jamás despierta o puede despertar. El despertar del Devachán, es su siguiente nacimiento a la vida objetiva, y el trago del Leteo ha sido ya tomado. Ni tampoco en lo que se refiere al aislamiento de cada alma existe allí conciencia alguna de aislamiento, sea lo que sea; ni es posible allí separarse de sus asociados escogidos. Estos asociados no son de la naturaleza de compañeros que pueden desear marcharse, de amigos que pueden separarse del amigo que

les ama, aunque éste no quiera separarse de ellos. El amor, la fuerza creadora ha colocado su imagen viviente ante el alma personal que anhela por su presencia y aquella imagen jamás se alejará.

En este aspecto de la cuestión puedo de nuevo valerme de las palabras de un instructor:

"Los que hacen objeciones de aquella especie, presuponen simplemente una incongruencia, ¡pues no otra cosa es aplicar al Devachán una clase de relaciones que únicamente pueden tener lugar entre las entidades de la existencia física! Dos almas simpáticas, ambas desencarnadas, expresarán cada una sus propias sensaciones devachánicas, haciéndose participar mutuamente de su felicidad subjetiva. Naturalmente, será esto tan real para ellas como si ambas estuviesen todavía en esta tierra. Sin embargo, cada una está separada de la otra en lo que a la asociación personal o corporal se refiere. Al paso que esta última es la única de su especie que es reconocida por nuestra terrena experiencia como asociación efectiva para el habitante del Devachán, no sólo sería algo que nada tendría de real, sino que no tendría para él existencia alguna en ningún sentido, ni siquiera considerada como una ilusión: pues un cuerpo físico y hasta un Mayavi Rupa, serían para *sus* sentidos espirituales tan invisibles como lo es él mismo para los sentidos físicos de aquellos que más le han amado en la tierra. Así es que, aunque uno de los "partícipes" estuviera vivo y por completo inconsciente de aquellas relaciones durante su estado de vigilia, sin embargo, todo trato con él sería para el habitante del Devachán, una *realidad* absoluta. ¿Y qué otra asociación efectiva puede existir allí que no sea la puramente idealista que ya se ha descrito entre dos entidades *subjetivas,* que ni siquiera son tan materiales como aquel etéreo cuerpo espectral, el Mayavi Rupa? El objetar a esto fundándose en que uno es así "engañado por la Naturaleza", y llamarlo "una engañosa sensación de gozo que no tiene realidad alguna", es mostrarse por completo incapaz de comprender los estados de la vida y del ser fuera de nuestra existencia material. Porque ¿cómo puede hacerse la misma distinción en el Devachán, o sea fuera del estado de la vida terrena, entre lo que llamamos una realidad y una falsificación ficticia o artificial de la misma en este nuestro mundo? El mismo principio no puede aplicarse a las dos clases de estado. ¿Es concebible que lo que nosotros llamamos una realidad en nuestro estado físico encarnado, pueda existir bajo las mismas condiciones como una realidad para un ser desencarnado? En la tierra el hombre es dual en

el sentido de ser una cosa de materia y una cosa de espíritu; de aquí la distinción natural hecha por su mente; el analizador de sus sensaciones físicas y percepciones espirituales, entre una realidad y una ficción; por más que aun en esta vida están los dos grupos de facultades equilibrándose constantemente, y cada grupo, cuando domina, considera como ficción o ilusión lo que el otro cree ser lo más real. Pero en el Devachán nuestro *ego* cesa de ser dual en aquel sentido y se convierte en una entidad mental y espiritual. Aquello que durante la vida era una ficción, un sueño, y que sólo existía en la región de la fantasía, se convierte bajo las nuevas condiciones de existencia, en la única *realidad* posible. Así, para nosotros presuponer la posibilidad de cualquier otra realidad para un habitante del Devachán, es sostener un absurdo, una falacia monstruosa, una idea antifilosófica, en el mayor grado. Lo real es aquello que es llevado a efecto o verificado *de facto:* "La realidad de una cosa es probada por su efectividad." Y como en el estado devachánico no tiene existencia posible lo supuesto y lo artificial, la consecuencia lógica es que todo lo que en él existe es efectivo y real. Porque además, ya sea que el sexto principio cobije a los cinco inferiores durante la vida de la personalidad, o que se halle por completo separado de los

más groseros por causa de la disolución del cuerpo, de todos modos ese sexto principio, o sea nuestra "Alma Espiritual", carece de substancia, es siempre Arupa; así como tampoco permanece confinado en un lugar único, con un limitado horizonte de percepciones en torno suyo. Por lo tanto, sea que esté *dentro o fuera* de su cuerpo mortal, siempre es distinto del mismo y está libre de sus limitaciones; y si nosotros llamamos a sus experiencias devachánicas "un engaño de la Naturaleza", no debemos permitirnos jamás llamar "realidad" a ninguno de los sentimientos puramente abstractos, que pertenecen a nuestra alma *superior* y que ella refleja y se asimila, como, por ejemplo, un concepto ideal de lo bello, la profunda filantropía, el amor, etc., así como toda otra sensación puramente espiritual que llena durante la vida de gozo o de dolor inmensos nuestro ser interno."

Debemos tener presente, que por la misma naturaleza del sistema antes descrito, existen infinitas variedades de dicha en el Devachán, correspondientes a las infinitas variedades de mérito en el género humano. Si el "otro mundo" fuese realmente el cielo objetivo que la teología ordinaria predica, existirían allí una injusticia y arbitrariedad sin fin. En primer término, los individuos tendrían que ser admitidos o excluídos, y las diferencias de favor

manifestadas a los distintos huéspedes en la mansión de la gracia por excelencia, no serían suficientes para responder a las diferencias de mérito en esta vida. Pero el cielo verdadero de nuestra tierra se ajusta por sí mismo con infalible exactitud a las necesidades y méritos de todos los que llegan. El ciclo de cada persona que alcanza el cielo que realmente existe, se ajusta exactamente a su capacidad para gozar de él, no sólo en lo que se refiere a la duración del estado dichoso, el cual es determinado por las causas engendradas en la vida objetiva, sino también en lo que se refiere a la intensidad y amplitud de las emociones que constituyen ese estado feliz. Es la creación de sus propias aspiraciones y facultades. Otra idea que ésta no podría ser comprendida a las inteligencias no iniciadas. Pero esta indicación de su carácter basta para mostrar cuan perfectamente se adapta al lugar que le está designado en el esquema de la evolución. Continuo mis citas: "El Devachán es, por supuesto, *un estado,* no una localidad, y lo mismo sucede con Avitchi, su antítesis (el cual ruego no se confunda con el *infierno*). La filosofía esotérica Buddhista, tiene tres *Lokas* (llamadas así) principales, a saber: 1.° *Kama Loka;* 2.° *Rupa Loka,* y 3.° *Arupa Loka;* o sea en su traducción y significado literales: 1.° Mundo de deseos o pasiones, de anhelos terrenos

no satisfechos, la mansión de los "Cascarones" y de las víctimas de los elementarios y de los suicidas; 2.° El mundo de formas, o sea de sombras más espirituales, poseyendo forma y objetividad, pero ninguna substancia, y 3.° El mundo *informe,* o más bien el mundo de ninguna forma, el incorpóreo, desde el momento en que sus habitantes no tienen para nosotros mortales, ni cuerpo, ni forma, ni color, en el sentido que nosotros damos a estas palabras (1). Estas son las tres esferas de la espiritualidad ascendente, en las cuales los distintos grupos de entidades subjetivas y semisubjetivas, encuentran sus atracciones. Todas, menos los suicidas y las víctimas de muertes violentas y prematuras, van, según sus atracciones y poderes, al estado de Devachán o de Avitchi cuyos dos estados constituyen las innumerables subdivisiones de los Lokas Rupa y Arupa, lo cual quiere decir que tales estados no sólo varían en grado o en aspecto para la entidad en lo que se refiere a su forma, color,

(1) Estos tres *Lokas* se definen en los tratados más modernos del siguiente modo: 1.° *Kama Loka,* el Plano Astral, equivalente al purgatorio de los católicos cuyas llamas *materiales* purificadoras son el símbolo del fuego de las pasiones de que la entidad se purifica allí; 2.° *Rupa Loka,* los cuatro subplanos inferiores del Plano Mental o el *cielo* donde la personalidad ve realizadas todas sus aspiraciones elevadas; 3.° *Arupa Loka* los tres subplanos superiores del Plano Mental, mansión de la "individualidad" y *cielo* de las almas más elevadas o espirituales. Véase *El Plano Astral* y *El Devachán,* por C. W. Leadbeater.—*(N. de J. M.)*

etcétera, sino que existe una gradación infinita de semejantes estados, en su progresiva espiritualidad e intensidad de sentimiento, desde los más ínfimos en el Rupa, hasta los más elevados y exaltados en el Arupa Loka. El estudiante debe tener presente que *personalidad* es sinónimo de limitación, y que cuanto más egoísta, cuanto más mezquinas sean las ideas de la persona, tanto más íntimamente se adherirá a las esferas inferiores de existencia, tanto más tiempo permanecerá en el plano de las egoístas relaciones sociales."

Siendo el Devachán un estado de gozo meramente subjetivo, cuya dirección e intensidad es determinada por el mérito y espiritualidad de la pasada vida terrena, no puede presentarse allí ocasión alguna para la retribución de las malas acciones. Pero no es que la Naturaleza se contente con perdonar los pecados libre y fácilmente, o condenar inmediatamente a los pecadores, a manera de un amo perezoso, demasiado indolente más bien que bondadoso, para gobernar con justicia en su casa. El Karma del mal, sea grande o pequeño, opera con tanta certeza a su tiempo debido, como el Karma del bien. Pero el lugar de sus funciones no es el Devachán, sino un nuevo nacimiento o Avitchi, estado al cual se llega únicamente en casos excepcionales y por excepcionales naturalezas. En otras palabras: mientras que el pecador vulgar recogerá los frutos de sus acciones en una reencarnación subsiguiente, el criminal excepcional, el aristócrata del pecado, tiene como perspectiva el Avitchi, esto es, el estado de sufrimiento espiritual subjetivo, que constituye el reverso del Devachán.

"Avitchi es el estado de la maldad más *ideal espiritual,* algo parecido al estado de Lucifer, tan soberbiamente descrito por Milton. No son muchos, por lo tanto, los que a él llegan, como el lector pensador percibirá. Y si se objeta que desde el momento en que existe el Devachán para casi todos, para los buenos, para los malos y para los indiferentes, los fines de armonía y de equilibrio se frustran, y la ley de retribución y de justicia imparcial e implacable, difícilmente se aplica y satisface con semejante escasez relativa, ya que no ausencia, de su antítesis, en este caso, la contestación demostrará *que no sucede así.* El *Mal,* es el negro hijo de la Tierra (materia) y el *Bien,* la hermosa hija de los Cielos (o Espíritu), dice el filósofo chino; de aquí, que el lugar de castigo para la mayor parte de nuestros pecados, es la tierra, el lugar de su nacimiento y acción. En la tierra existe más mal aparente y relativo que verdadero, y no es dado a los *hoi-polloi* el alcanzar la fatal grandeza de un "Satán" todos los días."

Generalmente, el renacimiento en la existencia objetiva es el suceso que pacientemente aguarda el Karma del mal; y entonces de un modo irresistible se afirma; no quiere decir esto que el Karma del bien se agote en el Devachán, dejando a la infeliz mónada que desarrolle una nueva conciencia, sin otros materiales que las malas acciones de su última personalidad. El renacimiento será calificado tanto por el mérito como por el demérito de la vida previa; pero la existencia devachánica es un sueño sonrosado, una noche pacífica, con sueños más vívidos que el día, e imperecedera durante muchos siglos.

Se verá que el estado devachánico es sólo uno de los estados de existencia, que constituyen todo el complemento espiritual, o relativamente espiritual de nuestra vida terrena. Los observadores de fenómenos espiritistas, no hubieran quedado perplejos, como les ha sucedido, sino hubiese existido más estado que el Devachán; porque una vez un espíritu en el Devachán, existen muy pocas probabilidades de comunicación entre un espíritu por completo absorto entonces en sus propias sensaciones, y prácticamente olvidado de la tierra que ha abandonado, y sus amigos todavía vivos. Estos amigos, ya hayan partido antes o ya continúen en la tierra, si los lazos de afecto eran bastante fuertes, estarán de todos

modos con el infeliz espíritu para quien serán por todos conceptos vívidas realidades, tan felices, bienaventurados e inocentes como él mismo.

Es cosa *posible,* sin embargo, para personas todavía vivientes, tener visiones del Devachán, aunque tales visiones son raras y sólo percibidas por una de las partes, pues las entidades en Devachán que pueda percibir un clarividente terrestre, están inconscientes por completo de tal observación. El espíritu del vidente asciende al estado del Devachán durante tan raras visiones, y está sujeto así a las vívidas ilusiones de aquella existencia, hallándose bajo la impresión de que los espíritus con los cuales está en relaciones devachánicas de simpatía, han venido a visitar la tierra y a él mismo, mientras que lo que en realidad ha tenido lugar, es la operación inversa: el espíritu del clarividente ha sido elevado hacia aquellos, al Devachán. Así, muchas de las comunicaciones espirituales subjetivas, o sea la mayor parte de ellas, siempre que los sensitivos sean inteligencias puras (1), son reales, aunque es de la mayor dificultad para el médium no ini-

(1) Estas comunicaciones de "médiums" con las entidades devachánicas son en extremo excepcionales, por razón de que son también muy excepcionales las conciencias *por completo* puras e inocentes y que a la vez sean médiums. De aquí que, salvo esos casos extraordinariamente raros, todas las comunicaciones de los médiums son con entidades del

ciado fijar en su mente con verdadera exactitud lo que ve y oye. Del mismo modo, algunos de los fenómenos llamados psicográficos (aunque más raras veces) son también reales. El espíritu del sensitivo siendo compenetrado, por decirlo así, por el alma del espíritu en el Devachán, *se convierte* durante unos minutos en aquella personalidad difunta, y escribe con su carácter de letra en su estilo y con sus pensamientos, tal como eran durante su vida. Los dos espíritus se funden en uno, y la preponderancia del uno sobre el otro durante tal fenómeno, determina la preponderancia de la personalidad en las características exhibidas. Así es que puede incidentalmente observarse que lo que es llamado *rapport* es, después de todo, una identidad de vibración molecular entre la porción astral del médium encarnado y la porción astral de la personalidad desencarnada (1).

Como ya se ha indicado, y como acerca del asunto el sentido común debe haberlo demostrado, existen en el Devachán gran variedad

Plano Astral que aún no han pasado al estado devachánico, o simplemente son entidades propiamente astrales. — (*N. de J. M.*)

(1) Esta definición corresponde más bien a las comunicaciones con entidades del Plano Astral, por cuanto las del Devachán carecen de materia astral; pero puede aplicarse a esas rarísimas comunicaciones con entidades devachánicas, en las que actúan de medio los respectivos cuerpos mentales de los comunicantes. — (*N. de J. M.*)

de estados, y cada personalidad se encuentra allí en el lugar que le corresponde. Desde allí, por consiguiente, pasa al mundo de causas, o sea esta tierra, u otra, según sea el caso, cuando llega el tiempo de su renacimiento. Unido con la supervivencia de las afinidades comprendidas en la definición que se ha hecho del Karma, afinidades tanto para el bien como para el mal, engendradas en la vida anterior, se verá que este proceso lleva consigo nada menos que una explicación del problema que ha sido siempre considerado como tan incomprensible: las desigualdades de la vida. Las circunstancias en las que entramos en la nueva vida, son las consecuencias del uso que hayamos hecho de las circunstancias de la vida anterior; las cuales, sean cuales fueren, no impiden el desarrollo del nuevo Karma, puesto que éste será engendrado por el uso que hagamos de *ellas* esta vez. Ni tampoco hay que suponer que todos los sucesos corrientes de la vida, ya sean alegres o tristes, son el fruto de antiguo Karma. Muchos pueden ser consecuencias inmediatas de actos de la vida a la cual pertenecen—transacciones al contado con la Naturaleza, por decirlo así—, las cuales, no motivan casi asientos en los libros de aquélla. Pero las grandes desigualdades de la vida, en lo que se refiere al modo de entrar en ella de los diferentes

seres humanos, es una consecuencia manifiesta del antiguo Karma cuyas variedades infinitas han conservado siempre una constante provisión de reclutas, para todas las múltiples variedades del estado humano.

No debe suponerse que el verdadero *ego* pase instantáneamente, después de la muerte, desde la vida de la tierra y sus confusiones, al estado devachánico. Cuando la división o purificación del quinto principio ha tenido lugar en Karma Loka por las contendientes atracciones de los principios cuarto y sexto, el verdadero *ego* pasa a un período de gestación inconsciente. He dicho ya cómo la misma vida devachánica es un proceso de crecimiento, madurez, y decadencia; pero las analogías con la tierra son, por cierto, aún más estrechas. Existe un estado espiritual prenatal a la entrada de la vida espiritual, del mismo modo que existe un estado parecido e igualmente inconsciente al entrar en la vida objetiva. Y este período, en diferentes casos, puede ser de muy distinta duración; desde unos pocos momentos a inmensos períodos de años. Cuando un hombre muere, su alma o quinto principio, se vuelve inconsciente y pierde todo recuerdo de las cosas, tanto internas como externas. Sea que su permanencia en Karma Loka tenga que durar unos pocos momentos, horas, días, semanas, meses o años; sea que muera

de muerte natural o violenta; sea que ésta ocurra en la juventud o en la vejez, y sea que el *ego* haya sido bueno, malo o indiferente; su conciencia le abandona tan súbitamente como la llama a un pabilo cuando se sopla. Cuando la vida se ha retirado de la última partícula de la materia del cerebro, sus facultades perceptivas quedan extinguidas para siempre, y sus poderes espirituales de cognición y de volición permanecen durante algún tiempo tan extinguidos como los demás (1). Su Mayavi Rupa puede ser lanzado en objetividad, como en el caso de apariciones después de la muerte. Pero a menos de que sea proyectado por un deseo consciente o interno de ver o de aparecerse a alguien, lanzándose a través del cerebro moribundo, la aparición será sencillamente automática. La reavivación de la conciencia en Karma Loka, es claramente, por lo que ya se ha dicho, un fenómeno que depende de la característica de los principios, pasando inconscientemente fuera del cuerpo moribundo. Puede llegar a ser regularmente completa, ba-

(1) En una anotación posterior, el autor rectifica estos conceptos suyos primitivos que entrañan no pocos errores; sin embargo, para todo lo que se refiera a los estados de conciencia *post mortem*, recomendamos al lector *La Muerte ¿y después?*, por Mrs. A. Besant, así como el ya mencionado manual *El Plano Astral y el Devachán*, por C. W. Leadbeater, los cuales, por sus minuciosos y precisos detalles, arrojan clarísima luz sobre esta cuestión capital, tan obscura en las religiones. — *(N. de J. M.)*

jo circunstancias en ningún modo deseables, o puede ser borrada gracias a un rápido paso al estado de gestación que conduce al Devachán. Este estado de gestación puede ser de duración muy larga en proporción a la fuerza espiritual del *ego*, y el Devachán ocupa el resto del período entre la muerte y el siguiente renacimiento físico. El período completo es, por supuesto, de una duración muy variable, según difieran las personas; la estancia en el Devachán cuando constituye el premio de un Karma muy rico, se extiende a enormes períodos.

ANOTACIONES

Los comentarios que tengo que hacer acerca de la doctrina comprendida en el capítulo anterior, será más conveniente añadirlos al final del próximo, y presentarlos relacionándolos con los que se refieren a los estados de Kama Loka.

CAPÍTULO VI

KAMA LOKA

La envoltura Astral. — Su residencia. — Su naturaleza. — Impulsos sobrevivientes. — Elementales. — Médiums y Envolturas. — Accidentes y suicidios. — Personalidades perdidas.

Lo que ya se ha expuesto con referencia al destino de los principios humanos superiores después de la muerte, prepara el camino para comprender las circunstancias en que lo que resta de estos principios se encuentra después que el verdadero *ego* ha pasado al estado devachánico, o bien a aquel período inconsciente de preparación del mismo que corresponde a la gestación física. La esfera en la cual semejante resto permanece durante cierto tiempo, es conocida en la ciencia oculta como Kama Loka, la región del deseo, no la región en la cual el deseo se desarrolla en un grado anormal, relativamente al deseo tal como le conocemos en la tierra, sino la esfera donde esa

sensación del deseo, que es una parte de la vida terrena, puede sobrevivir...

Por lo que se ha dicho acerca del Devachán, es evidente que una gran parte de los recuerdos que se acumulan alrededor del *ego* humano durante la vida son incompatibles, por su naturaleza, con la pura existencia subjetiva a que pasa el *ego* verdadero, perdurable y espiritual; pero no por esto se aniquilan o extinguen necesariamente aquellos. Continúan inherentes en ciertas moléculas pertenecientes a los principios sutiles (aunque no a los más sutiles) que abandonan el cuerpo a su muerte; y del mismo modo, como la disolución separa lo que generalmente se llama el alma del cuerpo, así provoca también una separación posterior entre los elementos constituyentes del alma. Aquella parte del quinto principio, o alma humana que por su naturaleza es asimilable al sexto principio o ha gravitado hacia él, pasa, juntamente con el germen de esta alma espiritual o divina, a la región superior o estado devachánico, en el cual se separa casi completamente de las atracciones de la tierra, y por completo en todo cuanto se refiere a su propio curso espiritual, por más que todavía conserva ciertas afinidades con las aspiraciones espirituales que emanan de la tierra y puede algunas veces atraer a éstas hacia sí. Pero el alma animal o cuarto principio (el elemento

de la voluntad y del deseo en lo que se refiere a la existencia objetiva), no posee atracción ninguna hacia lo superior, y no pasa más allá de la tierra de lo que lo hacen las partículas del cuerpo confiadas a la sepultura. No es en la tumba, sin embargo, donde este cuarto principio puede ser confinado. En su naturaleza o afinidades no es espiritual, pero tampoco es físico. Es físico sólo en sus afinidades y de aquí el resultado. Permanece dentro de la atracción local y física efectivas de la tierra, o sea en la atmósfera de la misma, o más bien en Kama Loka, toda vez que no son los gases de la atmósfera los que representan papel alguno en este punto del problema que nos ocupa. Y respecto del cuarto principio, hay que decir que una gran parte del mismo (en lo que se refiere a la mayoría de la humanidad, desgraciadamente, aunque una parte muy variable en su proporción relativa) inevitablemente permanece allí. Existen allí muchos atributos que exhibe el ordinario y complejo ser humano, muchos sentimientos ardientes, deseos y actos; infinidad de recuerdos, los cuales si bien no están relacionados con una vida tan exaltada quizá como los que tienen que ver con las aspiraciones más elevadas, pertenecen, sin embargo, de un modo esencial a la vida física y tardan en morir. Quédanse atrás, asociados con el cuarto principio, el cual es

por completo de naturaleza terrena perecedera, y se dispersan, se desvanecen o son absorbidos por los principios universales respectivos a que pertenecen, del mismo modo que el cuerpo es absorbido por la tierra en el transcurso del tiempo, rápida o lentamente en proporción a la tenacidad de su substancia. Y, mientras tanto, ¿dónde permanece la conciencia del individuo que ha muerto o se ha disuelto? Seguramente en el Devachán; pero a la mente no educada en la ciencia oculta se le presenta una dificultad a causa del hecho de que una apariencia de conciencia permanece inherente en la porción astral, o sea el cuarto principio con una parte del quinto, que queda atrás en Kama Loka. Se objeta que la conciencia individual no puede existir en dos puntos al mismo tiempo. Pero en primer lugar, esto puede suceder hasta cierto punto. Como pronto podrá verse, es un error el hablar de conciencia, tal como lo comprendemos en la vida, unida al cascarón o residuo astral; pero, sin embargo, puede despertarse en este cascarón cierta manifestación espuria de conciencia, que no tiene conexión ninguna con la conciencia real que mientras tanto crece en fuerza y vitalidad en la esfera espiritual. No tiene el cascarón el poder de adquirir y asimilarse nuevas ideas y de iniciar cursos de acción bajo la base de estas ideas nuevas. Pero

existe en el cascarón una sobrevivencia de los impulsos volitivos que le han sido comunicados durante su vida. El cuarto principio es el instrumento de volición, aunque no la volición misma, y los impulsos que se le han comunicado durante la vida por los principios superiores pueden seguir su curso y producir resultados casi indistinguibles, para observadores poco cuidadosos, de los que tendrían lugar si los cuatro principios más elevados estuviesen en realidad todos unidos como en vida.

El cuarto principio es durante la vida el vehículo de aquella conciencia esencialmente mortal que no puede acomodarse por sí misma a un estado de existencia permanente; pero la conciencia, aun de los principios inferiores *durante la vida,* es una cosa muy distinta de la conciencia vaporosa, volátil e incierta, que continúa inherente en los mismos, cuando aquello que en realidad *es* la vida, lo que los cobija o sea su vitalización por la infusión del espíritu, ha cesado en todo lo que a ellos se refiere. No puede el lenguaje hacer inteligibles de una vez todas las fases de una idea que presente muchos aspectos, como tampoco puede un dibujo presentar todos los lados de un objeto sólido. Y a primera vista los dibujos diferentes de un mismo objeto, tomados de diversos puntos de vista, pueden parecer

tan distintos que no sean reconocibles como el mismo, pero no cabe duda que cuando la inteligencia los llegue a percibir en conjunto, verá que sus diversidades constituyen un todo armónico. Así sucede con estos sutiles atributos de los principios invisibles del hombre, ningún tratado puede hacer más que presentar sus diferentes aspectos por separado. Los distintos puntos de vista expuestos, deben fundirse en la mente del lector antes de que el concepto completo corresponda a las realidades de la Naturaleza.

En la vida, el cuarto principio es el asiento de la voluntad y del deseo, pero no es la voluntad misma. Debe estar activamente unido al espíritu cobijador, o la "Vida Una" para ser así el agente de aquella elevadísima función de la vida: la voluntad en su potencia sublime. Como ya se ha dicho, los nombres sánscritos de los principios superiores, implican la idea de que son vehículos de la Vida Una. No que la Vida Una sea un principio molecular separable: es la unión de todos, la influencia del espíritu; pero a la verdad, la idea es demasiado sutil para el lenguaje, y quizá para la misma inteligencia. De todos modos, su manifestación en el caso actual es bastante aparente. Cualquiera que haya sido la volición del cuarto principio cuando vivo, éste no es ya capaz, cuando muerto, de volun-

tad activa. Pero entonces bajo ciertas condiciones anormales, puede parcialmente recobrar la vida durante un tiempo; y este hecho es el que explica muchos, aunque no todos, fenómenos del mediumnismo espiritista. El "elementario" (como ha sido generalmente llamado el cascarón astral en escritos ocultos anteriores) es susceptible, según se ha dicho ya, de ser galvanizado durante un tiempo por la corriente del médium, pasando a un estado de conciencia y vida, del cual puede formarse una idea por el primer estado en que se encuentra una persona que, conducida a una habitación extraña en un estado de inconsciencia durante una enfermedad, se despierta débil, con su inteligencia confusa, mirando en torno suyo con un sentimiento de extravío, recibiendo impresiones, oyendo palabras que le son dirigidas, y contestando vagamente. Semejante estado de conciencia no está asociado con nociones del pasado o del futuro. Es una conciencia automática derivada del médium. Un médium, téngase bien presente, es una persona cuyos principios están flojamente unidos, y son susceptibles de ser usados por otros seres, o por principios flotantes que sientan atracción por alguno de ellos o por alguna parte de ellos. Ahora bien; ¿qué sucede en el caso de un cascarón atraído hacia una persona así constituída? Supongamos que la persona

que desechó el cascarón haya muerto con algún violento deseo no satisfecho, no necesariamente pecaminoso, sino relacionado por completo con la vida de la tierra; un deseo, por ejemplo, de comunicar algún hecho a una persona todavía viva. A la verdad, el cascarón no vaga por Kama Loka con el designio firme, inteligente y consciente de comunicar aquel hecho, pero entre otros, el impulso volitivo de hacerlo ha sido infundido en el cuarto principio, y mientras las moléculas de aquel principio permanecen asociadas (lo cual puede tener lugar durante muchos años), sólo necesitan ser parcialmente galvanizadas de nuevo a la vida, para convertirse en activas en la dirección del impulso original. Semejante cascarón al ponerse en contacto con un médium (que no sea de una naturaleza tan diferente de la persona que ha muerto, como para hacer un *rapport* imposible), algo del quinto principio del médium se asocia con el errante cuarto principio, y pone en acción al impulso original. Así es que la conciencia e inteligencia que puede ser necesaria para mantener el cuarto principio en estado de usar los medios de comunicación que se le facilitan, ya sea una pizarra y un lápiz, o una mesa en la cual producir golpes, son tomadas del médium, y entonces la comunicación obtenida puede ser el mensaje que la persona muerta

ordenó que diese, por decirlo así, a su cuarto principio, pero que hasta entonces no había tenido el cascarón oportunidad para dar. Puede objetarse que la producción de la escritura en una pizarra encerada, o de golpes en una mesa sin el empleo de los nudillos o de un palo, es en sí mismo un hecho de naturaleza maravillosa, que demuestra, por parte de la inteligencia comunicadora, un conocimiento de los poderes de la naturaleza acerca de los cuales nada sabemos nosotros en nuestra vida física. Pero el cascarón se halla en el mundo astral, en el reino de semejantes poderes, y la manifestación de tales fenómenos es su modo natural de conducirse. No tiene más conciencia de la producción de un resultado maravilloso, por el uso de nuevos poderes adquiridos en una esfera más elevada de existencia, que la que nosotros poseemos de las fuerzas, por medio de las cuales en la vida el impulso volitivo es comunicable a los nervios y a los músculos.

Pero se podrá objetar que la "inteligencia que comunica" en una sesión espiritista, ejecuta constantemente hechos notables, sólo por el interés propio para exhibir el poder que sobre las fuerzas naturales posee. El lector tendrá a bien recordar, que la ciencia oculta está muy lejos de decir que todos los fenómenos del espiritismo son atribuibles a una sola clase de agentes. Hasta aquí, en este tratado,

bien poco se ha dicho acerca de los "elementales", esos seres seminteligentes de la luz astral que pertenecen a un reino de la Naturaleza completamente distinto del nuestro. Ni es posible en la actualidad extendernos acerca de sus atributos, por la simple y obvia razón de que el conocimiento concerniente a los elementales, los conocimientos detallados acerca de esta materia, respecto a la manera como obran, lo mantienen escrupulosamente secreto los Adeptos del ocultismo. Poseer tal conocimiento equivale a la posesión del poder, y todo el motivo del gran secreto en el que la ciencia oculta está envuelta se funda en el peligro que existe en conferir poderes a personas que no han dado, ante todo, sufriendo la educación de los iniciados, garantías morales de ser dignas de ellos. Por medio del dominio sobre los elementales, es como algunos de los más grandes hechos físicos del Adeptado se verifican, así como los más grandes fenómenos físicos de las sesiones espiritistas tienen como causa los actos espontáneos de los elementales que de tal modo se divierten. Lo mismo sucede con casi todos los yogis y fakires indios de las clases más inferiores que poseen el poder de producir resultados fenomenales.

Por algunos medios, quizá gracias a un fragmento heredado de enseñanza oculta, se han encontrado en posesión de una partícula

de ciencia oculta. No es necesario que comprendan, para producir el fenómeno, la acción de las fuerzas que emplean, así como un criado indio en una oficina telegráfica, a quien se le haya enseñado a mezclar los ingredientes del líquido empleado en una batería galvánica, no necesita para ello comprender la teoría de la ciencia eléctrica. Él puede ejecutar la única operación que se le haya enseñado, y lo mismo sucede con el yogi de orden inferior.

Ha adquirido influencia sobre ciertos elementales y puede verificar sorprendentes maravillas.

Volviendo a ocuparnos de los cascarones ex humanos en Kama Loka, se puede objetar que su manera de conducirse durante las sesiones espiritistas no queda del todo explicada por la teoría de que han tenido algún mensaje que comunicar de su pasado dueño, y que se valen del mediumnismo presente para transmitirlo. Aparte de los fenómenos que pueden clasificarse como extravagancias de elementales, encontramos algunas veces una continuidad de inteligencia, por parte del elementario o cascarón, que indica mucho más que la mera sobrevivencia de impulsos procedentes de la vida anterior. Esto es muy cierto; pero con porciones del quinto principio del médium que le hayan sido transmitidas,

el cuarto principio vuelve a ser un instrumento en manos de un maestro (1). Con un médium en estado de *trance*, de modo que las energías de su quinto principio puedan ser transmitidas en gran parte al errante cascarón, puede darse el resultado de que la conciencia se despierte en éste de un modo considerable.

Pero, ¿cuál es, después de todo, la naturaleza de esta conciencia? Nada más, en realidad, que una luz reflejada. La memoria es una cosa, y las facultades perceptivas son otra por completo distinta. Un loco puede recordar claramente algunas porciones de su pasada vida; a pesar de lo cual, es incapaz de percibir nada en su verdadero aspecto, porque la más elevada porción de su Manas y Buddhi, quinto y sexto principios, están en él paralizados o le han abandonado. Si un animal, un perro, por ejemplo, pudiese explicarse por sí mismo, probaría que su memoria es, relativamente a su canina personalidad, tan grande como la de su amo; pero, sin em-

(1) Esta explicación es sólo una de las tantas causas productoras del fenómeno de las llamadas "comunicaciones espiritistas", pero, en realidad, gran parte de éstas provienen, efectivamente, de las entidades desencarnadas, las cuales permanecen en El Plano Astral un número de años que varía según la mayor o menor espiritualidad de la personalidad desencarnada, con su inteligencia a veces más despejada que cuando en vida. Pero estos conceptos del autor hállanse rectificados en su anotación al fin de este capítulo. — (*N. de J. M.*)

bargo, su memoria e instinto no pueden ser llamados facultades perceptivas.

Una vez que un cascarón está en el aura de un médium, puede percibir lo suficientemente claro, lo que le permitan las energías mentales por el médium transmitidas y los órganos del mismo en magnética simpatía con él; pero no le conducirá esto más allá del grado de las facultades perceptivas del médium o de alguno de los presentes en la sesión. De aquí las con frecuencia racionales y algunas veces muy inteligentes contestaciones que puede dar, y de aquí también su invariable y completo olvido de todas las cosas desconocidas a aquel médium o círculo, o que no se encuentran en los recuerdos inferiores de su pasada personalidad galvanizada de nuevo por las influencias bajo las cuales está colocada. El cascarón de un hombre en alto grado inteligente e instruído, pero antiespiritual por completo, que haya muerto de muerte natural, durará más tiempo que los pertenecientes a temperamentos más débiles y (con auxilio de la sombra de su propia memoria) puede pronunciar, por conducto de médiums parlantes, oraciones no despreciables. Pero jamás se encontrará que éstas se refieran a algo que no sean los asuntos que le hayan interesado mucho durante su vida, y ni una palabra procederá de él que indique

un adelanto real en los conocimientos que poseía en vida.

Fácilmente se verá que un cascarón astral, atraído hacia la corriente mediumnística y entrando en relación con el quinto principio del médium, no es en modo alguno seguro que esté animado con una conciencia (aun en lo poco que tales conciencias puedan valer) idéntica a la de la personalidad difunta, de cuyos principios superiores fue desprendida, pues con igual facilidad puede reflejar alguna personalidad por completo distinta que le sea sugestionada por la mente del médium. En esta personalidad puede quizá permanecer y contestar durante algún tiempo; luego, alguna nueva corriente de pensamiento, lanzada por las inteligencias de las personas presentes, puede encontrar eco en las inestables impresiones del elementario, y su sentimiento de identidad empezará a vacilar; durante un poco de tiempo fluctuaría entre dos o tres conjeturas, y concluye por desaparecer enteramente durante algún tiempo. El cascarón volverá a su sueño en la luz astral, y en pocos momentos puede ser inconscientemente arrastrado al otro extremo de la tierra.

Además del elementario ordinario o cascarón de la especie justamente descrita, Kama Loka es la morada de otra clase de entidades astrales, lo cual debe tenerse en cuenta si de-

seamos comprender las distintas condiciones en que las criaturas humanas pueden pasar de esta vida a otras. En todo lo anterior hemos estado examinando el curso normal de los sucesos, cuando la gente muere de un modo natural. Pero una muerte anormal conducirá a consecuencias anormales. Así es que, en el caso de personas que se han suicidado, y en el de personas muertas a consecuencia de un accidente súbito, los resultados consiguientes diferirán por completo de los que provienen de la muerte natural. Si se medita en semejantes casos, se verá que, verdaderamente en un mundo gobernado por reglas y afinidades que producen sus efectos regulares de ese modo deliberado que la Naturaleza favorece, el caso de una persona que muere repentinamente, cuando todos sus principios están firmemente unidos y en disposición de poder mantenerse así durante veinte, cuarenta o sesenta años, o lo que sea el resto natural de su vida, debe seguramente diferir en algo del de una persona que por el natural proceso de decadencia se encuentra, cuando la máquina vital se detiene, fácilmente separable en sus varios principios, cada uno de los cuales se halla en disposición de seguir su destino propio. La Naturaleza, siempre fértil en analogías, nos presenta en seguida un ejemplo en dos frutos: uno maduro y otro verde. Del

interior del primero, su pepita saldrá tan limpia y fácilmente como una mano de un guante; mientras que del fruto verde, sólo puede el hueso ser extraído con dificultad, por permanecer la pulpa semiadherida a su superficie. Ahora bien; en el caso de una muerte súbita, accidental o de suicidio, la pepita tiene que ser arrancada del fruto verde. No es cuestión aquí del cargo moral que pesa sobre el acto del suicidio. Es muy probable que en la mayor parte de los casos, tal cargo moral le es inherente, pero esta es una cuestión del Karma, que seguirá a la persona a la que se refiere hasta su próximo renacimiento, como cualquier otro Karma, y no tiene nada que ver con la dificultad inmediata que tal persona pueda encontrar en llegar a la muerte completa. Esta dificultad es manifiestamente la misma, ya se suicide una persona o ya sea muerta durante el heroico cumplimiento del deber, o bien sea víctima de un accidente, por completo independiente de su voluntad.

Como regla general, cuando una persona muere, la larga cuenta del Karma se cierra naturalmente; esto es, la complicada serie de afinidades que se han establecido durante la vida en el primer principio durable, el quinto, ya no es susceptible de más aumento. El saldo de las cuentas, por decirlo así, no es exigible sino en el próximo nacimiento objetivo;

o, en otras palabras, las afinidades que durante el Devachán permanecen en estado latente a causa de toda ausencia allí de su esfera de acción propia, vuelven a mostrarse, tan pronto como se ponen de nuevo en contacto con la existencia física. Pero el quinto principio, en el cual estas afinidades se desarrollan, no puede separarse, en el caso de la persona que muere prematuramente, del principio terreno, o sea el cuarto. Por lo tanto, el elementario que se encuentra en Kama Loka a su violenta expulsión del cuerpo, no es un mero cascarón, sino la persona misma que últimamente vivía, sin que le falte nada más que el cuerpo. En el verdadero sentido de la palabra, no está muerto después de todo.

Ciertos elementarios de esta especie, pueden comunicar de un modo muy efectivo en las sesiones espiritistas a su propia costa; pues, desgraciadamente, a causa de lo completo de su constitución astral, pueden continuar engendrando Karma, al satisfacer su sed por la vida en la malsana fuente del mediumnismo. Si durante su vida hubiesen pertenecido a un tiempo muy material y sensual, los placeres que buscarán serán de tal especie, que puede fácilmente concebirse que su goce, en el estado desencarnado les será más perjudicial para su Karma que lo que lo hayan sido durante la vida. En tales casos, *facilis est*

descensus. Arrancados a la vida terrena en pleno torbellino de pasiones que les ligan a escenas familiares, son seducidos por la oportunidad que los médiums les ofrecen para satisfacerlas por procuración. Se convierten en los íncubos y súcubos de que hablan los escritos medioevales, demonios sedientos y glotones, provocando al crimen a sus víctimas. Un breve tratado sobre este asunto que escribí el año pasado, y del cual he reproducido aquí algunos de sus párrafos, apareció en el *Theosophist* con una nota, en cuya autenticidad tengo mis razones para confiar, y cuyo tenor es como sigue:

"La variedad de estados después de la muerte es mucho mayor, si cabe, que la diversidad de vidas humanas en esta tierra. Las víctimas de accidentes no se convierten por lo general, en vagabundos terrestres, sino sólo los que caen en la corriente de atracción, los que mueren llenos de alguna grosera pasión terrena, los *egoístas* que jamás han pensado en el bienestar de los demás. Sorprendidos por la muerte en la realización, sea verdadera o imaginaria, de alguna absorbente pasión de sus vidas que no hubiesen llegado a satisfacer, o que, habiéndola satisfecho, continúen ansiando más, semejantes personalidades no pueden pasar nunca más allá de la atracción terrena para esperar la hora de la

liberación en feliz ignorancia y pleno olvido. Entre los suicidas se aplica lo que antes hemos dicho de que provocan al crimen a sus víctimas, etc., a aquellos que se han suicidado a consecuencia de un crimen, para escapar a la pena de la ley humana, o a su propio remordimiento. La ley natural no puede ser violada impunemente; la inexorable relación causal entre la acción y el resultado, únicamente obra en su plenitud en el mundo de los efectos, el Kama Loka, y cada caso encuentra allí un castigo adecuado de mil distintos modos, cuya sola descripción superficial requeriría volúmenes."

Aquellos que "esperan la hora de la liberación en feliz ignorancia y pleno olvido" son, por supuesto, aquellas víctimas de accidentes que ya en la tierra han engendrado puras y elevadas afinidades, y que después de la muerte están tan fuera del alcance de la tentación, en forma de corrientes mediumnísticas, como durante la vida lo estaban en las comunes incitaciones al crimen.

Se encuentran ocasionalmente en Kama Loka entidades de otra especie, de las cuales tenemos todavía que ocuparnos. Hemos seguido los principios superiores de personas recientemente muertas, observando la separación del residuo astral de la porción espiritual duradera, la cual es santa o satánica

en su naturaleza, y por consiguiente, apropiada para el Devachán o el Avitchi. Hemos examinado la naturaleza del cascarón elementario arrojado, y que conserva durante un tiempo una engañosa semejanza con una entidad verdadera; hemos prestado atención también a los casos excepcionales de seres en Kama Loka, con sus cuatro principios, víctimas de accidentes o de suicidios. Pero ¿qué le sucede a una personalidad que no tiene ni un átomo de espiritualidad ni rastro alguno de afinidad espiritual en su quinto principio, ni para el bien ni para el mal? En tal caso, es claro que nada hay que el sexto principio pueda asimilarse. O en otras palabras, semejante personalidad ha perdido ya su sexto principio, cuando llega el tiempo de su muerte. Pero Kama Loka no es tampoco una esfera de existencia para semejante personalidad; Kama Loka puede ser permanentemente habitado por seres astrales, por elementales, pero sólo puede ser la antecámara de otros estados, en lo que se refiere a los seres humanos. En el caso imaginado, la personalidad sobreviviente es pronto arrastrada por la corriente de sus futuros destinos, y éstos nada tienen que ver ni con la atmósfera de la tierra, ni con el Devachán, pero sí con la "octava esfera", acerca de la cual se puede encontrar alguna mención incidental en escritos

ocultos más antiguos. Hasta la fecha habrá sido ininteligible para los lectores ordinarios el por qué se la llamaba la "octava esfera", pero una vez conocida la constitución septenaria de nuestro sistema planetario, cuya explicación se ha dado ahora por primera vez, su significado se hace bastante claro. Las esferas pertenecientes al proceso cíclico de la evolución son en número de siete, pero existe una octava en conexión con nuestra tierra que, como se recordará, es el punto de giro en la cadena cíclica, y esta octava esfera está situada fuera del circuito; una especie de *cul de sac*, por ser la región de la cual puede en verdad decirse que ningún viajero vuelve.

Puede conjeturarse fácilmente que la única esfera relacionada con nuestra cadena planetaria, que ocupa un lugar inferior al de la nuestra en esa escala que tiene al espíritu en su extremo superior y materia en el fondo, debe ser no menos visible al ojo y a los instrumentos ópticos que la tierra misma, y como las funciones que esta esfera tiene que desempeñar en nuestro sistema planetario están inmediatamente asociadas con esta tierra, no existe en la actualidad mucho misterio en lo que al enigma de la octava esfera se refiere, ni en cuanto al punto del cielo en donde puede encontrársela. Las condiciones de existencia en ella, sin embargo, son mate-

rias acerca de las cuales los Adeptos son muy reservados en sus comunicaciones a discípulos no iniciados, y respecto de las mismas no tengo por ahora más informes que comunicar.

Sin embargo, existe acerca de lo anterior una afirmación definida, o sea, que semejante degradación total de una personalidad, suficiente para arrastrarla después de la muerte hacia el radio de atracción de la octava esfera, es una ocurrencia muy rara. En la inmensa mayoría de las vidas existe algo que los principios superiores pueden atraer hacia sí, algo que puede redimir la página de existencia que acaba de pasarse de una destrucción total, y aquí debe tenerse presente que los recuerdos de la vida terrena en el Devachán, tan vívidos como son, sólo se refieren a aquellos episodios que pueden producir la clase de felicidad elevada que existe en el Devachán, al paso que la vida, cuya esencia espiritual es así extraída en el presente, puede llegar a ser recordada en el porvenir en todos sus detalles. El recuerdo completo lo logra únicamente el individuo en los umbrales de un estado espiritual mucho más exaltado que el del que nos ocupamos; estado al cual se llega mucho más tarde en el progreso de los vastos ciclos de evolución. Cada una de las largas series de vidas por las cuales se haya pasado, serán entonces a modo de páginas

en un libro cuyo poseedor hojea a voluntad, aunque muchas de tales páginas le parecerán entonces, probablemente, una lectura fastidiosa a la cual no recurrirá con frecuencia. Esta reavivación eventual de recuerdos concernientes a las personalidades largo tiempo ha olvidadas, es lo que realmente significa la doctrina de la Resurrección. Pero no tenemos tiempo ahora de detenernos a desembrollar los enigmas del simbolismo en su relación con las enseñanzas que en la actualidad se dan al lector. Sin embargo, puede ser esta una empresa digna de llevarse a cabo más adelante; pero mientras tanto, para volver a nuestra narración de cómo los hechos se presentan, puede decirse que entre todas las páginas del libro, cuando por fin la "resurrección" ha tenido lugar, no existirán páginas algunas totalmente perversas; porque, a la verdad, si alguna individualidad espiritual durante su paso por este mundo ha estado alguna vez unida a personalidades tan deplorables y desesperadamente degradadas que han pasado por completo dentro de la esfera de atracción del vórtice inferior, esa individualidad espiritual no habrá retenido en tales casos, en sus propias afinidades, ningún rastro o mancha de aquéllas. Son páginas que habrán sido arrancadas del libro sin dejar huella alguna. Y como al final de la lucha, después de cru-

zar Kama Loka, la individualidad espiritual habrá pasado al estado inconsciente de gestación, desde el cual, rozando apenas el estado devachánico, volverá directamente (aunque no inmediatamente en lo que al tiempo se refiere) a nacer a la vida de actividad objetiva, toda la propia conciencia relacionada con aquella existencia habrá pasado al mundo inferior para allí "perecer eternamente"; una expresión de la cual, como de tantas otras, la teología moderna ha resultado ser guardián infiel, convirtiendo en puras necedades hechos psíquicocientíficos.

ANOTACIONES

No existe porción ninguna del volumen presente que considere tan necesitada de urgentes rectificaciones como los dos capítulos últimos. El plano de existencia llamado Kama Loka, así como aquella región o estado más elevado, el Devachán, del cual es aquél la antecámara, fueron dejados en un principio por nuestros maestros intencionadamente, a lo que infiero, en una obscuridad parcial, con objeto de que el complemento esquema de la evolución fuera mejor comprendido. El estado espiritual que inmediatamente sigue a nuestra vida física presente, es un departa-

mento de la Naturaleza, cuyo estudio puede ser de una atracción perjudicial para todo aquel que comprenda que aun durante la vida es posible ponerse en contacto con él y realizar algunos experimentos acerca de sus condiciones, con sistemas de experimentación acerca de las mismas. Podemos ya, hasta cierto punto, discernir los fenómenos de ese estado de existencia a que pasa la criatura humana a la muerte del cuerpo. Las experiencias del espiritismo nos han proporcionado en gran abundancia hechos concernientes al mismo. Estos hechos son, a la verdad, en extremo sugestivos de teorías e inferencias que parecen llegar a los últimos límites de la especulación, y sólo la rígida disciplina mental del estudio esotérico, en su más amplio aspecto, es capaz de impedir que cualquier inteligencia dedicada a la consideración de estos hechos llegue a conclusiones que ese mismo estudio demuestra ser necesariamente erróneas. Por esta razón, los investigadores teosóficos nada tienen que sentir en cuanto se refiere a sus propios progresos en la ciencia espiritual, en las circunstancias que les han inducido a ello hasta ahora, por haber más bien descuidado lo referente a los problemas que se relacionan con el estado de existencia que sigue al nuestro. Es imposible exagerar las ventajas espirituales que se obtienen estu-

diando el vasto designio de la Naturaleza, a través de aquellos extensos reinos de lo futuro que únicamente la perfecta clarividencia de los Adeptos puede penetrar, antes de ocuparse de detalles referentes a aquel vestíbulo espiritual, parcialmente accesible a una visión menos poderosa que fácilmente puede tomar esa región, cuando principia su estudio, como el todo de la expansión en lo futuro.

En la actualidad, sin embargo, podemos describir los primeros procesos por los que pasa el alma después de la muerte, de un modo más completo y exacto que lo están en el capítulo anterior. La naturaleza de la lucha que tiene lugar en Kama Loka entre las duadas superior e inferior puede ahora, según creo, ser comprendida más perfectamente que al principio. Aquella lucha parece que es un proceso muy prolongado y heterogéneo que constituye, no como alguno de nosotros podría haber conjeturado al principio, una automática o inconsciente acción de afinidades o fuerzas dispuestas a determinar el futuro de la mónada espiritual después de la muerte, sino una fase de la existencia que puede durar, y que probablemente dura en la mayor parte de los casos, un número considerable de años. Y durante esta fase de la existencia es muy posible, para las entidades humanas que han abandonado la tierra, manifestarse

a personas todavía vivientes, por medio del llamado mediumnismo espiritista, de una manera que en gran parte puede explicar, ya que no justificar por completo, las impresiones que los espiritistas derivan de semejantes comunicaciones.

Pero no debemos deducir con demasiada precipitación, que el alma humana que pasa por la lucha o evolución de Kama Loka es, bajo todos aspectos, lo que la primera ojeada de la situación, presentada de este modo, puede sugerir. En primer lugar, debemos evitar materializar demasiado groseramente nuestro concepto de la lucha, considerándola como una separación mecánica de principios. *Existe* una separación mecánica, comprendida en el abandono de los principios inferiores, cuando la conciencia del *ego* se apoya firmemente en los superiores. Así, a la muerte, el cuerpo es desechado mecánicamente por el alma, la cual (en unión quizá con los principios intermedios), al abandonar la morada que ya no necesita, puede ser vista por algunos clarividentes de un orden elevado. Y un proceso muy parecido puede finalmente verificarse en el mismo Kama Loka, con respecto a la materia de los principios astrales. Pero, dejando a un lado por unos momentos esta consideración, es importante evitar la suposición de que la lucha en Kama Loka constituye por

sí misma esta última división de principios, o segunda muerte en el plano astral.

La lucha en Kama Loka es de hecho la vida de la entidad en aquella fase de existencia. Según se dijo con exactitud en el capítulo anterior, la evolución que tiene lugar durante aquella fase de existencia no tiene nada que ver con la elección responsable entre el bien y el mal que tiene lugar durante la vida física. Kama Loka es una parte del gran mundo de los efectos, no una región en la cual se originen causas (excepto bajo circunstancias peculiares). La entidad en Kama Loka, por tanto, no es verdaderamente dueña de sus propios actos; es más bien juguete de sus propias afinidades ya establecidas. Pero éstas durante todo este período se afirman o se agotan *por grados*, y la entidad en Kama Loka durante todo el tiempo posee una existencia de conciencia vívida de una especie u otra. Ahora bien; un momento de reflexión hará ver que aquellas afinidades que están acumulando fuerza y afirmándose se hallan relacionadas con las aspiraciones *espirituales* de la última vida, mientras que las que se están agotando están en relación con los gustos, emociones e inclinaciones *materiales*. Recuérdese que la entidad en Kama Loka está en su camino hacia el Devachán o, en otras palabras, está progresando hacia aquel estado llamado de-

vachánico, y que el proceso de desarrollo tiene lugar por acción y reacción, por flujo y reflujo, como casi todos los demás procesos de la Naturaleza, por una especie de oscilación entre la lucha de las atracciones de la materia y las del espíritu. De este modo, por decirlo así, avanza el *ego* hacia el cielo, o retrocede hacia la tierra durante su existencia en Kama Loka, y precisamente, esta tendencia a oscilar entre los dos polos de pensamiento o estado es lo que le hace retroceder a veces a la esfera de vida que acaba de abandonar. Sus ardientes simpatías por aquella vida no se disipan desde luego, y en cuanto a sus simpatías para con los aspectos superiores de la misma, debe recordarse que ni siquiera entran en el proceso de disipación. Por ejemplo, en lo que llamamos aquí afinidad terrena no debemos incluir los afectos puros, los cuales son de naturaleza exclusivamente devachánica. Pero, a la verdad, aun en lo que se refiere a los afectos, puede haberlos terrenos y espirituales, y su contemplación juntamente con las circunstancias que rodean a la vida terrena pueden con frecuencia influir en el retroceso de la entidad en Kama Loka hacia la vida de la tierra, a que nos hemos referido.

Se verá en seguida, por supuesto, que la comunicación que la práctica del espiritismo establece entre tales entidades en Kama Loka

y los amigos que han dejado en la tierra debe tener lugar durante aquellos períodos de la existencia del alma, en los cuales los recuerdos de la tierra atraen su atención; y acerca de lo mismo existen dos consideraciones muy importantes que se originan a consecuencia de la observación anterior.

1.º Cuando se llama la atención del alma hacia la tierra, se la aparta del progreso espiritual en el cual se halla empeñada, pues se la obliga a oscilar en dirección opuesta. Puede recordar perfectamente bien, y en conversación referirse a las aspiraciones espirituales de la vida en la tierra; pero sus nuevas experiencias espirituales parecen ser de un orden imposible de traducir en palabras pertenecientes a la inteligencia física ordinaria, además de que no están en el dominio de las facultades que operan en el alma, mientras está ocupada con los antiguos recuerdos de la tierra. La situación puede simbolizarse, bien que muy imperfectamente, por el caso de un pobre emigrante a quien podemos imaginar prosperando en su nuevo país, ilustrándose allí, ocupándose de sus asuntos públicos y descubrimientos, llevando a cabo actos de filantropía y progresando, en una palabra. Puede mantener relaciones con su familia y parientes por medio de cartas, pero encontrará difícil tenerlas al corriente de todo cuanto ha

llegado a ocupar sus pensamientos. El ejemplo sólo puede aplicarse enteramente a nuestro objeto, si consideramos al emigrante como hallándose bajo una ley psicológica que extiende un velo sobre su entendimiento cuando se sienta para escribir a sus antiguos amigos, y que restablece en él durante aquel momento su primitiva condición mental. Con el transcurso del tiempo iría siendo menos y menos capaz de escribir acerca de sus antiguos asuntos, porque no sólo estarían éstos a un nivel inferior de aquellos a cuya consideración se han elevado sus verdaderas facultades mentales, sino que además se habrían en gran manera borrado de su memoria. Sus cartas serían origen de sorpresa para los que las recibieran, quienes dirían ciertamente que sus escritos dejaban mucho que desear, y que se había vuelto muy torpe y estúpido en comparación de lo que era antes de marcharse.

2.º Debe tenerse presente que aquella bien conocida ley fisiológica, según la cual las facultades se vigorizan por el uso y se atrofian por el desuso, es de aplicación en el plano astral lo mismo que en el físico. El alma que en Kama Loka adquiere el hábito de fijar su atención en los recuerdos de la vida que ha abandonado, reforzará y afirmará aquellas tendencias que están en guerra con sus más elevados impulsos. Mientras más frecuente-

mente sea impulsada por el afecto de amigos todavía en la tierra a aprovechar las oportunidades que le proporcione el mediumnismo para manifestar su existencia en el plano físico, tanto más vehementes serán los deseos que la harán retroceder hacia la vida física, y tanto más grave el retardo en su progreso espiritual. Esta consideración parece envolver el más poderoso motivo que induce a los representantes de las enseñanzas teosóficas a desaprobar toda clase de tentativas para ponerse en comunicación con las almas de los difuntos por conducto de médiums. Cuanto más genuinas son tales comunicaciones, tanto más perjudiciales son para los habitantes de Kama Loka a que concierne. En el estado actual de nuestros conocimientos es difícil determinar con exactitud hasta qué grado pueden ser así perjudiciales las entidades en Kama Loka, y podemos sentirnos inclinados a creer que en algunos casos la gran satisfacción experimentada por las personas vivientes que han recibido la comunicación puede compensar el daño causado al alma del difunto. Esta satisfacción, sin embargo, será más o menos profunda, según el amigo en la tierra comprenda las verdaderas circunstancias en que tiene lugar la comunicación.

En un principio, verdaderamente muy poco después de la muerte, la memoria aun vívida

y completa de la vida terrena puede permitir que la entidad en Kama Loka se manifieste de un modo muy semejante a como lo hacía su personalidad terrestre, pero desde el momento de la muerte, sin embargo, principia el cambio en la dirección de su evolución. Al manifestarse en el plano físico no mostrará gran cambio de pensamientos ni más sabio ni más elevado en la escala de la Naturaleza que lo que era al morir; por el contrario, se hará menos y menos inteligente y, al parecer, menos instruído que antes a medida que transcurra el tiempo. Nunca se hará justicia en sus comunicaciones con los amigos que ha dejado atrás, y su fracaso en este punto se hará cada vez más penoso (1).

Sin embargo, hay otra consideración que arroja una luz muy dudosa sobre la conveniencia de satisfacer el deseo de comunicación con los amigos difuntos. Podemos decir que no importa que el interés del amigo que ha abandonado la tierra sea por las cosas de ésta cada vez menor; pues mientras se quede

(1) No estamos muy conformes con estas apreciaciones del autor; hemos tenido ocasión de estudiar el asunto en muchas sesiones espiritistas, y en casi todos los casos de comunicaciones ha pasado precisamente lo contrario. Esto se explica porque la conciencia en el Kama Loka no sólo no es menor que la que se tenía en la tierra, sino que más bien se ensancha cuando se da cuenta de su nuevo estado, por el mayor conocimiento que adquiere y la ayuda que allí se le presta. Véase *El Plano Astral y el Devachán*.—*(N. de J. M.)*

algo de él ó de ella que nos manifieste, aun este poco nos causará gran alegría. También puede argüirse que, aun cuando la persona querida se retarde un poco en su marcha hacia el Cielo por comunicarse con nosotros, hará este sacrificio gustosamente por los seres que ama. Lo que aquí no se tiene en cuenta es que en el plano astral, así como en el físico, es una cosa muy fácil adquirir una mala costumbre. Cuando el alma en Kama Loka ha mitigado una vez su sed por la comunicación terrestre en los pozos del mediumnismo, se sentirá fuertemente impulsada a volver a hacerlo una y otra vez. Por esta causa podemos ocasionar otros resultados, además del de distraer la atención del alma de sus propios asuntos, sosteniendo relaciones espirituales con ella. *Podemos* ocasionarle un perjuicio muy grave y casi permanente. No afirmo que esto suceda así invariablemente siempre, pero un punto de vista severo de la ética del asunto tiene que reconocer los peligros que envuelve una conducta semejante. Por otra parte, sin embargo, es claro que pueden presentarse casos en los que el deseo de comunicarse venga de la otra parte, esto es: cuando el alma que ha marchado se encuentra dominada por el deseo no satisfecho — que puede relacionarse con el cumplimiento de un deber descuidado en la tierra—cuya conside-

ración por parte de los amigos todavía vivos, puede producir un efecto muy distinto del que implica la mera satisfacción de volver a ocuparse de sus antiguos intereses de la tierra. En aquel caso, los amigos vivientes, al ponerse en comunicación con el alma, pueden ser indirectamente el medio de facilitar el camino de su progreso espiritual. En este punto también debemos ponernos en guardia contra el aspecto engañoso de las apariencias. Un deseo manifestado por un habitante de Kama Loka puede que no sea siempre la expresión de la idea que entonces ocupe su mente. Puede ser el eco de un antiguo, quizá muy antiguo deseo, que entonces encuentre por primera vez un medio para exteriorizarse. Así, pues, aunque sería razonable considerar como importante un deseo inteligible que se nos exprese desde Kama Loka por una persona que haya muerto recientemente, sería prudente mirar con gran desconfianza un deseo semejante que proviniese de la sombra de una persona muerta desde hace mucho tiempo, y cuyo comportamiento general como sombra no demuestre que retiene ninguna conciencia vívida de su antigua personalidad.

El reconocimiento de todos estos hechos y posibilidades de Kama Loka proporcionará, según creo, a los teósofos una explicación satisfactoria de muchas experiencias relacio-

nadas con el espiritismo que había dejado en la obscuridad la primera exposición de la doctrina esotérica, en lo que se refería a este punto.

Se comprenderá fácilmente que, a medida que el alma se desprende en Kama Loka de las afinidades que retardan su desarrollo devachánico, el aspecto que vuelve hacia la tierra se debilita más y más, siendo inevitable que haya siempre en Kama Loka un grandísimo número de entidades casi en estado de pasar al Devachán, por cuya razón aparezcan a un observador terrestre en un estado de decrepitud avanzada. Éstas habrán caído, en lo que respecta a la actividad de sus principios inferiores astrales, en el estado de las entidades por completo vagas e ininteligentes que, siguiendo el ejemplo de escritores ocultistas más antiguos, he llamado "cascarones". Esta designación, sin embargo, no es muy feliz. Hubiera sido preferible haber seguido otro precedente y haberlas llamado "sombras", pero de un modo u otro, su estado es el mismo. Toda la conciencia vívida inherente, cuando abandonaron la tierra, a los principios relacionados con las actividades de la vida física, es transferida a los principios superiores que no se manifiestan por conducto de los médiums. Su memoria de la vida terrestre casi se ha extinguido. En tales casos, sólo

sus principios inferiores pueden ser despertados por la influencia de la corriente mediumnística hacia la que hayan sido atraídos, y entonces se convierten en poco más que meros espejos astrales, en los que los pensamientos del médium o de los asistentes a las sesiones se reflejan. Si podemos imaginarnos los colores de un lienzo pintado, hundiéndose por grados en la materia del lienzo y reapareciendo finalmente al otro lado del mismo en toda su primitiva brillantez, concebiremos con ello un proceso que no destruiría la pintura, pero que convertiría la galería en que aquél tuviese lugar en una lúgubre escena de obscuros traseros de cuadros sin significado alguno, y esto se asemeja mucho a lo que son las entidades en Kama Loka, cuando finalmente se desprenden de la materia misma en que funcionaba su primera conciencia astral para pasar al purísimo estado devachánico.

Pero lo dicho no es todo lo que nos enseña a considerar las manifestaciones procedentes de Kama Loka con desconfianza. Lo que hoy conocemos del asunto nos permite comprender que, cuando llega el tiempo de esta segunda muerte en el plano astral, que liberta totalmente al *ego* de Kama Loka para hacerle pasar al estado devachánico, queda en Kama Loka algo que corresponde al cadáver que queda en la tierra cuando el alma empren-

de su vuelo fuera del mundo físico. En una palabra, en Kama Loka queda un cadáver astral, y ciertamente no es impropio asignar el nombre de "cascarón" a *ese* residuo. El verdadero cascarón en ese estado se desintegra en Kama Loka antes de mucho, lo mismo que el cadáver que se abandona al proceso de disolución natural se disolverá pronto, volviendo sus elementos a los generales a que pertenecen. Pero hasta que esta disolución se verifica, el cascarón abandonado por el *ego* verdadero puede, aun en *tal* estado, ser tomado algunas veces en las sesiones espiritistas por la entidad verdadera. Durante cierto tiempo permanece como un espejo astral, en el cual los médiums pueden ver reflejados sus propios pensamientos y recibirlos, creyendo firmemente que provienen de un origen externo. Estos fenómenos, en el verdadero sentido de la palabra, son cadáveres astrales galvanizados, aun cuando hasta el momento de su desintegración pueda existir entre ellos y el verdadero espíritu devachánico cierta relación sutil, lo mismo que subsiste una comunicación sutil semejante entre la entidad en Kama Loka y el cadáver que queda en la tierra. Esta última relación se mantiene por medio de la materia sutilmente difundida del Linga Sharîra, y el estudio de esta rama del asunto nos llevaría, según creo, a una mejor

comprensión que la que hoy poseemos, de las circunstancias en que a veces se verifican las materializaciones en las sesiones espiritistas. Pero sin entrar ahora en esta digresión, basta reconocer que la analogía puede ayudar a demostrar cómo, entre la entidad devachánica y el desechado cascarón en Kama Loka, puede subsistir durante algún tiempo una conexión semejante que actúa, mientras dura, como una especie de gancho en el espíritu, y quizá como una conclusión de los resplandores del crepúsculo en el cascarón. Sería, indudablemente, en extremo penoso para cualquier amigo viviente de la persona difunta el ver o tener conocimiento, ya sea por la clarividencia o de otro modo, de semejante cascarón y tomarlo por la verdadera entidad.

El punto de vista relativamente claro que ahora podemos tener respecto de Kama Loka, puede ayudarnos a emplear términos aplicados a sus fenómenos con más exactitud que lo que hasta ahora hemos podido hacer. Creo que si adoptamos una nueva expresión, "alma astral", para las entidades que han dejado recientemente la tierra, o que por otras razones retengan todavía una gran parte de los atributos intelectuales que en la tierra poseían, encontraremos entonces que los demás términos que ya se emplean son adecuados a su aplicación. A la verdad, podremos dese-

char por completo el término inconveniente de "elementario", que tan fácilmente puede confundirse con el de elemental, además de ser muy impropio de los seres que pretende describir.

Hago, pues, la indicación de que el alma astral, cuando entra (considerado desde nuestro punto de vista) en la decrepitud intelectual, se le llame, en este estado de decadencia, una sombra, y que el término "cascarón" se reserve exclusivamente para los verdaderos cascarones o cadáveres astrales abandonados definitivamente por el *espíritu* devachánico.

Al estudiar la ley del desarrollo espiritual en Kama Loka, es natural que tratemos de investigar cuánto tiempo transcurre antes que se complete el paso de la conciencia desde los principios inferiores a los superiores del alma astral; y, como de costumbre, así que se entra a tratar de números referentes a los procesos superiores de la Naturaleza, la contestación es muy elástica. Pero creo que los maestros esotéricos de Oriente declaran que, en lo que respecta al término medio de la humanidad —lo que pudiera llamarse, en sentido espiritual, la gran clase media de la humanidad —es extraordinario que una entidad en Kama Loka esté en estado de manifestarse como tal por más de veinticinco o treinta años. Pero

en ambos extremos de este término medio, los números pueden extenderse muy considerablemente; esto es, una criatura humana muy innoble y embrutecida puede permanecer en Kama Loka mucho más tiempo, por falta de principios superiores suficientemente desarrollados para asimilarse su conciencia (1), y al otro extremo de la escala, el alma muy intelectual y mentalmente activa puede permanecer larguísimos períodos en Kama Loka (por falta de afinidades espirituales de análogo poder) por razón de la gran persistencia de las fuerzas y causas generadas en el plano superior de los efectos, aunque la actividad apenas puede estar divorciada de la espiritualidad, excepto en los casos en que esté exclusivamente asociada a la ambición mundana. Además, al paso que los períodos en Kama Loka pueden de este modo prolongarse fuera del término medio por causas diferentes, pueden también reducirse a una ínfima brevedad, cuando una persona muy adelantada en la senda espiritual muere naturalmente, después de una larga vida que ha llenado legítimamente su objeto.

(1) O en otros términos: no existiendo en semejante entidad casi ninguna conciencia espiritual, resulta mucho más potente la conciencia inferior, y las fuerzas desintegrantes del plano astral tardan, naturalmente, mucho más en obrar sus efectos sobre los principios inferiores, por la mucha mayor fuerza adhesiva de los materiales de éstos. — *(N. de J. M.)*

Hay otra posibilidad importante relacionada con las manifestaciones que llegan a nosotros por los conductos usuales de comunicación con Kama Loka, que conviene consignar aquí, por más que, a causa de su naturaleza, la realización de tal posibilidad no puede ser frecuente. Ningún estudiante novel de teosofía puede esperar saber hasta ahora mucho acerca de los estados de existencia de los Adeptos que abandonan el uso del cuerpo físico en la tierra. Las posibilidades superiores que se abren ante ellos me parecen por completo fuera del alcance de toda apreciación intelectual. Ningún hombre es bastante hábil, sólo por la virtud de la mera capacidad de un cerebro viviente, para comprender el Nirvana; pero, según parece, en algunos casos los Adeptos deciden optar por un curso que se encuentra entre la reencarnación y el paso al Nirvana, o sea en las regiones superiores del Devachán; esto es, puede esperar en los estados Arupa del Devachán el lento avance de la humanidad hacia el estado exaltado que han obtenido así. Ahora bien; el Adepto que de este modo se ha convertido en un espíritu devachánico del tipo más elevado, no tiene cortada su comunicación con la tierra, como sucede con el espíritu devachánico ordinario que pase por aquel estado en su camino hacia la reencarnación, y puede manifestar su influencia en ella. Esta *no* sería, ciertamente, una influencia que se hiciese sentir por medio de ningún signo físico a auditorios heterogéneos, pero no sería imposible que un médium de la clase más elevada—que más propiamente debería llamarse un vidente espiritual—pudiese ser influído. El espíritu de semejante Adepto puede que haya cobijado de tiempo en tiempo algunos grandes hombres de la historia del mundo, ya sea consciente o inconscientemente, según el caso.

La desintegración de los cascarones en Kama Loka inevitablemente sugiere a todo el que trate de comprender el proceso, que deben existir en la Naturaleza algunos depósitos generales de la materia apropiada a esta esfera de existencia, correspondiente a la tierra física y a sus elementos circundantes, en que nuestros cuerpos se disuelven después de la muerte. Los grandes misterios que esta consideración implica exigen una investigación mucho más breve que la que hasta ahora hemos podido emprender, pero puede ser desde luego conveniente exponer una idea general relacionada con ellos: el estado de Kama Loka tiene sus correspondientes órdenes de materia en manifestación. No intentaré entrar aquí en las metafísicas del problema que hasta pudieran hacernos descartar la noción de que la materia astral necesita ser menos real y

tangible que la que conocen nuestros sentidos físicos. Basta por ahora explicar que la propincuidad de Kama Loka con la tierra, que tan evidente hacen las experiencias espiritistas, se explica por la enseñanza oriental que proviene del hecho siguiente: que Kama Loka está en la tierra y pertenece a ella, tanto como nuestra alma astral está en el hombre vivo y pertenece a él. La región de Kama Loka, en una palabra, ese gran reino de materia en el estado propio que constituye el Kama Loka, perceptible a los sentidos de las entidades astrales, así como también a los de muchos clarividentes, es el cuarto principio de la tierra, del mismo modo que el *Kama Rupa* es el cuarto principio del hombre; pues la tierra tiene sus siete principios como las criaturas humanas. Así, el estado devachánico corresponde al quinto principio de la tierra y el Nirvana al sexto principio (1).

(1) Al séptimo, quiso sin duda decir el autor, pues el Nirvana corresponde al estado átmico, al paso que el sexto principio corresponde al búddhico, cuya manifestación es el Cristo en el hombre. — *(N. de J. M.)*

CAPÍTULO VII

LA OLEADA HUMANA

Progresos de la oleada principal. — Observaciones. — Crepúsculo y aurora de la evolución. — Nuestros planetas vecinos. — Gradaciones de espiritualidad. — *Egos* prematuramente desarrollados. — Intervalos en la reencarnación.

Se ha dado ya una explicación general del modo como la gran oleada humana que evoluciona marcha dando vueltas alrededor de los siete mundos que componen la cadena planetaria de que nuestra tierra forma parte; y ahora pueden añadirse nuevos detalles, con el objeto de ensanchar esta idea general, para que llegue a una completa comprensión del proceso a que se relaciona. Y ningún capítulo adicional de la gran historia puede influir más en hacer su carácter inteligible, que la explicación de ciertos fenómenos relacionados con el progreso de los mundos, los cuales pueden convenientemente llamarse obscuraciones.

Los estudiantes de la filosofía oculta que

emprenden esta tarea con sus mentes abundantemente provistas en otro sentido, están sujetos a interpretar erróneamente las primeras declaraciones que se han hecho. Todo no puede decirse de una vez, y las primeras explicaciones generales pueden sugerir conceptos respecto de los detalles, muy probablemente erróneos, aun tratándose de los pensadores de mente más activa e inteligente. La imaginación completa el cuadro, y si la obra permanece sin retoques durante un tiempo cualquiera, el autor se sorprenderá luego, al ver que los últimos informes son incompatibles con los que él llegó a considerar, como siendo lo que claramente se enseñó en un principio. Ahora bien; en el presente tratado, el esfuerzo del escritor es exponer el asunto de tal modo que evite en lo que sea posible, el prematuro crecimiento de la hierba inútil en la mente, pero este mismo esfuerzo exige a veces avanzar rápidamente, dejando algunos detalles, y hasta detalles muy importantes, para ser recogidos en un segundo viaje por el antiguo camino. Así, pues, el lector será bastante amable para retroceder a la explicación que dimos en el capítulo III, respecto del progreso evolucionario a través de toda la cadena planetaria.

Algo se dijo entonces respecto de la manera como el impulso de vida marchaba de pla-

neta en planeta, en forma de oleadas y no por medio de un flujo continuo. Ahora bien; el curso de la evolución en sus primeros estados es tan continuado, que la preparación de varios planetas para la oleada final de la humanidad puede estarse verificando simultáneamente. A la verdad, la preparación de todos los diversos planetas puede tener lugar simultáneamente en cierto momento del proceso, pero el punto importante que hay que tener presente es que la oleada principal de la evolución—la oleada creciente que marcha a vanguardia—no puede estar en más de un sitio a la vez. El proceso se verifica de un modo que pudiera ahora describirse, y que el lector podrá comprender mejor si dibujase, ya sea en un papel o en su propia imaginación, un diagrama consistente en siete círculos (representando los mundos), ordenados en forma de anillo. Llamándolos *A, B, C,* etc., se observará, por lo que ya se ha dicho, que el círculo (o globo) *D* representa nuestra Tierra. Ahora bien; recuérdese que los reinos de la Naturaleza conocidos de los ocultistas son siete, de los cuales tres, que se refieren a fuerzas astrales o elementarias, preceden a los reinos materiales más groseros en el orden de su desarrollo. El reino núm. 1 evoluciona en el globo *A,* y pasa al globo *B* en el momento en que el reino núm. 2 principia a evolucio-

nar en el globo *A*. Continúese este sistema hasta el fin, y naturalmente se verá que cuando el reino núm. 1 está evolucionando en el globo *G*, el reino núm. 7, o sea el humano, está desenvolviéndose en el globo *A*. Y ahora tratemos de lo que sucede así que el reino núm. 7 pasa al globo *B*. No existe un octavo reino que funcione en el globo *A*. Los grandes procesos de la evolución han culminado en la oleada final de la humanidad, la cual, al seguir su curso, deja tras sí a la Naturaleza en un letargo temporal. Cuando la oleada de vida prosigue al globo *B*, el globo *A*, en una palabra, entra durante un tiempo en un estado de obscuración. Este estado no es de decadencia ni de disolución ni de nada que pueda llamarse muerte. La decadencia misma, aunque su aspecto puede inducir a error, es un estado de actividad en determinada dirección, y esta consideración es una clave del significado de muchas cosas que de otro modo no tendrían sentido, de esa parte de la mitología india que se relaciona con las deidades que presiden sobre la destrucción. La obscuración de un mundo es la completa suspensión de su actividad; esto no quiere decir que desde el momento en que la última mónada humana abandone un mundo dado, ese mundo se paraliza por alguna convulsión, o se sumerge en el estado de *trance* encantado de un pa-

lacio dormido. La vida vegetal y animal continúa como antes durante un tiempo, pero su carácter principia a retroceder en lugar de avanzar. La gran oleada de vida lo ha abandonado, y los reinos vegetal y animal vuelven gradualmente al estado en que se encontraban cuando por primera vez les alcanzó la gran oleada de vida. Se necesitan enormes períodos de tiempo para este lento proceso por el que el mundo obscurecido se entrega al sueño, pues, como se verá, la obscuración en cada caso dura seis veces (1) más tiempo que el período de la ocupación de cada mundo por la oleada humana. Esto es, el proceso que se verifica, según ya se ha descrito, en relación con el paso de la oleada de vida desde el globo *A* al globo *B*, se repite a lo largo de toda la cadena. Cuando la ola pasa a *C*, *B* queda en obscuración lo mismo que *A*. Entonces *D* recibe la oleada de vida y *A*, *B* y *C* quedan en obscuración. Cuando la ola llega a *G*, los seis mundos precedentes se hallan en obscuración. Mientras tanto, la ola de vida prosigue en cierta progresión regular, cuyo carácter simétrico satisface mucho las inclinaciones científicas; y el lector comprenderá en seguida la idea, en vista de la explicación ya dada, del

(1) O puede decirse cinco veces teniendo en cuenta el medio período de la mañana que precede y el medio período de la tarde, que sigue al día de actividad completa.

modo como la humanidad se desenvuelve a través de siete grandes razas, durante cada período de Ronda en un planeta; esto es, durante la ocupación de ese planeta por la oleada de vida. La cuarta raza es claramente la raza del medio de la serie. Así que se pasa de este punto medio y principia la evolución de la quinta raza en cualquier planeta, principia en el siguiente la preparación de la humanidad. Por ejemplo, la evolución de la quinta raza en *E*, se halla en la misma proporción que la evolución, o más bien que la reavivación del reino mineral en *D*, y así sucesivamente. Esto es, la evolución de la sexta raza en *D* coincide con la reavivación del reino vegetal en *E*; la séptima raza en *D*, con la reavivación del reino animal en *E*, y luego, cuando lo último de la séptima raza en *D* ha pasado al estado subjetivo o mundo de los efectos, el período humano en *E* principia, y la primera raza comienza allí su desarrollo. Mientras tanto, el período crepuscular en el mundo que precede a *D* se ha ido convirtiendo en la noche de la obscuración del mismo modo progresivo, y la obscuración es definitiva allí cuando el período humano en *D* pasa su punto medio. Pero así como el corazón del hombre palpita y continúa la respiración por más profundo que sea su sueño, así también continúa el proceso de acción vital en el mundo

en reposo, aun en los momentos de sueño más profundo. Y este proceso conserva para la próxima vuelta de la oleada humana los resultados de la evolución que precedieron a su primera llegada. El despertar de un planeta así es un proceso más prolongado que el de sumirse en el reposo, pues tiene que alcanzar un grado mayor de perfección para la vuelta de la oleada humana que aquel en que se hallaba cuando la última ola abandonó sus orillas. Pero a cada nuevo principio, la Naturaleza es infundida con un vigor especial suyo —la frescura de una mañana—y el último período de obscuración, que es un tiempo de preparación y de esperanza, por decirlo así, concede a la evolución misma una nueva energía. Cuando la gran ola de vida vuelve en sus ciclos continuos, todo está a punto para su recepción.

En la primera exposición que hicimos de este asunto se indicó, a grandes rasgos, que los diversos mundos que constituyen nuestra cadena planetaria no eran todos de la misma materia. Poniendo el concepto del espíritu en el polo Norte del Círculo y el de la materia en el polo Sur, los mundos del arco descendente varían en materialidad y espiritualidad, lo mismo que en los del arco ascendente. Esta variación debe ahora considerarse más atentamente, si el lector desea comprender todo

el proceso de la evolución de un modo más completo que hasta aquí.

Además de la tierra, la cual se encuentra en el punto más material de todos, sólo hay dos mundos más de nuestra cadena que sean visibles a los ojos físicos—el uno tras él y el otro ante él. Estos dos mundos son, efectivamente, Marte y Mercurio (1), Marte, el que está antes que el nuestro y Mercurio después—, Marte en un estado de obscuración completa en la actualidad, por lo que respecta a la ola de vida humana, y Mercurio, principiando precisamente a prepararse para su próximo período humano (2). Los dos planetas que están por detrás de Marte y los dos que sigen a Mercurio, no están constituídos por un orden de materia que el telescopio pueda percibir. De los siete, cuatro son, pues, de naturaleza etérea, los cuales, las gentes que sólo pueden concebir la materia en su forma terrena considerarán como inmateriales, pero en realidad nada tienen de inmateriales; pertenecen simplemente a estados de materia mucho más sutil que la tierra, pero esta sutileza no destruye en modo alguno la uniformidad del designio de la Naturaleza, respecto de los métodos y grados de su evolución. Dentro de la escala de su sutil "invisibilidad", las Rondas y razas sucesivas de la humanidad pasan por sus grados de mayor y menor materialidad, lo mismo que en esta tierra; pero el que quiera comprenderlos tiene que comprender

(1) Véase lo que sobre este punto dice, H. P. Blavatsky, en su grandiosa obra *La Doctrina Secreta,* volumen I, páginas 152 a 184, edición española.

(2) Vale la pena de observar en este punto, en beneficio de las gentes que se sientan dispuestas a objetar desde el punto físico científico, que Mercurio se halla demasiado cerca del Sol, y, por consiguiente, demasiado caliente para poder ser una morada apropiada para el hombre, que en un informe oficial del Departamento Astronómico de los Estados Unidos sobre las recientes "Observaciones del Monte Whitney" pueden verse declaraciones que pueden detener la crítica sobre la ciencia oculta en este punto. Los resultados de las observaciones de Monte Whitney sobre la absorción selectiva de los rayos solares, demuestran, según el informe oficial, que ya no sería imposible presuponer las condiciones de una atmósfera que pudiera hacer Mercurio habitable en un extremo de la escala y Saturno en el otro. No tenemos que ocuparnos para nada de Saturno ahora, ni si fuera necesario explicar, por los principios ocultos, la habitabilidad de Mercurio, no tendríamos que ocuparnos de cálculos acerca de la absorción selectiva. El hecho es que la ciencia ordinaria tiene en cuenta el Sol, a la vez demasiado y demasiado poco, como depósito de la fuerza del Sistema Solar — demasiado por cuanto el calor de los planetas tiene mucho que ver con otra influencia por completo distinta del Sol, influencia que no será del todo comprendida hasta que se sepa más que hasta el presente acerca de las correlaciones del calor y del magnetismo y del polvo meteórico magnético que llena los espacios interplanetarios. De todos modos, basta — para rebatir cualquier teoría que pudiera oponerse contra las explicaciones que ahora se dan, desde el punto de vista de los fieles devotos de la ciencia del año último—con señalar que tales objeciones estarían ya fuera de fecha. La ciencia moderna es muy progresiva—siendo éste uno de sus mayores méritos—pero no es una costumbre meritoria en los hombres de ciencia modernos el creer en cada grado de su progreso, que todo concepto incompatible con ese grado de conocimiento, tiene que ser necesariamente absurdo.

primero esta tierra y poner en claro sus delicados fenómenos por analogía. Volvamos, por tanto, a la consideración de la gran ola de vida en sus aspectos en este planeta.

Así como la cadena de mundos, considerada como una unidad, tiene sus polos norte y sur o sus polos espiritual y material—desde la espiritualidad descendiendo a la materialidad y ascendiendo otra vez a la primera—, así también las Rondas de la humanidad constituyen una serie semejante, la cual pudiera simbolizar la misma cadena planetaria. En la evolución del hombre, en una palabra, tanto en cada plano de por sí como en el conjunto, hay un arco descendente y otro ascendente; el espíritu, por decirlo así, envolviéndose en la materia, y la materia desenvolviéndose en espíritu. El punto inferior o más material en el ciclo se convierte de este modo en el ápice invertido de la inteligencia física, la cual es la manifestación enmascarada de la inteligencia espiritual. Cada Ronda, de la humanidad evolucionada en el arco descendente (lo mismo que cada raza de cada Ronda si descendemos a espejos más pequeños del cosmos), tiene que ser más físicamente intelectual que su predecesora, y cada una en el arco ascendente tiene que ser investida de una forma más refinada de mentalidad, mezclada con una mayor intuición espiritual. En la primera Ronda, por tanto, encontramos al hombre como un ser relativamente etéreo, aun comparado en la tierra con el estado que ha alcanzado ahora aquí, no intelectual sino supraespiritual. Lo mismo que lo animal y vegetal que le rodea, habita un cuerpo inmenso, pero de organización no consistente. En la segunda Ronda es aún gigantesco y etéreo, pero más consistente y condensado, un hombre más físico, pero todavía menos inteligente que espiritual. En la tercera Ronda ha desarrollado un cuerpo perfectamente concreto y compacto, primeramente su forma es más bien la de un mono gigantesco que la de un hombre verdadero, pero con inteligencia más o más pronunciada. En la primera mitad de la tercera Ronda, su estatura gigantesca decrece, su cuerpo mejora en contextura y principia a ser un hombre racional. En la cuarta Ronda, la inteligencia, entonces por completo desarrollada, verifica progresos enormes. Las primeras razas con que principia la Ronda, adquieren el lenguaje humano tal cual lo entendemos. El mundo rebosa de los resultados de la actividad intelectual y de la decadencia espiritual. A la mitad de la cuarta Ronda aquí, se pasa al punto polar de todo el período de los siete mundos. Desde este punto en adelante, el *ego* espiritual principia su verdadera lucha con el cuerpo y la mente para manifestar sus poderes transcendentales.

En la quinta Ronda, la lucha continúa, pero las facultades transcendentales estarán grandemente desarrolladas, aunque la lucha entre éstas y la inteligencia y las inclinaciones físicas, es más fiera que nunca, porque la inteligencia de la quinta Ronda, así como su espiritualidad, es más avanzada que la de la cuarta. En la sexta Ronda, la humanidad alcanza un grado de perfección tanto de alma como de cuerpo, de inteligencia así como de espiritualidad, que es imposible de imaginar por los mortales ordinarios de nuestra época. Las combinaciones más supremas de la sabiduría, bondad e iluminación transcendental que el mundo haya visto o pensado jamás, representarán el tipo ordinario de la especie humana. Esas facultades que ahora, en la rara florescencia de una generación, permiten a algunas personas extraordinariamente dotadas, explorar los misterios de la Naturaleza y adquirir el conocimiento del cual se dan ahora unas migajas (en estos escritos y de otros modos) al mundo, en general, serán entonces propiedad común a todos. En cuanto a lo que puede ser la séptima Ronda, los maestros ocultos más comunicativos guardan un silencio solemne. La humanidad de la séptima Ronda será demasiado semejante a Dios, para que la humanidad de la cuarta pueda presuponer sus atributos.

Durante la ocupación de cualquier planeta por la oleada de vida humana, cada mónada individual se encarna muchas veces inevitablemente. Esto ha sido ya explicado, en parte. Si la mónada sólo pasase una existencia en cada una de las razas ramas por las cuales tiene que pasar por lo menos una vez, el número total que se alcanzaría en una Ronda sería 343, la tercera potencia de 7. Pero como hecho positivo, cada mónada se encarna dos veces en cada raza rama, así como también tiene necesariamente algunas encarnaciones extra más. Por razones que no son fáciles de adivinar por los profanos, los poseedores del conocimiento oculto son especialmente muy poco comunicativos en lo que se refiere a hechos numéricos acerca de la cosmogonía, por más que para el no iniciado no sea comprensible tal reserva en este punto. En la actualidad, por ejemplo, no podemos declarar cuál es la duración verdadera en años de una Ronda. Pero, no obstante, se nos ha hecho una concesión—que sólo podrán apreciar en su justo valor los que han sido desde hace mucho tiempo estudiantes de ocultismo por el método antiguo—acerca de los números que de más cerca nos conciernen; y esta concesión, en todo caso, es valiosa por cuanto nos ayuda a dilucidar un hecho interesante relacionado con la evolución en cuyo vestíbulo nos encontramos.

Este hecho es que, aun cuando la tierra, por ejemplo, está habitada actualmente por la humanidad de la cuarta Ronda, esto es, por la oleada de vida humana en su cuarto viaje alrededor del círculo de mundos, pueden existir entre nosotros unas pocas personas, pocas en relación con el número total, las cuales, propiamente hablando, pertenecen a la quinta Ronda. Ahora bien; en el sentido del término empleado hasta el presente, no hay que suponer que por algún procedimiento milagroso, algunas unidades individuales han viajado realmente alrededor de la cadena de mundos una vez más que sus compañeros.

Dadas las explicaciones que se han presentado de cómo progresa la ola de la humanidad, se comprenderá que esto sería imposible. La humanidad no ha hecho todavía su cuarta visita ni aun al planeta que sigue al nuestro. Pero las mónadas individuales pueden pasar a sus compañeras en lo que se refiere a su desarrollo intelectual, y convertirse así exactamente en lo que la generalidad de la especie humana será cuando la quinta Ronda se haya desenvuelto por completo. Y esto puede verificarse de dos modos. Un hombre nacido como un individuo ordinario de la cuarta Ronda puede convertirse, por medio del proceso de la educación oculta, en un hombre con todos los atributos de un ser de la quinta Ronda, o sea,

en lo que pudiera llamarse un hombre de la quinta Ronda artificial. Pero, aparte de todos los esfuerzos que pueda hacer el hombre en su presente encarnación, puede también un individuo nacer como de la quinta Ronda en medio de la humanidad de la cuarta, por virtud del número total de sus encarnaciones previas.

Si x representa el número normal de encarnaciones que en el curso de la Naturaleza tiene una mónada que pasar durante un período de Ronda en un planeta, e y el margen de extra encarnaciones que en el mismo período puede llegar a atravesar por un fuerte deseo de la vida física, entonces claro es que $24 \frac{1}{2} (x + y)$ puede exceder $28 x$; esto es, una mónada puede en $3 \frac{1}{2}$ Rondas llevar a cabo tantas encarnaciones como una mónada ordinaria en cuatro Rondas completas. En menos de $3 \frac{1}{2}$ Rondas no podía tal resultado ser alcanzado, de suerte que sólo ahora, después de haber pasado el punto medio de la evolución de este planeta medio, es cuando los de la quinta Ronda empiezan a presentarse.

No es posible, en la naturaleza de las cosas, que una mónada pueda aventajar a sus compañeras en más de una Ronda. No obstante, Buddha era un hombre de la sexta Ronda, pero este hecho está relacionado con un gran misterio fuera de los límites del presente cálculo. Basta decir, por ahora, que la evolución

de un Buddha se relaciona con algo más que meras encarnaciones dentro de los límites de una cadena planetaria (1).

Como quiera que estos cálculos comprenden un gran número de vidas en las sucesivas encarnaciones de una mónada individual, es importante en este punto, a fin de evitar erróneas interpretaciones, señalar que los períodos de tiempo que abarcan estas series de encarnaciones son tan grandes que, a pesar del número de las mismas, las separan vastos intervalos. Según ya se ha dicho, no podemos ahora dar la duración verdadera de los períodos de Ron-

(1) Este aserto se funda, al parecer, en el cálculo del progreso humano por el número de encarnaciones, y si bien esto puede en cierto modo ser aplicable a la masa general, no así a aquellas individualidades que sobresalen extraordinariamente. La rapidez del progreso no está precisamente sujeta al número de encarnaciones, sino a la cantidad y calidad del esfuerzo que se despliegue; de suerte que según se desprende de las enseñanzas más modernas que las que este libro encierra (véase, por ejemplo, en este particular *La Voz del Silencio)*, una vez que el hombre ha penetrado en la llamada "Corriente nirvánica", por regla general necesita pocas encarnaciones para llegar al fin, o sea a los mismos umbrales del estado nirvánico, los cuales no suele traspasar para convertirse en "una de las piedras del muro protector de la humanidad": estado de progreso que equivale al de la séptima Ronda. En resumen, la cuarta Ronda evoluciona el cuarto principio o sea el Manas Inferior; la quinta Ronda concierne a la evolución del quinto principio o Manas Superior; la sexta Ronda se relaciona con el desenvolvimiento del sexto principio, o sea Buddhi, el Alma Espiritual o el Cristo en el hombre, y la séptima Ronda concierne al séptimo principio, a Atmâ, acerca del cual huelga todo el género de especulación porque está por completo fuera de la comprensión humana. — *(N. de J. M.)*

das. Ni tampoco, verdaderamente, se pueden citar cifras indicadoras de la duración de tales períodos, porque éstos varían extraordinariamente. Pero podemos exponer un hecho sencillo que ha sido claramente manifestado por la autoridad superior oculta que nos concierne. La presente *raza* de la humanidad, o sea la presente quinta *raza* de la cuarta Ronda, principió a evolucionar hace un millón de años. Ahora bien; ésta no ha concluído aún, pero suponiendo que un millón de años constituya la vida completa de una raza (1), ¿cómo había que subdividirlo para cada mónada individual? En una raza debe haber más bien más de 100 encarnaciones, siendo difícil que lleguen a 120 para una mónada espiritual. Pero demos por hecho que ha habido ya 120 encarnaciones para las mónadas de la raza actual; y supongamos que el término medio de la vida de cada encarnación haya sido un siglo; pero aun así, sólo tendríamos 12,000 años empleados en la existencia física, al paso que

(1) La vida completa de una raza es, ciertamente, mucho más larga que esto; pero cuando manipulamos cifras de esta clase, penetramos en un terreno muy delicado, porque los períodos exactos son secretos profundos, por razones que los estudiantes no iniciados ("chelas laicos", como dicen ahora los Adeptos, inventando una designación nueva para un estado de cosas nuevo) sólo imperfectamente pueden presumir. Cálculos como los que se dan arriba pueden merecer confianza considerados literalmente en lo que comprenden, pero no deben ser tomados indiscrecionalmente como base para otros.

para la subjetiva son 988,000, resultando un término medio de más de 800 años entre dos encarnaciones. Ciertamente que estos períodos intermedios son de duración muy variable, pero difícilmente pueden ser menores de 1,500 años—no teniendo en cuenta, por supuesto, el caso de los Adeptos, los cuales se hallan por completo fuera de la acción de la ley ordinaria — y 1,500 años, si no representa un período imposible por lo corto, sería de todos modos un intervalo muy breve entre dos nacimientos.

Estos cálculos deben, sin embargo, ser calificados por dos consideraciones. Los casos de los niños que mueren en la infancia son por completo diferentes a los de las personas que alcanzan la madurez completa, y esto por razones evidentes que se comprenderán por las explicaciones que ya se han dado. Un niño que muere antes de que haya vivido lo bastante para principiar a ser responsable de sus actos, no ha generado Karma nuevo alguno. La mónada espiritual abandona el cuerpo del niño en el mismo estado en que lo ocupó después de su última muerte en Devachán. No ha tenido ocasión de tocar en su nuevo instrumento, el cual se ha roto antes de estar templado. Por tanto, puede tener lugar inmediatamente una reencarnación de la mónada de la misma clase que la anterior. Pero la mónada que se reencarna así no debe ser identificada espiritualmente en modo alguno con el niño que murió. Igual cosa sucede con una mónada que ocupe el cuerpo de un idiota de nacimiento. El instrumento no puede ser templado, de suerte que no puede tocar con él, como tampoco con el cuerpo del niño en los primeros años de su vida. Pero estos dos casos son excepciones manifiestas que en nada alteran la regla general que se ha expuesto antes para todas las personas que llegan a la madurez y que emplean sus vidas en el bien o en el mal.

Anotaciones

Informes posteriores y el estudio, o sea la comparación de las distintas ramas de la doctrina y el acoplamiento de otras manifestaciones con las del capítulo anterior, demuestran la dificultad de aplicar cifras a las Doctrinas Esotéricas de un modo claramente definido. Puede confiarse en los números cuando se refieren a términos medios generales, pero inducen a grandes errores al tratar de aplicarlos a casos especiales. Los períodos devachánicos varían para distintos individuos dentro de límites tan amplios que, cualquier regla que se establezca en este punto tiene que ocasionar un sinnúmero de confusiones. En primer lu-

gar, el término medio antes mencionado ha sido sin duda calculado para adultos completos. Entre el niño pequeño que no tiene período devachánico alguno y el adulto que completa un período término medio, debemos tener en cuenta las personas que mueren en la juventud, que han generado Karma y que, por tanto, tienen que pasar por las etapas usuales del desarrollo espiritual, pero para quienes la corta vida que han tenido no ha producido causas que necesiten mucho tiempo para agotar sus efectos. Semejantes personas volverían a reencarnar, después de una estancia de brevedad correspondiente, en el mundo de los efectos. Por otra parte, existen casos de encarnaciones artificiales que se verifican por la intervención directa de los Mahatmas, cuando un *chela* que aun no ha llegado a adquirir el dominio de hacerlo por sí mismo, es traído a la encarnación casi inmediatamente después de su muerte física precedente, sin que le haya sido permitido flotar en la corriente de las causas naturales. Por supuesto, en tales casos puede decirse que los derechos que tales personas han adquirido respecto de los Mahatmas, son en sí causas naturales de cierta clase, o sea la intervención de los mismos, quienes se hallan por completo exentos de poder obrar caprichosamente en tal asunto, por ser un efecto del esfuerzo en la vida precedente,

por ser su Karma. Pero, de todos modos, tales casos son otras tantas excepciones de la marcha de la regla general.

Evidentemente, es imposible que cuando por primera vez se presentan a inteligencias profanas los hechos complicados de una ciencia por completo desconocida, se puedan exponer con todas sus debidas calificaciones, compensaciones y desarrollos anormales visibles desde un principio. Debemos contentarnos con tratar primero de las reglas generales para pasar después a ocuparnos de las excepciones, y esto sucede muy especialmente con el estudio de lo oculto, cuyos métodos tradicionales de enseñanza, que generalmente se siguen, tienen por objeto imprimir en la memoria cada idea nueva, provocando una perplejidad que luego hace cesar. De aquí que, con relación a otro asunto que se trató en las páginas precedentes, creemos ahora que no se ha tenido en cuenta una excepción importante en la Naturaleza. La descripción que he hecho de la oleada humana es por completo coherente como se ha presentado, pero desde la publicación de la edición original de este libro, se ha criticado en la India una comparación entre mi versión del asunto y ciertos pasajes de otros escritos emanados, según se sabe, de un Mahatma. Se ha señalado una discrepancia entre ambas manifestaciones, por cuanto la

otra versión presentaba la posibilidad de que una mónada *pueda* realmente haber dado una vuelta más alrededor de los siete planetas que sus colegas, entre los cuales se encontrase últimamente en la tierra. Mi explicación acerca de las obscuraciones parece hacer imposible esta contingencia. La clave del misterio parece que se encuentra fuera del dominio de esos hechos, acerca de los cuales los Adeptos no tienen inconveniente en hablar libremente; y el lector debe entender con claridad que la explicación que voy a dar es el fruto de mis propias especulaciones y comparaciones de las diferentes partes de la doctrina, y no ninguna información auténtica recibida del autor de mi enseñanza general.

El hecho parece ser que las obscuraciones son lo bastante completas para que presenten en su totalidad todos los fenómenos ya descritos, con respecto a cada uno de los planetas que afectan.

Pero los fenómenos excepcionales, respecto de los cuales debemos estar siempre alerta, se presentan hasta en este asunto.

La gran masa de la humanidad es llevada de un planeta a otro por el gran impulso cíclico cuando le llega el tiempo de ello; pero el planeta que abandona no queda *absolutamente* desprovisto de humanidad, así como tampoco se tornan *todas* las regiones de su perficie im-

propias para ser habitadas por la humanidad, a causa de los cambios físicos y climatéricos que se verifican.

Aun durante la obscuración permanece en el planeta una pequeña colonia humana, y las mónadas que tal colonia constituyen, siguiendo diferentes leyes de evolución y fuera del alcance de esas atracciones que gobiernan el vórtice principal de la humanidad en el planeta ocupado por la gran oleada, sigue adelante de mundo en mundo, por lo que pudiera llamarse la Ronda Interna de evolución, mucho más adelante que la raza, en general. Cuáles pueden ser las circunstancias que ocasionalmente lanzan un alma, aun desde el medio del gran vórtice humano, fuera de la atracción del planeta ocupado por la oleada dentro de la atracción de la Ronda Interna, es una cuestión que al presente apenas podemos conjeturar de un modo muy imperfecto (1).

(1) Efectivamente esto no deja de ser una simple suposición del autor, basada en lo poco que en aquel tiempo se sabía acerca de las Rondas y Razas. Pero si bien desde entonces no se ha aclarado mucho más este punto, que continúa siendo bastante obscuro, todo estudiante de *La Doctrina Secreta*, por H. P. Blavatsky, publicada con posterioridad a este libro, ha tenido ocasión de aprender bastante más sobre esta cuestión. Hoy ya se sabe que un habitante actual de esta tierra y, por tanto, nacido en esta quinta Raza-raíz de la presente cuarta Ronda, puede ser un individuo de la quinta o sexta Ronda y hasta quizá de la séptima misma, sin haber por ello pasado *materialmente* por las Rondas, Planetas y Razas que la masa humana tiene que pasar para llegar a ese estado, si bien ha tenido que hacerlo por todos los *estados de*

Vale la pena llamar la atención de nuestros lectores, relacionado con la solución que acabo de presentar acerca de las Rondas Internas, sobre el modo como este hecho de la Naturaleza, cuya existencia supongo, se armonizaría con las tan extendidas doctrinas acerca del Diluvio. Esas partes del planeta que perma-

---

conciencia, luchas y experiencias que tal progreso implica, englobados en relativamente poquísimas encarnaciones o vidas objetivas. Un ser humano, perteneciendo por su adelanto a nuestra Ronda y Raza, puede alcanzar la meta del estado nirvánico en menos tiempo que el que sus compañeros tarden en pasar quizá por una simple subraza, a contar desde el momento en que se decidiese a penetrar en lo que se llama la "Corriente Nirvánica". Y para comprender cómo es posible que una entidad pueda realizar en tan corto tiempo lo que en la evolución normal emplearía mil veces más; cómo es posible desarrollar una fuerza tan inmensa, capaz de vencer una resistencia miles de veces mayor que la que normalmente soporta la generalidad de la raza, bastará considerar que cada esfuerzo *sostenido* que voluntaria y conscientemente se haga en esa senda, se suma a la fuerza que se tenía al iniciar tal esfuerzo, o lo que es lo mismo, si un hombre de una voluntad cuya potencia en estado normal sea, pongamos por ejemplo, de veinte unidades, desarrolla por impulso extraordinario *sostenido* una potencia de veinticinco, transformará en cierto tiempo este último valor en potencia normal, la cual le permitirá desarrollar, mediante un nuevo esfuerzo, una potencia de treinta o más unidades, y así sucesivamente, puede llegar en el espacio de una sola vida quizá a más de duplicar su potencia normal inicial, al paso que sus compañeros no habrán ganado en el mismo tiempo sino una fracción de unidad. Porque cada paso hacia adelante en la Senda Oculta significa el desarrollo de las potencialidades internas, la conquista de nuevos elementos de progreso o de poderes que naturalmente se suman a los que ya se poseían.

En cuanto al método para iniciar semejante gigantesca y estupenda tarea, véase *El Poder del Pensamiento, su Dominio y Cultura*, por Annie Besant. — *(N. de J. M.)*

necen habitables durante una obscuración serían equivalentes al Arca de Noé de los relatos bíblicos en su sentido simbólico más lato. Por supuesto, la narración del Diluvio tiene también significados simbólicos menores, pero no parece improbable que los cabalistas hayan asociado también con él el significado más amplio que ahora indicamos. En el tiempo debido, cuando el planeta obscurecido volviera a estar en condiciones de recibir nuevamente la oleada humana, los colonos del Arca estarían en disposición de volver a comenzar el proceso de probarlo de nuevo.

CAPÍTULO VIII

EL PROGRESO DE LA HUMANIDAD

La elección entre el Bien y el Mal. — La segunda mitad de la evolución. — El punto de vuelta decisivo. — Espiritualidad e inteligencia. — La sobrevivencia de los más aptos. — El sexto sentido. — Desenvolvimiento de los principios en su orden. — Separación de los que carecen de condiciones. — Previsión para todo. — Casos excepcionales. — La explicación científica. — Justicia satisfecha. — El destino de los fracasados. — Evolución humana examinada de nuevo.

Como ya habrá visto el lector, el curso de la Naturaleza impulsa por la senda del progreso indefinido, hacia planos superiores de existencia, a todas las entidades humanas. Pero habrá visto también que la Naturaleza, al dotar estas entidades con facultades siempre crecientes y al ensanchar constantemente la esfera de sus actividades, les presenta al mismo tiempo ocasiones más y más decisivas para escoger entre el bien y el mal. En las prime-

ras Rondas de la humanidad, este privilegio de selección no está del todo desarrollado, por cuya razón la responsabilidad de los actos es relativamente incompleta. Las primeras Rondas de la humanidad, en una palabra, no invisten al *ego* de ninguna responsabilidad espiritual, en el sentido más lato de la palabra a que ahora nos estamos aproximando. Los períodos devachánicos que suceden a cada existencia objetiva, disponen por completo de sus méritos y deméritos, y la personalidad más deplorable que el *ego* puede desarrollar durante la primera mitad de su evolución, no se tiene en cuenta con relación a la totalidad de la empresa, al paso que la personalidad culpable misma paga su relativamente breve pena, y no vuelve a turbar la Naturaleza. Pero la segunda parte del gran período evolucionario se verifica bajo principios muy diferentes. Las fases de existencia que entonces se presentan no pueden ser afrontadas por el *ego* sin méritos positivos propios, adecuados a los nuevos desarrollos en perspectiva; no basta que la entidad, ya por completo responsable y altamente dotada, en que el hombre se convierte en el gran punto de vuelta de su carrera, flote perezosamente en la corriente del progreso; tiene que principiar a nadar si desea proseguir su camino hacia adelante. La complejidad del asunto, excluyendo la posibilidad de

tratar todas sus fases simultáneamente, ha hecho que nuestra revista de la Naturaleza haya sólo considerado hasta ahora las siete Rondas del desarrollo humano que constituyen todo el proceso planetario que nos concierne, como una serie continua a través de la cual está destinada a pasar la humanidad, en general. Pero deberá recordarse que se ha dicho que la humanidad en la sexta Ronda estará tan altamente desarrollada, que los atributos y facultades sublimes del Adeptado serán propiedad común de todos; al paso que en la séptima Ronda la raza casi habrá salido de lo humano para convertirse en lo divino. Ahora bien; todo ser humano, en este grado de la evolución, estará identificado, por una conexión no interrumpida, con todas las personalidades que han sido engarzadas en el ciclo de la vida, desde el principio del gran proceso evolucionario. ¿Puede concebirse que el carácter de tales personalidades no tenga importancia alguna a la larga, y que dos seres semejantes a dioses, puedan encontrarse juntos en la séptima Ronda, el uno desarrollado a través de una larga serie de intachables y útiles existencias, y el otro por otra no menos larga de vidas perversas y rastreras? Esto, seguramente, no puede suceder, y tenemos que preguntar cómo se mantienen compatibles las congruencias de la Naturaleza con la de-

terminada evolución de la humanidad hacia la forma más elevada de existencia que corona el edificio.

Así como la infancia es irresponsable de sus actos, las primeras razas de la humanidad son irresponsables de los suyos; pero llega el período del desarrollo completo en que el total desenvolvimiento de las facultades que permiten al hombre individual escoger entre el bien y el mal, en la vida que por el momento le ocupa, permite también al *ego* perdurable hacer su elección final. Este período — ese enorme período, pues la Naturaleza no se apresura a coger a sus criaturas en una trampa en semejante asunto—apenas si ha principiado, y se necesita que transcurra toda una Ronda alrededor de los siete mundos antes de que termine. Hasta que se haya pasado el punto medio del quinto período en esta tierra, la gran cuestión—la de ser o no ser en el futuro—no se determina de un modo irrevocable. Empezamos ahora a entrar en posesión de las facultades que hacen del hombre un ser por completo responsable, pero tenemos aún que emplear esas facultades durante la madurez de nuestra egoidad, en la que determinarán las vastas consecuencias del porvenir.

Durante la primera mitad de la quinta Ronda es cuando la lucha principalmente se verifica. Hasta entonces, el curso ordinario de la

vida puede ser una buena o mala preparación para tal lucha, pero no puede decirse con exactitud que es la lucha misma. Y ahora tenemos que examinar la naturaleza de la lucha que hasta el presente hemos sólo considerado como la elección entre el bien y el mal. Esto no es, en modo alguno, inexacto, pero sí es una definición incompleta.

El fenómeno que ahora vamos a examinar, es el siempre recurrente y amenazante conflicto entre la inteligencia y la espiritualidad. Los conceptos comunes que estas palabras denotan tienen, por supuesto, que ser ampliados hasta cierto punto a fin de que pueda ser comprendido el concepto oculto, pues el hábito de pensar europeo se presta a representar en la mente una imagen innoble de la espiritualidad, como un atributo más bien del carácter que de la mente misma—una pálida benevolencia nacida del apego al ceremonial religioso y de las aspiraciones devotas—, cualquiera que sean las nociones fantásticas del Cielo y de la Divinidad en que la persona de "mente espiritual" pueda haber sido educada. La espiritualidad, en el sentido oculto, tiene poco o nada que ver con los sentimientos devotos; se relaciona con la capacidad de la mente para asimilarse el conocimiento en la fuente principal del conocimiento mismo—del conocimiento absoluto—, en lugar de hacerlo por medio de los tortuosos y laboriosísimos procesos del raciocinio.

El desarrollo del intelecto puro, la facultad razonadora, ha sido por tanto tiempo propiedad de las naciones europeas y han obtenido en este departamento del progreso humano tan magnífico triunfo que no hay nada en la filosofía oculta que sea menos aceptable para los mismos europeos, mientras estas ideas no sean bien comprendidas, que el primer aspecto de la teoría oculta acerca del intelecto y de la espiritualidad; pero esto no es causado tanto por la indebida tendencia de la ciencia oculta, a despreciar el intelecto, como por la tendencia indebida de la especulación occidental moderna a depreciar la espiritualidad. Generalmente hablando, la filosofía occidental no ha tenido aún ocasión de apreciar la espiritualidad; no conoce el alcance de las facultades internas del hombre; sólo ha tanteado ciegamente en la dirección de la creencia de que existen tales facultades internas; y el mismo Kant, el gran expositor moderno de esta idea, hace poco más que sostener que existe la facultad de la intuición, si supiéramos tan sólo cómo obrar con ella.

El procedimiento para obrar con ella es ciencia oculta en su aspecto más elevado, es el cultivo de la espiritualidad. El cultivo de un mero poder sobre las fuerzas de la Natu-

raleza, la investigación de algunos de sus secretos más sutiles en lo que se refiere a los principios internos, dominando los resultados físicos, es ciencia oculta en su aspecto inferior y en esta región inferior de su actividad, la mera ciencia física puede y hasta debe penetrar gradualmente. Pero la adquisición por medio del solo intelecto—la ciencia física *in excelsis*—de privilegios que son patrimonio de la espiritualidad, es uno de los peligros de esa lucha que decide el destino definitivo del *ego* humano. Porque hay una cosa que el proceso intelectual no ayuda a la humanidad a comprender, y es la naturaleza y excelencia suprema de la existencia espiritual. Por el contrario, el intelecto proviene de causas físicas —la perfección del cerebro físico—y tiende solamente a los resultados físicos, a la perfección del bienestar material. Aunque, como concesión a "hermanos débiles" y a la "religión", a la cual mira con benévolo desdén, el intelecto moderno condena la espiritualidad, considera ciertamente la vida humana física como el único asunto serio de que pueden ocuparse los hombres serios, y hasta los filántropos formales. Pero es evidente, que si la existencia espiritual, o sea la conciencia vívida subjetiva, dura períodos mayores, en la proporción de ochenta a uno, cuando menos, según hemos visto al tratar acerca del estado

devachánico, entonces seguramente, la existencia subjetiva del hombre es mucho más importante que la objetiva, y el intelecto está en un error al dirigir todos sus esfuerzos al mejoramiento de la existencia física.

Estas consideraciones demuestran que la elección entre el bien y el mal—que la humanidad ha hecho en el curso de la gran lucha entre el intelecto y la espiritualidad—no es una mera elección entre ideas que tan claramente se diferencian como la maldad y la virtud. No es una cuestión tan rudimentaria como esa—que el hombre sea malo o bueno —la que realmente debe decidir en el punto de vuelta crítico final, si ha de continuar viviendo y desarrollándose en planos superiores de existencia, o dejar de vivir del todo. La verdad del asunto es (si no es una imprudencia en nuestro estado de progreso descubrir la superficie de un nuevo misterio), que la cuestión de ser o no ser no se determina con referencia a que un hombre sea *totalmente* bueno o malo. Puede verse con toda claridad que debe haber espiritualidad mala así como espiritualidad buena. De suerte, que la gran cuestión de la continuidad de la existencia se basa por completo y necesariamente en la cuestión de la espiritualidad, como comparada con lo físico. El punto no es tanto de si un hombre *debe* vivir, de si es bastante bueno para permitírsele

seguir viviendo, como de si *puede* el hombre vivir por más tiempo en los planos superiores de existencia, en los cuales la humanidad debe finalmente evolucionar. ¿Es apto para vivir por el desenvolvimiento de la parte perdurable de su naturaleza? Si no lo es, ha llegado al fin de su tarea.

No hay que apresurarse a llegar a la conclusión de que la filosofía oculta considera el vicio y la virtud sin importancia, en lo que se refiere a los destinos espirituales humanos porque no esté en la Naturaleza el que estas características determinen el progreso final en la evolución. No hay sistema que sea tan inexorable en su moralidad como el sistema que la filosofía oculta explora y explica. Pero lo que el vicio y la virtud determinan por sí mismos es el sufrimiento o la dicha, no el problema final de la continuación de la existencia, más allá de ese período inmensamente alejado, cuando en el progreso de la evolución el hombre haya principiado a ser algo más que hombre y no pueda continuar en la senda del progreso con la ayuda de los atributos humanos relativamente inferiores. Es, además, verdad que no se puede imaginar que la virtud deje de producir a su debido tiempo en cualquier grado determinado, los elevados atributos que se requieren; pero no seríamos científicamente exactos si la considerásemos como la causa

del progreso en las etapas finales de la elevación, aunque sí pueden provocar el desarrollo de aquello que es la causa del progreso.

Esta consideración—que las etapas últimas del progreso están determinadas por la espiritualidad, aparte de su colorido moral—es el significado de la doctrina oculta de que, "para ser inmortal en el bien hay que identificarse con Dios; y para ser inmortal en el mal hay que identificarse con Satán (1). Éstos son los dos polos del mundo de las almas; entre estos dos polos vegeta y muere sin recuerdo alguno la parte inútil de la humanidad (2)". El enigma, lo mismo que todas las fórmulas ocultas,

(1) Este concepto: "Ser inmortal en el mal con Satán" no debe tomarse en el sentido de la "eternidad en el mal". El más elevado Mago Negro o Adepto de la Izquierda, no trasciende nunca los subplanos superiores del Plano Mental. Puede tal entidad durar larguísimas edades, puede perdurar quizá todo un manvantara planetario, pero fatalmente está condenado a la aniquilación, por lo menos hacia las postrimerías de la quinta Ronda, pues careciendo de sus principios superiores—Atma Buddhi—no es más que un agregado de materia más o menos espiritual destinado a disolverse, como manifestación, en el momento del Pralaya. Por el contrario, "Ser inmortal en el bien" es la inmortalidad única, porque el Mago Blanco o el Adepto de la Derecha trasciende al Plano Mental y su conciencia se halla en Atma Buddhi, en el Yo Supremo inmortal de toda eternidad, y prosigue su marcha progresiva infinita en la conciencia del Yo Uno. La dualidad de la manifestación, o sea el concepto del bien y del mal o de Dios y Satán, se detiene en el Plano Mental; más arriba, desde el Plano Búddhico en adelante no existe más que la Unidad, el concepto de "Satán" desaparece — *(N. de J. M.)*

(2) Eliphas Levi.

tiene una aplicación menor (apropiada al microcosmo, así como al macrocosmo) y en su significación menor se refiere al Devachán o al Avitchi y al destino de no ser de las personalidades incoloras; pero en su significado más importante se relaciona con la clasificación final de la humanidad en la mitad de la gran quinta Ronda, la aniquilación de los *egos* por completo faltos de espiritualidad y la continuación de los demás por ser inmortales en el bien e inmortales en el mal (1). Precisamente, el mismo significado se aplica al pasaje del Apocalipsis (III, 15, 16): "Sé frío o caliente; porque por ser tibio y ni frío ni caliente, te escupiré de mi boca."

Así, pues, la espiritualidad no es la aspiración devota; es la clase de intelecto más elevada, la que conoce las funciones de la Naturaleza, por la asimilación directa de la mente a sus principios superiores. La objeción que la inteligencia física presentará a esta opinión, es que la mente no puede conocer nada sino

(1) Más adelante, y principalmente en la Anotación al final de este capítulo, el autor modifica afortunadamente este erróneo concepto de la "aniquilación de los *egos* incoloros o faltos de espiritualidad", que implicaría una deficiencia colosal en el esquema de la Naturaleza y una injusticia que la razón repugna. La aniquilación sólo puede aceptarse para aquellas entidades que se han polarizado en el polo negativo de la Naturaleza, aquellas que han roto toda conexión con el Yo Supremo y son sólo puras formas materiales y, por tanto, sujetas a la ley de la destrucción de la forma. *(N. de J. M.)*

por medio de la observación de los fenómenos y el razonamiento sobre los mismos. Esto es un error, pues puede hacerlo, y la existencia de la ciencia oculta es la mejor prueba de ello. Pero, además, por todas partes, en torno nuestro, existen indicaciones en la dirección de tal prueba, que no requieren más que la paciencia de examinar sus verdaderos significados. Es inútil decir a la faz de los fenómenos de la clarividencia—por imperfectos y groseros que hayan sido los que se han impuesto a la atención del mundo—que la conciencia no tiene más conductos que los de los cinco sentidos. Ciertamente, en el mundo ordinario la facultad clarividente es sumamente rara, pero indica la existencia en el hombre de una facultad potencial, cuya naturaleza, según se infiere de sus más insignificantes manifestaciones, es evidentemente capaz, en su desarrollo más elevado, de conducir a una asimilación directa del conocimiento, independientemente de la observación.

Una de las dificultades más grandes que entorpecen el presente intento de traducir la doctrina esotérica al lenguaje corriente, es debida principalmente, al hecho de que la percepción espiritual, aparte de todo proceso ordinario de adquisición del conocimiento, es una grandiosa posibilidad de la naturaleza humana. Este método es el que los Adeptos emplean

para instruir a sus discípulos en el curso regular de la educación oculta. Ellos despiertan el dormido sentido del discípulo, y por su medio imbuyen en su mente el conocimiento de que tal y tal doctrina es la verdad. Todo el esquema de la evolución que los anteriores capítulos han descrito, se infiltran en la mente regular del chela, por razón del hecho de que se le hace ver el proceso que se verifica por medio de la visión clarividente. En su instrucción no se emplean las palabras, pues los Adeptos mismos, para quienes los hechos y procedimientos de la Naturaleza son tan familiares como los dedos de la mano para nosotros, encuentran muy difícil explicar, en un tratado que no pueden ilustrar para nosotros de modo que produzca imágenes mentales en nuestro dormido sexto sentido, la compleja anatomía del sistema planetario.

Ciertamente, no es de esperar que la humanidad en general se halle ya consciente de la posesión del sexto sentido, pues el tiempo de la actividad del mismo no ha llegado aún. Se ha manifestado ya que cada Ronda, a su vez, está destinada a perfeccionar en el hombre el principio correspondiente en su orden numérico y a su preparación para asimilarse el que sigue. Las primeras Rondas se refieren al hombre que describen como una forma, a modo de sombra, sin cohesión e ininteligente.

El primer principio de todos, el cuerpo, fue desarrollado, pero se hallaba meramente adaptándose a la vitalidad y no se parecía a nada de lo que ahora podemos representarnos. La cuarta Ronda, en la que hoy nos encontramos, es la Ronda en la que se desarrolla por completo el cuarto principio, la Voluntad, el Deseo, y en la que trabaja para asimilarse el quinto principio, la razón, la inteligencia (1). En la quinta Ronda, la razón completamente desarrollada o la inteligencia o alma, en la cual reside el *ego* entonces, debe asimilarse el sexto principio, la espiritualidad, o renunciar por completo a la existencia.

Todos los lectores de la literatura buddhista están familiarizados con las continuas referencias que se hacen en ella a la unión del alma del Arhat con Dios. Esto, en otras pala-

(1) Dicho de otra manera: la cuarta Ronda, punto de vuelta de todo el esquema evolutivo de nuestra cadena planetaria, es el ciclo de evolución correspondiente al completo desenvolvimiento del cuarto principio, Kama Manas o Manas Inferior, que a su vez es el punto de vuelta del sistema septenario humano. El quinto principio es el Manas Superior, cuyo completo desarrollo concierne a la quinta Ronda, así como el del sexto y séptimo principios conciernen a la sexta y séptima Rondas respectivamente. El desenvolvimiento completo del Manas Inferior, que será alcanzado al final de la presente Ronda, implica al parecer el estado de conciencia de los cuatro subplanos inferiores del Devachán, que hoy constituye el cielo o conciencia superior subjetiva de la masa humana, conciencia subjetiva que entonces según se desprende lógicamente, constituirá la conciencia objetiva. — *(N. de J. M.)*

bras, es el desarrollo prematuro de su sexto principio. Él fuerza su camino a través de todos los obstáculos que dificultan semejante operación, respecto de un hombre de la cuarta Ronda, para alcanzar ese estado de la evolución, en perspectiva para el resto de la humanidad—o más bien de aquella parte de la humanidad que pueda llegar a ese estado en el curso ordinario de la Naturaleza—, en la última parte de la quinta Ronda. Se observará que, para hacer esto, tiene que pasar por encima del gran período del peligro, o sea la mitad de la quinta Ronda. Tal es la estupenda proeza que el Adepto lleva a efecto en lo que respecta a sus propios intereses personales. Él ha alcanzado la lejana orilla de ese mar en el que tan gran parte de la humanidad perecerá. Allí espera, en una dicha que la gente no puede siquiera comprender a menos de poseer algunos vislumbres de la espiritualidad del sexto sentido, la llegada de sus futuros compañeros. Me apresuro a decir, para evitar una mala inteligencia, que esta espera no es en el cuerpo físico, pues habiendo adquirido finalmente *el privilegio de abandonarlo a voluntad,* permanece en un estado espiritual que sería una necedad en mí tratar de describir, pues hasta los estados devachánicos de la humanidad ordinaria se hallan fuera del alcance de las imaginaciones no educadas en la ciencia espiritual.

Pero volviendo al curso ordinario de la humanidad y al desarrollo, en entidades de la sexta Ronda, de hombres y mujeres que no llegan el Adeptado en una etapa prematura de su carrera, se observará que este *es* el curso ordinario de la Naturaleza en un sentido de la expresión; pero igualmente es este el curso ordinario de la Naturaleza para cada grano de trigo desarrollado que cae en el suelo apropiado y se convierte a su vez en una espiga de trigo. Del mismo modo que son muchos los granos que no llegan a este punto, muchos son los *egos* humanos que no pasan por las pruebas de la quinta Ronda. El esfuerzo final de la Naturaleza al desarrollar al hombre, es convertirlo en un ser inmensamente superior, en un agente consciente y, por último, en lo que ordinariamente se entiende por un principio creador de la Naturaleza misma. La primera empresa que se lleva a efecto es el desarrollo de la voluntad libre, y la segunda perpetuar esta voluntad induciéndola a unirse con el objetivo final de la Naturaleza, o sea el bien. En el curso de tal operación es inevitable que mucha parte de la libre voluntad desenvuelta se vuelva hacia el mal y, después de producir un sufrimiento temporal, sea dispersada y aniquilada. Más aún que esto: el objetivo final no puede realizarse sino por medio de un gasto grande de

material, y así como esto se observa en los estados inferiores de la evolución, donde de cada mil semillas que un vegetal produce sólo una llega a convertirse en una planta, así también los gérmenes divinos de la Voluntad son sembrados en el pecho de cada hombre en la misma abundancia que las semillas que el viento arrastra. ¿Debe impugnarse la justicia de la Naturaleza por razón del hecho de que muchos de éstos perecen? Semejante idea sólo puede surgir en una mente que no comprende el espacio que existe en la Naturaleza para el desarrollo de cada germen que quiere desenvolverse en la extensión que quiere, sea ésta grande o pequeña. Si a cualquiera le parece horrible que un "alma inmortal" debe perecer en cualquier circunstancia, tal impresión sólo puede ser debida a la perniciosa costumbre de considerar todo lo que no es esta vida microscópica como eternidad. En las esferas subjetivas hay espacio, así como tiempo en el manvantara de la cadena planetaria, aun antes de que nos aproximemos al período Dhyan Chohánico o Divino, para más de lo que el cerebro ordinario ha concebido hasta ahora como inmortalidad. Cada acción buena y cada elevado impulso que haya realizado o sentido todo ser humano, tiene que reverberar a través de eones de existencia espiritual, ya sea que la entidad interesada pueda o no florecer

en el sublime y estupendo desarrollo de la séptima Ronda. ¡Y he aquí que la especulación exotérica concibe que, por sólo las causas que se generan en una de nuestras breves vidas en la tierra, resultan efectos eternos! Se espera que en tal milésima parte de nuestra vida objetiva en la tierra, durante la permanencia en ella de la ola de vida evolucionaria, la Naturaleza perciba suficiente causa para decidir toda nuestra carrera futura. A la verdad, la Naturaleza corresponde tan profundamente a un esfuerzo de voluntad relativamente pequeña en la debida dirección que, por más extravagante que haya parecido la creencia antes expuesta y por extravagante que realmente sea aplicada a las vidas ordinarias, en una breve existencia puede algunas veces verificarse el desarrollo de millares de años. El Adepto puede en una vida terrena (1) conseguir tal progreso que asegure su desarrollo subsiguiente, que ya es sólo cuestión de tiempo; pero en tal caso, la semilla germen que produce un Adepto en nuestra vida debe haber sido muy perfecta, así como las condiciones de su desarrollo muy favorables, y de aquí el esfuerzo del hombre mismo constantemente sostenido y mucho más concentrado, más in-

(1) En la práctica, mi impresión es que esto se consigue muy raramente en una vida en la tierra, sino más bien en dos o tres encarnaciones artificiales.

tenso, más ardoroso, que el que es posible que el profano no iniciado pueda realizar. En los casos ordinarios, la vida que está dividida entre el goce material y la aspiración espiritual, por más hermosa y sincera que sea esta última, sólo puede producir el correspondiente doble resultado de una recompensa espiritual en el Devachán y de un nuevo nacimiento en la tierra. Obsérvese que la manera como el Adepto se liberta de la necesidad de semejante nuevo nacimiento es perfectamente científica y sencilla, por más que suene como un misterio teológico cuando se explica en los escritos exotéricos con referencia a Karma, a las Skandhas, a Trishna, a Tanha, etc. La siguiente vida terrestre es la consecuencia de las afinidades engendradas por el quinto principio, o sea el alma humana continua, así como las experiencias devachánicas son el desarrollo de los pensamientos y aspiraciones del carácter elevado que la persona haya desenvuelto durante la vida, o lo que es lo mismo, que las afinidades que se engendran en los casos ordinarios son parte materiales y parte espirituales. Por lo tanto, hacen presentar el alma, a su entrada en el mundo de los efectos, con una doble serie de atracciones que le son inherentes, siendo una serie productora de las consecuencias subjetivas de su vida devachánica, y la otra despertándose al final de esa vida y

haciendo volver al alma a la reencarnación. Pero si la persona durante su vida objetiva no desarrolla absolutamente ninguna afinidad para la existencia material, a su muerte el alma se encuentra con todas sus atracciones tendiendo en la dirección de la espiritualidad y sin ninguna que la impulse a volver a la vida objetiva, y entonces no vuelve; se eleva a un estado de espiritualidad correspondiente a la intensidad de las atracciones o afinidades en esa dirección, y el otro lazo de conexión se corta.

Ahora bien; esta explicación no abarca por completo todo el asunto porque, el Adepto mismo, por más elevado que sea, vuelve a la encarnación eventualmente, después que el resto de la humanidad ha cruzado el gran período divisorio en la mitad de la quinta Ronda. Hasta que se alcance el estado exaltado de la Espiritualidad Planetaria, al alma humana más elevada tiene que quedarle todavía cierta afinidad para la tierra, aun cuando no para los goces físicos de la vida terrestre y para las pasiones que nosotros experimentamos. Pero el punto importante que hay que comprender, respecto de las consecuencias espirituales de la vida terrestre, es—en tan gran mayoría de casos que no vale la pena de tener en cuenta los pocos anormales—que el sentido de justicia, respecto del destino de los hombres bue-

nos, es ampliamente satisfecho por el curso de la Naturaleza, paso a paso, a medida que transcurre el tiempo. El espíritu de vida está siempre pronto a recibir, a hacer descansar y a restaurar el alma después de las luchas, hechos y sufrimientos de la encarnación. Y más aún que esto, aparte de la cuestión de la eternidad, la Naturaleza proporciona en los períodos intercíclicos al final de cada Ronda a toda la humanidad, exceptuando esos desgraciados fracasos que persistentemente han permanecido adheridos al sendero del mal, grandes intervalos de dicha espiritual, mucho más largos y más exaltados en su carácter que los períodos devachánicos entre vida y vida. La Naturaleza, en una palabra, es inconcebiblemente liberal y paciente con todos y cada uno de sus candidatos al examen final, durante su larga preparación para el mismo. Ni tampoco es absolutamente fatal el fracaso en este examen. Los fracasos pueden volver a probar, si no son casos de completa perversidad, pero tienen que esperar a una siguiente oportunidad.

Una explicación completa de las circunstancias en que tal espera tiene lugar, no encajaría en el esquema de este tratado; pero no debe suponerse que los candidatos al progreso, convictos de incapacidad para continuar en el período crítico de la quinta Ronda, caen necesariamente dentro de la esfera de aniquilación. Para que esta atracción se asegure, el *ego* tiene que haber desarrollado una atracción positiva por la materia, y una repulsión positiva por la espiritualidad, abrumadoras en su fuerza. En ausencia de tales afinidades, y en ausencia también de otras que fuesen suficientes a hacer pasar al *ego* por encima del gran golfo, el destino que sale al encuentro de los meros fracasos de la Naturaleza es, *en lo que respecta al presente manvantara planetario,* el morir, según lo expresa Eliphas Levi, sin recuerdos. Han vivido su vida y han tenido su parte de Cielo, pero no son capaces de ascender las tremendas alturas del progreso espiritual que se halla ante ellos. Pero están calificados para sucesivas encarnaciones y vida en los planos de existencia a que están acostumbrados. Por tanto, esperarán en el estado negativo espiritual a que han llegado, a que esos planos de actividad vuelvan a existir en el *siguiente manvantara planetario.* La duración de tal espera está, por supuesto, fuera del alcance de la imaginación, y la naturaleza precisa de semejante estado de existencia es no menos incomprensible; pero debe tenerse en consideración el sentido general de la senda que conduce a esa extraña región de semianimación, a fin de que la simetría y totalidad de todo el esquema evolucionario pueda ser percibido.

Y una vez comprendida esta última contingencia, hállase ante el lector todo el esquema bastante completo *en sus líneas principales*. Hemos visto la Vida Una, el Espíritu, animando primeramente la materia en sus formas más ínfimas y evocando lentamente el desarrollo de formas más elevadas. Individualizado, finalmente, en el hombre, se abre camino a través de encarnaciones inferiores e irresponsables, hasta penetrar en los principios superiores y evolucionar una verdadera alma humana, la cual es en lo sucesivo la dueña de su propio destino, bien que escudada en los comienzos por la Naturaleza, para preservarla de un naufragio prematuro, estimulándola y animándola en su carrera. Pero el destino final que se presenta a esta alma es, no sólo el desarrollo en un ser capaz de cuidar de sí mismo, sino en un ser capaz de cuidar de los demás, de presidir y de dirigir, dentro de lo que pudiera llamarse límites constitutivos, las operaciones de la Naturaleza misma. Es evidente que antes que el alma haya alcanzado el derecho a semejante grado, tiene que haber sido probada, concediéndole libertad y dominio completo sobre sus propios asuntos. Ese dominio completo envuelve necesariamente el poder de naufragar. Los salvaguardias que defienden el *ego* en su juventud—su incapacidad para pasar a estados superiores o inferiores a los del Devachán y Avitchi—le abandonan a su virilidad. Entonces es potente sobre sus propios destinos, no sólo en lo que respecta al desarrollo del goce o del sufrimiento transitorios, sino en lo que se refiere a las estupendas oportunidades que la existencia presenta ante él en ambas direcciones. Puede aprovechar las oportunidades superiores de dos maneras; puede abandonar la lucha de dos modos; puede alcanzar la sublime espiritualidad en el bien, o la sublime espiritualidad en el mal (1); puede aliarse a lo físico no para el mal, sino para la completa aniquilación, o por otra parte, no para el bien, sino para el resultado negativo de volver a principiar el proceso educativo de la encarnación.

ANOTACIONES

En este capítulo no se describe por completo el estado a que pasan las mónadas que no pueden atravesar el período medio de la quinta Ronda así que la oleada de la evolución avan-

(1) Esta "Sublimidad espiritual en el mal" ya hemos dicho en una nota anterior que es sólo relativa; pues el Adepto de la Izquierda o Mago Negro más elevado, no transciende jamás el Plano Mental, cuyo estado de conciencia es alcanzado en su plenitud por la humanidad en las postrimerías de la Quinta Ronda. Los estados de conciencia Búddhico y Atmico no son alcanzados jamás por los Magos Negros.—(*N. de J. M.*)

za, dejándolos, por decirlo así, encallados en las orillas del tiempo. Sólo se indica allí, en pocas palabras, que los fracasos de cada manvantara no son absolutamente aniquilados cuando llegan "al final de su carrera", sino que están destinados, después de enormes períodos de espera, a volver a entrar en la corriente de la evolución. Muchas son las deducciones que resultan de este estado de cosas. El período de espera que estos fracasos tienen que sufrir es, en primer término, de una duración tan estupenda que desconcierta la imaginación. La última mitad de la quinta Ronda, toda la sexta y la séptima tienen que llegar a su término con los que tuvieron la fortuna de ser graduados en la espiritualidad, y las últimas Rondas son de duración inmensamente mayor que la del período medio (1). Luego

(1) Ignoramos si esta última afirmación es una de tantas ideas que se han ocurrido al autor, o es una de las muchas indicaciones que se le hicieron por los Maestros. Casi nos inclinamos a creer lo primero, no sólo porque nada hemos leído que confirme tal aserto en las enseñanzas posteriores que se han dado, sino porque otros aspectos de la marcha de la evolución parecen indicar más bien lo contrario. Basta pensar en la lenta marcha, en los eones innumerables de tiempo que la masa monádica tiene que atravesar para llegar a la separatividad de las individualizaciones hasta alcanzar la virilidad relativa de la conciencia; pero una vez ésta alcanzada, vemos que algunas, por el sólo esfuerzo sostenido de su voluntad, pueden llegar al estado Nirvánico en un tiempo relativamente muy breve: pasando por toda evolución que implica la mitad de nuestra cuarta Ronda, y las próximas quinta y sexta Rondas, en menos tiempo que el que tarda la ola humana en atravesar el período de evolución de una

sigue el vasto intervalo de reposo Nirvánico que cierra el manvantara, la inconmensurable Noche de Brahmâ, el Pralaya de toda la cadena planetaria. Sólo al principiar el siguiente manvantara es cuando los fracasados comienzan a despertar de su tremendo *trance;* tremendo para la imaginación de los seres que están en la actividad completa de la vida, por más que semejante sueño, destituído de conciencia, no sea más enfadoso que una noche sin ensueños de la memoria de un hombre profundamente dormido. El destino de los fracasados, después de todo, puede considerarse penoso, en primer término, más bien por lo que pierden que por lo que incurren. En segundo lugar, es penoso por razón de las consecuencias, pues al despertar tienen que volver a pasar por todo el sufrimiento que implica la vida física con sus innumerables encarnaciones; al paso que los seres perfeccionados que los dejaron atrás en la evolución, en aquella quinta Ronda en que ellos fracasaron, alcanzaron la divina perfección del estado Dhyan Chohánico durante su sueño, y serán los genios que presidirán el manvantara siguiente, en lugar de ser sus débiles sujetos.

simple subraza. Meditando en este hecho, el lector inteligente e intuitivo puede sacar la consecuencia de si la duración de las primeras Rondas es más corta o más larga que la de las últimas. — *(N. de J. M.)*

Sin embargo, aparte de lo que puede considerarse como el interés personal de tales entidades, la existencia de los fracasos en la Naturaleza al principio de cada manvantara, es un hecho que contribuye en gran modo a la comprensión del sistema evolucionario. Cuando el sistema planetario se desenvuelve en un principio del caos—si es que se puede usar la frase "en un principio" de una manera apropiada, teniendo en cuenta la observación que "en el principio" es un simple modo de hablar aplicado a cualquier período de la eternidad—no existen los fracasos. Entonces el descenso del espíritu en la materia a través del reino elemental, mineral y otros, prosigue del modo que ya se ha descrito en los primeros capítulos de este libro. Pero desde el segundo manvantara de una cadena planetaria, durante la actividad del sistema solar que provee muchos de tales manvantaras, el curso de los sucesos difiere algún tanto, es más fácil, si se me permite usar una expresión que es más bien aplicable en la conversación que en sentido estrictamente científico. En todo caso, marcha más a prisa, pues existen ya entidades humanas prontas a entrar en la encarnación tan pronto como el mundo, que también existe ya, esté en estado propio para ellos. La verdad parece ser, pues, que después del primer manvantara de una serie—enormemente mayores en duración

que sus sucesoras—ninguna entidad entonces acabada de salir de los reinos inferiores puede pasar del vestíbulo de la humanidad. Los últimos fracasos entran primero en la encarnación y después eventualmente, las entidades animadas sobrevivientes ya diferenciadas. Pero estas consideraciones, que se relacionan a los períodos primitivos de la evolución de un mundo, comparadas con los pasajes en la doctrina secreta que se refieren a la evolución corriente de nuestra propia raza, no tienen más importancia para nosotros que un interés intelectual, y por ahora no pueden ser ampliadas por mí (1).

(1) Recomendamos muy eficazmente al lector en este punto los dos interesantísimos pequeños tratados de este autor *Los Pitris Lunares* y *El Sistema al cual pertenecemos*, en los cuales expone de clarísimo modo la evolución de todo el Sistema Solar, que en este libro no está ni completo ni muy claro por falta de datos más precisos de que entonces carecía. — *(N. de J. M.)*

CAPÍTULO IX

BUDDHA

El Buddha esotérico. — Reencarnaciones de Adeptos. — Encarnación de Buddha. — Los siete Buddhas de las grandes razas Avalokiteshwara. — Addi-Buddha. — Adeptado en tiempo de Buddha. — Sankaracharya. — Doctrinas vedantinas. — Tsongkapa. — Reformas ocultas en el Thibet.

El Buddha histórico, conocido de los guardianes de la doctrina esotérica, es un personaje cuyo nacimiento no está revestido de las extrañas maravillas que la fantasía popular ha acumulado a su alrededor. Ni tampoco su progreso hacia el Adeptado dejó huellas de los sucesos a que se refieren las luchas sobrenaturales que describe la leyenda simbólica. Por otra parte, la encarnación a que se da el nombre de nacimiento de Buddha, no está ciertamente considerada por la ciencia oculta, como un suceso igual a cualquier otro nacimiento, así como tampoco se considera el desarrollo

espiritual por el que pasó Buddha durante su vida terrestre, como un mero proceso de evolución intelectual semejante a la historia mental de cualquier otro filósofo. El error que cometen los escritores europeos ordinarios al tratar un problema de esta naturaleza, depende de su inclinación a considerar la leyenda exotérica, ya sea como una tradición de milagros, de la cual no vale la pena de ocuparse, o como un puro mito que añade una decoración fantástica a una vida notable. Ésta, se presume, por muy notable que haya sido, debe haber pasado con arreglo a las teorías acerca de la naturaleza que han sido admitidas en el siglo XIX. Lo manifestado en las páginas precedentes prepara el camino para la exposición de lo que enseña la doctrina secreta, respecto del verdadero Buddha que nació, según se ha comprobado del modo más exacto por la investigación moderna, seiscientos cuarenta y tres años antes de la era cristiana, en Kapila Vastu, cerca de Benares.

Las concepciones exotéricas, ignorando por completo las leyes que gobiernan las operaciones de la Naturaleza en sus esferas superiores, sólo pueden explicar la dignidad anormal de algún nacimiento particular, suponiendo que el cuerpo físico de la persona en cuestión fué generado de una manera milagrosa. De aquí la noción popular acerca de Buddha,

de que su encarnación en este mundo fue debida a una concepción inmaculada. La ciencia oculta no conoce proceso alguno para la producción de un niño humano físico, más que el determinado por las leyes físicas (1); pero sí conoce mucho respecto de los límites dentro de los cuales la "Vida Una" o "mónada espiritual" progresiva, o sea el hilo continuo de una serie de encarnaciones, puede elegir determinados cuerpos de niños, como moradas humanas. En el caso de la humanidad ordinaria, esta selección se verifica por la operación del Karma, de un modo inconsciente, en lo que se refiere al *ego* espiritual que emerge del Devachán, pero en los casos anormales en que la Vida Una ha penetrado en el sexto principio—esto es, cuando el hombre se ha convertido en Adepto y tiene el poder de guiar a su propio *ego* espiritual con completa conciencia de lo que hace, después de haber abandonado el cuerpo en el cual ganó el Adeptado, ya sea temporal o permanente—, está en su

(1) *La Doctrina Secreta,* por H. P. Blavatsky, sin embargo, habla del poder creador llamado KRIYASHAKTI. La Estancia 27 del vol. II, dice: LA TERCERA RAZA SE CONVIRTIÓ EN EL VAHAN DE LOS SEÑORES DE LA SABIDURÍA. CREÓ HIJOS DE LA VOLUNTAD Y DE YOGA, POR KRIYASHAKTI LOS CREÓ, LOS SANTOS PADRES ANTECESORES DE LOS ARHATS.

Kriyashakti es el poder creador de la mente, latente en todo hombre y desarrollado en los Mahatmas o Adeptos superiores, por cuyo medio pueden dar forma y vida a la materia akásica. — *(N. de J. M.)*

poder el elegir su propia encarnacion siguiente. Aun durante la vida se sobrepone a la atracción devachánica. Se convierte en uno de los poderes conscientes directores del sistema planetario a que pertenece, y por grande que pueda ser este misterio de la reencarnación elegida, no está en modo alguno limitado en su aplicación, solamente a sucesos extraordinarios como el del Nacimiento de Buddha. Es un fenómeno reproducido frecuentemente por los Adeptos superiores hasta hoy; y si bien mucho de lo que cuenta la mitología popular oriental es puramente ficticio o por completo simbólico, las reencarnaciones de los Lamas del Dalai y Feshu en el Tibet, de las cuales se ríen los viajeros, por falta de conocimientos que les permitan distinguir los hechos reales de los imaginarios, son un hecho formal y científico. En semejantes casos, el Adepto declara de antemano cuándo y dónde ha de nacer, y cuál ha de ser el niño en el que trata de reencarnar, y muy raras veces se equivoca. Decimos muy raras veces, porque hay algunos accidentes de naturaleza física que no se pueden prevenir en absoluto, ni es absolutamente seguro que, con toda la previsión que hasta un Adepto pueda emplear en el asunto, el niño que él elija ser—en su estado reencarnado—llegue felizmente a la madurez física. Y mientras tanto, el Adepto, *en el cuerpo,* es

relativamente impotente. Fuera del cuerpo es exactamente lo que ha sido siempre, desde que se convirtió en un Adepto; pero en lo que se refiere al nuevo cuerpo que ha elegido, tiene que dejarlo desarrollar con arreglo al curso ordinario de la Naturaleza, y educarlo por los procedimientos ordinarios, iniciándolo, por medio del método oculto regular, en el Adeptado, antes de que pueda disponer de un cuerpo totalmente dispuesto para el trabajo oculto en el plano físico. Todos estos procesos son inmensamente simplificados, es verdad, por la fuerza espiritual peculiar que obra dentro; pero en un principio, el alma del Adepto se halla constreñida y embarazada en el cuerpo del niño, y, como parece natural, muy molesta y poco a gusto. El caso sería muy mal comprendido si el lector se imaginase que semejantes reencarnaciones son un privilegio que los Adeptos emplean con placer.

El nacimiento de Buddha fue un misterio de la clase que se ha descrito, y a la luz de lo que se ha dicho, será fácil desentenderse de la tradición popular acerca de su origen milagroso y hallar las referencias simbólicas de los hechos del caso en cuestión, hasta en algunas de las fábulas más grotescas.

Ninguna, por ejemplo, parece menos a propósito, como alusión a nada que se parezca a un hecho científico, como la declaración de

que Buddha penetró en las entrañas de su madre como un joven elefante blanco. Pero el elefante blanco es simplemente el símbolo del Adeptado, algo que se considera como un hermosísimo y raro ejemplar de su especie. Lo mismo sucede con otras leyendas prenatales que señalan el hecho de que el futuro cuerpo del niño había sido elegido como morada de un gran espíritu, dotado ya con la sabiduría y bondad superlativas. Indra y Brahma vinieron a rendir homenaje al niño cuando nació; esto es, los poderes de la Naturaleza estaban ya sumisos al espíritu que había dentro. Los treinta y dos signos de Buddha que la leyenda describe por medio de un simbolismo físico ridículo, son meramente los diversos poderes del Adeptado.

La selección del cuerpo conocido como Siddhartha y después como Gautama, hijo de Suddhodana, de Kapila Vastu, como habitación humana del esclarecido espíritu humano que se había sometido a la encarnación para enseñar a la humanidad, *no* fue uno de esos raros fracasos mencionados antes; por el contrario, fue una elección singularmente fructuosa bajo todos conceptos, y nada intervino en la consumación del Adeptado por el Buddha en su nuevo cuerpo. El relato popular de sus luchas ascéticas y tentaciones, y de su llegada final al estado Búddhico bajo el Árbol

Bodhi es, por supuesto, nada más que la versión exotérica de su iniciación.

Desde esta época en adelante, su obra fue de una naturaleza doble; tenía que reformar y hacer revivir la moral del populacho y la ciencia de los Adeptos—pues el Adeptado mismo está sujeto a cambios cíclicos, y necesita impulsos periódicos.—La explicación de este aspecto del asunto, dicho claramente, no sólo será importante por sí misma, sino que será de interés para todos los que se dedican al estudio del Buddhismo exotérico, por cuanto dilucida algunas de las complicaciones, que tanto confunden, de la Doctrina Septentrional más abstrusa.

Un Buddha visita la tierra por cada una de las siete razas del gran período planetario. El Buddha que nos ocupa fue el cuarto de la serie, y esta es la razón por qué se halla el cuarto de la lista, citada por Mr. Rhys Davids, de Burnouf — citada como una ilustración del modo como la Doctrina Septentrional ha sido, según supone Mr. Davids, inflada de sutilezas metafísicas y de absurdos, amontonados en torno de la simple moralidad que resume el Buddhismo que se presenta al pueblo. El quinto o el Buddha Maitreya vendrá después de la desaparición final de la quinta raza, y cuando la sexta raza haya estado ya establecida en la tierra durante algunos cientos miles

de años. El sexto vendrá al principio de la séptima raza, y el séptimo hacia el final de la misma raza (1).

Este orden parecerá, a primera vista, en desarmonía con el gran designio general de la evolución humana. Henos aquí, a la mitad de la quinta raza, y sin embargo, el cuarto Buddha es el que ha sido identificado con esta raza, al paso que el quinto no vendrá hasta que la quinta raza esté prácticamente extinguida. La explicación se encuentra, sin embargo, en las grandes líneas de la Cosmogonía esóterica. Al principio de cada gran período planetario, cuando la obscuración termina y la oleada humana, en su progreso alrededor de la cadena de mundos, llega a las orillas de un globo, donde ninguna humanidad ha existido durante miles de millones de años, necesitan un instructor desde un principio para la nueva cosecha de humanidad que va a surgir. Téngase presente que la evolución preliminar de los reinos mineral, vegetal y animal, ha tenido lugar en preparación del nuevo período de Ronda. Con la primera infusión de la corriente de vida en las especies que constituyen los llamados "eslabones perdidos", principia a evolucionar la primera raza de la nue-

(1) La señora Annie Besant, en su conferencia dada en Londres en 1909, con el título "La vuelta de Cristo", rectifica y aclara estos conceptos. — *(N. del E.)*

va serie. Entonces es cuando aparece el Ser, que puede ser considerado como el Buddha de la primera raza. El Espíritu Planetario o Dhyan Chohan, que es—o, para evitar una idea errónea con el empleo de un tiempo singular, desafiemos la Gramática y digamos que son—Buddha en todos sus (de él o de ellos) desarrollos, encarna entre los jóvenes e inocentes precursores de la nueva humanidad, propios para ser enseñados, e imprime los primeros principios generales del bien y del mal y las primeras verdades de la doctrina esotérica, en un número suficiente de mentes receptivas, para asegurar la reverberación continua de las ideas, de este modo implantadas, a través de generaciones sucesivas de hombres, en los millones de años siguientes, antes de que la primera raza haya concluído su carrera (1). Este advenimiento, al principio del período de Ronda, de un Ser Divino en forma humana, es de donde parte el concepto del Dios antropomórfico de todas las religiones exotéricas.

(1) Esta definición no está de acuerdo con la de *La Doctrina Secreta* respecto de los principios de nuestra actual cuarta Ronda, ni tampoco con la que el mismo autor presenta en su tratado *Le Pitris Lunares*. La primera raza humana, según *La Doctrina Secreta*, la constituyeron entidades etéreas inconscientes; en la segunda raza, los hombres eran fluídicos y también inconscientes, y sólo en la segunda mitad de la tercera apareció el hombre físico dotado de mente rudimentaria, siendo entonces cuando la humanidad empezó a necesitar de guías e instructores. — *(N. de J. M.)*

El primer Buddha de la serie en la que Gautama Buddha aparece el cuarto, es, pues, la segunda encarnación de Avaloketiswara—nombre místico de la hueste de Dhyan Chohans o Espíritus Planetarios pertenecientes a nuestra cadena planetaria — y aun cuando Gautama es, por consiguiente, la cuarta encarnación de esclarecimiento, según la cuenta exotérica, es realmente el quinto de la verdadera serie, y, por tanto, pertenece propiamente a nuestra quinta raza.

Avaloketiswara, como acabamos de decir, es el nombre místico de la hueste de Dhyan Chohans; el significado verdadero de la palabra es sabiduría manifestada, así como Addi Buddha y Amitabha significan sabiduría abstracta.

La doctrina, según la cita Mr. Davids, de que "cada Buddha mortal terreno tiene su puro y glorioso doble en el mundo místico, libre de las degradantes condiciones de esta vida material—o más bien, que el Buddha, en las condiciones materiales, es sólo una apariencia, emanación o tipo de un Dhyani Buddha"—es perfectamente exacta; el número de Dhyani Buddhas o Dhyan Chohans o Espíritus Planetarios, espíritus humanos perfeccionados de otros mundos anteriores, es infinito, pero sólo cinco están identificados prácticamente en la enseñanza exotérica y siete en la

esotérica, y esta identificación, téngase presente, es una manera de hablar que no debe ser interpretada demasiado literalmente, pues hay en la vida espiritual en cuestión una unidad que no deja lugar al aislamiento de la individualidad. Todo esto se verá que se armoniza perfectamente con las revelaciones referentes a la Naturaleza que encierran los capítulos anteriores, y no debe ser, en modo alguno, atribuída a imaginaciones místicas. Los Dhyani Buddhas o Dhyan Chohans, son la humanidad perfeccionada de épocas manvantáricas anteriores, y su *inteligencia colectiva* se describe con el nombre de "Addi Buddha"; y Mr. Rhys Davids comete un error al tratarlo como invención reciente de los Budhistas del Norte. Addhi Buddha significa sabiduría primordial, y está mencionado en los libros sánscritos más antiguos. Por ejemplo, en la disertación filosófica sobre el "Mandukya Upanishad", por Gowdapatha, autor sanscritista, contemporáneo del mismo Buddha, la expresión es usada libremente y explicada su perfecta concordancia con la presente declaración. Un amigo mío en India, un pandit brahmín de primera línea, como sabio sanscritista, me ha mostrado una copia de este libro, el cual no ha sido, que él sepa, traducido al inglés, y me ha designado una sentencia que se relaciona con la presente cuestión

que me tradujo de este modo: "El mismo Prakriti, en una palabra, es Addi Buddha, y todos los Dharmas han existido de toda eternidad." Gowdapatha es un escritor filósofo, respetado por todas las sectas indias y budhistas, y muy conocido. Era el guru de quien pronto tendré que ocuparme más extensamente.

El Adeptado, cuando encarnó Buddha, no era la condensada y compacta jerarquía en que desde entonces se convirtió bajo su influencia. No ha habido nunca época alguna en el mundo sin Adeptos; pero algunas veces han estado esparcidos por todo el globo, han estado aislados en reclusiones separadas, han gravitado unas veces hacia un país, otras a otros, y, finalmente, téngase presente, su conocimiento y poder no han estado siempre inspirados en la elevada y severa moralidad que Buddha infundió en su última y más elevada organización. La reforma del mundo oculto por su medio fué, en una palabra, el resultado de su gran sacrificio, de la abnegación que le indujo a rechazar el estado dichoso del Nirvana, al cual tenía completo derecho después de su vida terrestre como Buddha, y emprender la pesada tarea de renovadas encarnaciones, a fin de llevar a efecto más completamente la empresa que se había impuesto, y conferir a la humanidad el aumento de be-

neficio correspondiente. Buddha reencarnó, después de su existencia como Gautama Buddha, en la persona de un gran instructor del cual sólo se habla poco en las obras exotéricas sobre Buddhismo, pero cuya vida, no siendo conocida, haría imposible obtener un concepto exacto de la situación en el mundo oriental de la ciencia exotérica—a saber: Sankaracharya. La última parte de este nombre—acharya— significa meramente maestro. El nombre entero, como título, ha sido perpetuado hasta e día bajo curiosas circunstancias, pero los portadores modernos del mismo no están en la línea directa de las encarnaciones espirituales buddhistas.

Sankaracharya apareció en la India—no habiéndose fijado la atención en su nacimiento, que parece tuvo lugar en la costa de Malabar—unos sesenta años después de la muerte de Gautama Buddha. La enseñanza esotérica determina que Sankaracharya *fué* simplemente Buddha en todos conceptos, en un nuevo cuerpo. Esta opinión no será admisible para las autoridades indias *no iniciadas*, que atribuyen una fecha posterior a la aparición de Sankaracharya y le consideran como un santo instructor independiente y hasta opuesto al Buddhismo; pero, no obstante, no deja de ser por eso lo que acabamos de manifestar, la opinión real de los *iniciados* en la ciencia

esotérica, ya se llamen buddhistas o hinduístas. He recibido esta información que ahora expongo, de un brahmín adwaiti de la India del Sur—no directamente de mi instructor tibetano—y todos los brahmines iniciados, según me aseguró, dirán lo mismo.

Algunas de las últimas encarnaciones de Buddha se describen de otro modo, como cobijamientos del espíritu de Buddha, pero respecto de la persona de Sankaracharya fué una encarnación suya. El objeto que se proponía era llenar algunos vacíos y reparar ciertos errores de sus enseñanzas anteriores; pues en el Buddhismo esotérico no se disputa que hasta un Buddha pueda ser falible en algún momento de su carrera.

La situación era la siguiente: Hasta el tiempo de Buddha, los brahmines de la India habían reservado celosamente el conocimiento oculto como propiedad de su casta. A veces se hacía alguna excepción en favor de los Kshatryas, pero la regla era exclusivamente en alto grado. Esta regla la destruyó Buddha, admitiendo a todas las castas por igual en el sendero del Adeptado. El cambio pudo haber sido perfectamente justo en principio, pero abrió camino a mucho disturbio y, según lo creían los brahmines, a la degradación del mismo conocimiento oculto; esto es, su transferencia a manos indignas, no indignas tan

sólo por razón de la inferioridad de la casta, sino a causa de la inferioridad moral que suponían se introducía en la fraternidad justamente con hermanos de bajo nacimiento. No afirmaban los brahmines, en modo alguno, que porque un hombre fuese brahmín tenía que ser necesariamente virtuoso y digno de confianza; pero el argumento era: es necesario en grado supremo dejar fuera de los secretos y poderes de la iniciación a todos los que no sean virtuosos y dignos de confianza. A este fin, es necesario, no sólo establecer todas las pruebas imaginables, sino también no admitir candidatos sino de la clase que generalmente, por razones de sus ventajas hereditarias, es más probable que sea la mejor productora de candidatos apropiados.

La experiencia posterior, se cree ahora por todos, que ha vindicado los temores de los brahmines; y la encarnación siguiente de Buddha fué una admisión práctica de esto; pero mientras tanto Buddha, en la persona de Sankaracharya, se ocupó de suavizar de antemano la lucha sectaria que vió próxima. La oposición activa de los brahmines al Buddhismo principió en el tiempo de Asoka, cuando los grandes esfuerzos de este soberano para extender el Buddhismo provocó temores de parte de aquéllos, referentes a su influjo. Debe tenerse presente, que los iniciados no están

por completo libres en todos los casos de los perjuicios de sus propias individualidades. Poseen algunos atributos semidivinos de tal naturaleza, que cuando los profanos principian a comprender algo de los mismos, suelen despojarlos en su imaginación, demasiado por completo, de toda fragilidad humana (1). La iniciación y el conocimiento oculto tenidos en común, son ciertamente un lazo de unión entre los Adeptos de todas las nacionalidades, lazo mucho más fuerte que ningún otro. Pero más de una vez se ha visto que no ha podido borrar todas las demás diferencias. Así los iniciados brahmines y los buddhistas de la época a que nos referimos, no eran en modo alguno de una misma opinión en todas las cuestiones, y los brahmines desaprobaban decididamente la reforma buddhista en sus aspectos exotéricos. Chandragupta, el abuelo de Asoka, fué un advenedizo y la familia era sudra. Esto era bastante para hacer antipática su política buddhista a los representantes de

(1) Y seguramente, no se equivocan en semejante alta apreciación en todos los casos que se refieren a los Iniciados Superiores, a aquellos que han llegado al plano Búddhico, y cuya conciencia ha perdido todo individualismo. Tales elevados seres tienen necesariamente que estar desprovistos de toda "fragilidad" humana; son los que han hecho la grande y final Renunciación, la del Nirvana, para convertirse en los Protectores Ocultos de la Humanidad, en "piedras del muro protector" los Arhats. Véase "Los Siete Portales" de *La Voz del Silencio*.—(*N .de J. M.*)

la fe ortodoxa brahmín. La lucha tomó un carácter muy amargo, aun cuando la historia no da sino pocos o ningún detalle. El partido del Buddhismo primitivo fué completamente vencido y el ascendiente brahmín por completo restablecido en el tiempo de Vikramaditya, unos 80 años A. de C. Pero Sankaracharya había viajado por toda la India, adelantándose a la gran lucha, y había establecido varios *mathams*, o escuelas de filosofía, en diversos centros importantes.

Sólo se ocupó pocos años en esta tarea, pero la influencia de sus enseñanzas ha sido tan estupenda que su misma magnitud disfraza el cambio introducido. Puso el Hinduísmo exotérico en armonía con la "religión de la sabiduría" esotérica, y dejó a la gente que siguiera entreteniéndose con sus antiguas mitologías, pero apoyándose en guías filosóficos que eran buddhistas esotéricos bajo todos conceptos, bien que reconciliados con todo lo que era imperecedero en el Brahmanismo.

La gran falta del Hinduísmo exotérico anterior, dependía de su afición a las vanas ceremonias y de su adhesión a los conceptos idólatras de las divinidades del panteón hinduísta. Sankaracharya confirmó enfáticamente con sus comentarios en los Upanishads y con sus escritos originales, la necesidad de perseguir el *gnyanam* a fin de obtener el *moksha*

—esto es, la importancia del conocimiento secreto del progreso espiritual y la consumación del mismo. Fué el fundador del sistema Vedantino—siendo el verdadero significado de Vedanta el último fin o la corona del conocimiento—bien que las sanciones de este sistema las sacó de los escritos de Vyasa, el autor del "Mahabharata", de los "Puranas" y del "Brahmasutras". El lector debe comprender que hago estas declaraciones no con la base de propias investigaciones mías—pues no soy bastante sabio orientalista para intentarlas siquiera—sino con la autoridad de un brahmín iniciado que es, además ocultista, un sabio conocedor de primer orden de todas las doctrinas orientales.

La escuela Vedantina es hoy casi coextensiva del Hinduísmo, dejando aparte, por supuesto, la existencia de algunas sectas especiales, como los sikhs, los vallabacharyas o maharajah, de muy mala fama, y puede separarse en tres grandes divisiones: los adwaitees, los adwaitees vishistha y los dawaitees. El bosquejo de la doctrina adwaitee es que *bramuna* o *purush*, el espíritu universal, obra tan sólo por medio de *prakriti*, la materia, que todo tiene lugar de esta manera por medio de la energía inherente de la materia. Brahmun o Parabrahm es, pues, un principio pasivo, incomprensible e inconsciente, pero esencia,

vida una o energía del universo. De esta suerte la doctrina es idéntica al materialismo transcendental de la filosofía del Adepto buddhista esotérico. El nombre de adwaitee significa *no dual,* y se refiere en parte a la no dualidad, o sea a la unidad del espíritu universal o vida una buddhista, como distinta de la noción de su funcionamiento por medio de encarnaciones antropomórficas, y en parte a la unidad del espíritu universal y del humano. Como consecuencia natural de esta doctrina, los adwaitees consideran la doctrina Buddhista del Karma, con respecto al destino futuro del hombre, como dependiendo por completo de las causas que él mismo ha engendrado.

Los adwaitees vishishta modifican esta doctrina con la interpolación de Vishnu como una deidad consciente, la emanación primordial de Parabrahm, siendo considerado Vishnu como un dios personal, capaz de intervenir en el curso de los destinos humanos. No consideran el *yoga* o educación espiritual como la senda propia para la espiritualidad superior, pero creen que esto es posible principalmente por medio de *Bhakti* o devoción. Expresándolo en la fraseología de la teología europea, pudiera decirse que los adwaitees sólo creen en la salvación por medio de las obras y los adwaitees vishishta en la salvación por la gracia.

Los adwaitees difieren poco de los adwaitees vishishta, afirmando meramente, con la designación que asumen con mayor énfasis, la dualidad del espíritu humano y del principio más elevado del universo, e incluyendo muchas observaciones de ceremonias, como una parte esencial de *Bhakti.*

Pero hay que tener presente que todas estas diferencias de opiniones sólo tienen que ver con las variaciones exotéricas de la idea fundamental, introducidas por diferentes instructores con impresiones diversas acerca de la capacidad del pueblo para asimilarse ideas transcendentales. Todos los directores del pensamiento vedantino consideran a Sankaracharya y a los mathams que estableció, con la mayor reverencia posible, y su creencia interna se identifica en todos los casos con la doctrina esotérica una. En una palabra, los iniciados de todas las escuelas de la India se enlazan unos con otros. Exceptuando lo que se refiere a la nomenclatura, todo el sistema cosmogónico, según lo sostienen los Arhats buddhistas, y según se ha expuesto en este libro, es igualmente sostenido por los brahmines iniciados, quienes lo tienen desde antes del nacimiento de Buddha. ¿De dónde lo obtuvieron?—preguntará quizás el lector. Su contestación sería que del Espíritu Planetario a Dhyan Chohan que visitó el primero este pla-

neta, en los albores de la raza humana en la Ronda presente—hace más millones de años que los que quisiera mencionar por conjetura, al paso que el número exacto verdadero se mantiene secreto.

Sankaracharya fundó cuatro mathams principales: uno en Sringari, en la India del Sur, el cual ha permanecido siempre el más importante; uno en Puggernath, en Orissa; uno en Dwaraka, en Kathiawar; y uno en Gungotri, en las vertientes de los Himalayas, en el Norte. El jefe del templo de Sringari ha tenido siempre la designación de Sankaracharya, como adición a su nombre individual. De estos cuatro centros han surgido otros, y hoy existen mathams en toda la India, ejerciendo la influencia más grande posible en el Hinduísmo.

He dicho que Buddha, en su tercera encarnación, reconoció el hecho de que, en la seguridad excesiva de su amante confianza en la perfectibilidad de la humanidad, abrió demasiado las puertas del Santuario oculto. Su tercera aparición fué en la persona de Jsongkha-pa, el gran Adepto tibetano, reformador del siglo XIV. En esta personalidad se ocupó exclusivamente de los asuntos de la fraternidad de Adeptos, que en aquel tiempo se reunía principalmente en el Tibet.

Desde tiempo inmemorial ha habido en el

Tibet cierta religión secreta, la cual es hasta hoy por completo desconocida e inabordable para todo el que no sea iniciado, e inaccesible para la gente común del país, así como para toda otra, y en la cual se han congregado siempre los Adeptos. Pero en lo general, el país no era en el tiempo de Buddha lo que después ha sido: la morada elegida de la gran fraternidad. Muchos más de los que son hoy, eran los Mahatmas en los primeros tiempos, distribuídos en el mundo. El progreso de la civilización, engendrando el magnetismo que tan penoso encuentran, había, sin embargo, en la época de que ahora nos ocupamos—el siglo XIV—, dado lugar a un movimiento muy general hacia el Tibet, de parte de los previamente esparcidos ocultistas. El conocimiento y poder ocultos se habían entonces diseminado mucho más de lo que era prudente para la salud de la humanidad; y Jsong-ka-pa, se decidió a la tarea de ponerlo bajo el dominio de un sistema rígido de reglas. Sin volver a establecer el sistema de la base anterior, poco razonable, del exclusivismo de castas, hizo un código de reglas para guía de los Adeptos, cuyo resultado fué echar fuera de la corporación oculta a todo el que no buscase el conocimiento oculto con el espíritu de la más sublime devoción a los principios morales más elevados.

Un artículo en el *Theosophist* de Marzo de 1882 sobre "Reencarnaciones en el Tibet", acerca de cuya veracidad tengo las seguridades más completas, de informes de mucha importancia respecto del punto de que nos ocupamos ahora y de las relaciones entre el Buddhismo esotérico y el Tibet, las cuales nunca serán examinadas demasiado detenidamente por cualquiera que desee comprender el Buddhismo en su verdadero y trascendental significado.

"El sistema regular", leemos, de las encarnaciones lamaicas de Sangyas (o Buddha) principió con Jsong-kha-pa.

Este reformador no es la encarnación de uno de los cinco Dhyanes celestiales o Buddhas celestes, como generalmente se supone, que se dice fueron creados por Sakya Muni después de elevarse al Nirvana, sino la de Amita, uno de los nombres chinos de Buddha. Los anales conservados en el Gon-pa (lamaseria) de Tda-shi-Humpo demuestran que Sangyas se encarnó en Jsong-kha-pa, a consecuencia de la gran degradación en que habían caído sus doctrinas. Hasta entonces no había habido otras encarnaciones que las de los cinco Buddhas celestiales y de sus Buddhistas, habiendo creado cada uno de los primeros (léase cobijado con su sabiduría espiritual) cinco de los últimos...

A causa de que entre otras muchas reformas, Jsong-kha-pa prohibió la nigromancia (la cual es practicada hasta hoy en día con los ritos más repulsivos por los bhöns, los aborígenes del Tibet, con quienes los Gorros Colorados o shammars habían fraternizado siempre) fué por lo que estos últimos resistieron a su autoridad. Este acto fué seguido de un rompimiento entre las dos sectas. Separándose por completo de los Gyalukpas, los Dugpas (gorros colorados), que desde un principio estaban en gran minoría, se establecieron en varias partes del Tibet, principalmente en sus fronteras y, sobre todo, en Nepal y Bhutan. Pero al paso que retenían una especie de independencia en el monasterio de Sakia-Djong, residencia tibetana de su jefe espiritual (?) Gong-sso Rimbo-chay, los bhutaneses han sido desde sus principios los tributarios y vasallos de los Lamas Dalai.

Los Tda-shi Lamas fueron siempre más poderosos y más altamente estimados que los Dalai Lamas. Estos últimos son creación del Tda-shi Lama, Nabang-lob-sang, tenida por la sexta encarnación de Jsong-kha-pa, quien a su vez era una encarnación de Amithaba o Buddha.

Varios escritores del Buddhismo han sostenido la teoría, la cual Mr. Clements Markham formula de un modo muy completo en su

"Relato de la Misión de George Bogle en el Tibet", a saber: que mientras las escrituras originales del Buddhismo fueron llevadas a Ceilán por el hijo de Asoka, el Buddhismo que se abrió camino en el Tibet desde la India fué gradualmente sobrecargado con una masa de dogmas y de especulaciones metafísicas. Y el Profesor Max Müller dice: "El elemento más importante en la reforma buddhista ha sido siempre su código social y moral, no sus teorías metafísicas. Este código moral, considerado en sí mismo, es uno de los más perfectos que el mundo ha conocido jamás; y esta fué la bendición que la introducción del Buddhismo trajo al Tibet."

"La bendición—dice el autorizado artículo del *Theosophist* que he venido citando—ha permanecido y se ha extendido por todo el país, no habiendo una nación tan bondadosa, ni de mente más pura, ni más sencilla, ni más temerosa del pecado que los tibetanos. Pero, sin embargo de esto, el lamaísmo popular, si se compara con el Buddhismo verdaderamente esotérico o Arahat, ofrece un contraste tan grande como el que ofrece la nieve pisoteada a lo largo del camino en el valle comparado con la masa pura y virgen que resplandece en lo más alto de la cresta de elevadísima montaña."

El hecho es que Ceilán está saturado de

Buddhismo exotérico y el Tibet del esotérico. Ceilán se ocupa mera o principalmente de la moral del Buddhismo, al paso que el Tibet, o más bien en los Adeptos del Tibet, se ocupan de la ciencia del mismo.

Estas explicaciones sólo constituyen un bosquejo de toda la situación. No dispongo de los argumentos ni del tiempo que requiere su desenvolvimiento en un cuadro acabado de la relación que realmente subsiste entre los principios internos del Hinduísmo y los del Buddhismo; y me hago bien cargo de la posibilidad de que muchos sabios y pacientes investigadores del asunto habrán formado, como consecuencia de prolongados y eruditos estudios, conclusiones que a primera vista parecerán chocar con las explicaciones que ahora presento. Pero no por esto dejan estas explicaciones de venir directamente de autoridades para quienes el asunto es tan familiar en su aspecto erudito como en el esotérico. Y su conocimiento íntimo arroja una luz en toda la situación que los exceptúa en absoluto del peligro de desnaturalizar textos y cometer errores respecto del significado de obscuras simbologías. El saber cuándo nació Gautama Buddha, lo que está registrado de sus enseñanzas y lo que las leyendas populares han reunido en torno de su biografía es saber poco menos que nada acerca del verdadero

Buddha, mucho más grande que el instructor histórico y que el semidios fantástico de la tradición. Y sólo cuando se ha comprendido el lazo entre Buddhismo y el Brahmanismo es cuando la grandeza de la doctrina esotérica se muestra en sus verdaderas proporciones.

CAPÍTULO X

EL NIRVANA

Remoto alcanzamiento. — Gradaciones precedentes. — Nirvana parcial. — El umbral del Nirvana. — Nirvana. — Para Nirvana. — Buddha y Nirvana. — El Nirvana alcanzado por Adeptos. — Progreso general hacia el Nirvana. — Condiciones para su alcance. — Espiritualidad y Religión. — La investigación de la Verdad.

Una asimilación completa de la enseñanza esotérica hasta el punto a que ahora hemos llegado, nos permitirá entrar en la consideración del asunto que los escritores exotéricos acerca del Buddhismo han tratado generalmente como el punto de partida de esta religión.

Hasta ahora, por falta de un método mejor para investigar el verdadero significado del Nirvana, los eruditos del Buddhismo han deshecho la palabra y examinado su raíz y fragmento. Esto equivale a lo mismo que tratar de asegurarse de la clase de aroma de una flor

disecando el papel en que ésta está pintada. Es difícil para las mentes instruídas con arreglo al proceso intelectual de la investigación física—como sucede, ya sea directa o indirectamente, con todas nuestras mentes occidentales del siglo XIX—comprender el primer estado espiritual sobre esta vida, o sea el Devachán. De tales estados de existencia el entendimiento sólo puede comprender una parte, necesitándose una facultad más elevada para penetrarlos por completo, siendo aún más imposible forzar su significado en otra mente por medio de palabras. Despertando primeramente esta facultad superior en su discípulo, y luego poniendo a éste en situación de observar por sí mismo es el modo como procede todo instructor regular en semejante materia.

Ahora bien; en el Devachán existen los usuales *siete* estados, adecuados a los diferentes grados de esclarecimiento espiritual que los diversos candidatos a tal estado pueden obtener; en el Devachán hay los *Lokas, Rupa* y *Arupa,* esto es, estados que asumen una conciencia subjetiva de la forma y estados que a su vez transcienden a ésta. Y, sin embargo, el estado devachánico más elevado en el Arupa Loka no tiene comparación a ese estado maravilloso de espiritualidad pura al que dan el nombre de Nirvana.

En el curso ordinario de la Naturaleza du-

rante una Ronda, cuando la mónada espiritual ha llevado a cabo el tremendo viaje desde el primer planeta hasta el séptimo y ha terminado por entonces su existencia allí—terminadas sus multiformes existencias en ellos, con sus períodos respectivos en el Devachán entre vida y vida—, el *ego* pasa a un estado espiritual diferente del devachánico, y en el cual, durante períodos de duración inconcebible, reposa antes de volver a asumir su circuito de los mundos. Este estado puede considerarse como el Devachán de los estados devachánicos — una especie de revista de los mismos—, un estado que supera a los devachánicos tanto como el estado devachánico de cualquier existencia de la tierra supera a las aspiraciones espirituales medio desarrolladas, o a los afectos impulsivos de la vida terrestre. Ese período—el período intercíclico de exaltación extraordinaria, comparado con los que han tenido efecto antes, y hasta comparado con los mismos estados subjetivos de los planetas en el arco ascendente, que a su vez sobrepujan tanto a los nuestros actuales — se dice en la ciencia esotérica que es un estado de Nirvana parcial. Elevándonos con la imaginación a través de las inconmensurables vistas del futuro, supongámonos acercándonos al período que comprendería el intercíclico de la séptima Ronda de la humanidad, cuando los

hombres son ya semejantes a dioses. Habiendo sido completada la última, la más elevada y gloriosa de las vidas objetivas, el ser espiritual perfecto llega a un estado en el cual le viene el recuerdo de todas las existencias que ha vivido en todo tiempo en el pasado. Puede posar su vista en las curiosas mascaradas de las existencias objetivas, como entonces le parecerán, en los detalles más nimios de cualquiera de las vidas terrestres que ha pasado, y puede profundizarlas, así como todas las cosas con que de algún modo se hubiesen relacionado, pues respecto de esta cadena planetaria ha alcanzado la omnisciencia. Este desarrollo supremo de la individualidad (1) es la gran recompensa que la Naturaleza reserva no sólo a aquellos que prematuramente la alcanzan, por decirlo así, por la lucha relativamente breve, pero desesperada y terrible que

(1) De la *conciencia*, más bien, pues en tal estado de elevación el *yo individual* ha cedido su lugar al *yo* universal; la conciencia se siente una con todas las demás conciencias, con todo lo que existe animado o aparentemente inanimado, como constituyendo su propio ser; en una palabra, la entidad, en tal grado de evolución, no se siente una parte del Todo sino el Todo mismo, y, por tanto, esa *individualidad*, en el sentido del *yo* separado que la palabra implica y tal cual nosotros la entendemos, ha desaparecido por completo. De aquí el concepto erróneo del aniquilamiento del Ser con que se ha interpretado el estado de conciencia nirvánico, por no haber comprendido esta suprema expansión de la conciencia que de individual se transforma en universal, con respecto al Universo parcial que ha recorrido en su larga evolución. — *(N. de J. M.)*

conduce al Adeptado, sino a aquellos que por la determinada preponderancia del bien sobre el mal, en el carácter de la serie completa de sus encarnaciones, han atravesado el valle de la sombra y de la muerte a la mitad de la quinta Ronda y se han abierto su camino a través de la sexta y séptima Ronda.

Este estado sublimemente dichoso se dice en la ciencia esotérica que es el vestíbulo del Nirvana.

¿Vale la pena seguir especulando sobre lo que viene después? Puede decírsenos que ningún estado de conciencia individual, aunque sea una fase del sentimiento ya identificado en gran parte con la conciencia general de tal nivel de existencia, puede igualarse en elevación espiritual a la absoluta conciencia en el cual todo sentimiento de individualidad se sumerge en el Todo. Podemos usar tales frases como fichas intelectuales, pero para la mente ordinaria—dominada por su cerebro físico y su inteligencia cerebral—¿pueden tener significación viva alguna?

Todo lo más que las palabras pueden sugerir es que el Nirvana es un estado sublime de reposo consciente en la omnisciencia. Sería ridículo, después de todo lo manifestado, ocuparnos de las diversas discusiones que se han verificado entre los que se han dedicado al estudio del Buddhismo esotérico, respecto de si

el Nirvana significa o no la aniquilación. Nuestro lenguaje no acierta a expresar el sentimiento con que los graduados en la ciencia esotérica consideran semejante cuestión. ¿Significa la última pena de la ley el honor más alto que se puede conceder al ciudadano más elevado? ¿Es una cuchara de palo el emblema de la más ilustre eminencia en el saber? Preguntas como éstas apenas si simbolizan débilmente la extravagancia de la cuestión de si el Nirvana se tiene en el Buddhismo como equivalente a la aniquilación. Y de algún modo, para nosotros inconcebible, se dice que el estado de Para Nirvaña es inmensamente superior al del Nirvana. No pretendo dar ningún significado a semejante afirmación, pero puede servir para demostrar a qué transcendentalísimo reino de pensamiento pertenece el asunto.

Grandísima es la confusión mental respecto del Nirvana que ha surgido de las declaraciones hechas acerca de Buddha. Se dice que alcanzó el Nirvana estando en la tierra; también se dice que renunció al Nirvana, a fin de someterse a nuevas encarnaciones en favor de la humanidad. Ambas afirmaciones son reconciliables. Como *gran* Adepto, Buddha alcanzó naturalmente aquello que es la gran meta del Adeptado en la tierra: el paso de su Espíritu *ego* al estado inefable del Nirvana. No se su-

ponga que cualquier Adepto pueda intentar fácilmente semejante paso. Sólo han llegado a mí descarriadas alusiones respecto de la naturaleza de este gran misterio, pero reuniendo aquéllas, creo que no me equivoco al decir que tan gran proeza es una que sólo algunos de los más elevados iniciados están en disposición de intentar (1), y que exige una suspensión total de animación en el cuerpo, por períodos de tiempo en comparación de los cuales los estados catalépticos más prolongados que la ciencia ordinaria conoce son insignificantes, así como proteger la forma física de la decadencia natural durante este tiempo por los medios que la ciencia oculta proporciona; y a más de esto, es un proceso que encierra un doble riesgo para la continuación de la vida terrestre de la persona que la emprende. Uno de estos riesgos es la duda de que, una

(1) Llamamos la atención de nuestros lectores respecto del hecho de alcanzar el Nirvana en la tierra los Adeptos más elevados, cuya declaración no concuerda con el anterior aserto del autor de que en la tierra no puede haber entidades de un progreso mayor que el de individuos de la quinta Ronda, puesto que para alcanzar el Nirvana se requiere, según la explicación anterior, que la entidad haya alcanzado la suprema perfección de la séptima Ronda. Este aspecto de la cuestión confirma lo que expusimos en una nota precedente, a saber, que existen entidades encarnadas de la categoría de la sexta y séptima Rondas que han renunciado el Nirvana para convertirse en los protectores ocultos de la humanidad. Se dice también que el premio de tan gran renunciación, de semejante supremo sacrificio, es el estado Para Nirvánico. — *(N. de J. M.)*

vez alcanzado el Nirvana, quiera el *ego* volver. Que la vuelta exige un esfuerzo y sacrificio terrible, no cabe duda; sólo puede verificarse por un sentimiento de abnegación de parte del viajero espiritual, por la idea del deber en su abstracción más pura. El segundo gran riesgo es que, suponiendo que el sentido del deber predomine sobre la tentación de quedarse—tentación, téngase presente, que no es debilitada por noción alguna de que pueda sobrevenir ninguna clase de castigo—, aun así siempre es dudoso que el viajero pueda volver. A pesar de todo esto, ha habido muchos otros Adeptos, además de Buddha, que han verificado el gran paso, y de quienes los que los han rodeado en tales circunstancias han dicho que su vuelta a la prisión de carne innoble—aunque tan nobles *ex-hypothes* en comparación de la mayor parte de tales moradas—los ha dejado paralizados con una gran depresión durante semanas. Principiar otra vez la penosa vuelta de la vida física, encorvarse sobre la tierra después de haber estado en el Nirvana, es un colapso demasiado espantoso.

La renunciación de Buddha fué de algún modo inexplicable, aun mayor, porque no sólo volvió del Nirvana por el deber, a fin de terminar la vida terrestre que había emprendido como Gautama Buddha, sino que cuando todas las exigencias del deber habían sido satisfechas por completo, y su derecho de pasar al Nirvana durante incalculables eones estaba totalmente adquirido, desde el punto de vista más alto de su misión terrestre, renunció a tal recompensa, o más bien, la pospuso por un tiempo indefinido para emprender una serie supererogatoria de encarnaciones en favor de la humanidad en general. ¿Cómo se ha aprovechado la humanidad de esta renunciación?, podrá preguntarse. Pero la pregunta sólo puede ser sugerida, en realidad, por esa costumbre profundamente arraigada que la mayor parte de nosotros hemos adquirido, de calcular el beneficio por un tipo físico, y aun con respecto a este mismo tipo, considerando sólo muy restringidos aspectos de los asuntos humanos. Todo el que se haya fijado en mi anterior capítulo acerca del Progreso de la Humanidad, no podrá menos de percibir qué clase de beneficio sería el que Buddha quería conferir a los hombres. Lo que necesariamente es para él la gran cuestión con respecto a la humanidad, es el modo de auxiliar al mayor número posible de gente a pasar el gran período crítico de la quinta Ronda.

Para un Adepto, todo hasta que llegue ese tiempo, es una preparación para la lucha suprema, y, por tanto, cuánto más debe serlo para un Buddha. El bienestar material de la generación existente no es ni siquiera como

mero polvo en la balanza de semejante cálculo; la única cosa de importancia, al presente, es cultivar esas tendencias que pueden colocar el mayor número de *egos* posible en una senda Kármica donde el desarrollo de su espiritualidad en vidas futuras reciba un mayor impulso. Ciertamente, es convicción firme de los instructores esotéricos — de los Adeptos cooperadores de Buddha—que el proceso mismo de cultivar semejante espiritualidad reducirá enormemente la masa de sufrimiento humano, aun hasta el transitorio. Y la dicha de la humanidad, aunque sólo sea una generación cualquiera, no es en modo alguno un asunto indiferente para la ciencia esotérica. Así, pues, el proceder esotérico no debe considerarse como cosa tan en las nubes que nunca influirá en los que hoy vivimos. Pero hay razones para una buena y mala cosecha, para el trigo y para la cebada, y así también para el deseado desarrollo de la espiritualidad entre los hombres, y en Europa, en todo caso, guiándonos por la experiencia de anteriores grandes razas en períodos de desenvolvimiento correspondientes al nuestro presente, el actual impulso de la inteligencia en la dirección del progreso físico y material no es probable que aporte una época de buena cosecha para el progreso de la otra clase. Por el momento, la mayor probabilidad de hacer bien en los

países en donde el referido impulso es más marcado, se cree consiste en la posibilidad de que la importancia de lo espiritual pueda llegar a ser percibida por la inteligencia, aun con anticipación a ser sentida si la atención de ese penetrante, aunque no simpatizador tribunal, puede ser asegurada. Cualquier éxito en la dirección a que puedan conducir estas explicaciones justificará la opinión de aquellos—en minoría—de entre los guardianes esotéricos de la humanidad que han creído que vale la pena de hacerlas.

Así, pues, el Nirvana es la nota fundamental del Buddhismo esotérico, así como hasta ahora ha sido de los mal dirigidos estudios de los sabios occidentales. El gran objetivo de la estupenda y total evolución de la humanidad es cultivar las almas humanas, de suerte que finalmente estén en condiciones para aquel todavía inconcebible estado. El gran triunfo de la raza presente de espíritus planetarios que han alcanzado ese mismo estado, será atraer a él el mayor número de *egos* posible. Estamos todavía lejos de la Era en que podamos estar en peligro serio de perder definitivamente toda calificación para semejante progreso; pero aun ahora no es demasiado pronto para principiar el gran proceso de calificación, tanto más cuanto que el Karma que se prorrogará a través de vidas sucesivas en esa

dirección llevará consigo su recompensa; de suerte que el perseguimiento esclarecido de nuestros más elevados intereses en el remoto porvenir, coincidirá con el perseguimiento de nuestro bien inmediato en el próximo período devachánico y en la siguiente reencarnación.

Se argüirá acaso que si el cultivo de la espiritualidad es el gran objeto que debe seguirse, importará poco que los hombres lo persigan en una u otra senda religiosa. Esto es un error que, según se explicó en un capítulo anterior, Buddha, bajo la personalidad de Sankaracharya, se dedicó especialmente a combatir—a saber, la primitiva creencia india de que el *moksha* se alcanzaba por medio de *bhatkti* sin tener en cuenta el *gnyanam*—, esto es, que la salvación puede obtenerse por prácticas de devoción sin considerar el conocimiento de la verdad eterna. La clase de salvación de que ahora hablamos no es librarse de un castigo haciendo la corte a un potentado celestial; es una empresa positiva y no negativa; el ascenso a regiones de elevación espiritual tan exaltada que el candidato a las mismas pretende lo que nosotros describimos, generalmente, como omnisciencia. Seguramente es un plano donde, dado el modo como obra habitualmente la Naturaleza, en ninguna circunstancia puede llegar el momento en que una persona por la sola razón de haber sido

buena, se convierta repentinamente en sabia. La bondad y *sabiduría* supremas del hombre de la sexta Ronda, que una vez llegado a ese punto empezará a asimilarse gradualmente los atributos de la divinidad misma, sólo pueden desarrollarse también por grados, y la bondad sola, asociada, como muchas veces la vemos, con las creencias más grotescas, no puede conducir al hombre más allá de períodos devachánicos de éxtasis devotos, pero ininteligentes, y al final, si tales condiciones se reproducen en muchas existencias, lo conducirá a alguna extinción sin dolor de la individualidad en la gran crisis (1).

El perseguimiento continuado de la verdad espiritual y el deseo por la misma, y no la ociosa y bondadosa aquiescencia en los dogmas a la moda de la iglesia más cercana, es el medio para que los hombres lancen sus almas dentro del estado subjetivo, preparadas para penetrarse del conocimiento real de la omnisciencia latente de su sexto principio y reencarnar oportunamente con impulsos en la misma dirección. Nada puede producir tan desastrosos efectos en el progreso humano, en lo que respecta al destino del individuo, como la noción tan prevaleciente de que una reli-

(1) Aquí el autor parece volver al concepto erróneo de la aniquilación de las "almas incoloras" que él mismo tiene ya rectificado.

gión, si se observa con espíritu piadoso, es tan buena como otra cualquiera, y que si tales y tales doctrinas son quizá absurdas cuando se las considera a fondo, la gran mayoría de la gente buena no pensará nunca en lo absurdo, sino que las observará en una actitud mental sin tacha. Una religión no es en modo alguno tan buena como otra, aun cuando todas sean productoras de vidas igualmente buenas. Pero prefiero evitar toda crítica de creencias específicas, dejando que este libro sea una simple e inofensiva manifestación de las doctrinas internas verdaderas de la gran religión del mundo (1), que — presentando, efectivamente, en sus aspectos externos, anales inocentes y sin sangre—ha producido realmente así vidas sin tacha a través de toda su existencia. Por otra parte, no es por una aceptación servil de sus mismas doctrinas como debe cultivarse el desarrollo de la verdadera espiritualidad. El gran resultado ha de obtenerse

(1) H. P. Blavatsky, en el vol. I de *La Doctrina Secreta*, haciendo la crítica de la presente obra, explica que fué un gran error llamar a las enseñanzas que este libro encierra "El Buddhismo Esotérico", en lugar de Budhismo Esotérico (con una sola *d)* que significa Sabiduría Esotérica; por cuanto estas enseñanzas no son patrimonio exclusivo esotérico ni exotérico de ninguna religión, sino de la Religión Unica, denominada Religión de la Sabiduría, de la cual todas las religiones conocidas son manifestaciones simbólicas parciales, más o menos esclarecidas, sin exceptuar el Buddhismo, el cual en su esotericismo parece ser la religión que más y mayores verdades encierra. — *(N. de J. M.)*

por la inclinación a buscar la verdad, a comprobar y examinar a todo lo que se presente con pretensión de ser creído. En Oriente una resolución semejante en su más alta expresión conduce al chelado, a la persecución de la verdad, al conocimiento por el desarrollo de las facultades internas, por cuyo medio puede aquél obtenerse con seguridad. En Occidente, reino del intelecto, tal como es actualmente el mapa del mundo, la verdad, desgraciadamente, sólo puede ser perseguida y cazada con el auxilio de muchas palabras y muchas pendencias y disputas. Pero en todo caso, puede ser cazada, y si no es finalmente capturada, el cazarla engendra parte de los cazadores, por instintos que se propagarán y producirán resultados en lo sucesivo.

CAPÍTULO XI

El universo (1)

Los días y noches de Brahma. — Los varios Manvantaras y Pralayas. — El sistema solar. — El Pralaya universal. — Reanudación de la evolución. — "Creación". — La gran causa primera. — El eterno proceso cíclico.

En toda literatura oriental sobre la constitución del Cosmos se hacen frecuentes referencias a los días y noches de Brahmâ, las inspiraciones y espiraciones del principio creador, los períodos del manvantara y los períodos del pralaya. Esta idea discurre en varias mitologías orientales, pero de su aspecto simbólico no tenemos que ocuparnos aquí. El proceso de la Naturaleza a que se refiere es, por supuesto, la sucesión alternada

(1) La palabra "Universo" no implica aquí la totalidad del Universo o Universo Absoluto, sino simplemente el Sistema Solar o cualquier otro Sistema de los infinitos que pueblan el espacio. — *(N. de J. M.)*

de actividad y de reposo que se observa a cada paso de la gran escala, desde lo infinitamente pequeño a lo infinitamente grande. El hombre tiene un manvantara y un pralaya cada veinticuatro horas, o sean sus períodos de vigilia y de sueño; la vegetación sigue la misma regla de año en año, al adormecerse y revivir con las estaciones. El mundo tiene también sus manvantaras y pralayas; cuando la oleada de la humanidad se aproxima a sus orillas, transcurre por la evolución de sus siete razas y se retira de nuevo, y semejante manvantara ha sido tratado por la mayor parte de las religiones exotéricas como el ciclo entero de la eternidad.

El manvantara principal de nuestra cadena planetaria es el que tiene su fin cuando el último Dhyan Chohán de la séptima Ronda de la humanidad perfeccionada pasa al Nirvana. Y de aquí que la expresión tenga que ser considerada como muy elástica. Puede decirse, a la verdad, que su elasticidad es infinita, y esta es una explicación de la confusión que ha reinado en todos los tratados sobre las religiones occidentales en sus aspectos populares. Todas las palabras raíces, transferidas a la literatura popular de la doctrina secreta, tienen, por lo menos, un séptuple significado para el iniciado, al paso que el lector no iniciado, suponiendo que una palabra sólo significa una cosa

y tratando siempre de aclarar su sentido por el cotejo de sus diferentes aplicaciones y su término medio, sólo consigue meterse en una desesperante perplejidad.

La cadena planetaria que nos concierne no es la única que tiene a nuestro sol como centro. Así como hay otros planetas además de la tierra en nuestra cadena, así también hay otras cadenas, además de ésta, en nuestro sistema solar. Hay siete de ellas y hay un tiempo en que todas entran juntas en pralaya. A esto se llama un pralaya solar, y en el intervalo de dos de esos pralayas el vasto manvantara solar comprende siete pralayas y manvantaras de nuestra cadena planetaria y de las demás. El pensamiento se confunde—dicen hasta los mismos Adeptos—al tratar de especular cuántos de nuestros pralayas solares tienen que sucederse antes de que llegue la gran noche cósmica en la que todo el Universo en su enorme colectividad, obedezca lo que manifiestamente es la ley universal de actividad y de reposo, y con todas sus miríadas de sistemas pase al pralaya. Pero aun ese tremendo resultado dice la ciencia esotérica que tiene que suceder (1).

(1) Aquí no indica el autor lo que ha querido significar con "todo el Universo en su enorme colectividad"; pero, además de que las mismas palabras "enorme colectividad" determinan un algo limitado, por inmenso que se imagine, desde luego debe comprenderse que ni los Adeptos ni la Ciencia Esotérica jamás han podido aplicar estos conceptos al *Totum*, o sea al Universo Absoluto, ya lo haya o no creído así el autor, porque ningún concepto que implique limitación de tamaño, tiempo, espacio, etc., es aplicable al INFINITO, y por tanto, tampoco las palabras manvantara y pralaya, que implican tiempo y limitación. Nos inclinamos a creer que la idea apuntada aquí por el autor se refiera, quizá, a nuestro Gran Universo denominado "Vía Láctea", compuesto de innumerables universos menores o sistemas solares, y al cual son perfectamente aplicables las palabras "enorme colectividad". Quizá, así como existe la unidad mínima representada por el átomo primordial (no el átomo químico, por supuesto), que en la fraseología teosófica pudiéramos denominar "átomo prakritico", puede que exista la unidad máxima, y que ésta esté representada por esas inmensas agrupaciones de sistemas solares llamadas nebulosas como nuestra Vía Láctea. Estas podrían llamarse a su vez Átomos del Absoluto, por más que, con relación a éste, no se diferenciarían en nada del átomo primordial, toda vez que, para el concepto de lo Absoluto o Infinito, no existe el tamaño, ni el espacio, ni el tiempo, y que lo grande y lo pequeño son perfectamente sinónimos en su completa carencia de significación limitadora con relación a lo Infinito. —*(N. de J. M.)*

Después de un pralaya de una sola cadena planetaria, no hay necesidad de un nuevo comienzo de actividad evolucionaria absolutamente *de novo*. Hay sólo una reasunción de la actividad detenida. Los reinos vegetal y animal, que al final del último manvantara correspondiente habían alcanzado sólo un desarrollo parcial, no son destruídos. Su vida y energía vital pasa por una noche o período de reposo; también tienen, por decirlo así, un Nirvana especial suyo. ¿Y por qué no habían de tenerlo estas entidades fetales e infantiles?

Son, como nosotros, engendradas por el elemento Uno. Así como nosotros tenemos nuestros Dhyan Chohans, así ellas, en sus diversos reinos, tienen guardianes elementales y son en su masa atendidas como lo es la humanidad en la suya. El elemento Uno, no solamente llena y *es* Espacio, sino que compenetra cada átomo de la materia cósmica.

Cuando suena, pues, la hora del pralaya solar, aunque el proceso del avance del hombre en su séptima y última Ronda es precisamente el mismo de siempre, cada planeta, en lugar de pasar meramente de lo visible a lo invisible (1) cada vez que él lo abandona, es aniquilado. Con el principio del manvantara de la séptima Ronda de la séptima cadena planetaria, cada reino, habiendo llegado a su último ciclo, sólo deja en cada planeta, después de la salida del hombre, meramente el *maya* de las

(1) No debe entenderse aquí que los planetas pierdan su respectivo plano objetivo en los pralayas menores o planetarios para reaparecer de nuevo cuando la ola de vida vuelve a él, sino que esa ola de vida que en ellos se manifestaba objetivamente desaparece de la superficie. Nuestro planeta Tierra, no pierde su estado objetivo sino mucho después de haber muerto, terminada que sea su misión en la séptima Ronda. La luna, nuestro llamado satélite, era ya cadáver en la época del génesis de nuestra tierra, y, sin embargo, aunque ésta se halla precisamente a la mitad de su carrera, puesto que ha pasado ya por 3 ½ Rondas, aun el cadáver materno la acompaña a través de los espacios y la acompañará, según se nos dice, dos Rondas más, antes de desaparecer totalmente. Véase *La Doctrina Secreta*, volumen I. —*(N. de J. M.)*

formas que existieron. A cada paso que da en los arcos descendente y ascendente a medida que pasa de un globo a otro, el planeta que queda atrás se convierte en un mero cascarón vacío. Después de su partida viene la marcha de las entidades de todos los reinos. Esperando el paso a formas más elevadas en el tiempo debido, son, sin embargo, libertadas, y hasta la era de la nueva evolución permanecen en su letárgico sueño, hasta que son llamadas de nuevo a la vida en el siguiente manvantara solar. Los antiguos elementales reposan hasta que son requeridos para ser a su vez los cuerpos de entidades minerales, vegetales y animales en otra cadena de globos más elevada en su camino hacia el reino humano, al paso que las entidades en germen de las formas inferiores—y entonces sólo quedarán de ellas muy pocas—permanecerán suspendidas en el espacio como gotas de agua repentinamente congeladas. Se deshelarán al primer soplo de calor del nuevo manvantara solar y formarán el alma de los nuevos globos. El lento desarrollo del reino vegetal, hasta el período a que nos referimos, habrá sido atendido con el reposo interplanetario más prolongado del hombre. Cuando llegue el pralaya solar la totalidad de la humanidad purificada se sumergirá en el Nirvana, y después de este Nirvana intersolar nacerá en sistemas más

elevados. Las cadenas de mundos serán destruídas y se desvanecerán como las sombras de la pared cuando se extingue la luz. "Tenemos toda la clase de indicaciones—dicen los Adeptos—de que en estos mismos momentos tiene efecto un pralaya solar semejante, al paso que hay dos menores que terminan en alguna parte.

Al principio del nuevo manvantara solar, los elementos hasta ahora subjetivos de los mundos materiales, esparcidos entonces como polvo cósmico, recibiendo impulso de los nuevos Dhyan Chohans del nuevo sistema solar (pues los más elevados del antiguo habrán pasado más arriba) formarán ondas de vida y, separándose en centros diferenciados de actividad, se combinarán en una escala gradual de siete estados de evolución. Lo mismo que los demás orbes del espacio, nuestra tierra tiene que pasar antes de llegar a su estado material último, por una gama de siete estados de densidad. Nada en este mundo nos puede dar ahora una idea de lo que puede ser este último estado de materialidad. El astrónomo francés Flammarión, en un libro titulado *La Résurrection et la Fin des Mondes,* se ha aproximado a un concepto de esta materialidad postrera. Los hechos son, se me dice, con pequeñas modificaciones, muy parecidos a los que él se imagina. A consecuencia de lo que él trata como enfriamientos seculares, pero que más verdaderamente es vejez y pérdida de vitalidad, la solidificación y desecación de la tierra alcanza por fin un punto en que el globo se convierte en un conglomerado suelto. Su período de concepción ha pasado; su progenie está toda criada; su tiempo de vida ha terminado. De aquí que sus masas constitutivas cesen de obedecer a esas leyes de cohesión y agregación que las mantiene unidas; y convirtiéndose en un cadáver abandonado a la obra de destrucción, deja a cada molécula que lo constituye en libertad para separarse del cuerpo y obedecer el impulso de nuevas influencias; "la atracción misma de la luna", sugiere M. Flammarión, "emprendería la obra de demolición produciendo una marea de partículas terrestres en lugar de una marea acuosa". Este último concepto no debe considerarse como sostenido por la ciencia oculta, excepto en lo que sirve para dar una idea de la pérdida de la cohesión molecular en la materia de la tierra.

La Física oculta pasa por completo a la región de la Metafísica si tratamos de obtener alguna indicación del modo en que vuelve a comenzar la evolución después de un pralaya universal (1).

(1) Véase lo que *La Doctrina Secreta* expone sobre esta cuestión de la aniquilación o muerte de los mundos y naci-

La cosa una eterna, imperecedera en el universo, que los mismos pralayas universales dejan sin destruir, es lo que puede considerarse indiferentemente como espacio, duración, materia o movimiento; no como algo que tenga estos cuatro atributos, sino como algo que *es* estas cuatro cosas a la vez y siempre. Y la evolución tiene su origen en la polaridad atómica que engendra el movimiento. En la cosmogonía, las fuerzas positiva y negativa o activa y pasiva, corresponden a los principios masculino y femenino. El flujo espiritual penetra en el velo de la materia cósmica; el principio activo es atraído por el pasivo, y si se nos permite ayudar aquí a la imaginación recurriendo a la simbología oculta: la gran Nag, la serpiente emblema de la eternidad, atrae su cola a la boca, formando así el círculo de la eternidad o, más bien, ciclos en la eternidad. El atributo uno y principal del principio

---

mientos de otros. La Luna, llamada nuestro satélite, fué el mundo físico de la tercera cadena planetaria de la serie de siete que constituyen la evolución de una de las siete jerarquías solares. Concluída que fué la séptima Ronda de la cadena lunar, dió comienzo el génesis de la cadena terrestre; de aqui que la Tierra sea la progenie de la Luna, o más propiamente la reencarnación de los principios superiores de aquélla, pues la misma ola de vida que evolucionó en la cadena planetaria lunar es la que ahora evoluciona en la cadena planetaria terrestre. Véase también *El Sistema a que pertenecemos*, de este mismo autor. — *(N. de J. M.)*

espiritual universal, el dador de vida inconsciente pero siempre activo, es dilatarse y esparcirse; el del principio material universal es juntarse y fecundizarse. Inconscientes y no existentes cuando separados, se convierten en conciencia y vida al juntarse. La palabra Brahmâ viene de la raíz sánscrita *brih* dilatar, crecer o fructificar, siendo en la cosmogonía esotérica la fuerza expansiva vivificante de la Naturaleza en su eterna evolución. Ninguna expresión ha podido contribuir más a descarriar la mente humana en la especulación fundamental referente al origen de las cosas que la palabra "creación": háblese de la creación y estaremos continuamente chocando contra los hechos. Pero una vez que se ha comprendido que nuestro planeta y nosotros mismos somos tan creaciones como lo son los témpanos, simplemente estados de ser por un tiempo dado—que su presente apariencia geológica y antropológica, es transitoria y sólo un estado concomitante de aquel grado de evolución a que han llegado—, el camino queda preparado para pensar acertadamente. Entonces podemos ver lo que significa el principio o elemento uno y único en el universo y el considerar este elemento como andrógino; así como también la proclamación de la filosofía inda de que todas las cosas no son sino *Maya*—estados transitorios—excepto el elemento uno que sólo

reposa durante los Maha Pralayas, las noches de Brahmâ.

Quizá hayamos profundizado ya bastante en el insondable misterio de la gran Causa Primera. No es paradoja decir que sólo por razón de su ignorancia creen los teólogos ordinarios saber tanto acerca de Dios. Y no es exageración afirmar que los maravillosamente dotados representantes de la ciencia oculta, cuya naturaleza mortal se ha elevado y purificado tanto que su percepción abarca otros mundos y otros estados de existencia y que comulgan directamente con seres que se hallan tan por encima de la humanidad ordinaria como el hombre lo está sobre los insectos del campo, no se ocupan jamás, ciertamente, de ninguna concepción que ni remotamente se parezca al Dios de las iglesias y de las creencias. Dentro de los límites del sistema solar, el Adepto mortal sabe por conocimiento propio que todas las cosas se explican por el funcionamiento de la ley en la materia en sus diversas formas, mas la influencia directora y modificadora de las más elevadas inteligencias asociadas con el sistema solar, los Dhyans Chohans, la humanidad perfeccionada del último manvantara precedente. Estos Dhyans Chohans o Espíritus Planetarios, sobre cuya naturaleza es inútil meditar hasta que, por lo menos, podamos penetrar la naturaleza de

nuestra propia existencia no encarnada, comunican a los mundos que se despiertan al final de un pralaya de una cadena planetaria tales impulsos que la evolución los siente a través de todo su progreso. Los límites de la gran ley de la Naturaleza restringen su acción. Ellos no pueden decir que exista el paraíso en todo el espacio que los hombres nazcan supremamente sabios y buenos; no pueden obrar sino sólo por medio del principio de la evolución, y no pueden negar a ningún hombre que ha de ser investido con la potencialidad de desarrollarse, convirtiéndose por sí mismo en un Dhyan Chohan, el derecho de hacer mal si lo prefiere al bien. Ni tampoco pueden impedir que una vez hecho el mal produzca sufrimiento. La vida objetiva es el suelo en que se plantan los gérmenes de vida; la existencia espiritual (téngase presente que la expresión se usa sólo como contraste con la existencia material grosera) es la flor que finalmente se obtiene. Pero el germen humano es algo más que la semilla de la flor; tiene libertad de elección en desarrollarse hacia arriba o hacia abajo, y la planta no podría desarrollarse si no pudiese disponer de tal libertad. Esta es la necesidad del mal (1). Pero dentro de los límites que la

(1) Los conceptos del bien y del mal, tal como se interpretan por la generalidad de las gentes, hacen incomprensible esta "necesidad" del mal dentro de la general concepción

necesidad lógica prescribe, el Dhyan Chohan imprime sus concepciones sobre la oleada que evoluciona, y comprende el origen de todo lo que contempla.

Ciertamente, al reflexionar de este modo sobre la magnitud de la evolución cíclica de que trata la ciencia esotérica, parece razonable posponer las consideraciones respecto del origen de todo el Cosmos. El hombre ordinario

---

de un Dios infinitamente bueno, justo, sabio, etc. Pero tal modo de razonar sólo implica poco adelanto filosófico. A la verdad, los conceptos del bien y del mal no existen cada uno por sí como realidades separadas, sino que son dos aspectos de una misma cosa. En la Naturaleza no existe bien ni mal, sino los "pares opuestos", positivo y negativo, sin los cuales no habría manifestación alguna, porque ninguna cosa tendría afirmación posible, si no existiera la antítesis negativa de la misma; no existiría el concepto de la luz, si no existiera el de la obscuridad y viceversa. Fuerza y Materia, Espíritu y Materia, Dios y Satán, son los dos aspectos resúmenes de la Naturaleza, y el hombre no puede conocer al primero sin trabar conocimiento con el segundo, no puede ser realmente bueno sin haber sido malo; cosa que ignora porque desconoce su origen y su finalidad y no sabe qué es un ente progresivo; pero no se puede llegar a sabio sin haber principiado por ser ignorante. De aquí que lo que se llama mal y lo que se llama bien, se deben mutuamente la existencia y son igualmente indispensables en el terreno moral para la evolución del alma humana, bajo cualquier aspecto que se les considere. Finalmente, todas las cosas son a la vez buenas y malas, porque son aplicables a cualquiera de los dos polos, pero en sí mismas, tanto colectiva como individualmente, son, por supuesto, absolutamente *buenas*, pues el polo negativo, después de todo, es simplemente *Maya*, lo transitorio, una mera ilusión a la que, según la doctrina esotérica, sólo presta realidad efectiva nuestro estado de ignorancia. — *(N. de J. M.)*

en esta vida, con muchas vidas terrestres, seguramente algunos cientos que pasar, y sus mucho más importantes períodos entre encarnaciones (más importantes en lo que se refiere a la duración y a las perspectivas de dicha o de dolor), también en perspectiva, puede, en verdad, ocuparse muy sabiamente más bien de investigaciones que se relacionan con resultados prácticos que no de especulaciones en las que prácticamente no tiene interés alguno. Por supuesto, desde el punto de vista de que la especulación religiosa no se funda en conocimiento positivo alguno fuera de esta vida, nada puede ser más importante ni más altamente práctico que las conjeturas acerca de los atributos y probables intenciones del terrible Jehovah personal, descrito como un tribunal omnipotente, a cuya presencia es llevada el alma después de la muerte para ser juzgada. Pero el conocimiento científico de las cosas espirituales hace del día del juicio una lejana y confusa perspectiva, y llena todo el tiempo que falta con toda clase de actividades. Además, demuestra a la humanidad que seguramente durante millones y millones de siglos no será llamada ante ningún juez, excepto ese juez que a todo compenetra, el séptimo principio o Espíritu Universal que existe en todas partes y que, obrando en la materia, provoca la existencia del hombre mismo y del

mundo en que vive, así como los estados futuros hacia los cuales se encamina. El Séptimo Principio, indefinible, incomprensible para nosotros en nuestro estado presente de esclarecimiento, es, por supuesto, el único Dios reconocido por el conocimiento esotérico, y toda personificación del mismo no puede ser más que simbólica.

Y, sin embargo, a la verdad, el conocimiento esotérico que de un lado da vida y realidad al antiguo simbolismo y de otro se halla en conflicto con el dogma moderno, nos demuestra cuán lejos de ser absolutamente fabulosas son hasta las nociones más antropomórficas de la Deidad, asociadas por la tradición exotérica con el principio del mundo. El Espíritu Planetario, talmente encarnado entre los hombres de la primera Ronda, era el prototipo de la deidad personal en todos los desarrollos subsiguientes de la idea. El error cometido por la gente sin instrucción al tratar del asunto, es meramente de grado. El Dios personal de un insignificante manvantara menor ha sido tomado como el creador de todo el Cosmos, un error muy natural en una gente obligada a suponer, por no conocer del destino humano sino sólo lo que se encierra en una encarnación objetiva que todo el más allá era un porvenir homogéneo espiritual. El Dios de esta vida, por supuesto, era para ellos el Dios que

creaba todas las vidas al través de mundos y épocas.

Espero que el lector no me interprete mal, suponiendo que quiero decir que la ciencia esotérica considera el Espíritu Planetario de la primera Ronda como un Dios. Como he dicho, trata de la obra de la Naturaleza en un espacio inconmensurable, desde un pasado inconmensurable y en un futuro inconmensurable también. La enorme área de tiempo y de espacio en que se opera nuestro sistema solar *es* explorable por los Adeptos mortales de la ciencia esotérica. Dentro de esos límites saben todo lo que sucede y cómo sucede, y saben que todo se explica por la voluntad constructora de la hueste colectiva de Espíritus Planetarios, operando bajo la ley de evolución que penetra toda la Naturaleza. Ellos se comunican con estos Espíritus Planetarios y aprenden de ellos que la ley de este sistema solar es también la ley de otros sistemas solares, en cuyas regiones pueden profundizar las facultades perceptivas de los Espíritus Planetarios, así como las de los mismos Adeptos pueden profundizar la vida de otros planetas de esta Cadena. La ley de actividad y reposo alternados opera universalmente para el Cosmos todo, aunque a intervalos imaginables; el pralaya sucede al manvantara y el manvantara al pralaya.

¿Preguntará alguien con qué fin opera esta eterna sucesión? Es mejor limitar la cuestión a un solo sistema y preguntar con qué fin la nebulosa original se divide en vórtices planetarios de evolución y desarrolla mundos en los cuales el espíritu universal, reverberando a través de la materia, produce la forma y la vida y esos estados superiores de materia pertenecientes a lo que llamamos existencia subjetiva o espiritual. Seguramente es un objetivo bastante a satisfacer cualquier mente razonable, que seres perfectos y sublimes, tales como los Espíritus Planetarios, vengan de ese modo a la existencia y vivan una vida consciente de conocimiento y felicidad supremos, a través de perspectivas de tiempo que equivalen a todo lo que podamos imaginar de la eternidad. A esta grandeza suprema todo cuanto vive tiene la potencialidad de llegar. El espíritu que se encuentra en toda forma animada y que ha pasado a éstas desde formas que generalmente tenemos la costumbre de llamar inanimadas, progresará lenta, pero seguramente, hacia adelante, hasta que el funcionamiento constante de su influencia incansable en la materia desarrolle un alma humana. No se entienda por esto que las plantas y animales que nos rodean tengan ya desenvuelto principio alguno que pueda asumir la forma humana en el curso del manvantara

presente; pero aun cuando el curso de una evolución incompleta pueda ser suspendido por un período de reposo natural, no por eso aborta. Toda mónada espiritual—de por sí un principio inconsciente y puro—obra a través de formas conscientes en niveles inferiores, hasta que éstas, reproduciendo sucesivamente formas más y más elevadas, llegan a producir aquella en que la conciencia semejante a la de Dios pueda ser por completo evocada. Ciertamente que no será por razón de la grandeza de cualquier concepción humana, respecto del objetivo adecuado de la existencia del universo, que semejante finalidad pueda parecer un objetivo deficiente, ni aun siquiera si el destino final del mismo Espíritu Planetario, después de períodos respecto de los cuales su desarrollo desde las formas minerales no es sino como la infancia en el recuerdo del hombre—es sumergir su individualidad gloriosa en esa suma total de toda la conciencia que la metafísica esotérica llama conciencia absoluta, la cual es no-conciencia. Estas expresiones paradójicas son simplemente modos que representan ideas que la mente humana no está en estado de comprender, siendo tiempo perdido el porfiar en ellas.

Estas consideraciones dan la clave del Buddhismo esotérico, una expresión más directa de la doctrina esotérica universal que cual-

quier otra religión popular, pues el esfuerzo de su construcción ha sido hacer que los hombres amen la virtud por sí misma y por sus buenos efectos en futuras encarnaciones, sin sujeción a ningún sistema sacerdotal o dogma que aterrorice sus conciencias con la doctrina de un juez personal que ha de juzgarlos a su muerte. Mr. Lillie cometió un error, por admirable que haya sido su intención y por mucha simpatía que haya tenido por la hermosa moralidad y aspiraciones del Buddhismo, al deducir del ritual de su templo la noción de un Dios personal. Semejante concepción no entra en la gran doctrina esotérica de la Naturaleza, de la que este libro ha dado un bosquejo imperfecto. Ni tan siquiera con referencia a las más alejadas regiones de la inmensidad, más allá de nuestro sistema planetario, tolera el Adepto exponente de la doctrina esotérica la adopción de una actitud agnóstica. No le basta a él decir: "Tan lejos como los sentidos elevados de los espíritus planetarios, cuyo conocimiento se extiende hasta los últimos cielos estrellados, tan lejos como su visión puede extenderse, la Naturaleza se basta a sí misma; en cuanto a lo que pueda haber más allá no tenemos hipótesis alguna." Lo que el Adepto dice realmente en este punto es: "El universo no tiene límites y es una aberración del pensamiento hablar de hipótesis respecto

del más allá de lo ilimitado, al otro lado de los límites de lo sin límites."

Lo que antecede a toda manifestación del universo, y estará más allá del límite de la manifestación, si tales límites pudieran encontrarse jamás, es lo que yace en el fondo del universo manifestado dentro de nuestra propia condición: la materia animada de movimiento, su Parabrahm o Espíritu. Materia, espacio, movimiento y duración constituyen la substancia única eterna del universo. Ninguna otra cosa hay absolutamente eterna. Esto es el primer estado de la materia, perfectamente incognoscible por los sentidos físicos, los cuales sólo conocen la materia manifestada, otro estado por completo distinto. Pero aun cuando en cierto sentido de la palabra sea materialista la doctrina secreta, como los lectores de las antedichas explicaciones habrán visto, se parece tanto al concepto estrecho y grosero de la Naturaleza a que ordinariamente se da el nombre de Materialismo, como el Polo Norte dista del Polo Sur. Desciende hasta el materialismo, por decirlo así, para enlazar sus métodos con la lógica de este sistema, y asciende a las regiones más elevadas del idealismo para abrazar y explicar las aspiraciones más exaltadas del Espíritu. Jamás se repetirá demasiado ni con demasiada firmeza que es la unión de la Ciencia y de la Religión, el puente

por el cual los más perspicaces y prudentes perseguidores del conocimiento experimental pueden dar las manos al devoto más entusiasta, y, por cuyo medio, también el más entusiasta devoto puede volver a la tierra, sin dejar de hallarse en el cielo.

CAPÍTULO XII

Revisión de la doctrina

Correspondencias de la doctrina esotérica con la Naturaleza visible. — Libre albedrío y predestinación. — El origen del mal. — Geología, biología y enseñanza esotérica. — Buddhismo y Ciencia. — El origen de todas las cosas. — La Doctrina tal como está desfigurada. — La última emanación de la conciencia. — Transmigración. — El alma y el espíritu. — Personalidad e individualidad. — Karma.

Sólo una larga familiaridad con la doctrina esotérica puede proporcionar un concepto completo de la manera como se armoniza con los hechos de la Naturaleza, tales como todos podemos observarlos. Pero algo puede hacerse para indicar las correspondencias que pueden encontrarse entre todo el cuerpo de enseñanza que se ha expuesto y los fenómenos del mundo a nuestro alrededor.

Principiando con las dos grandes perplejidades de la filosofía ordinaria—el conflicto entre el libre albedrío y la predestinación y el

origen del mal—se reconocerá, seguramente, que el sistema de la Naturaleza ahora explicado nos permite tratar sus problemas con más atrevimiento que jamás han sido tratados hasta ahora. Hasta aquí, los pensadores más prudentes han sido los menos dispuestos a afirmar que, ya sea con la ayuda de la metafísica o de la religión, pudiera aclararse el misterio del libre albedrío y de la predestinación. La tendencia del pensamiento ha sido relegar todo el enigma a la región de lo incognoscible. Y, extraño es decirlo, esto ha sido hecho voluntariamente por gentes que no por ello han dejado de contentarse con aceptar, como algo más que una hipótesis provisional, las doctrinas religiosas que de esta manera permanecen sin poder reconciliarse con algunas de sus más evidentes consecuencias. La omnisciencia de un Creador personal, abarcando el futuro lo mismo que el pasado, no dejaba lugar al hombre para ejercer una autoridad independiente sobre sus propios destinos, que, sin embargo, era absolutamente necesario dejarle ejercer, a fin de que el sistema de castigarle o recompensarle por sus actos en la vida pudiera ser reconocido como otra cosa que una injusticia de las más grotescas. Un gran filósofo inglés, haciendo francamente frente al problema, declaró en un famoso tratado póstumo que, por razón de estas

consideraciones, era imposible que Dios fuese todo bondad y todo potencia. La gente era libre de investirle lógicamente con uno u otro de estos atributos, pero no con ambos a la vez. El argumento fué tratado con el respeto debido a la gran reputación de su autor, y puesto a un lado con la discreción debida al respeto por las doctrinas ortodoxas.

Pero la doctrina esotérica viene en nuestro auxilio en este apuro. En primer término, toma en cuenta honradamente las insignificantes dimensiones de este mundo comparado con el universo. Este es un hecho de la Naturaleza que la Iglesia Cristiana primitiva temió con verdadero instinto y combatió con la crueldad del terror. La verdad fué negada y sus autores torturados durante muchos siglos. Establecida, por fin, por encima de la misma autoridad de las negaciones papales, la Iglesia recurrió al "desesperado expediente", citando la frase de Mr. Rhys Davids, de pretender que no importaba.

La pretensión ha tenido hasta ahora más éxito que lo que podían esperar sus autores. Cuando temían los descubrimientos astronómicos atribuían al mundo, en general, una lógica de menos remordimientos que la que últimamente mostró inclinación a emplear. Se ha visto que la gente se ha prestado, por regla general, a hacer lo que he dicho que el Bud-

dhismo no exige de nosotros, esto es, guardar su ciencia y su religión en compartimientos estancos separados. Este principio se ha ejercitado por tanto tiempo y tan por completo que, finalmente, ha cesado de ser un argumento contra la credulidad en un dogma religioso, para señalar que es imposible. Pero cuando establecemos una relación entre nuestros receptáculos hasta ahora divididos, y queremos que permanezca al mismo nivel, no podemos menos de ver cómo la insignificancia de la magnitud de la tierra disminuye, en proporción correspondiente, lo plausible de las teorías que nos exigen considerar los detalles de nuestras propias vidas como parte del depósito general de la omnisciencia de un Creador universal. Por el contrario, no es razonable suponer que los seres que habitan uno de los planetas pequeños de uno de los soles de menores dimensiones en el océano del universo, donde los soles son como gotas de agua en el mar, están exentos, de algún modo, del principio general del gobierno de los hombres por la ley. Pero este principio no puede coexistir con el gobierno por el capricho, lo cual es una condición esencial de una predestinación como la que asocian con el uso de la palabra las discusiones convencionales de los problemas que nos ocupan; pues hay que tener en cuenta, que la predestinación que está en conflicto con el libre albedrío, no es la predestinación de las razas, sino la predestinación individual asociada con las ideas de la gracia y de la cólera divina. La predestinación de las razas, bajo leyes análogas a aquellas que rigen la tendencia general de cualquier conjunto de sucesos independientes, es perfectamente compatible con el libre albedrío individual, y he aquí cómo la doctrina esotérica reconcilia la por tanto tiempo debatida contradicción de la Naturaleza. El hombre rige su propio destino dentro de límites constitucionales, por decirlo así; es perfectamente libre de usar sus derechos naturales en lo que éstos alcanzan, y prácticamente alcanzan lo infinito en lo que a él, la unidad individual, se refiere. Pero la acción humana media, bajo condiciones dadas y teniendo en cuenta una vasta multiplicidad de unidades, da por resultado la infalible evolución de los ciclos que constituye su destino colectivo.

La predestinación individual puede, es verdad, ser afirmada, no como un dogma religioso relacionado con la gracia o la cólera divinas, sino con fundamentos puramente metafísicos, esto es, puede argüirse que cada ser humano está en la infancia fundamentalmente sujeto a la misma influencia, por circunstancias similares, y que la vida de un adulto es, por tanto, sólo el producto o la impresión de todas

las circunstancias que han influído en esa vida desde el principio; de manera que si esas circunstancias fuesen conocidas, el resultado moral e intelectual lo sería también. Por esta línea de razonamiento pudiera deducirse que las circunstancias de la vida de cada hombre pudieran ser teóricamente conocidas por una inteligencia suficientemente penetrante; que las tendencias hereditarias, por ejemplo, no son sino el producto de circunstancias antecedentes que entran en algún cálculo dado como una perturbación, pero que no por eso dejan de ser menos calculables. Esta deducción, sin embargo, no está menos en conflicto directo con la conciencia de la humanidad que el dogma religioso de la predestinación individual. El sentido del libre albedrío es un factor en el proceso que no puede ignorarse, y el libre albedrío de que tenemos conciencia no es un mero impulso automático, como el movimiento de la pata de una rana muerta. El dogma ordinario religioso y el argumento metafísico ordinario nos exigen ambos que lo consideremos bajo ese aspecto; pero la doctrina esotérica lo vuelve a su verdadera dignidad y nos demuestra la esfera de su actividad, los límites de su soberanía. Es soberano sobre la carrera individual, pero impotente en presencia de la ley cíclica, la cual hasta un filósofo tan positivo como Draper, encuentra en la histo-

ria humana, por breve que sea el período en que haya podido extender sus observaciones. Y no por esto deja esa arena movediza colateral de pensamiento, que J. S. Mill discurrió paralelamente con las contradicciones de la teología—la gran cuestión de si la especulación debe referirse a la hipótesis de todo bondad y todo potencia—de encontrar su explicación en el sistema ahora expuesto. Esos grandes seres, la eflorescencia perfeccionada de una humanidad anterior, quienes si bien lejos de constituir un Dios supremo, reinan, sin embargo, de un modo divino sobre los destinos de nuestro mundo, no sólo no son omnipotentes, sino que tan grandes como son, se hallan restringidos, en lo que respecta su acción, por límites relativamente estrechos. Parecería como si cuando la escena está, por decirlo así, preparada de nuevo para otro drama de la vida, pudieran introducir algunas mejoras en la acción, derivadas de su propia experiencia, en el drama en que ellos estuvieron interesados, pero que sólo son capaces, por lo que respecta a la construcción principal de la pieza, de repetir lo que antes ha sido representado. Ellos pueden hacer en gran escala lo que un jardinero con las dalias en pequeño; puede desarrollar considerables mejoras en forma y color, pero sus flores, por muy cuidadas que sean, permanecerán siendo dalias.

¿No tiene importancia, puede preguntarse de pasada, en apoyo de lo aceptable que pueda ser la doctrina esotérica, el que las analogías naturales la apoyan a cada paso? Así como es abajo, es arriba, escribieron los filósofos ocultos antiguos; el microcosmo es un espejo del macrocosmo. Toda la Naturaleza que se halla dentro de la esfera de nuestra observación física, comprueba la regla en lo que esa área limitada puede exhibir como principios. La estructura de los animales inferiores es reproducida con modificaciones en animales más superiores y en el hombre: las finas fibras de la hoja se ramifican como las ramas de un árbol, y el microscopio sigue estas ramificaciones repetidas fuera de los límites del ojo desnudo. Las corrientes turbias de aguas llovedizas en los caminos, depositan rocas sedimentarias en los lodazales que forman, lo mismo que los ríos lo hacen en los lagos y las grandes aguas de la tierra en el fondo de los mares. La obra geológica de un pantano y la de un océano difieren tan sólo en su escala, y la doctrina esotérica demuestra que también sólo difieren en escala las leyes más sublimes de la Naturaleza en su jurisdicción sobre el hombre y en su jurisdicción sobre la familia planetaria. Así como los hijos de cada generación humana son atendidos por sus padres en la infancia y crecen para, a su vez, atender

a otra generación, así sucede en la humanidad entera de los grandes períodos manvantáricos: los hombres de una generación se desarrollan para ser los Dhyan Chohans de la siguiente, y en los últimos progresos del tiempo ceden su puesto a sus descendientes, pasando ellos a estados superiores de existencia.

La Doctrina esotérica responde a la cuestión de la existencia del mal de un modo no menos decisivo de como lo hace en el del libre albedrío. Este asunto ha sido discutido en su lugar en el capítulo anterior sobre el Progreso de la Humanidad; pero la doctrina esotérica, como se verá, trata el gran problema más a fondo que por la mera enunciación de cómo el libre albedrío humano, el cual es el designio de la Naturaleza, eleva al hombre al estado Dhyan Chohánico, debe ser, con arreglo a esta hipótesis, libre para desarrollar el mal mismo si quiere. Esto en lo que se refiere al principio general en función, pero el modo como obra es perceptible en esta enseñanza tan claramente como el principio mismo. Obra por medio del Karma físico, y no podría obrar de otro modo excepto por una suspensión de la ley invariable de que las causas tienen que producir efectos. El hombre objetivo nacido en el mundo físico es tanto una creación de la entidad que últimamente lo animara como el hombre subjetivo que en el ínterin ha es-

tado viviendo en la existencia devachánica. El mal que el hombre hace vive después de él en un sentido más literal que lo que el mismo Shakespeare significaba por esas palabras. Se preguntará cómo puede la culpa moral de un hombre en una vida hacerle nacer en otra ciego o tullido, en un período diferente de la historia del mundo, algunos miles de años más tarde, de padres con quienes no ha tenido en su vida anterior ninguna clase de relación. Pero tal dificultad se explica considerando el modo de obrar de las afinidades, más fácilmente de lo que a primera vista se pudiera imaginar. El niño ciego o tullido, en lo que se refiere a su forma física, puede haber sido la potencialidad más bien que el producto de circunstancias locales. Pero él no hubiera venido a la existencia, a menos que hubiera habido una mónada espiritual que se presentase a la encarnación llevando consigo el quinto principio (por supuesto, lo que es permanente en un quinto principio), adaptado precisamente por su Karma para residir en aquel cuerpo potencial. Dadas estas circunstancias, el niño imperfectamente organizado es concebido y lanzado al mundo para ser una causa de perturbación para sí mismo y para los demás—un efecto, convirtiéndose a su vez en causa—y un enigma viviente para filósofos que tratan de explicar el origen del mal.

La misma explicación puede aplicarse, con las modificaciones correspondientes, a una vasta serie de casos que pueden citarse para ilustrar el problema del mal en el mundo. Además, incidentalmente lleva consigo una cuestión relacionada con la operación de la ley Kármica, la cual puede difícilmente ser llamada una dificultad, desde el momento en que lo contestación sería probablemente sugerida por el carácter de la doctrina misma; pero, sin embargo, no es por esto menos digna de ser citada. La asimilación selectiva por parte de espíritus cargados de Karma, a una paternidad que corresponda a sus necesidades o méritos, es la explicación obvia que reconcilia el renacimiento con el atavismo y la herencia. El niño nacido puede parecer que reproduce las peculiaridades de los padres o antecesores lo mismo que su parecido físico, y el hecho sugiere la noción de que su alma es también un renuevo del árbol de la familia como su forma física. Innecesario es extendernos aquí acerca de las múltiples dificultades por las cuales aquella teoría se vería rodeada, si tuviéramos la extravagancia de suponer que un alma así, lanzada a manera de una chispa de un quinqué, sin ningún pasado espiritual tras de sí, pueda tener un futuro espiritual ante ella. El alma, que de este modo sólo sería una función del cuerpo, concluiría ciertamente con

la disolución de aquello de lo cual se originó. Como quiera que sea, la doctrina esotérica, en lo que a los caracteres transmitidos se refiere, presenta una completa explicación de aquel fenómeno, lo mismo que respecto a todos los demás relacionados con la vida humana. La familia en la cual nace es para el espíritu reencarnado lo que un nuevo planeta para toda la oleada humana en una vuelta a lo largo de la cadena manvantárica. Ha sido construído por un proceso de evolución operando en una línea transversal a la de la aproximación de la humanidad; pero está apto para que la humanidad lo habite cuando llegue el tiempo de ello. Lo mismo sucede con el espíritu reencarnado; se lanza hacia el mundo objetivo al estar ya agotadas las influencias que le habían retenido en el estado devachánico; toca, por decirlo así, el norte de la Naturaleza provocando el desenvolvimiento de un niño que sin tal impulso hubiera sido únicamente una potencialidad, no un desenvolvimiento verdadero, pero en cuya paternidad encuentra—inconscientemente, por supuesto, por medio de la ciega operación de sus afinidades—las condiciones exactas de la nueva vida, para la cual él mismo se ha preparado durante su existencia postrera. No debemos olvidar, ciertamente, la presencia de excepciones en todas las grandes reglas de la Naturaleza. En el

caso a que nos referimos puede algunas veces suceder que un mero accidente cause un daño a un niño al nacer. Así es que un espíritu cuyo Karma no ha merecido en manera alguna aquel castigo, puede adquirir una forma lisiada, y lo mismo puede decirse respecto a una gran variedad de accidentes. Pero acerca de éstos, todo lo que es necesario decir es que la Naturaleza no se encuentra en modo alguno embarazada por sus accidentes: ella dispone de amplio tiempo para repararlos. Los sufrimientos inmerecidos durante una vida son ampliamente compensados por la operación de la ley Kármica en la siguiente o por la subsiguiente. Existe el tiempo necesario para que la compensación se verifique, y los Adeptos declaran, según creo, que, como hecho efectivo, los sufrimientos inmerecidos operan a la larga como una suerte afortunada más bien que de otra manera, derivando de este modo de la observación puramente científica de los hechos una doctrina que la religión ha inventado benévolamente algunas veces para el consuelo de los afligidos (1).

(1) Desde luego puede negarse rotundamente que haya entidad alguna que sufra, en cualquier forma que sea, algo "inmerecido", algo que no esté en su Karma individual o en el colectivo. Esto resulta tan absurdo como decir que en las matemáticas pueden surgir incidentes que hagan que sus operaciones den por sí resultados erróneos, o lo que es lo mismo, que la suma de 2 + 2 resulte ser 3 y ½ por algún incidente, pues no hay que olvidar que la definición más ca-

Mientras la doctrina esotérica ofrece en este sentido una inesperada solución de los fenómenos de la vida que más perplejidad causan, no lo hace a costa de sacrificio alguno en ningún sentido de los atributos que podemos sinceramente esperar de una verdadera ciencia religiosa. Lo primero que hemos reclamado en favor de tal sistema es que no consiente ninguna injusticia, ya sea en el sentido del daño causado inmerecidamente, o en el de los beneficios concedidos a los que no se lo merecen; y la justicia de su operación debe ser discernible lo mismo en las cosas grandes

---

racterística de la ley Kármica es que representa las matemáticas en acción, y, por tanto, lo verdaderamente infalible. Se da, en verdad, muchas veces el caso de que en el Karma exclusivamente individual de una entidad no se halle una determinada resultante por lo que ha pasado, pero entonces es porque semejante resultante indefectiblemente dependía de su Karma colectivo, o sea del Karma de su raza o de la agrupación mayor o menor, cuyo Karma haya contribuido a formar como individuo de la misma. Ejemplo de esto son las catástrofes de todo género que diariamente ocurren en el mundo: inundaciones, terremotos, ciclones, tempestades, choques de barcos y de trenes, etc.; pudiendo darse también el caso frecuente de que un individuo sufra isladamente las consecuencias de su Karma colectivo, y esto es, sin duda alguna, a lo que se refiere el autor, si bien del modo que él lo presenta aparece, según hemos dicho antes, como el absurdo de las *inexactitudes* de las matemáticas. Fíjese el lector en la circunstancia de que en la generalidad de las catástrofes se dan siempre uno o más casos de personas que escapan de "milagro", según la expresión corriente; algunas veces de un modo verdaderamente extraordinario, inexplicable: tales personas no participaban del Karma colectivo que produjo la catástrofe. — *(N. de J. M.)*

que en las pequeñas. La máxima legal *de minimis non curat lex* es un medio de escape para la falibilidad humana de las consecuencias de sus propias imperfecciones. Ni en química ni en mecánica existe nada que se parezca a indiferencia hacia las cosas pequeñas. La Naturaleza, en sus operaciones físicas, responde con exactitud a las pequeñas causas con tanta certeza como a las grandes, y podemos sentirnos instintivamente seguros de que también ella en sus espirituales operaciones carece de la mala costumbre de tratar a las pequeñeces como cosas sin consecuencia, de ignorar pequeñas deudas con motivo de pagar las grandes, a manera de un comerciante de dudosa integridad que se contenta con respetar obligaciones que son lo suficientemente serias para que su cumplimiento sea impuesto por la ley. Ahora bien; los actos de menor importancia de la vida, tanto buenos como malos, son de necesidad ignorados bajo cualquier sistema que formule la cuestión final en perspectiva como admisión o exclusión a una condición uniforme, o aproximadamente uniforme, de bienaventuranza. Ni aun en lo que se refiere a aquel mérito y demérito que solamente están relacionados con consecuencias espirituales, ninguna contestación precisa puede dar la Naturaleza, excepto por medio de aquel estado de existencia espiritual infinitamente gra-

duado, descrito por la doctrina esotérica como el estado devachánico. Pero la complejidad que ante nosotros se presenta es ciertamente más seria que la que puede encontrarse en los varios estados de la existencia devachánica. Ningún sistema de consecuencias que sigan a la humanidad después de la vida en observación, puede reconocerse como adaptado científicamente a las circunstancias imprevistas, a menos de que responda al sentimiento de justicia con respecto a los múltiples actos y hábitos de la vida, en general, incluyendo aquellos que meramente se refieren a la existencia física y que no están muy caracterizados por lo justo e injusto.

Ahora bien; sólo volviendo a la existencia física, es como puede concebirse que las personas obtengan con precisa exactitud los resultados de las menores causas que pueden haber engendrado durante la última vida objetiva. Así es que después de un cuidadoso examen del asunto, la ley Kármica, tan poco atractiva para los estudiantes del Buddhismo hasta la fecha en su aspecto exotérico, lo cual no es de extrañar, se verá que no sólo se reconcilia por sí misma con el sentimiento de justicia, sino que constituye el único método imaginable de acción natural que puede verificarlo. Una vez comprendida la individualidad continua procediendo, a través de sucesi-

vos renacimientos kármicos, y teniendo presente la correspondiente cadena de existencias espirituales intercaladas entre cada uno de aquéllos, no es en manera alguna alterada la simetría exquisita de todo el sistema, por aquel rasgo que a primera vista parece expuesto a la crítica, los baños sucesivos en las aguas del olvido, por los cuales tiene que pasar el espíritu reencarnado. Por el contrario, aquel olvido mismo es en verdad la única condición en la que la vida objetiva puede ser principiada por completo de nuevo. Pocas vidas terrenas se encuentran enteramente libres de sombras, cuyo recuerdo ennegrecería una renovada fase de la vida de la personalidad. Y si se alega que el completo olvido de cada una de las últimas vidas envuelve un gasto inútil de experiencia, esfuerzo y adquisiciones intelectuales penosa y laboriosamente obtenidas; tal objeción puede únicamente proceder del olvido de la vida devachánica, en la cual, lejos de ser malgastados tales esfuerzos y adquisiciones, constituyen las semillas de las cuales procederá toda la magnífica cosecha de resultados espirituales. Del mismo modo, cuanto más tiempo la doctrina ocupe la inteligencia tanto más claramente se verá que cada una de las objeciones que contra la misma se hagan, se encuentra con una réplica dispuesta, y que únicamente parece una objeción desde el

punto de vista del conocimiento imperfecto.

Pasando de las consideraciones abstractas a otras entrelazadas en parte con asuntos prácticos, podemos comparar la doctrina esotérica con los hechos de la Naturaleza observables en varios sentidos, con objeto de comprobar directamente sus enseñanzas. Una ciencia espiritual que ha adivinado felizmente la verdad absoluta debe acomodarse exactamente a los hechos de la tierra, siempre que con ellos se encuentre. Un dogma religioso en flagrante contradicción con lo que es una verdad manifiesta para la Geología y la Astronomía, puede encontrar iglesias y congregaciones que se contenten con sostenerlo, pero no es digno de seria consideración filosófica. ¿Cómo concuerda, pues, la doctrina esotérica con la Geología y la Astronomía?

No es ninguna exageración decir que constituye el único sistema religioso que se funde fácilmente con las verdades físicas, descubiertas por la investigación moderna en aquellas ramas de la ciencia. No solamente se identifica con ellas en el sentido de tolerar la hipótesis nebular y la estratificación de las rocas, sino que, por decirlo así, se lanza en brazos de estos hechos, y en nada puede prescindir de ellos. Tampoco puede dejar de tener en cuenta los descubrimientos de la Biología moderna, y como es un sistema que se recomienda por sí mismo en una época científica, mal puede prescindir de las últimas adquisiciones de la Geografía física.

La estratificación de la corteza de la tierra es desde luego un registro claro y visible de cataclismos entre raza y raza. La ciencia física va perdiendo los hábitos de timidez que la insolente opresión del fanatismo religioso de quince siglos había engendrado, pero todavía se muestra un poco prudente en sus relaciones con el dogma, efecto de la mera fuerza de la costumbre. En este sentido la Geología se ha contentado con decir que tales y cuales continentes, como sus cuencas marítimas atestiguan, deben haber sido sumergidos y elevados más de una vez bajo y sobre la superficie del océano. No se ha acostumbrado todavía a la libre aplicación de sus propios materiales, a la especulación que invade el territorio religioso. Pero, seguramente si se requiriese de la Geología que interpretase todos sus hechos en forma de una historia consistente de la tierra, lanzándose en las hipótesis más plausibles que pudiese inventar para llenar los vacíos en sus conocimientos, construiría una historia de la humanidad que no diferiría mucho en sus rasgos generales de la que se ha bosquejado en el capítulo anterior acerca de los grandes períodos del mundo; y cuanto más progresan los descubrimientos geológicos, nos

aseguran nuestros esotéricos instructores, tanto más íntimas serán reconocidas las correspondencias entre la doctrina y las óseas huellas del pasado. Vemos ya a expertos del *Challenger* abogando por la existencia de la Atlántida, aunque el asunto pertenece a una clase de problemas que, en general, no tienen atractivos para el mundo científico, así es que las consideraciones en favor del continente perdido no son todavía generalmente apreciadas. Geólogos pensadores se muestran ya muy dispuestos a reconocer que, con respecto a las fuerzas que han formado la tierra, el período comprendido dentro de la serie de las huellas históricas, puede ser un período de inercia comparativa y de lento cambio; que las metamorfosis debidas a los cataclismos pueden haberse sumado en los primeros tiempos con las ocasionadas por hundimientos, levantamientos y desprendimientos graduales. Sólo un paso o dos separa esto del reconocimiento como un hecho de lo que nadie encontraría criticable como hipótesis, o sea, que los grandes hundimientos y levantamientos continentales tienen lugar alternativamente; que el mapa entero del mundo, no sólo asume ocasionalmente formas nuevas, a la manera de cómo los fragmentos de colores de los cuadros de un caleidoscopio caen formando nuevas combinaciones, sino que, además, está sujeto a cambios

sistemáticamente recurrentes, los cuales restablecen las primeras disposiciones a enormes intervalos de tiempo.

Como quiera que sea, estando todavía pendientes más descubrimientos, se admitirá quizá que poseemos ya una masa de conocimientos geológicos suficientes para robustecer la cosmogonía de la doctrina esotérica. El que la doctrina haya sido mantenida apartada del mundo en general, durante tan largo tiempo como ha necesitado tal conocimiento para encontrar allanado el camino para su admisión, puede difícilmente ser considerado como indiscreto por parte de sus guardianes. Si la generación actual concederá o no importancia suficiente a las correspondencias de la doctrina con lo que se ha descubierto en la Naturaleza por otros medios, está por ver.

Estas correspondencias pueden, por de contado, ser tan decisivamente halladas en la Biología como en la Geología. La amplia teoría darwiniana acerca de la descendencia del hombre del reino animal, no es el único fundamento proporcionado por esta rama de la ciencia a la doctrina esotérica. Las observaciones detalladas, en la actualidad verificadas en la embriología, son especialmente interesantes por la luz que arrojan en más de uno de los departamentos de esta doctrina. Así es que la verdad, hoy familiar, de que los grados

sucesivos de desarrollo humano prenatal corresponden a los progresos de evolución humana a través de diferentes formas de vida animal, es nada menos que una revelación en sus consecuencias analógicas. No se limita a fortalecer la hipótesis evolucionaria misma, sino que ofrece una notable ilustración de la manera cómo la naturaleza opera en la evolución de las nuevas razas de hombres al principio de los grandes períodos de Ronda. Cuando un niño tiene que ser desarrollado de un germen, de una constitución tan sencilla que es la menos típica del reino animal—y hasta menos que la del vegetal—y del mineral, la escala familiar de la evolución es recorrida, por decirlo así, rápidamente. Las ideas de progreso que pueden haber necesitado siglos incalculables para manifestarse al exterior por vez primera, en forma de una cadena sin soluciones de continuidad, están ya para siempre firmemente alojadas en la memoria de la Naturaleza, y pueden por lo tanto ser rápidamente recordadas en pocos meses por su orden. Lo mismo sucede con la evolución de la humanidad en cada planeta, a medida que la ola de la marea humana avanza. Durante la primera vuelta, el proceso es excesivamente lento, y no avanza mucho. Las ideas de la Naturaleza están ellas mismas sujetas a la evolución. Pero cuando el proceso

se ha verificado una vez, puede ser rápidamente repetido. Durante las últimas Rondas, el impulso de vida recorre la escala de la evolución con una facilidad sólo concebible con el auxilio de la ilustración que la embriología ofrece. Esto es la explicación del modo como el carácter de cada una de las Rondas difiere de las que la preceden. El trabajo evolucionario que se ha verificado una vez, es pronto repetido; entonces la Ronda verifica su propia evolución con una rapidez muy distinta, lo mismo que el niño que así que alcanza la perfección del tipo humano verifica su propio crecimiento individual lentamente en proporción a los primitivos estados de su desenvolvimiento inicial.

No se me debe exigir ninguna comparación perfecta del Buddhismo esotérico con los aspectos de la Naturaleza que han sido ahora expuestos sucintamente, a la verdad, pero de un modo bastante comprensivo para dar al lector una idea general del sistema en toda su grandeza. Con el auxilio de las enseñanzas ahora comunicadas, los estudiantes más experimentados de la literatura buddhista serán más capaces de aplicar a los enigmas que la misma pueda contener las claves que revelan su significado. Los huecos existentes en los anales públicos de las enseñanzas buddhistas pueden ser ahora llenados fácilmente y clara

se verá la razón de su existencia. En la obra de Mr. Rhys Davids, por ejemplo, encuentro lo siguiente: "El Buddhismo no intenta resolver el problema del origen primario de todas las cosas;" y citando al "Manual del Buddhismo de Hardy", dice: "Cuando Malunka preguntó a Buddha si la existencia del mundo era o no eterna, no le contestó, pero la causa de su silencio fué que el Maestro consideraba la pregunta como de ningún provecho." En realidad, el asunto fué expresamente pasado por alto, porque no podía resolverse con un simple sí o no, sin poner al que preguntaba en una pista falsa; mientras que para ponerle en la verdadera, hubiera sido necesaria una exposición completa de toda la doctrina acerca de la evolución de la cadena planetaria, para cuya exposición, la comunidad con la cual se hallaba Buddha relacionado, no estaba aún intelectualmente madura. El inferir de su silencio que consideraba la pregunta como no tendiendo a ningún provecho es un error, en el que es muy natural se haya caído, dada la carencia de conocimientos colaterales, pero en realidad ninguno puede ser más completo. Ninguno de los sistemas religiosos que públicamente se han ocupado del problema acerca del origen de todas las cosas, ha hecho más, como hasta ahora se ha visto, que arañar la superficie de aquella especulación en compara-

ción de las completas investigaciones de la ciencia esotérica, de la cual era Buddha un expositor tan eminente, como eminente instructor moral era para el pueblo.

Las conclusiones positivas referentes a lo que enseña el Buddhismo—a pesar de lo cuidadosamente que las ha elaborado—están expuestas por Mr. Rhys Davids, con no menos inexactitud que la conclusión negativa justamente citada. Era inevitable que tales conclusiones fuesen inexactas hasta la fecha. Cito un ejemplo, no para mermar el mérito del cuidadoso estudio del cual es fruto, sino para demostrar cómo la luz ahora difundida sobre todo el asunto penetra en cada una de sus grietas y presta a todos sus rasgos un aspecto completamente nuevo:

"El Buddhismo considera como última verdad la existencia del mundo material y de seres conscientes viviendo en el mismo; sostiene que todas las cosas están sujetas a la ley de causa y efecto, y que todas ellas están constante, aunque imperceptiblemente cambiando. No existe lugar en donde esta ley no opere; y, por lo tanto, no existe cielo ni infierno en el sentido ordinario de la palabra. Hay mundos en donde viven ángeles cuya existencia es más o menos material con arreglo a la mayor o menor santidad de sus vidas anteriores; pero los ángeles mueren y los mundos en los

cuales residen dejan de ser. Existen lugares de tormento en donde las malas acciones de los hombres o de los ángeles dan origen a seres desgraciados; pero cuando el activo poder del mal que los ha producido se agota, se desvanecen, y los mundos por ellos habitados no son eternos. Todo el Cosmos—tierra, cielos e infiernos—están siempre tendiendo a la renovación o destrucción, siempre se encuentra en proceso de cambio, lo constituye una serie de revoluciones o de ciclos cuyo principio y fin son igualmente incognoscibles y desconocidos. En esta ley universal de composición y de disolución, los hombres y los dioses no constituyen excepción ninguna; la unidad de fuerzas que a un ser sensible constituye, debe más pronto o más tarde ser disuelta, y únicamente a causa de la ignorancia y de la ilusión es por lo que tal ser se imagina que constituye una entidad separada y existente por sí misma."

Ahora bien; este párrafo puede en realidad ser citado como ejemplo para demostrar cómo las nociones populares de la filosofía buddhista se separan a todas luces de la verdadera filosofía esotérica. Ciertamente que esta filosofía no ve en el universo, así como tampoco en las creencias de cualquier ilustre pensador, ya sea asiático o europeo, los inmutables cielos e infiernos de la leyenda monjil; pero "los mundos donde los ángeles viven" y demás—los niveles del estado devachánico vívidamente reales, aunque subjetivos—se encuentran realmente en la Naturaleza. Lo mismo sucede con todas las demás concepciones populares buddhistas que acabamos de revisar, pero en su forma popular son las caricaturas que más se aproximan a las concepciones correspondientes de la ciencia esotérica. Así, pues, la noción de que la individualidad es una ilusión y la de la disolución *final* del ser sensible como tal ilusión es perfectamente ininteligible, sin necesidad de explicaciones más completas concernientes a los múltiples eones de vida individual en condiciones de exaltación espiritual, todavía para nosotros inconcebibles, pero siempre progresivas, que vienen antes de aquella inimaginable remota emergencia. en el estado no individualizado. Este estado debe existir en alguna parte del futuro, pero es de tal naturaleza que ningún filósofo, no iniciado en todo caso, ha concebido todavía de él ni siquiera el más débil vislumbre de conjetura. Lo mismo que ha sucedido respecto del Nirvana, ha pasado con la ilusión de la individualidad; los escritores que se han ocupado de la doctrina buddhista, derivada de fuentes exotéricas, se han encontrado embarazados del modo más lastimoso con algunos de los remotos elementos de la gran doctrina, bajo

la impresión de que se ocupaban de opiniones buddhistas concernientes a los estados que suceden inmediatamente a esta vida. El aserto que, colocado fuera de su lugar en el cuerpo general de la doctrina, constituye casi un absurdo, no sólo no puede considerarse ya como un ultraje al entendimiento, sino que se sentirá como una verdad sublime cuando se le conceda su lugar debido con relación a otras verdades. La emergencia postrera del perfecto Hombre Dios, o Dhyan Chohan, en la absoluta conciencia de Para Nirvana, no tiene nada que ver, permítaseme añadir, con la "herejía de la individualidad", la cual se refiere a las personalidades físicas. De este asunto volveré a ocuparme algo más adelante.

Mr. Rhys Davids dice justamente, con bastante razón, refiriéndose al epítome de la doctrina Buddhista antes citado: "Tales enseñanzas no son en manera alguna peculiares del Buddhismo, pues ideas semejantes se encuentran en los fundamentos de las filosofías indias primitivas. (Ciertamente, por la razón de que el Buddhismo, en cuanto a su doctrina, era la filosofía india primitiva misma). A la verdad, pueden encontrarse en otros sistemas extremadamente separados de aquéllas en tiempo y lugar; y el Buddhismo, al relacionarse con la verdad en ellas contenida, hubiera podido haberles dado una expresión más

decisiva y definitiva, si no se hubiese apropiado también la creencia que se refiere a la curiosa doctrina de la transmigración; doctrina que parece haberse originado independientemente, si es que no simultáneamente, en el valle del Ganges y en el valle del Nilo. La palabra transmigración ha sido, sin embargo, empleada en diferentes tiempos y lugares para teorías semejantes, en verdad, pero muy diferentes; y el Buddhismo al adoptar la idea general del Brahmanismo postvédico, la ha modificado de tal manera que ha llegado a constituir de hecho una nueva hipótesis. Tanto la hipótesis nueva como la antigua, son referentes a la vida en nacimientos pasados y futuros, y en nada han contribuído a la renovación aquí, en esta vida, del mal que suponían explicar."

El volumen presente habrá disipado las erróneas interpretaciones en que estas observaciones se fundan. El Buddhismo no cree en nada que se asemeje al paso hacia atrás y hacia adelante entre las formas animales y humana, que es lo que mucha gente cree que constituye el principio de la transmigración. La transmigración del Buddhismo es la transmigración de la teoría darwinista científicamente desarrollada, o más bien completamente explorada en ambas direcciones. Los escritos buddhistas contienen, a la verdad, alusiones

a nacimientos anteriores, en los cuales el mismo Buddha era unas veces un animal y otras otro. Pero éstos se refieren al curso remoto de la evolución prehumana, de la cual su visión abierta por completo le concedía una visión retrospectiva (1). Nunca se encontrará en ningún auténtico escrito buddhista nada que sostenga la noción de que cualquiera criatura humana, habiendo una vez alcanzado la humanidad, retroceda al reino animal. Además, al paso que nada, a la verdad, podría ser tan ineficaz como explicación del origen del mal, como semejante caricatura de la transmigración que tal retroceso implica, los renacimientos de los *egos* humanos en la existencia objetiva, unidos a la operación del Karma físico y a las funciones inevitables del libre albedrío dentro de los límites de sus privilegios, *explican* el origen del mal de un modo decisivo y completo. Teniendo por objeto el esfuerzo de la Naturaleza, el desarrollo de una nueva cosecha de Dhyan Chohans, cada vez que se desenvuelve un sistema planetario, el desarrollo incidental del mal transitorio es una conse-

(1) En todo caso no debe interpretarse este aserto en el sentido de que Buddha creía que había sido individualmente tal o cual animal en el remoto pasado, pues en el reino animal la mónada es aún colectiva, y sólo en el momento de alcanzar el peldaño superior de la escala animal es cuando se individualiza y cesa de encarnarse en ese reino. — (*N. de J. M.*)

cuencia inevitable bajo la operación de las fuerzas o procesos juntamente mencionados, estados que a su vez son inevitables en el gigantesco proceso emprendido.

Al mismo tiempo, el lector que quiera tomar ahora el libro de Mr. Davids y examinar el largo párrafo acerca de este asunto y acerca de los *skandhas*, se convencerá de lo completamente inútil que ha sido el trabajo de intentar la deducción de cualquiera teoría racional acerca del origen del mal, de los materiales exotéricos en aquél empleados. Ni era posible para estos materiales el sugerir la verdadera explicación del párrafo del Brahmajala Sutra citado inmediatamente después:

"Después de hacer ver cómo se originó la creencia infundada en la eterna existencia de Dios o de los dioses, pasa Gautama a discutir la cuestión del alma e indica treinta y dos creencias referentes a las mismas, las cuales declara erróneas. Éstas son brevemente como sigue: "¿En qué principio o sobre qué terreno sostienen estos mendicantes o brahmanes la doctrina de la existencia futura? Ellos enseñan que el alma es material o es inmaterial, o que es ambas cosas o ninguna de ellas; que poseerá uno o muchos modos de conciencia; que sus percepciones serán pocas o ilimitadas; que permanecerá en un estado de gozo o de miseria o ni en el uno ni en el otro. Estas

son las diez y seis herejías que enseña una existencia consciente después de la muerte. Existen después ocho herejías que enseñan que el alma material o inmaterial, o las dos cosas o ninguna de las dos, finita o infinita, o ambas cosas o ninguna de las dos posee una existencia inconsciente después de la muerte. Y, finalmente, ocho más que enseñan que el alma, en sus ocho sistemas correspondientes, existe después de la muerte en un estado ni consciente ni inconsciente. Mendicantes, concluye el sermón, aquello que liga al maestro a la existencia (o sea *tanha*, sed) ha sido cortado, pero su cuerpo todavía queda. Mientras su cuerpo permanece, es visto por los dioses y por los hombres, pero después de la terminación de la vida, después de la disolución del cuerpo, ni dioses ni hombres le verán. ¿Sería posible negar de un modo más completo y categórico que existe el alma, algo, sea lo que sea, que continúe existiendo de algún modo después de la muerte?"

Ciertamente, para los estudiantes exotéricos semejante párrafo no puede parecer más que en flagrante contradicción con aquellas enseñanzas del Buddhismo que se refieren a los pasos sucesivos de la misma individualidad a través de varias encarnaciones, y lo cual en otra línea de pensamiento puede parecer asumir la existencia de una alma transmisible

con tanta claridad como la niega el párrafo citado. Sin comprender los siete principios del hombre, no es posible llegar a una reconciliación entre las distintas opiniones acerca de los diversos aspectos de esta cuestión de inmortalidad. Pero la clave ahora proporcionada, deja a la aparente contradicción libre de todo embarazo. En el párrafo últimamente citado, Buddha está hablando de la personalidad astral, mientras que la inmortalidad reconocida por la doctrina esotérica es la de la individualidad espiritual. La explicación ha sido plenamente dada en el capítulo acerca del Devachán y en los párrafos citados allí del *Catecismo Buddhista,* del coronel Olcott. Únicamente desde que algunos fragmentos de la gran revelación que este volumen contiene han sido publicados en los dos años últimos en el *Theosophist,* es cuando la importante distinción entre la personalidad y la individualidad, tal como se aplica a la cuestión de la inmortalidad humana, ha sido establecida en una forma inteligible; pero existen alusiones en los anteriores escritos ocultos a que puede ahora apelarse en prueba del hecho de que los escritores precedentes estaban por completo conformes con la doctrina misma. Dirigiéndonos al más reciente de los libros ocultos, en los que todavía se había dejado al velo de la obscuridad ocultando la doctrina a

la observación superficial, aunque en algunas partes estaba echado de tal modo que casi se transparentaba, podemos tomar cualquiera de entre una docena de párrafos para ilustrar el punto que nos ocupa. He aquí uno:

"Los filósofos que han explicado la caída en la generación a su modo, han considerado el espíritu como algo completamente distinto del alma. Admitían su presencia en la cápsula astral únicamente en lo que se refería a las emanaciones o rayos espirituales del "resplandeciente". El hombre y el alma tenían que conquistar su inmortalidad ascendiendo hacia la unidad, con la cual, en caso de éxito, se unían finalmente y en la que eran absorbidos, por decirlo así. La individualización del hombre después de la muerte depende del espíritu, no de su cuerpo y alma. Aunque la palabra "personalidad", en el sentido en que generalmente es comprendida, es un absurdo si se aplica literalmente a nuestra esencia inmortal, sin embargo, esta última es una entidad determinada, inmortal y eterna *per se*, y hasta en el caso de criminales fuera de redención, cuando el brillante hilo que une el espíritu al alma desde el momento del nacimiento de un niño, es violentamente roto y queda la entidad desencarnada, abandonada a compartir el destino de los animales inferiores, o a disolverse en el éter y a sufrir la aniquilación de su indi

vidualidad, aun entonces el espíritu permanece sin ser distinto" (1).

Nadie puede leer esto—y a la verdad ningún otro trozo del capítulo del cual se ha tomado—sin apercibirse, a la luz de las explicaciones dadas en el presente volumen, de que la doctrina esotérica, ahora plenamente expuesta, era por completo familiar al escritor; por más que haya sido yo quien ha tenido el privilegio de ponerla por vez primera en claro e inequívoco lenguaje.

Es necesario algún esfuerzo mental, para hacerse cargo de la diferencia entre la personalidad y la individualidad, pero el ansia por la continuidad de la existencia personal—pues el recuerdo pleno que siempre se tiene de aquellas circunstancias transitorias de nuestra presente vida física, constituyen la personalidad—es manifiestamente no más que una pasajera debilidad de la carne. Para mucha gente será quizá nada razonable decir que cualquier persona viviente hoy día, con sus recuerdos limitados por los años de su niñez, es el mismo individuo que alguno de diferente nacionalidad y época que vivió hace millares de años; o el mismo que reaparecerá después de un transcurso similar de tiempo, bajo condiciones futuras por completo nuevas. Pero el senti-

(1) *Isis sin Velo*, de H. P. Blavatsky.

miento "Yo soy Yo" es el mismo a través de las tres vidas, así como a través de centenares de ellas; porque ese sentimiento está más profundamente arraigado que el que tiene por expresión, "Yo soy Juan Smith, de tal altura, con tal peso, con tales y tales propiedades y relaciones." ¿Es inconcebible—como noción de la mente—que Juan Smith, heredando el don de Tithonus, cambiando el nombre de tiempo en tiempo, casándose quizá en cada nueva generación, perdiendo propiedad aquí, adquiriéndola allí, e interesándose a medida que el tiempo transcurre en una gran variedad de diferentes empresas; es inconcebible, repito, que una persona así olvide en unos pocos miles de años todas las circunstancias relacionadas con la vida presente de Juan Smith, como si los incidentes de esa vida no hubiesen jamás tenido lugar? Y sin embargo, el *ego* sería el mismo. Si esto es concebible para la imaginación, ¿qué puede haber de inconcebible en la continuidad individual de una vida *intermitente,* interrumpida y reanudada a intervalos regulares y variada con estancias en estados más puros de existencia?

Así como la doctrina esotérica pone en claro el conflicto aparente entre la identidad de las sucesivas personalidades y la "herejía" de la individualidad, así también, como se verá, coloca el "incomprensible misterio"

del Karma, que Mr. Rhys Davids trata tan sumariamente, en una base perfectamente inteligible y científica. Acerca de esto dice, que a causa de no "reconocer el Buddhismo la existencia de un alma", recurre al desesperado expediente de un misterio, para tender un puente a través del vacío que queda entre una vida y otra en algún otro lugar, o sea la doctrina del Karma. Y condena la idea como una ficción no existente del cerebro. Irritado, como se siente, con lo que considera como el absurdo de la doctrina, sin embargo, dedica paciencia y gran ingenuidad mental al esfuerzo de desenvolver algo que pueda parecer a manera de una concepción racional metafísica de las confusas expresiones concernientes a Karma en las escrituras Buddhistas.

Dice:

"Karma, considerado desde el punto de vista buddhista, evita el extremo supersticioso, por una parte, de los que creen en la existencia separada de alguna entidad llamada alma; y el extremo irreligioso, por la otra, de los que no creen en la justicia moral y en la retribución. El Buddhismo pretende haber considerado la palabra alma en lo que se refiere al hecho que tiene por objeto abarcar, sin haber encontrado semejante hecho, sino sólo una de las veinte ilusiones diferentes que ciegan la vista de los hombres. Sin embargo, el Bud-

dhismo está convencido de que si un hombre cosecha tristezas, desengaños, dolores, él mismo y no otro, es el que ha sembrado en algún tiempo los errores y el pecado, si no en esta vida, en algún nacimiento anterior. ¿En dónde, pues, existe en este último caso, la identidad entre el que siembra y el que recoge? *En aquello que únicamente permanece* después de la muerte de un hombre y las partes constituyentes del ser sensible se disuelven en el resultado de sus acciones, palabras y pensamientos, en su Karma bueno o malo (literalmente su manera de obrar), *lo cual* no muere. Estamos familiarizados con la enseñanza: "Cualquiera que sea lo que un hombre siembre, eso mismo cosechará" y puede, por lo tanto, entrar en el sentimiento buddhista, que sea lo que sea lo que un hombre recoja, él debe haberlo sembrado; estamos familiarizados con la doctrina acerca de la indestructibilidad de la fuerza, y podemos, por lo tanto, comprender el dogma buddhista (por más que pueda estar en oposición con nuestras nociones cristianas) de que ningún poder exterior puede destruir el fruto de las acciones del hombre y que deben producir pleno efecto, ya en el sentido del placer o del dolor. Pero la peculiaridad del Buddhismo consiste en que sostiene que el resultado de lo que un hombre es o hace, no se disipa, por decirlo así, en muchas corrientes separadas, sino que se concentra en la formación de un nuevo ser sensible—es decir, nuevo en sus partes constituyentes y en sus facultades, pero permaneciendo el mismo en su conciencia, en su ser, en su acción, en su Karma."

Nada puede ser más ingenioso que tal tentativa para inventar con respecto al Buddhismo, una explicación de su "misterio", fundándose en la suposición de que los autores del misterio lo dieron a luz en su origen como un "expediente desesperado", para cubrir su retirada de una posición insostenible. Pero en realidad la doctrina de Karma tiene una historia mucho más sencilla y no necesita semejante sutil interpretación. Como muchos otros fenómenos de la Naturaleza relacionados con el futuro, fué declarada por Buddha un misterio incomprensible, y las cuestiones referentes al mismo fueron así puestas a un lado, pero él no quiso decir que porque fuese incomprensible para el vulgo, lo fuese también para los iniciados en la doctrina esotérica. Era imposible su explicación sin hacer referencia a la doctrina esotérica, pero una vez conocidos los perfiles de aquella ciencia, el Karma, como muchas otras cosas, se convierte en una materia comparativamente sencilla, un misterio únicamente en el sentido en que lo es también la afinidad del ácido sulfúrico para con el cobre, y la afinidad aun mayor que por el hierro

experimenta. Ciertamente, de todos modos, la ciencia esotérica, para sus "chelas laicos"—lo mismo que la ciencia química para *sus* chelas laicos, o sean los estudiantes de sus fenómenos físicos—deja en la sombra algunos fenómenos impenetrables. No estoy yo en disposición de explicar por medio de qué precisos cambios moleculares, las más elevadas afinidades que constituyen el Karma se conservan en los elementos permanentes del quinto principio. Pero no está la ciencia ordinaria en mejor disposición para decir qué es lo que en una molécula de oxígeno la induce a abandonar la molécula de hidrógeno, con la cual estaba combinada en la gota de agua, y unirse a una molécula de hierro de la barandilla sobre la cual cae. Pero la mancha de orín aparece, y se sostiene que se ha encontrado la explicación del hecho al ser comprendidas sus afinidades y al apelarse a ellas.

Lo mismo sucede con el Karma; el quinto principio recoge las afinidades de sus buenas y malas acciones durante su paso a través de la vida; con ellas van al Devachán, en donde las que están en armonía con el ambiente de aquel estado, por decirlo así, fructifican y florecen en abundancia prodigiosa, pasando después de nuevo con aquellas que no han agotado su energía al mundo objetivo. Y con la misma certeza con que una molécula de oxígeno puesta en presencia de un centenar de otras moléculas se lanzará hacia aquella con la que tenga mayor afinidad, la mónada espiritual cargada de Karma volará hacia aquella encarnación con la que sus misteriosas atracciones la unen. No tiene lugar en aquel proceso creación ninguna de un nuevo ser sensible, excepto en el sentido de que la nueva estructura corpórea desarrollada es un nuevo instrumento de sensación. Lo que en la misma reside, lo que siente alegría o tristeza, es el antiguo *ego*—separado totalmente por el olvido de su última serie de aventuras en la tierra, es verdad, pero alcanzando, sin embargo, su fruto—es el mismo "yo soy yo" que antes.

"Es extraño" — dice Mr. Rhys Davids — que "todo esto"—la explicación de la filosofía buddhista que los materiales exotéricos le han permitido dar—"no deba haber parecido repulsivo durante estos dos mil trescientos años y más, a muchos corazones ardientes y desesperados que puedan haberse confiado al aparente magnífico puente que el Buddhismo ha procurado construir sobre el río de los misterios y tristezas de la vida... Ellos no han logrado ver que la misma piedra fundamental, el lazo de unión entre una vida y la otra, es una mera palabra—esta maravillosa hipótesis, este aéreo nada, esta causa imaginaria fuera del alcance de la razón—la individua-

lizada e individualizante gracia de Karma.

A la verdad, extraño hubiera sido que las bases del Buddhismo hubieran descansado sobre unos cimientos tan frágiles; pero su aparente fragilidad se ha debido simplemente al hecho de que su poderosa fábrica de conocimientos ha permanecido hasta la fecha velada. Ahora que se ha despojado del velo a la doctrina interna, se verá cuán poco depende en cualquier punto de sus creencias, de las vagas sutilezas de la metafísica. El haberse éstas apiñado en torno del Buddhismo ha sido meramente debido a intérpretes externos de los escasos indicios doctrinales que no podían ser enteramente suprimidos, del sencillo sistema de moral prescrito para el pueblo.

En lo que realmente constituye el Buddhismo encontramos una sublime simplicidad como la de la Naturaleza misma, una ley extendiéndose en ramificaciones infinitas; vemos también, en verdad, complejidades de detalle, como infinitamente compleja es la misma Naturaleza en sus manifestaciones, por más invariables que sean sus fines, pero siempre encontramos la inmutable doctrina de causas y sus efectos que a su vez se convierten en causas, en indeterminable progresión cíclica.

FIN

ÍNDICE

Este libro ha sido impreso
en los talleres de E.S.G., S.A.
en la calle Lisboa n.° 13,
en Barberá del Vallés,
Barcelona



Alfred Percy Sinnet (1840-1921)

Uno de los miembros más destacados de la Sociedad Teosófica, de la que llegó a ser vicepresidente. *El Budismo esotérico* (1883) fue un libro capital en echar luz sobre las doctrinas secretas budistas, hasta entonces poco menos que desconocidas en Occidente. Fue un viajero incansable que recorrió todo el Oriente en pos de los ignotos Maestros de Sabiduría.

Otros libros en preparación:

Annie Besant
LA SABIDURIA ANTIGUA

Giordano Bruno
EXPULSION DE LA BESTIA TRIUNFANTE

L. A. Cahagnet
MAGIA MAGNETICA

C. W. Leadbeater
LOS CHAKRAS

Papus
EL TAROT ADIVINATORIO
EL TAROT DE LOS BOHEMIOS

Marc Saunier
LA LEYENDA DE LOS SIMBOLOS